PENÍNSULA IMPRESCINDIBLES

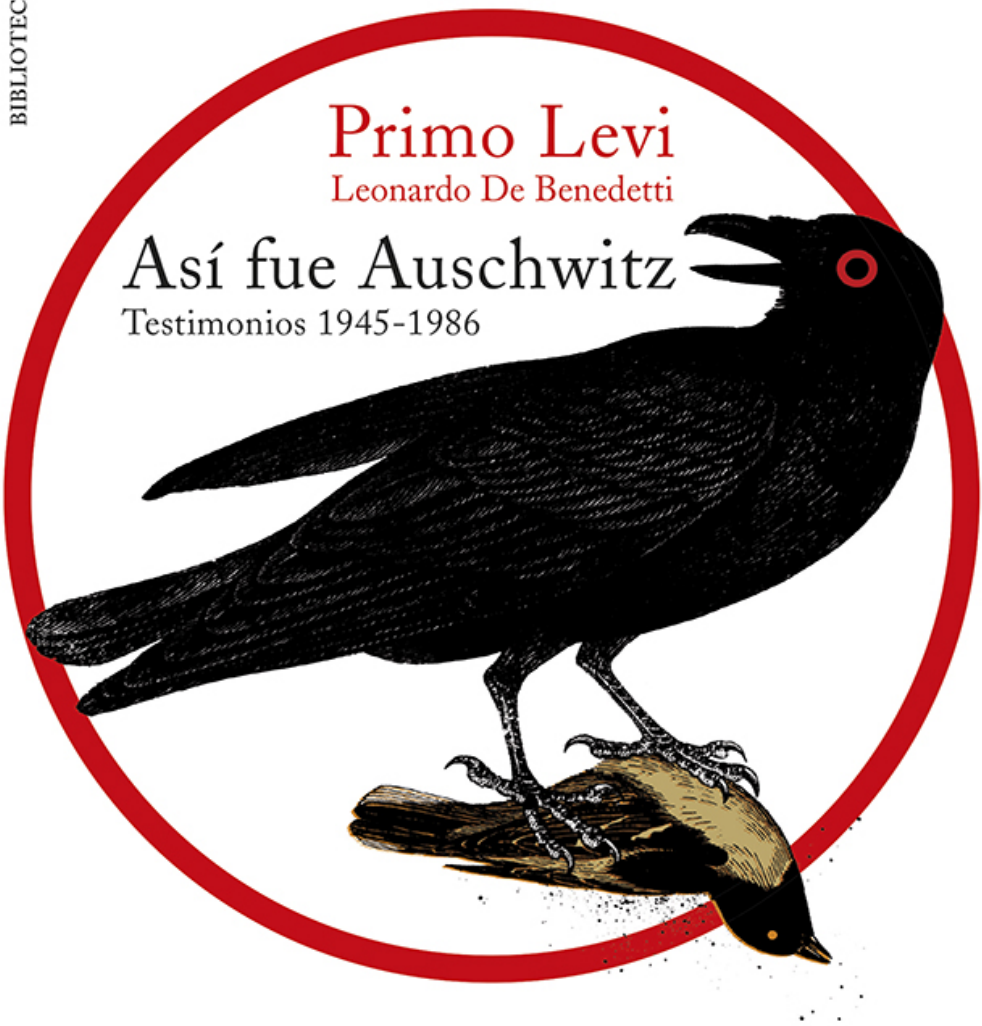
BIBLIOTECA PRIMO LEVI

Primo Levi

Leonardo De Benedetti

Así fue Auschwitz

Testimonios 1945-1986



Índice

PORTADA
NOTA DE LOS EDITORES
ASÍ FUE AUSCHWITZ
INFORME SOBRE LA ORGANIZACIÓN HIGIÉNICO-SANITARIA DEL CAMPO DE CONCENTRACIÓN PARA JUDÍOS DE MONOWITZ
RELACIÓN DEL LICENCIADO PRIMO LEVI, N.º DE REGISTRO 174517, SUPERVIVIENTE DE MONOWITZ-BUNA
DECLARACIÓN
DECLARACIÓN ACERCA DE MONOWITZ
TESTIFICACIÓN PARA EL PROCESO HÖSS. 1947
LEONARDO DE BENEDETTI. TESTIFICACIÓN PARA EL PROCESO HÖSS. 1947
TESTIMONIO DE UN COMPAÑERO DE PRISIÓN
ANIVERSARIO
DENUNCIA CONTRA EL DOCTOR JOSEPH MENGELE
CARTA A LA HIJA DE UN FASCISTA QUE PREGUNTA POR LA VERDAD
MILAGRO EN TURÍN
LA ÉPOCA DE LAS ESVÁSTICAS
DECLARACIÓN PARA EL PROCESO EICHMANN
TESTIMONIO PARA EICHMANN
DEPORTACIÓN Y EXTERMINIO DE LOS JUDÍOS
DECLARACIÓN PARA EL PROCESO BOSSHAMMER
LA DEPORTACIÓN DE LOS JUDÍOS
LEONARDO DE BENEDETTI. CUESTIONARIO PARA EL PROCESO BOSSHAMMER. 1970
CUESTIONARIO PARA EL PROCESO BOSSHAMMER. 1970
TESTIFICACIÓN PARA EL PROCESO BOSSHAMMER
LA EUROPA DE LOS CAMPOS DE CONCENTRACIÓN
ASÍ FUE AUSCHWITZ
DEPORTADOS POLÍTICOS
BORRADOR DE UN TEXTO PARA EL INTERIOR DEL

BLOQUE ITALIANO DE AUSCHWITZ
UN COMITÉ SECRETO DE DEFENSA EN AUSCHWITZ
AQUEL TREN HACIA AUSCHWITZ
RECUERDO DE UN HOMBRE BUENO
A NUESTRA GENERACIÓN...
APÉNDICE
EL TREN HACIA AUSCHWITZ
UN TESTIGO Y LA VERDAD
DOCUMENTOS
DOCUMENTACIÓN FOTOGRÁFICA
INFORMACIÓN SOBRE LOS TEXTOS
AGRADECIMIENTOS
NOTAS
CRÉDITOS

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nuestras redes sociales:

Explora Descubre Comparte

NOTA DE LOS EDITORES

Como bien saben los lectores de Primo Levi, el capítulo inicial de *Los hundidos y los salvados* comienza con la frase «La memoria humana es un instrumento maravilloso, pero falaz». Resulta lógico que su atención se concentre en el adjetivo «falaz», donde se compendian la perspicacia y la honestidad de un escritor que denuncia desde un principio los límites de todo testimonio, empezando por el suyo propio. Al poner negro sobre blanco los documentos recopilados en este libro, en cambio, hemos querido dar a esos dos adjetivos, «maravilloso» y «falaz», un peso diferente a lo habitual; será oportuno explicar de qué manera.

Así fue Auschwitz se abre con el texto del *Informe sobre la organización higiénico-sanitaria* del campo de concentración de Monowitz (Auschwitz III), que el médico-cirujano Leonardo De Benedetti y el licenciado en química Primo Levi redactaron en Katowice durante la primavera de 1945, a petición del comando ruso de aquel campo para exprisioneros; al año siguiente, el texto fue publicado, en italiano y en una versión más larga, en la revista turinesa *Minerva Medica*. A ese temprano testimonio le sigue, en orden cronológico, un grupo de textos de muy diferentes clases y orígenes que abarcan un periodo de cuarenta y un años, 1945-1986: artículos publicados en periódicos y revistas, discursos pronunciados en público, testificaciones prestadas con ocasión de juicios contra criminales nazis (aquí la voz de Leonardo vuelve al lado de la de su amigo), textos oficiales encargados a Levi como la figura más reputada entre los supervivientes de los campos. La mayor parte de los textos fue redactada personalmente por Primo Levi, que pudo asimismo supervisar su publicación. Por el contrario, de sus testimonios procesuales poseemos en muchos casos una transcripción realizada por terceros y no sometida a su control. Por último, algunos escritos (como podrá verse en «Información sobre los textos» tuvieron un camino tortuoso.

Un situación tan variopinta conlleva dos consecuencias: 1) resulta siempre reconocible, en el curso de los años, la voz de Levi, y del mismo modo va cobrando forma a lo largo del tiempo y consolidándose con coherencia, con ángulos visuales siempre nuevos, el marco de su relato; 2) una serie de mínimas deformidades —vacilaciones ortográficas, errores materiales, despistes de memoria que pueden afectar a nombres, números, fechas, topónimos— se encuentran diseminadas en algunos de estos escritos, más a menudo, como es natural, en los de origen oral o los que han pasado por manos de intermediarios, pese a la meticulosidad de estos últimos. En el presente volumen, excepto por rectificar los *lapsus calami* más triviales y las erratas evidentes, hemos optado por reproducir los textos tal como están, indicando las posibles incongruencias en el apéndice, donde se reconstruyen los avatares de cada texto y se aclaran algunas alusiones; el mismo razonamiento vale, como es obvio, para los textos de Leonardo De Benedetti que hemos considerado necesario incluir. Esta fidelidad a los documentos nos ha parecido la mejor forma de poner a disposición de los lectores, al menos en parte, su granulosidad material y la huella de la época desde la que llegan hasta nosotros.

Pero esta elección está dictada también por otro criterio, solidario con la preocupación manifestada por Levi en los últimos años de su vida frente a posibles usos instrumentales de tropiezos mínimos o de lagunas en los testimonios de los supervivientes: criterio que no es otro que el respeto por la verdad. Ello nos ha impuesto el observar la máxima fidelidad filológica en la edición de los textos y una completa transparencia historiográfica en la reconstrucción de su génesis. El mismo principio nos ha sugerido, por otro lado, no dedicar menos atención al esfuerzo que prodigó Levi para restituir, incluso al cabo de muchos años, una realidad dificilísima de describir en cualquier caso; un esfuerzo gracias al cual el propio descubrimiento de esos descuidos —nos gustaría hacer hincapié en ello— acaba por dar relieve aún con mayor consistencia y solidez al cuadro que a lo largo de más de cuarenta años nos ha sido ofrecido.

El esfuerzo constante por corregir también eventuales errores propios, vistiendo a menudo el hábito del investigador más que el de mero testigo —como en el extraordinario *Informe* de 1945, dedicado a los compañeros que participaron en la letal marcha de evacuación

desde Auschwitz—, permitió a Primo Levi, por lo tanto, conquistar verdades cada vez más nítidas. Pero eso no es todo; este libro en particular, por el sesgo de los textos que lo componen, ofrece a sus lectores otra importante oportunidad: la de darles indicaciones para establecer el peso respectivo que, al hablar de la memoria, puede atribuirse a adjetivos tan irreconciliables en apariencia como los propuestos en *Los hundidos y los salvados*, «maravillosa» y «falaz».

F. L. – D. S.

ASÍ FUE AUSCHWITZ

INFORME SOBRE LA ORGANIZACIÓN HIGIÉNICO-SANITARIA DEL CAMPO DE CONCENTRACIÓN PARA JUDÍOS DE MONOWITZ (AUSCHWITZ – ALTA SILESIA)

A través de documentos fotográficos y de los ya numerosos testimonios proporcionados por exreclusos en los distintos campos de concentración creados por los alemanes para el aniquilamiento de los judíos de Europa, es probable que no haya nadie que desconozca a estas alturas lo que fueron esos lugares de exterminio y las atrocidades que se perpetraron allí. Sin embargo, con el fin de dar a conocer mejor los horrores, de los que nosotros también fuimos testigos y frecuentemente víctimas durante el periodo de un año, creemos conveniente hacer pública en Italia una relación, que presentamos al Gobierno de la URSS, a petición del comando ruso del campo de concentración de Katowice para exprisioneros italianos. En aquel campo estuvimos albergados nosotros también, tras nuestra liberación por parte del Ejército Rojo hacia finales de enero de 1945. Añadimos aquí, a esa relación, algunos datos de carácter general, ya que nuestro informe de entonces debía ceñirse exclusivamente al funcionamiento de los servicios sanitarios del campo de Monowitz. Informes similares fueron requeridos por el Gobierno de Moscú a todos aquellos médicos de distintas nacionalidades, que, procedentes de otros campos, habían sido asimismo liberados.

* * *

Partimos del campo de concentración de Fossoli di Carpi

(Módena) el 22 de febrero de 1944 con un convoy de seiscientos cincuenta judíos de ambos sexos y de todas las edades. El mayor sobrepasaba los ochenta años, el más joven era un lactante de tres meses. Muchos estaban enfermos, y algunos de forma grave: un anciano de setenta años, que había sufrido una hemorragia cerebral pocos días antes de la salida, fue obligado a montar de todas formas en el tren y murió durante el viaje.

El tren estaba compuesto exclusivamente por vagones de ganado, que se cerraban desde el exterior; en cada vagón se hacinaban más de cincuenta personas, la mayoría de las cuales habían traído consigo cuantas maletas les había sido posible cargar, porque un subteniente alemán, destinado al campo de Fossoli, nos había sugerido, con el aire de quien da un consejo desinteresado y afectuoso, que nos procuráramos muchas prendas de vestir gruesas —jerséis, mantas, abrigos de piel— porque nos iban a llevar a países de clima más rígido que el nuestro. Y había añadido, con una sonrisilla benévola y guiñando irónico un ojo, que si alguien disponía de dinero o joyas ocultas, lo mejor era que se lo llevara también, que allí nos sería de indudable utilidad. La mayoría de los desplazados cayeron en la trampa, siguiendo un consejo que escondía una vulgar trampa; otros, muy pocos, prefirieron confiar sus pertenencias a algunos civiles que tenían acceso libre al campo; otros, por último, que en el momento de su detención no habían tenido tiempo de proveerse de ropa de repuesto, partieron únicamente con la ropa que llevaban encima.

El viaje desde Fossoli a Auschwitz duró exactamente cuatro días; y fue muy penoso, sobre todo a causa del frío; este era tan intenso, especialmente durante las horas nocturnas, que las tuberías metálicas que discurrían por el interior de los vagones aparecían por la mañana cubiertas de hielo, debido a la condensación del vapor de agua de nuestro aliento. Otro tormento era el de la sed, que no podíamos apagar más que con la nieve recogida en la única parada diaria, cuando el convoy se detenía en campo

abierto y a los viajeros se nos permitía bajar de los vagones, bajo la estrechísima vigilancia de numerosos soldados, listos, con sus subfusiles siempre apuntándonos, a disparar contra el primero que hiciera ademán de alejarse del tren.

Durante esas breves paradas era cuando se procedía, vagón por vagón, a la distribución de los víveres: pan, mermelada y queso; nunca agua ni bebida alguna. Las posibilidades de dormir quedaban reducidas a lo mínimo, puesto que la cantidad de maletas y de fardos que nos estorbaban en el suelo no permitían a nadie colocarse en una posición cómoda o propicia para el descanso; cada viajero tenía que conformarse con permanecer acuclillado de la mejor manera posible en un espacio diminuto. El piso de los vagones estaba siempre mojado y nadie se había preocupado por recubrirlo siquiera con un poco de paja.

Nada más llegar el tren a Auschwitz (eran aproximadamente las 21 horas del 26 de febrero de 1944), los vagones fueron desalojados rápidamente por numerosos SS, armados con pistolas y provistos de porras; los viajeros se vieron obligados a amontonar maletas, hatillos y mantas junto al tren. La comitiva fue enseguida dividida en tres grupos: uno de hombres jóvenes y aparentemente válidos, del que formaban parte noventa y cinco personas; un segundo de mujeres, incluso jóvenes —grupo exiguo, compuesto tan solo de veintinueve personas—, y un tercero, el más numeroso de todos, con niños, inválidos y ancianos. Y, mientras los dos primeros se encaminaban por separado hacia diferentes campos, hay razones para creer que el tercero fue conducido directamente a las cámaras de gas de Birkenau y sus miembros asesinados esa misma noche.

El primer grupo fue llevado a Monowitz, donde se levantaba un campo de concentración dependiente administrativamente de Auschwitz, del que distaba unos ocho kilómetros, construido hacia mediados de 1942 con el fin de suministrar mano de obra para la construcción del complejo industrial Buna-Werke, dependiente de IG Farbenindustrie. Albergaba de 10.000 a 12.000 prisioneros, por más que su capacidad normal no fuera más que de

7.000-8.000 hombres. La mayor parte de estos eran judíos de todas las nacionalidades de Europa, mientras que una exigua minoría estaba compuesta por criminales alemanes y polacos, así como «presos políticos» polacos y «saboteadores».

El complejo Buna-Werke, destinado a la producción a gran escala de caucho sintético, de gasolina sintética, de colorante y otros subproductos del carbón, ocupaba un área rectangular de alrededor de 35 kilómetros cuadrados. Una de las entradas a esta zona industrial, toda ella circundada por una elevada valla de alambre de espino, se hallaba a pocos centenares de metros del campo de concentración de los judíos, mientras que, a poca distancia de este y pegado a las lindes de la zona industrial, se levantaba un campo de concentración para prisioneros de guerra británicos y, más distantes, había otros campos para trabajadores civiles de diferentes nacionalidades. Añádase, dicho sea de paso, que el ciclo de producción de la Buna-Werke no llegó a iniciarse nunca: la fecha de apertura, fijada en un principio para agosto de 1944, fue posponiéndose gradualmente a causa de los bombardeos aéreos y de los sabotajes de los obreros civiles polacos, hasta la evacuación del territorio por parte del ejército alemán.

Monowitz, por lo tanto, era un típico Arbeitslager: cada mañana, toda la población del campo —excepto los enfermos y el escaso personal asignado al trabajo interno— desfilaba, alineada en perfecto orden, al compás de una banda que tocaba marchas militares y alegres cancioncillas, para dirigirse a sus lugares de trabajo, que en el caso de algunas cuadrillas distaban hasta seis o siete kilómetros: el camino se recorría a paso ligero, casi a la carrera. Todos los días, antes de la salida hacia el trabajo y después del regreso de este, se llevaba a cabo la ceremonia del pase de lista en una plaza del campo, donde todos los prisioneros tenían que permanecer rígidamente formados entre una y tres horas, hiciera el tiempo que hiciera.

Nada más llegar al campo, el grupo de noventa y cinco hombres fue conducido al pabellón de desinfecciones,

donde todos sus componentes fueron obligados raudamente a desnudarse y sometidos después a una completa y minuciosa depilación: el pelo, la barba y cualquier otro vello cayeron rápidamente bajo la acción de tijeras, navajas y maquinillas. A continuación fueron introducidos en la cámara de las duchas y encerrados allí hasta la mañana siguiente. Cansados, hambrientos, sedientos, adormilados, estupefactos por lo que ya habían visto e inquietos por su inmediato futuro, pero especialmente preocupados por la suerte de sus seres queridos, de los que habían sido separados repentina y brutalmente unas horas antes, con el alma atormentada por oscuros y trágicos presentimientos, tuvieron que pasar toda la noche de pie, con las extremidades metidas en el agua que, goteando desde las tuberías, corría por el suelo. Finalmente, a eso de las seis de la mañana siguiente, fueron sometidos a una friega general con una solución de lisol y después a una ducha de agua caliente; a continuación se les entregaron las vestimentas del campo, y para que se las pusieran se les condujo a otra gran sala, a la que tuvieron que acceder por fuera del pabellón, saliendo desnudos a la nieve y con el cuerpo todavía húmedo por la reciente ducha.

El equipamiento de los prisioneros de Monowitz en la temporada invernal estaba compuesto por una chaqueta, un par de pantalones, un gorro y un abrigo de paño a rayas; una camisa, un par de calzoncillos de tela y un par de trapos para los pies; un jersey y un par de botas con suela de madera. Era evidente que muchos de los trapos para los pies y de los calzoncillos habían sido confeccionados con algún *taled* —el manto sagrado con el que los judíos acostumbran a taparse durante las oraciones— hallado en las maletas de algunos deportados y utilizado de tal guisa en señal de desprecio.

Ya en abril, cuando el frío, aunque algo mitigado, aún no había desaparecido, los indumentos de paño y los jerséis eran retirados y los pantalones y las chaquetas reemplazados por prendas similares de tela, a rayas también; y solo hacia finales de octubre volvían a

distribuirse las prendas invernales. Ello, sin embargo, dejó de ocurrir en el otoño del 44, porque las prendas y abrigos de paño habían alcanzado sus extremas posibilidades de ser reutilizados, de modo que los prisioneros tuvieron que afrontar el invierno 44-45 con ropas de tela, igual que durante los meses de verano; solo una exigua minoría recibió algunas ligeros impermeables de gabardina o un jersey.

Estaba severamente prohibido poseer recambios de prendas o de ropa interior, de modo que resultaba prácticamente imposible lavar camisas o pantalones: estas prendas eran cambiadas imperativamente a intervalos de treinta, cuarenta o cincuenta días, según su disponibilidad y sin posibilidad de elección; la ropa interior nueva no estaba limpia, sino que simplemente había sido desinfectada mediante vapor, ya que no existía lavandería en el campo. Se trataba en su mayor parte de calzoncillos cortos de tela y de camisas, también de tela o algodón, a menudo sin mangas, prendas de aspecto repugnante a causa de sus numerosas manchas de todo tipo, a menudo reducidas a harapos; a veces, en su lugar, algunos recibían la chaqueta o los pantalones de un pijama o incluso alguna pieza de ropa interior femenina. Las repetidas desinfecciones deterioraban los tejidos, eliminando su resistencia. Todo este material representaba la ropa de más baja calidad requisada a los componentes de los distintos convoyes que llegaban continuamente, como es sabido, al centro de Auschwitz procedentes de cualquier rincón de Europa. Abrigos, chaquetas y pantalones, tanto en verano como en invierno, eran distribuidos en un estado de conservación increíblemente malo, llenos de remiendos e impregnados de suciedad (barro, aceite de maquinaria, pintura). Los prisioneros estaban obligados a realizar personalmente las oportunas reparaciones, sin que esto significara que se les distribuyera hilo o agujas. Un cambio solo se obtenía con enormes dificultades y cuando todo intento de arreglo era manifiestamente imposible. Los trapos para los pies no se cambiaban en absoluto, y su renovación quedaba a

iniciativa de cada individuo. Estaba prohibido poseer pañuelos o cualquier otro andrajo.

Las botas se fabricaban en un taller especial existente en el campo; las suelas de madera se clavaban a empellas de cuero o de imitación de cuero o de tela y goma procedentes del calzado de peor calidad sacado de los convoyes que llegaban. Cuando estaban en buenas condiciones, constituían una defensa aceptable contra el frío y la humedad, pero eran absolutamente inadecuadas para las marchas, aunque fueran cortas, y provocaban abrasiones en la piel de los pies. Podía considerarse afortunado aquel que entraba en posesión de unas botas del tamaño adecuado y emparejadas. Cuando se estropeaban, eran reparadas innumerables veces, más allá de todo límite razonable, de modo que rarísima vez se veían zapatos nuevos y los más comúnmente distribuidos no duraban más de una semana. No se entregaban cordones de zapatos, que cada individuo se encargaba de sustituir por cuerdecillas hechas con trozos de papel trenzados o cable eléctrico, cuando era posible encontrarlo.

El estado higiénico-sanitario del campo parecía a primera vista realmente bueno: los callejones y los paseos que separaban los diferentes «bloques» estaban bien cuidados y limpios, en la medida que lo permitía la superficie fangosa del firme; el exterior de los «bloques», de madera, estaba bien pintado y los suelos interiores se barrían y fregaban minuciosamente cada mañana, con las llamadas «literas» de tres pisos en perfecto orden y las mantas de los jergones bien estiradas y alisadas. Pero todo eso no era más que apariencia, y la sustancia muy diferente: en efecto, en los «bloques», que normalmente tendrían que haber dado cabida a entre ciento cincuenta y ciento setenta personas, siempre se hacinaban no menos de doscientas, y a menudo hasta doscientas cincuenta, por lo que casi en cada cama tenían que dormir dos personas. En estas condiciones, la cubicación del dormitorio era ciertamente inferior al mínimo requerido por las exigencias de la respiración y de la hematosis. Los camastros estaban provistos de una

especie de jergones, más o menos rellenos de virutas de madera, casi reducidas a polvo por el prolongado uso, y de dos mantas. Aparte del hecho de que estas nunca se cambiaban ni eran objeto de desinfección alguna, excepto en raras ocasiones y por motivos excepcionales, en su mayor parte se hallaban en un pésimo estado de conservación: desgastadas por el larguísimo uso, desgarradas, cubierta por manchas de todas clases. Únicamente los camastros más a la vista estaban dotados de mantas más decentes y casi limpias e incluso a veces bonitas: se trataba de los camastros de los niveles inferiores y más cercanos a la puerta de entrada.

Como es natural, estas camas estaban reservadas para los pequeños «jerarcas» del campo: jefes de cuadrilla y sus asistentes, ayudantes del jefe del bloque o simplemente amigos de los unos o de los otros.

Así se explica la impresión de limpieza y de orden y de higiene que recibía quien, entrando en un dormitorio por primera vez, recorriera el interior con una mirada superficial. En los armazones de las «literas», en las vigas de carga, en los tablones de los camastros vivían miles de chinches y de pulgas que hacían pasar noches insomnes a los prisioneros; ni siquiera la desinfección de los dormitorios con vapores de ácido azothídrico, practicada cada tres o cuatro meses, bastaba para eliminar a aquellos huéspedes, que seguían vegetando y multiplicándose casi imperturbables.

En cambio, contra los piojos se llevaba a cabo una lucha sin cuartel, con el fin de prevenir los brotes epidémicos de tifus exantemático: cada noche, al regresar de trabajo y con mayor rigor el sábado por la tarde (dedicado entre otras cosas al afeitado del cabello, de la barba y a veces también del resto del vello), se practicaba el llamado «control de los piojos». Todos los prisioneros tenían que desnudarse y someter sus ropas al minucioso examen del personal especializado; y, en el caso de que se hallara aunque no fuera más que un piojo en la camisa de un deportado, todas las prendas personales de todos los

inquilinos del dormitorio eran enviadas inmediatamente a la desinfección y los hombres sometidos a la ducha, previa friega de lisol. Luego tenían que pasarse desnudos toda la noche hasta las primeras horas de la mañana, cuando sus ropas les eran devueltas desde el barracón de desinfección, impregnadas aún de humedad.

Sin embargo, nunca se adoptó ninguna otra medida para la profilaxis de las enfermedades infecciosas, que desde luego no faltaban: tifus y escarlatina, difteria y varicela, sarampión, erisipela, etcétera, sin contar las numerosas afecciones cutáneas contagiosas, como epidermoficia, impétigo, sarna. Resulta de lo más sorprendente que con tanta dejadez en las normas higiénicas, y la extrema promiscuidad, no estallaran epidemias de rápida propagación.

Una de la mayores posibilidades de transmisión de enfermedades infecciosas se sustentaba en el hecho de que buena parte de los presos no contara con escudilla o cuchara, por lo que era corriente que tres o cuatro personas se vieran obligadas a comer sucesivamente en el mismo recipiente o con el mismo cubierto, sin tener la oportunidad de lavarlos.

La comida, en cantidad insuficiente, era de deplorable calidad. Se nos proporcionaba tres veces: por la mañana, nada más despertar, se distribuían 350 gramos de pan cuatro veces a la semana y 700 gramos tres veces a la semana, es decir, un promedio diario de 500 gramos —cantidad razonable, de no ser porque el propio pan contenía indiscutiblemente gran cantidad de escorias, entre las cuales, muy visible, serrín—; además, también por la mañana, veinticinco gramos de margarina con unos veinte gramos de salchichón o una cucharadita de mermelada o requesón. La margarina se distribuía solo seis días a la semana; más tarde, su distribución se redujo a tres días. A mediodía, los deportados recibían un litro de sopa de nabo o de repollo, absolutamente insípida por su carencia de cualquier clase de condimento, y por la noche, al terminar el trabajo, otro litro de una sopa un poco más consistente,

con algunas patatas o, a veces, con guisantes y garbanzos, pero que también carecía de condimentos grasos. En algunas raras ocasiones podían encontrarse algunas hebras de carne. Como bebida, por la mañana y por la noche se distribuía medio litro de una infusión de sucedáneo de café, no azucarada; solo los domingos se endulzaba con sacarina. Monowitz carecía de agua potable; la que fluía en los lavabos solo podía ser utilizada para uso externo, al ser de procedencia fluvial y llegar al campo sin filtrar ni esterilizar y por lo tanto altamente sospechosa: su aspecto era límpido, por más que al acumularse revelara un color amarillento; con un sabor entre metálico y sulfuroso.

Los prisioneros estaban obligados a ducharse dos o tres veces por semana. Estos lavacros, sin embargo, no bastaban para mantener limpio el cuerpo, puesto que la cantidad de jabón que se distribuía era excesivamente parca: una sola vez al mes recibíamos una pastilla de jabón de 50 gramos, de pésima calidad. Se trataba de un pedazo de forma rectangular, muy duro, desprovisto de sustancias grasas y en cambio con exceso de arena, que no producía espuma y se desmenuzaba con extrema facilidad, por lo que después de un par de baños se había consumido totalmente. Tras el baño no había posibilidad de restregarse el cuerpo, o de secarse, porque no teníamos toallas; de este modo, al salir del baño, había que correr desnudos, fuera cual fuera la época del año, fuesen cuales fuesen las condiciones atmosféricas, meteorológicas o de temperatura, hasta los respectivos «bloques» donde estaban depositadas nuestras ropas.

Las tareas a las que se destinaba a la gran mayoría de los presos eran las propias del peonaje, todas agotadoras, nada adecuadas para las condiciones físicas y la capacidad de los condenados; muy pocos de ellos fueron empleados en trabajos que tuvieran cierta afinidad con la profesión u oficio ejercidos durante su vida civil. De este modo, ninguno de los abajo firmantes pudo trabajar nunca en el hospital o en el laboratorio químico de la Buna-Werke, sino que ambos se vieron obligados a seguir la suerte de sus

compañeros y someterse a esfuerzos superiores a sus fuerzas, ya fuera excavando con pico y pala, ya descargando carbón o sacos de cemento, o en otras modalidades, todas ellas extenuantes; trabajos que naturalmente se llevaban a cabo al aire libre, en invierno y en verano, bajo la nieve, bajo la lluvia, expuestos al sol y al viento, sin la protección de una vestimenta adecuada contra las bajas temperaturas y la intemperie. Tales trabajos, además, debían ser realizados siempre a un ritmo apresurado, sin descanso alguno, excepto durante la hora —desde las doce hasta la una— destinada a la comida del mediodía: ¡pobre del que fuera sorprendido inactivo o en actitud indolente durante las horas de trabajo!

Por la rápida descripción que hemos hecho de las modalidades de vida en el campo de concentración de Monowitz podemos deducir con facilidad cuáles eran las enfermedades más frecuentes que aquejaban a los presos y sus causas. Pueden clasificarse en los siguientes grupos:

1) enfermedades distróficas;
2) enfermedades del tracto gastrointestinal;
3) enfermedades respiratorias;
4) enfermedades infecciosas generales y cutáneas;
5) enfermedades abordables quirúrgicamente;
6) enfermedades relacionadas con el trabajo.

Enfermedades distróficas. Si desde un punto de vista cuantitativo, como hemos visto, la alimentación era notablemente inferior a las necesidades básicas, en términos cualitativos estaba desprovista de dos importantes factores: carecía de grasas y, sobre todo, de proteínas animales, a excepción de los míseros veinte o veinticinco gramos de salchichón que se nos suministraban dos o tres veces a la semana. Además faltaban vitaminas. No es de extrañar que tales y tantas carencias alimentarias fueran la base de partida de esas distrofias que afectaban prácticamente a todos los prisioneros desde las primeras semanas de su estancia en el campo. Todos perdían peso con mucha

rapidez, en efecto, y la mayor parte presentaban edemas cutáneos, localizados principalmente en las extremidades inferiores, sin que faltaran, además, edemas en la cara. Del mismo modo, a esas distrofias hay que atribuir la facilidad con la que se contraían diferentes infecciones, sobre todo las que afectaban al aparato cutáneo, y su tendencia a convertirse en crónicas. Así, determinadas erosiones de la piel de los pies, directamente causadas por el calzado, antifisiológico por forma y tamaño; forúnculos, muy frecuentes y numerosos en el mismo sujeto; úlceras crónicas de las piernas, igualmente frecuentes; flemones, etcétera: ninguna de ellas mostraba tendencia a la mejoría, sino que se convertían en llagas tórpidas, de fondo lardáceo, con interminables supuraciones seropurulentas, y en ocasiones con exuberancia de granulación gris amarillenta, que no se conseguía avivar ni siquiera con pinceladas de nitrato de plata. Y, por último, una parte no despreciable de las diarreas, que afectaban a casi todos los deportados, puede atribuirse también a la distrofia alimentaria. Así se explica que los deportados perdieran rápidamente las fuerzas, en cuanto la fusión del panículo adiposo iba acompañada por la estabilización de una aguda atrofia de los tejidos musculares.

Llegados a este punto hemos de recordar las vitaminas: por lo que hemos referido hasta aquí, parece obvio que los síndromes de avitaminosis —y en especial la carencia de vitamina C y de vitamina B— eran frecuentes. En cambio, no tenemos constancia de casos comprobados de escorbuto o polineuritis, al menos en su forma típica y completa; y lo creemos relacionado con el hecho de que el periodo medio de vida para la mayoría de los presos era demasiado corto como para que el cuerpo tuviera tiempo de manifestar signos clínicos evidentes de padecimiento por la carencia de esas vitaminas.

Enfermedades del tracto gastrointestinal. Dejamos a un lado aquí ciertas enfermedades que afectaban a muchos prisioneros pero que no estaban en relación directa con las condiciones de vida en el campo; tal como hipo e

hiperclorhidria, úlceras gastroduodenales, apendicitis, enterocolitis, enfermedades hepáticas. Nos limitaremos a recordar que tales estados patológicos, que muchos deportados presentaban ya antes de su llegada a Monowitz, se agravaban o derivaban en recaídas, incluso en casos previamente curados. Preferimos recordar más bien la diarrea, que ya hemos mencionado en el párrafo anterior, tanto por su difusión como por la gravedad de su evolución, que a menudo llevaba rápidamente a la muerte. Por lo general, se manifestaba de repente, precedida en ocasiones por trastornos dispépticos, de resultas de alguna causa ocasional, que representaba el factor determinante accidental, como, por ejemplo, una exposición prolongada al frío o la ingestión de alimentos en mal estado (a veces el pan estaba mohoso) o de difícil digestión. Cabe recordar a tal propósito que muchos presos, para calmar los retortijones del hambre, se comían mondas de las patatas, hojas crudas de col, patatas y nabos podridos que recogían de la basura de las cocinas. Pero es probable que en el origen de las diarreas severas hubiera otros muchos factores, y en particular dos, dependientes entre sí: una dispepsia crónica y la consecuente distrofia alimenticia. Los afectados presentaban numerosas evacuaciones alvinas —desde un mínimo de cinco o seis hasta veinte y tal vez más al día— líquidas, precedidas y acompañadas por agudos dolores abdominales, muy ricas en mucosidad, a veces acompañadas de sangre. Había quien conservaba el apetito, pero en la mayoría de los casos los pacientes presentaban una anorexia persistente, por lo que se negaban a alimentarse: estos eran los casos más graves que evolucionaban rápidamente hacia un desenlace fatal. Otro síntoma era el de una constante e intensa sed. Si la enfermedad mostraba signos de remisión, el número de evacuaciones disminuía, reduciéndose a dos o tres al día, mientras que la consistencia de la materia fecal se modificaba, transformándolos en pultácea. De esta enfermedad diarreica los pacientes salían siempre muy maltrechos, con un considerable empeoramiento de su

estado general y con una pronunciada apariencia de adelgazamiento debida a la importante deshidratación de los tejidos. La cura, estandarizada, era doble: alimenticia y medicinal. Tras ingresar en el hospital, los enfermos eran sometidos a ayuno absoluto durante un plazo de veinticuatro horas, después del cual recibían una alimentación especial, hasta que sus condiciones mejoraban ostensiblemente, es decir, hasta que disminuía el número de descargas y las heces se volvían pultáceas, con lo que el pronóstico de la enfermedad se volvía claramente favorable. Ese régimen alimenticio consistía en la supresión de la ración de salchichón y de la sopa del mediodía; además, el pan negro era sustituido por pan blanco y la sopa vespertina por una sémola dulce, bastante consistente. Los médicos aconsejaban asimismo a los enfermos que bebieran poco líquido o, mejor, que no bebieran en absoluto, aunque la cantidad de café por la mañana y por la noche no se redujera imperativamente. La cura medicinal se basaba en el suministro de tres o cuatro comprimidos de tanalbina y de otros tantos de carbón *pro die*; en los casos más graves a los enfermos se les administraban también cinco gotas (!) de tintura de opio junto con unas cuantas gotas de pentilenotetrazol.

Enfermedades respiratorias. La exposición cotidiana y prolongada al frío y a la intemperie, contra los que los presos no contaban con protección alguna, y a la humedad explican la frecuencia de las enfermedades reumáticas que afectaban al sistema respiratorio y a las articulaciones, de las neuralgias y de los casos de congelamiento.

Bronquitis, neumonías, bronconeumonías estaban, podría decirse, a la orden del día incluso durante el periodo veraniego, pero, como es natural, arreciaban especialmente durante el invierno, el otoño y la primavera. Eran tratadas de una manera muy simple: compresas frías en el tórax, algunos comprimidos antipiréticos y, en los casos más graves, sulfamidas en dosis absolutamente insuficientes; como añadido, un poco de pentilenotetrazol. Contra las neuralgias —eran especialmente frecuentes el lumbago y la

ciática— y contra las artritis, los pacientes eran sometidos a radiación térmica; contra los congelamientos no se practicaba cura alguna, más que la amputación de la parte enferma cuando la congelación era de cierta gravedad.

Enfermedades infecciosas. Las de manifestación más frecuente eran enfermedades exantemáticas, y en particular escarlatina, varicela, difteria y erisipela. Se presentaban también ocasionalmente casos de fiebres tifoideas. Quienes se veían aquejados por alguna de estas enfermedades eran ingresados en un pabellón de aislamiento, pero de manera promiscua, es decir, sin que hubiera separación alguna entre los enfermos de las diferentes formas morbosas. Resultaba pues muy fácil que un paciente, que había entrado en la enfermería con una determinada infección, contrajera otra allí; sobre todo teniendo en cuenta que ni las mantas de las camas ni los cuencos en los que se distribuía la sopa se desinfectaban nunca. La escarlatina y la erisipela se combatían con sulfamidas, pero suministradas siempre en dosis reducidas; los diftéricos eran abandonados a su suerte por la carencia absoluta de suero y su cuidado se limitaba a gargarismos de una solución muy diluida de quinosol y al suministro de algún comprimido de panflavina. Resulta evidente por qué la mortalidad por difteria alcanzaba el ciento por ciento, ya que quienes lograban superar su fase aguda sucumbían más adelante por parálisis cardíaca, o por alguna complicación distinta o por la superposición de otra variedad infecciosa.

En cuanto a la sífilis, la tuberculosis y la malaria no podemos aportar datos acerca de su frecuencia, puesto que sifilíticos, tuberculosos y palúdicos —estos últimos incluso aunque se hubieran curado hacía tiempo y fueran accidentalmente descubiertos por una incauta confesión— eran enviados sin vacilar a Birkenau y eliminados allí en las cámaras de gas. ¡No puede negarse que se trataba de un método profiláctico radical!

En lo que atañe a los tegumentos, eran bastante corrientes las infecciones de todas clases, pero particularmente los forúnculos y abscesos —que como ya

hemos referido tenían una evolución siempre muy prolongada y sujeta a recaídas, con múltiples localizaciones simultáneas—, las foliculitis de la barba y la tiña. Respecto a los primeros, se practicaban únicamente curas quirúrgicas, con incisión y drenaje de los brotes, sin posibilidad de practicar estimuloterapia con tratamientos de vacunoterapia o quimioterapia: solo en los casos más obstinados los pacientes eran sometidos a autohemoterapia. Respecto a los segundos, la foliculitis y la tiña, no existían recursos específicos y faltaba sobre todo el yodo. El rostro de los enfermos se embadurnaba con algunas de las pomadas disponibles, cuyo efecto terapéutico era poco menos que nulo. Ante la cada vez mayor difusión de estas dermatosis, se acabó adoptando medidas profilácticas por un lado, tales como la prohibición de que los enfermos se afeitaran la barba para evitar transmitir la infección a través de maquinillas de afeitar y cepillos, y por otro se procedió a intensificar las curas, sometiendo a los pacientes a radiaciones ultravioletas. Los casos más graves de foliculitis eran trasladados temporalmente al hospital de Auschwitz para ser sometidos a roentgenterapia.

En lo que atañe a la piel debemos mencionar además la propagación de la sarna, que se curaba con una friega diaria de mitigal en un pabellón especial, donde los enfermos ingresaban únicamente al final de la jornada para pasar la noche, mientras que durante el día debían continuar regularmente con su trabajo en la cuadrilla a la que pertenecían; es decir, no existía un *Kommando* especial para sarnosos, al que los afectados pudieran ser asignados mientras durara su enfermedad; por lo tanto, al seguir trabajando entre individuos aún no infectados, los contagios eran muy frecuentes debido al uso compartido de herramientas y al estrecho contacto de la vida en común.

Enfermedades abordables quirúrgicamente. Tampoco en este caso nos detendremos en aquellas afecciones que requerían intervenciones quirúrgicas, pero que no guardaban relación de dependencia con la vida en el campo. Nos limitaremos a referir que se practicaban con

regularidad operaciones incluso de alta cirugía, predominantemente abdominales, como gastroenteroanastomosis para úlceras gastroduodenales, apendicetomías, resecciones costales de empiemas, y así sucesivamente; al igual que intervenciones ortopédicas para fracturas y dislocaciones. Si las condiciones generales del paciente no ofrecían garantías suficientes de resistencia al trauma operatorio, se le practicaba, antes de la intervención, una transfusión de sangre; estas se realizaban también para combatir desde anemias secundarias hasta hemorragias severas causadas por úlceras gástricas o traumas accidentales. Los donantes se reclutaban entre algunos deportados recién llegados y todavía en buenas condiciones generales; la donación de sangre era voluntaria y el donante era premiado con quince días de descanso en el hospital, durante los cuales recibía una alimentación especial. Por lo tanto, los voluntarios para donar siempre eran numerosos.

No tenemos constancia alguna —y de hecho creemos poder excluirlo— de que se practicaran en el hospital de Monowitz operaciones con fines de investigación científica, como se realizaron a gran escala en otros campos de concentración. Sabemos, por ejemplo, que en Auschwitz había una dependencia del hospital destinada a investigaciones sobre los efectos de la castración y el subsiguiente injerto de las glándulas heterosexuales.

El quirófano estaba razonablemente dotado de instrumental, al menos en lo necesario para las intervenciones que allí se realizaban; sus paredes estaban recubiertas de azulejos blancos lavables; había una mesa de operaciones articulada, de un modelo algo antiguo, pero en buen estado aún y que permitía colocar al paciente en las principales posiciones operatorias; tenía una estufa eléctrica para la esterilización de los instrumentos, algunos reflectores móviles y una gran lámpara central fija que proporcionaban iluminación. En una pared, detrás de un biombo de madera, estaban situados unos lavabos con agua corriente fría y caliente para que el cirujano y sus

ayudantes pudieran lavarse las manos.

En cuanto a la cirugía aséptica, recordamos que se operaban regularmente incluso las hernias, a petición de los enfermos, por lo menos hasta mediados de la primavera de 1944; a partir de entonces, estas intervenciones quedaron suspendidas —a excepción de los rarísimos casos de hernias estranguladas— aunque se tratara de hernias voluminosas que dificultaran realmente el trabajo. Se tomó esta decisión ante la hipótesis de que los enfermos se sometieran a la intervención con el objetivo de asegurarse un mes de descanso en el hospital.

Las intervenciones más frecuentes eran las de los flemones, que se realizaban en un pabellón determinado de cirugía séptica. Los flemones constituían, junto con las diarreas, uno de los capítulos más importantes de la patología específica del campo de concentración. Se localizaban principalmente en las extremidades inferiores, y era más rara su presencia en otras zonas. Por lo general, podía localizarse su origen en alguna lesión cutánea de los pies, provocada por el calzado; erosiones superficiales al principio y de extensión limitada, que se infectaban y se agrandaban con infiltraciones periféricas y profundas o que provocaban infiltraciones metastásicas a cierta distancia. Pero en ocasiones no resultaba posible localizar el punto de acceso de los agentes patógenos; la infiltración de los tejidos blandos se producía sin que pudiera detectarse ninguna lesión cutánea próxima o alejada: se trataba con toda probabilidad de una localización de gérmenes que arrancaban de algún foco y eran transportados por la corriente hemática. A los enfermos se les operaba rápidamente con múltiples y generosas incisiones; pero la posterior evolución de las lesiones era siempre muy larga y las incisiones, incluso cuando la supuración se detenía, no mostraban tendencia a la cicatrización. El tratamiento postoperatorio consistía en meros drenajes de las heridas quirúrgicas; no se recurría a terapia alguna para estimular las defensas del organismo. De este modo, eran continuas las recaídas y, por lo tanto, frecuentes las intervenciones

«en serie» en el mismo individuo para abrir y drenar las bolsas de pus, que se formaban en la periferia de las incisiones anteriores; cuando el proceso de curación daba por fin señales de clara mejoría, a los enfermos se les daba de alta en el hospital, por mucho que sus heridas no estuvieran todavía del todo cicatrizadas, y debían volver al trabajo; la medicación ulterior se les proporcionaba de forma ambulatoria. Es lógico que la mayor parte de los pacientes dados de alta en condiciones semejantes tuvieran que volver al hospital al cabo de pocos días, fuera por recaídas localizadas, fuera por la formación de nuevos brotes en otros lugares.

También eran muy frecuentes las otitis extremas, que derivaban en un porcentaje singularmente alto en complicaciones mastoideas; también estas eran operadas regularmente por el especialista otorrinolaringólogo.

El tratamiento de las infecciones cutáneas se basaba en el uso de cuatro pomadas, empleadas sucesivamente de forma estandarizada, según la evolución de las lesiones. En un primer momento, en el estadio de infiltración, la lesión y la piel circundante eran recubiertas con una pomada de ictiol con finalidad resolutiva; más tarde, una vez que se producía la fusión y se abría el brote, se recubría la parte inferior con una pomada de colargol, con finalidad desinfectante; hasta que, una vez cesada o en buena medida disminuida la supuración, se empleaba una pomada de pelidol como cicatrizante y, por último, otra al óxido de zinc, como epitelizante.

Enfermedades relacionadas con el trabajo. Dado el particular uso de las masas en trabajos de peonaje, no nos consta que se hayan manifestado enfermedades profesionales específicas, si se excluyen las intervenciones quirúrgicas por accidentes, es decir, contusiones, fracturas y dislocaciones; pero podemos hacer referencia a un caso del que sí tuvimos conocimiento.

En determinado periodo —agosto de 1944—, los hombres destinados al llamado «comando químico» fueron empleados en la reordenación de un almacén que contenía

sacos de una sustancia de naturaleza fenólica. Desde el primer día de tarea, esa sustancia, en forma de polvo fino, se adhirió al rostro y a las manos de los trabajadores, donde la retuvo el sudor; la posterior exposición al sol provocó en todos ellos al principio una intensa pigmentación de las partes expuestas, acompañada de un ardor intenso y, más tarde, una extensa descamación en anchas tiras. A pesar de que la capa epidérmica nueva, que se veía expuesta al agente infectivo, presentase una sensibilidad particularmente dolorosa, el trabajo continuó durante veinte días sin que se adoptara ninguna medida de protección. Y aunque todos los hombres de ese comando —unos cincuenta— se vieran afectados por esta dolorosa dermatitis, ninguno de ellos fue ingresado en la enfermería.

* * *

Una vez pasada revista a las enfermedades más frecuentes en el campo de Monowitz y a sus causas, debemos confesar que no nos resulta posible referir datos más precisos en cifras absolutas ni relativas sobre la frecuencia de su manifestación, puesto que ninguno de nosotros tuvo nunca la posibilidad de entrar en el hospital más que como enfermos. Cuanto hemos escrito y cuanto diremos es el fruto de nuestra observación cotidiana y de las noticias que de manera más o menos accidental han llegado a nuestro conocimiento, conversando con los compañeros, con los médicos y con el personal de enfermería, con quienes manteníamos relaciones de trato superficial o de amistad.

El hospital del campo había sido creado solo unos meses antes de nuestra llegada a Monowitz, que se produjo a finales de febrero de 1944. Antes de ese momento no había servicio sanitario alguno y los enfermos no tenían la menor posibilidad de tratamiento, sino que se veían obligados a trabajar de todas formas cada día hasta que caían exhaustos en el trabajo. Como es natural, casos así eran muy frecuentes. Ocurría por entonces que la constatación de la muerte se efectuaba mediante un singular sistema: los encargados eran dos individuos,

ninguno de ellos médico, que, armados con vergajos, se dedicaban de apalear durante unos minutos al caído. Si este no reaccionaba con movimiento alguno, se le daba por muerto y su cuerpo era transportado inmediatamente al crematorio; si por el contrario se movía, eso quería decir que no estaba muerto, y por lo tanto, se le obligaba a reanudar el trabajo interrumpido.

Más tarde se creó el primer núcleo de un servicio médico con el establecimiento de un ambulatorio, donde cualquiera que se sintiera enfermo podía presentarse para ser reconocido; sin embargo, si los médicos no lo refrendaban, era inmediatamente castigado por las SS con severas sanciones corporales. De lo contrario, si la afección se consideraba incompatible con el trabajo, se le concedían unos días de descanso. Con el tiempo, algunos bloques fueron destinados a la enfermería, que poco a poco fue siendo ampliada con el establecimiento de nuevos servicios; de modo que, durante nuestra permanencia en el campo, funcionaban regularmente los siguientes:

– ambulatorio de medicina general;
– ambulatorio de cirugía general;
– ambulatorio de otorrinolaringología y oftalmología;
– gabinete odontológico (en el que se realizaban también obturaciones y los trabajos protéticos más elementales);
– pabellón de cirugía aséptica, con una adyacente sección de otorrinolaringología;
– pabellón de cirugía séptica;
– pabellón de medicina general con una sección para enfermedades nerviosas y mentales, equipada con un pequeño aparato para terapia de electroshock;
– pabellón para enfermedades infecciosas y casos de diarrea;
– pabellón de reposo —*Schonungs-Block*— en el que ingresaban los enfermos distróficos, los edematosos y determinados convalecientes;
– gabinete fisioterapéutico, con lámpara de cuarzo para

irradiaciones ultravioleta y lámparas de irradiación por infrarrojos;

– gabinete para investigaciones químicas, bacteriológicas y serológicas.

No se contaba con equipamiento Roentgen y en el caso de que se hiciera necesario un examen radiológico, el enfermo era enviado a Auschwitz, donde había mejores instalaciones y de donde regresaba con el diagnóstico radiológico.

Por esta descripción podría concluirse que se trataba de un hospital, pequeño, desde luego, pero completo en casi todos sus servicios y que funcionaba bien; en realidad tenía muchas deficiencias, algunas quizá insuperables, como la carencia de medicamentos y la escasez de material médico, dada la grave situación en la que ya por entonces se encontraba Alemania, presionada por una parte por el irrefrenable avance de las valerosas tropas rusas y por otra bombardeada diariamente por la heroica aviación angloamericana; otras carencias, por el contrario, podrían haber sido subsanadas con un poco de buena voluntad, organizando mejor los servicios.

La primera y más destacada de estas deficiencias era la insuficiencia numérica y de capacidad de los locales: faltaba, por ejemplo, una sala de espera para los pacientes que se presentaban en los ambulatorios, por lo que se veían obligados a permanecer al aire libre, esperando su turno, formando interminables colas en cualquier época del año e hiciera el tiempo que hiciera, cuando, exhaustos ya por la larga jornada de trabajo, volvían al campo por la tarde; dado que los ambulatorios solo funcionaban después del regreso al campo de todos los trabajadores y al finalizar el pase de lista de la noche. Antes de entrar en el ambulatorio, todos tenían que quitarse los zapatos, viéndose obligados, por lo tanto, a caminar descalzos sobre pavimentos que, al igual que los de la clínica quirúrgica, estaban muy sucios debido al material médico esparcido por el suelo, usado y,

por lo tanto, manchado de sangre y de pus.

En los pabellones era especialmente grave la insuficiencia del número de camas: como consecuencia, se hacía necesario que cada camastro sirviera para dos personas, independientemente de cuál fuera la enfermedad que padecían y de su gravedad; era muy alta, por lo tanto, la posibilidad de contagio, teniendo en cuenta además el hecho de que, ante la falta de camisones, los enfermos del hospital debían permanecer desnudos: de hecho, al entrar en el hospital, cada enfermo depositaba en la cámara de desinfección toda su ropa. Las mantas y los jergones de los camastros estaban mugrientos, manchados de sangre y de pus, y a menudo de heces, que los enfermos agonizantes expulsaban involuntariamente.

No se respetaba ninguna norma de higiene, más allá de lo necesario para guardar las apariencias. Así, por ejemplo, ante la carencia de escudillas, las comidas se servían en dos o más turnos y los enfermos del segundo o del tercer turno se veían obligados a tomarse la sopa en recipientes apresuradamente enjuagados en el agua fría contenida en un cubo. El llamado *Schonungs-Block* carecía de un sistema de agua corriente, al igual, por otra parte, que el resto de los pabellones; pero mientras los pacientes de estos últimos tenían la posibilidad de acercarse a un anexo *Wascheraum* para lavarse cada vez que quisieran, los ingresados en el primero no gozaban de la posibilidad de lavarse más que una vez al día, por la mañana, con seis únicos cubos para más de doscientos, en los que los enfermeros vertían de vez en cuando un litro de agua, traída del exterior en barreños especiales. En esta misma sección, el pan se traía desde la sala de curas, donde se depositaba la noche anterior, sobre un banco que de día utilizaban los enfermos como banqueta para apoyar los pies durante las curas, por lo que siempre acababa embadurnado de sangre y de pus, que se limpiaba apresuradamente con un trapo empapado en agua fría.

Para lograr su admisión en el hospital, los enfermos, una vez que obtenían el visto bueno de los doctores del ambulatorio, debían presentarse de nuevo a la mañana

siguiente, inmediatamente después de la diana, para someterse a una nueva visita, muy somera, por parte del director médico de los servicios sanitarios; si este confirmaba la necesidad de hospitalización, los enfermos eran conducidos a la sala de las duchas. Allí los sometían a un afeitado completo y después a una ducha para ser enviados por último al servicio del hospital al que habían sido asignados. Para llegar hasta allí, tenían que salir al aire libre, cubiertos tan solo con una capa, y recorrer en estas condiciones, en cualquier época del año y en cualquier condición atmosférica y meteorológica, entre cien y doscientos metros de camino.

En el interior de los servicios médicos, el médico a cargo, ayudado por uno o dos enfermeros, pasaba la visita matutina sin acudir personalmente a la cama del enfermo, pues eran estos quienes tenían que levantarse de la cama e ir a verle a él, excluyendo tan solo aquellos que estuvieran absolutamente impedidos por la especial gravedad de su estado. Por la noche se realizaba una rápida visita de confirmación.

En los pabellones de cirugía, las curas se realizaban por las mañanas y, como los dormitorios estaban divididos en tres crujías y solo se pasaba por una de ellas, se deduce que cada paciente recibía curas solo una vez cada tres días. Los apósitos se sujetaban con vendas de papel, que al cabo de pocas horas se desgarraban; por lo tanto, las heridas, asépticas o no, quedaban siempre al descubierto. Solo en casos raros y de especial importancia, se sujetaban los apósitos con esparadrapo, que se utilizaba con la máxima parquedad debido a su escasez.

Los medicamentos para las curas estaban reducidos al mínimo; se carecía completamente de muchos productos, incluso de los más simples y de uso más corriente, mientras que de otros se disponía de cantidades exiguas: había unas cuantas aspirinas, un poco de piramidón, algo de prontosil (único representante de las sulfamidas), un poco de bicarbonato, algunos viales de coramina y otros de cafeína. Faltaba aceite alcanforado, faltaba estricnina, faltaba opio y

todos sus derivados, excepto pequeñas cantidades de colorante; faltaban belladona y atropina, insulina, expectorantes, así como sales de bismuto y de magnesia, pepsina y ácido clorhídrico, mientras que los purgantes y laxantes estaban representados exclusivamente por la isticina. En cambio, se contaba con aceptables cantidades de hexametilentetramina, de carbón medicinal y de tanalbina. También faltaban viales de calcio y cualquier preparado de acción reconstituyente. Había una buena cantidad de evipán sódico para administrar por vía intravenosa y viales de cloruro de etilo para narcosis: este último era ampliamente utilizado también para operaciones menores, como la incisión de un forúnculo.

De vez en cuando, el armario farmacéutico recibía una transfusión, por la llegada de nuevos convoyes de prisioneros, de variadas cantidades de los más dispares productos y de las más diversas especialidades farmacéuticas, muchas de ellas inutilizables, que se encontraban en las maletas confiscadas a los recién llegados; en conjunto, pese a todo, las necesidades superaban siempre con mucho las existencias.

El personal era reclutado exclusivamente entre los propios deportados. Los médicos eran elegidos, previo examen, entre los que, al entrar en el campo, declaraban poseer un título de medicina, con prioridad para los que dominaban el alemán o el polaco. Sus servicios eran recompensados con un mejor tratamiento alimenticio y con ropa y calzado mejores. Asistentes y enfermeros, en cambio, no se elegían por criterios de experiencia profesional; eran, por lo general, individuos dotados de notable apostura física, que obtenían el puesto —como es natural, muy codiciado— gracias a sus amistades y relaciones con los médicos ya en activo o con el personal dirigente del campo. De ello se desprende que, mientras los médicos demostraban en general una apreciable competencia y cierto grado de civismo, el personal auxiliar se distinguía por su ignorancia, si no desprecio, de toda norma higiénica, terapéutica y humanitaria, hasta llegar al extremo de

comerciar con parte de la sopa y del pan destinados a los enfermos, a cambio de cigarrillos, de prendas de vestir y de otros objetos. A menudo, los enfermos eran golpeados por faltas insignificantes; la distribución de los alimentos no se realizaba de forma regular y sobre los enfermos reos de los delitos más graves —por ejemplo, robar pan a algún compañero— se cernía la amenaza de la inmediata expulsión del delincuente del hospital como castigo y su inmediato regreso al trabajo, previa administración de un cierto número de azotes (veinticinco por lo general) en la espalda, propinados de manera muy enérgica con un tubo de tela revestido de goma. Otra forma de castigo consistía en la obligación de permanecer durante un cuarto de hora sobre un taburete bastante alto y de asiento estrecho, de puntillas y con las piernas dobladas y los brazos extendidos horizontalmente hacia delante a la altura de los hombros. Por lo general, al cabo de unos minutos, el paciente perdía el equilibrio debido a la fatiga muscular y a la debilidad de su organismo y por lo tanto caía al suelo, con gran regocijo de los enfermeros que lo rodeaban y lo ridiculizaban con bromas y chistes. El caído debía levantarse, subir de nuevo al taburete y retomar la posición durante el tiempo señalado; si, a causa de las reiteradas caídas, era incapaz de conseguirlo, el resto de la pena se liquidaba con un cierto número de azotes.

La afluencia de enfermos era siempre enorme y superaba la capacidad de los distintos servicios; por lo tanto, para hacer hueco a los recién llegados, a un cierto número de pacientes se les daba el alta a diario aunque no estuvieran completamente curados y sus condiciones siguieran siendo de debilidad general severa; a pesar de ello, tenían que reincorporarse al trabajo al día siguiente. En cuanto a aquellos que padecían enfermedades crónicas o cuya estancia en el hospital se prolongaba más allá de un cierto periodo de tiempo, que rondaba los dos meses, o regresaban con excesiva frecuencia al hospital a causa de las recaídas de su enfermedad, se les trasladaba —como ya hemos referido acerca de los enfermos de tuberculosis,

malaria y sífilis— a Birkenau, donde eran eliminados en las cámaras de gas. La misma suerte corrían quienes, por estar demasiado demacrados, ya no podían trabajar. De vez en cuando —aproximadamente una vez al mes— se procedía en los distintos servicios del hospital a la llamada «selección de los musulmanes» (con ese pintoresco término se denominaba precisamente a los individuos más macilentos), en la que se escogían a los más maltrechos físicamente para enviarlos a las cámaras de gas. Esta selección era llevada a cabo con gran celeridad por el director médico de los servicios sanitarios, ante quien desfilaban desnudos todos los hospitalizados; y él, con una ojeada superficial, juzgaba el estado general de cada uno, decidiendo de inmediato su destino. Unos días más tarde, los preseleccionados recibían una segunda visita de un oficial médico de las SS, que era el responsable general de los servicios sanitarios de todos los campos dependientes de Auschwitz. En aras de la verdad, hemos de decir que esta visita era más meticulosa que la anterior y cada caso se valoraba y se discutía; pese a todo, eran muy pocos los afortunados a los que se descartaba y se readmitía en el hospital para ulteriores tratamientos o se destinaba a trabajos considerados menos pesados en otros comandos; la mayor parte eran condenados a muerte. Uno de nosotros fue inscrito nada menos que cuatro veces en la lista de los «musulmanes» pero siempre acabó por librarse del letal destino, exclusivamente en virtud del hecho de ser médico; porque a los médicos —no sabemos si por una disposición general o por iniciativa de la dirección del campo de Monowitz— se les ahorraba semejante final.

En octubre de 1944, la selección, en lugar de quedar limitada a los pabellones del hospital, se extendió a todos los «bloques»; pero fue la última, ya que a partir de ese momento se suspendieron tales selecciones y se desmantelaron las cámaras de gas de Birkenau. Sin embargo, en aquel trágico día fueron escogidas ochocientas cincuenta víctimas, entre ellas ocho judíos de nacionalidad italiana.

El funcionamiento de las cámaras de gas y de los

crematorios anexos corría a cargo de un comando especial, que trabajaba día y de noche en dos turnos. Los miembros de este comando vivían aislados, cuidadosamente segregados de todo contacto con otros presos o con el mundo exterior. Sus ropas desprendían un olor nauseabundo; estaban siempre muy sucios y tenían un aspecto absolutamente salvaje, como de auténticas bestias feroces. Eran escogidos entre los peores criminales condenados por graves delitos de sangre.

Por lo que sabemos, parece ser que en febrero de 1943 se inauguró en Birkenau un nuevo crematorio y una cámara de gas más racionales que los que habían estado en funcionamiento hasta ese mes. Constaban de tres partes: la sala de espera, la «sala de las duchas», los hornos. En el centro de los hornos se levantaba una alta chimenea, a cuyo alrededor había nueve hornos con cuatro aberturas cada uno y cada una de estas permitía el paso simultáneo de tres cadáveres. La capacidad de cada horno era de dos mil cadáveres al día.

Las víctimas, introducidas en la primera sala, recibían la orden de desnudarse por completo, porque —se les decía — iban a bañarse; y, para acreditar mejor el infame engaño, se les entregaba un pedazo de jabón y una toalla, tras lo cual se les hacía entrar en la «sala de las duchas». Era esta un enorme espacio, en cuyo centro había sido colocado un sistema de duchas falsas y en cuyas paredes campeaban letreros de este tenor: «Lavaos bien, porque la limpieza es salud», «¡No escatiméis el jabón!», «¡No olvidéis aquí vuestras toallas!», de forma que la sala diera la impresión de ser realmente un gran establecimiento de baños. En el techo plano de la nave había una gran abertura, herméticamente cerrada por tres grandes planchas de metal que abrían mediante unas válvulas. Unos rieles cruzaban la sala en toda su longitud y llevaban desde esta a los hornos. Una vez que todas las personas habían entrado en la cámara de gas, las puertas se cerraban (eran herméticas) y se lanzaba, a través de las válvulas del techo, un compuesto químico en forma de polvo grueso, de color gris azulado,

contenido en envases de hojalata; estos llevaban una etiqueta con la inscripción «Zyklon B – Para la destrucción de todos los parásitos animales» y la marca de una fábrica de Hamburgo. Se trataba de un compuesto de cianuro, que se evapora a determinada temperatura. Al cabo de pocos minutos, todas las personas encerradas en la cámara de gas morían; a continuación, puertas y ventanas se abrían de par en par y los componentes del comando especial, equipados con máscaras, entraban en acción para transportar los cuerpos a los hornos crematorios.

Antes de introducir los cadáveres en los hornos, un equipo especial les cortaba el pelo a los que aún lo tenían, es decir, a los cadáveres de las personas que, recién llegadas con un convoy, habían sido conducidas inmediatamente al matadero, sin pasar por los campos; y extraían los dientes de oro a quienes los tenían. Las cenizas, como es bien sabido, eran esparcidas más tarde en los campos y los huertos, como fertilizante del suelo.

Hacia finales de 1944 llegó al campo de Monowitz una disposición por la que todos los médicos presentes en el campo quedaban eximidos del trabajo en los comandos y habían de ser destinados a los diversos servicios del hospital en calidad de médicos o, en ausencia de puestos disponibles, como enfermeros; antes de ser asignados a sus nuevas tareas debían hacer prácticas en los distintos servicios del hospital, médicos y quirúrgicos, durante un mes, siguiendo determinados turnos, y al mismo tiempo debían seguir un curso teórico de enseñanza sobre la organización sanitaria del campo de concentración, sobre su funcionamiento, sobre las peculiaridades patológicas de los campos, sobre los tratamientos que habían de aplicar a los enfermos. Estas disposiciones se aplicaron con toda regularidad y el curso dio inicio en los primeros días de enero de 1945; pero hacia mediados de ese mismo mes quedó interrumpido, dada la abrumadora ofensiva rusa en el eje Cracovia-Katowice-Breslavia, ante la cual los ejércitos alemanes emprendieron una precipitada huida. El campo de Monowitz, como todos los demás de la región de

Auschwitz, fue evacuado y los alemanes se llevaron consigo a unos once mil prisioneros, que, según las noticias recibidas más tarde por los pocos que consiguieron escapar milagrosamente, fueron masacrados en su mayoría por ráfagas de ametralladora unos días más tarde, cuando los soldados que los escoltaban se dieron cuenta de que estaban completamente rodeados por el Ejército Rojo y que no tenían, por tanto, ninguna posibilidad de retirada. Ya habían recorrido a pie unos setenta kilómetros, casi sin detenerse, desprovistos de víveres, puesto que los recibidos antes de la salida del campo se habían limitado a un kilo de pan, setenta y cinco gramos de margarina, noventa gramos de salchichón y cuarenta y cinco de azúcar. A continuación tuvieron que montar en diferentes trenes, que tras encaminarse en diferentes direcciones, no pudieron alcanzar meta alguna. Entonces tuvo lugar la masacre de los supervivientes a tan sobrehumano esfuerzo; muchos —tal vez tres o cuatro mil— que se habían dejado caer exhaustos por el camino, ya habían sido asesinados en el sitio mediante disparos de pistola o a culatazos de los soldados de la escolta.

En el campo, entre tanto, no habían quedado más que un millar de presos indispuestos, enfermos o convalecientes, incapaces de caminar, bajo la vigilancia de algunos SS, que habían recibido la orden de fusilarlos antes de marcharse. No sabemos por qué no llegó a cumplirse esta última disposición; pero sea cual haya sido la causa, a ella deben los abajo firmantes el seguir aún con vida. Ambos se habían visto retenidos en el hospital, el uno encargado de la atención médica de los ingresados, el otro convaleciente. La orden de ayudar a los enfermos solo podía obedecerse moralmente, dado que la asistencia material se había vuelto imposible por el hecho de que los alemanes, antes de abandonar el campo, habían vaciado el hospital de todo medicamento e instrumental quirúrgico: no quedaba ya ni una tableta de aspirina, ni unas pinzas de curas médicas, ni una sola gasa.

Los días que siguieron fueron intensamente dramáticos;

muchos enfermos murieron por falta de curas, muchos de agotamiento, porque también la comida escaseaba. También faltaba el agua, cuyas tuberías habían sido destruidas por un bombardeo aéreo efectuado en esos días. Solo el fortuito hallazgo de un depósito de patatas, enterrado en un campo adyacente para preservarlas de las heladas, permitió que los menos débiles pudieran alimentarse y resistir hasta el día en que por fin llegaron los rusos, quienes procedieron con generosidad a la distribución de víveres.

Leonardo De Benedetti – Primo Levi

[1945-1946]

RELACIÓN DEL LICENCIADO PRIMO LEVI, N.º DE REGISTRO 174517, SUPERVIVIENTE DE MONOWITZ-BUNA

Los documentos recopilados en *Así fue Auschwitz* se confían a los lectores sin presentación alguna. Quienes deseen saber más pueden leer el ensayo *Un testigo y la verdad* o consultar la «Información sobre los textos» al final del volumen. Sin embargo, resulta oportuno hacer una excepción con este texto que sigue inmediatamente al *Informe sobre la organización higiénico-sanitaria* de Monowitz, y más adelante tendremos que hacer lo mismo con los dos documentos que hemos incluido como apéndice titulándolos *El tren hacia Auschwitz*. En estos dos casos, resultan útiles unas palabras introductorias.

Nunca publicado hasta hoy, la *Relación del licenciado Primo Levi, n.º de registro 174517, superviviente de Monowitz-Buna* —hallado en el Archivo Judío Terracini de Turín— es uno de los testimonios más antiguos de Levi, es más, casi con toda probabilidad se trata del primero que prestó tras su regreso a Turín (19 de octubre de 1945); por una serie de razones detalladas en la «Información sobre los textos» puede deducirse que se remonta a las semanas que corren aproximadamente entre mediados de noviembre y mediados de diciembre de 1945. La *Relación* es una reseña en la que, sobre la base de un ejercicio de memoria consagrado a recuperar nombres y avatares personales, se injerta un trabajo de investigación de los hechos, y de deducción lógica a partir de esos mismos hechos, que se sustenta a su vez sobre el examen crítico de la información recogida por Levi en diferentes momentos y entornos: en Auschwitz tras la liberación del campo de exterminio, durante la aventura de su regreso a través de Europa, en la ciudad de Turín poco después de su retorno, a través de los tempranos intercambios de cartas con antiguos compañeros de deportación, supervivientes como él.

La primera fuente de este documento sigue siendo en cualquier

caso el testimonio ocular custodiado por la memoria: este rescata una lista de treinta nombres acompañados por datos sintéticos, precisos en la medida de lo posible, tamizados con el fin de facilitar cualquier eventual reconocimiento sucesivo de esas personas. Entre esos nombres, el lector de *Si esto es un hombre* se reencontrará —aparte de Jean Samuel *el Pikolo* y de Alberto— con muchos otros que le resultarán conocidos, acaso con alguna variación ortográfica: como el ingeniero Aldo Levi, el padre de Emilia, la niña enviada a la cámara de gas a su llegada al campo (véase el capítulo «El viaje»), o Clausner, que había grabado en el fondo de su escudilla las palabras «*Ne pas chercher à comprendre*» (capítulo «Examen de química»), o los dos químicos Brackier y Kandel, que junto con Primo Levi acabarán formando *Die drei Leute vom Labor*. Pero está también Bandi (su verdadero nombre era Endre Szántó) del relato «Un discípulo», en el libro *Lilit*. Por último, «Glucksmann Eugenio», más propiamente Glücksmann, no es otro que el «Sargento Steinlauf» del capítulo «La iniciación», mientras que «Alfred Rosenfeld» corresponde al inefable «Alfred L.» del capítulo «Los hundidos y los salvados».

De los judíos italianos deportados a Alemania en distintos momentos, sobrevivían en el campo de Buna, a principios de enero de 1945, aproximadamente cuarenta personas.

El día 17 de enero las SS del campo recibieron repentinamente la orden de transportar hacia el interior de Alemania a todos los reclusos (judíos o no) que estuvieran en condiciones de caminar.

En el hospital de campaña quedaron abandonados aproximadamente ochocientos prisioneros, enfermos o incapaces de trasladarse, entre ellos una veintena de italianos quizá (el abajo firmante formaba parte de estos).

Los sanos, cuyo número rondaba aproximadamente los 10.000, fueron obligados a marchar a pie hacia Gleiwitz en pésimas condiciones de alimentación y de equipamiento. Entre esos prisioneros sanos que salieron a pie hacia Gleiwitz se hallaban las siguientes personas:

ABENAIM toscano entendía de relojes
ASSUM de Milán nacido entre 1925 y 1930

BARUCH de Livorno, nacido en Esmirna, de unos 25 años

CARMI CESARE de Génova

DALLA VOLTA ALBERTO de Brescia, de unos 24 años

HALPERN de Zagreb, de unos 25 años

MANDEL HINKO cuñado del anterior de Zagreb

SACERDOTI FRANCO de Turín

GLUCKSMANN EUGENIO de Milán

ISRAEL LIKO de Zagreb

ORVIETO de Florencia, rabino, de unos 25 años

LEVI Sergio di Alessandro, de Turín

LEVI ALDO ingeniero de Milán

LEVI ALDO Reg. [*sic* por rag., contable] de Milán

LEVI MARIO comerciante de unos 26 años de Milán

ZELIKOWIC de Zagreb sastre

KLAUSNER ISIDOR holandés n. de registro 169xxx estudiante de física (su mujer vivía en Zúrich) nacido alrededor de 1920

ROSENFELD ALFRED nacido en Rumania, residente en Lorena, ingeniero químico exdirector de instalaciones de refrigeración de unos 42 años

SILBERLUST ARNOLD de alrededor de 24 años, estudiante de matemáticas, nacido en Polonia, antiguo residente en Leipzig

KAMPLAN deportado desde Borgo S. Dalmazzo, nacido en los estados bálticos, excomerciante de Milán

KANDEL JEAN de unos 40 años de edad, nacido en Rumania, antiguo residente en París (tiene a su esposa en Francia) químico

KAUFMANN GJURI de Grosz Kansza [*sic* por Grosz Kanizsa] (Hungría) de unos 26 años, químico

SZANTO ANDREJ (BANDI) eslovaco, estudió y se graduó en Praga, farmacéutico de unos 30 años, antes fue deportado por los alemanes a Ukrania [*sic*] para realizar trabajos forzados

SCHLESENGER nacido alrededor de 1919 en Yugoslavia

BRACKIER PALPTIL nacido en la Rusia Blanca, de

nacionalidad belga, n.º de registro 175(884?) ¿residente en Lieja? químico de unos 35 años

JEAN SAMUEL de Estrasburgo nacido alrededor de 1921 licenciado en matemáticas

KOSMANN ALFRED de Metz excorresponsal de Reuters en Clairmont Ferrant [*sic* por Clermont-Ferrand]

GRUSZDAS médico de Alejandría, nacido en Riga (Letonia) n. 174001 que se marchó en un transporte en buenas condiciones

HIRSCH ERIK nacido alrededor de 1921 muy alto

BARABAS SILVIO de Sarajevo, químico nacido alrededor de 1921 residía en Italia

Sobre el destino de la columna arrastrada por los alemanes en su retirada el abajo firmante ha reunido los siguientes relatos:

[I —] Relato del señor Joe Saltiel de Marsella (confirmado por el señor Erich Schlochoff de Turín). La columna caminó durante veinticuatro horas consecutivas hasta Gleiwitz; un gran número de prisioneros que se iban quedando atrás fueron asesinados por la escolta a lo largo del camino. A la mañana siguiente, partieron varios trenes desde la estación de Gleiwitz, abarrotados de prisioneros (ochenta por cada vagón de mercancías). El tren en el que viajaba Saltiel se detuvo al cabo de veinte kilómetros y los prisioneros fueron obligados a bajar a un bosque y ametrallados. Saltiel estima que hubo un número muy pequeño de supervivientes. Desconoce el número total de prisioneros de su tren y afirma que algunos campesinos polacos recogieron piadosamente el número de registro de los cadáveres.

II — El relato de un tal ¿Eugenio?, apodado Geneg, licenciado, polaco cristiano, coincide con la relación anterior. Geneg logró fingir su muerte en el bosque, y escapó así del subsiguiente rastreo de las SS en busca de eventuales supervivientes a los que rematar.

III — Enzo Levy, de Turín: Después de la marcha a pie desde Gleiwitz, la columna que según la estimación de Levy ascendía por lo menos a 18.000 prisioneros, fue fraccionada de manera no muy clara. Levy se encontró subido a un convoy de vagones de mercancías que fue ametrallado varias veces. El grupo al que Levy fue agregado viajó a través de Bohemia durante varios días, deteniéndose aquí y allá en campos de concentración abandonados.

Durante todo el recorrido, un gran número de prisioneros incapaces de seguir caminando fueron asesinados y abandonados en el sitio.

Levy recuerda haber pasado por Flossemburg [*sic* por Flossenbürg].

IV — De una carta enviada al abajo firmante por el señor Charles Conreau, exprisionero político francés, cristiano, se desprende que ninguno de los compañeros del mencionado señor Conreau (cuyo número ascendía a unos cuantos centenares que habían sido deportados desde la región de los Vosgos a Dachau y de allí a Auschwitz en el invierno de 1944) había regresado a Francia en septiembre de 1945.

V — Datos más o menos análogos son los que cuenta Hinko Mandel de Zagreb. Fue obligado a montar en un convoy que llegó hasta las cercanías de Berlín sin ser ametrallado. Afirma, sin embargo, que un número impreciso pero grande de prisioneros murió durante el viaje a causa del frío y del hambre. No recuerda haber visto, entre ellos, a prisioneros italianos.

VI — Un obrero civil italiano de Brescia, repatriado hace algunos meses, refiere haberse encontrado con Alberto Della [*sic*] Volta de Brescia el día 20 o 21 de enero en un campo de concentración situado a unos noventa km de distancia de Auschwitz y ya a esas alturas ocupado y administrado por los rusos (Della [*sic*] Volta había sido deportado desde Auschwitz junto con el transporte del 17 de enero). El obrero regresó a Italia anticipadamente por

sus propios medios, y detalla que Della [*sic*] Volta, en buen estado de salud, tenía la intención de permanecer aún en la zona, con el fin de realizar indagaciones sobre su padre, previamente desaparecido.

En espera de cualquier otro testimonio, puede considerarse por ahora que una parte significativa de los reclusos de Auschwitz y de los campos de concentración cercanos pueden haberse librado del exterminio. Algunos de estos pueden estar todavía en manos de los rusos o de los yugoslavos, o internados en un hospital, y no hallarse por lo tanto en condiciones de enviar noticias de su paradero a Italia.

[1945]

DECLARACIÓN

del licenciado PRIMO LEVI
hijo de Cesare y Ester Luzzati
nacido en Turín (Italia) el 31 de julio de 1919
residente en Turín en Corso Re Umberto, 75

Permanecí internado en el campo de concentración de Monowitz (Auschwitz), desde el 26 de febrero de 1944 hasta el 27 de enero de 1945, en calidad de *Häftling* (n.º de registro 174517).

Durante ese periodo de tiempo no llegué a tener oportunidad de conocer el nombre de los dirigentes del campo y de los responsables del trato inhumano que se nos reservaba. Sin embargo, considero que dicha responsabilidad incumbe, en forma colectiva, a todos los soldados, suboficiales y oficiales de las SSWaffe destinados allí, y en particular a la dirección general y sanitaria del campo de concentración.

Como ya es bien conocido, solo aproximadamente un quinto de los deportados que llegaban con cada convoy era admitido en el campo, a saber, aquellos que, a primera vista, se consideraban aptos para el trabajo manual. Todos los demás (ancianos, niños, enfermos y la mayor parte de las mujeres) eran conducidos inmediatamente a las cámaras de asfixia, y sus cuerpos incinerados.

A todos aquellos que se les obligaba a entrar en el campo se les desnudaba completamente y se les privaba de todas sus pertenencias personales sin excepción alguna. Las estadísticas internas del campo demostraban que solo excepcionalmente resultaba posible sobrevivir en el campo de concentración durante más de tres o cuatro meses. La

alimentación insuficiente, la falta de ropa adecuada, el durísimo trabajo y las palizas daban cuenta rápidamente incluso de las complexiones más robustas.

Periódicamente, las SS realizaban inspecciones en el campo, en busca de enfermos crónicos y de individuos incapaces de trabajar («selecciones»). Estos también pasaban a su vez, y con perfecta conciencia de su destino, a las cámaras de asfixia y al crematorio.

Cualquier intento de fuga, y hasta las más leves infracciones disciplinarias, eran castigados con la horca. Por tales razones, no más del dos por ciento de los italianos del campo de Monowitz (Auschwitz) consiguió regresar a casa.

Como resultado de mis investigaciones personales, llevadas a cabo como es natural después de la liberación, me es posible afirmar que incluso al optar por determinados métodos de eliminación, los verdugos del centro de Auschwitz hicieron gala de una deliberada e inconcebible ferocidad. El veneno que utilizaban en las cámaras de gas se basaba en el producto conocido como Zyklon B. Esta sustancia no era producida para tal uso, sino fabricada como pesticida y desinfectante, en particular para liberar de ratas las bodegas de los barcos y los almacenes. Consistía en ácido prúsico, al que se le añadían sustancias irritantes y gases lacrimógenos con el fin de hacer más sensible su presencia en caso de fuga o de rotura de los envases en los que se contenía. En consecuencia, es de presumir que la agonía de los desventurados destinados a la muerte debía de ser increíblemente dolorosa.

De los cadáveres de los eliminados se extraían las prótesis dentales de oro, y se les afeitaba el pelo, que se almacenaba aparte para usos aún no aclarados. Las cenizas de sus cuerpos eran utilizadas como fertilizante agrícola.

En fe de todo ello y para que así conste

Primo Levi

[1946 (aproximadamente)]

DECLARACIÓN ACERCA DE MONOWITZ

El 27 de agosto de 1945, ante nosotros, coronel Vitale Massimo Adolfo hijo de Giuseppe, presidente del Comité de Búsqueda de Deportados Judíos, en la sede del propio Comité, Lungo Tevere Sanzio 9 Roma, comparece el señor doctor LEONARDO DE BENEDETTI —titular de la Cédula de Identidad n.º 520790— quien efectúa la siguiente declaración acerca de su periodo de detención en campos de concentración alemanes entre febrero de 1944 y enero de 1945:

A primeros de diciembre de 1943 traté de pasar a Suiza con mi esposa y otras personas, pero al llegar a Lanzo di Intelvi fuimos inmediatamente avistados y detenidos por una patrulla de la milicia de frontera que nos condujo a su cuartelillo, donde al cabo de pocos días nos trasladaron, acompañados por la policía, a la cárcel de Módena, y desde allí, el 21 de diciembre de 1943, al campo de tránsito de Fossoli. Desde este campo partimos el 22 de febrero de 1944 y después de unos ocho días llegamos a Auschwitz.

La misma noche de nuestra llegada, mi esposa Iolanda junto otras trescientas mujeres y algunos centenares de hombres fueron conducidos a las cámaras de gas.

Durante el periodo de cuarentena se me tatuó el número 174489 y fui enviado al campo de Monowitz, donde permanecí exactamente once meses, hasta la liberación efectuada por los rusos el 26 de enero de 1945.

No recuerdo los nombres de los comandantes del campo, excepto el del doctor MENGELE, capitán médico de las SS, encargado de efectuar la última visita a los infelices destinados a las cámaras de gas. Fue precisamente este quien me descartó nada menos que cuatro veces, porque yo

le decía, al pasar por delante de él, que era un médico. Pero no creo deber la vida a su espíritu de solidaridad entre colegas, sino más bien al hecho de que las órdenes eran las de salvar la vida del personal sanitario que estaba deportado en el campo de concentración.

Monowitz era uno de los cien *Lager* dependientes del Centro Dirigente de Auschwitz, donde, como en todos los demás campos, se cometían de manera continua y como cosa ordinaria los mayores horrores y atrocidades debido a las directrices de la Dirección General de los Campos de Concentración.

El campo de Monowitz no era un *Vernichtungslager*, es decir, uno de esos campos en que los deportados apenas permanecían escasos días, al final de los cuales eran brutalmente sacrificados, fuera mediante fusilamientos en masa fuera mediante el gas; era un *Arbeitslager*, es decir, un campo de trabajos forzados, en el que la destrucción de los judíos se encomendaba a las imposibles condiciones de vida, a la comida insuficiente, a los esfuerzos sobrehumanos, a las inadecuadas defensas contra la intemperie y los rigores del clima estacional, y como complemento, aquellos que no morían de enfermedad, pero alcanzaban tal extremo de agotamiento físico como para no ser capaces de llevar a cabo el trabajo impuesto, eran eliminados en las cámaras de gas. Por último, a los acusados de infracciones del reglamento disciplinario del campo se les ahorcaba, castigo monstruoso y desproporcionado respecto a la culpa, que era absolutamente ínfima o inexistente incluso. ¿Quién, por ejemplo, podría juzgar «delito» el intento de fuga de un prisionero? Y sin embargo, ¡¡¡¡fue muy relevante el número de infelices ahorcados, de manera pública, delante de todos los demás deportados, por tal razón!!!!

Vivíamos en la promiscuidad más inmunda, en la más repugnante suciedad, sin posibilidad alguna de contar con un cierto cuidado higiénico de nuestras personas, expuestos sin defensa a todas las posibilidades de contagio de infecciones e infestaciones; se nos privaba, desde el mismo

momento de nuestra llegada, de todas nuestras propias prendas y se nos vestía de mala manera con ropa de tela a rayas, como forzados, que suponían una ridícula barrera contra el frío, la humedad, la lluvia, la nieve. Se nos alimentaba de forma insuficiente, con dos sopas diarias a base de nabos y hojas de col y con cantidades exiguas de pan, un pan compuesto por distintos elementos, entre los que los menos digeribles y asimilables prevalecían en número.

Nos veíamos obligados a realizar además, desde los primeros días de nuestra llegada al campo de concentración, sin tan siquiera un lógico periodo de prácticas, distintos trabajos para los que nadie tenía aptitudes suficientes ni la preparación física adecuada.

Igualmente imposible eran las condiciones de vida desde un punto de vista psíquico y moral, puesto que las órdenes de los mandos tenían como objetivo suprimir, antes que al hombre, su personalidad, empezando por el nombre que, como es sabido, era sustituido por un número, tatuado en la piel del antebrazo izquierdo. No se tenía en consideración ningún valor humano, psicológico o cultural, pues todos, indistintamente, entrábamos a formar parte de una masa amorfa mantenida a raya mediante el miedo y los castigos corporales. En pocos días, todo deportado se degradaba al nivel de un animal, para quien la única razón de vivir era la ración de pan o la gábata de sopa.

Resulta fácilmente comprensible que muchas personas cayeran a los pocos días de su llegada en la más profunda desolación, y prefirieran una muerte inmediata y voluntaria a otra aplazada tras una serie de sufrimientos y de actos de violencia, y por lo tanto se acercaran deliberadamente a la alambrada de espinas, por la que corría la alta tensión eléctrica, para quedar electrocutados.

El haber empujado a una serie de personas a tal condición psíquica no es menor delito que haberlas matado con las propias manos.

Antes de finales de 1943, los deportados, cualquiera que fueran sus condiciones físicas, aunque estuvieran

gravemente enfermos, se veían obligados a trabajar, sin recibir jamás tratamiento alguno.

Después de esa fecha se instituyó un primer germen de servicio sanitario, al que fueron destinados los médicos deportados en el campo, bajo la dirección de doctores alemanes. Había que pasar por un somero examen médico antes de que los incapacitados temporalmente obtuvieran unos días de descanso; para los enfermos más graves y en todo caso no recuperables para el trabajo, la enfermería era la sala de espera para la cámara de gas. Allí se realizaban principalmente las selecciones con las que se elegía a los presos más maltrechos o en condiciones la salud tales que no permitieran ya su utilización para trabajos pesados. Estos desventurados eran enviados a las cámaras de gas y con ellos los enfermos de tuberculosis, malaria o sífilis, por más que estuvieran clínicamente sanos y hubieran sido descubiertos solo por su propia incauta e ingenua confesión. La organización de la enfermería era absolutamente insuficiente desde el punto de vista de la higiene; locales demasiado pequeños en relación con el número de enfermos; estos, sin ninguna clase de ropa de cama, yacían, completamente desnudos, de dos en dos en el mismo camastro, con un par de mantas andrajosas, desgastadas, horriblemente sucias a causa de las más repugnantes manchas. En un pabellón de aislamiento yacían amontonados sin criterio alguno pacientes afectados por las enfermedades más contagiosas; fiebres tifoideas, difteria, sarampión, escarlatina, erisipela, etcétera, afecciones siempre presentes en el campo en forma endémica. Ese pabellón albergaba durante unos días o unas cuantas horas a los infelices, antes de ser enviados a la muerte, en las cámaras de gas.

Los medicamentos faltaban casi por entero, y los pocos que había se suministraban con una parquedad que hacía su uso casi inútil. En la práctica, los enfermos eran abandonados a su suerte y la suerte no era mejor tampoco para la mayor parte de los que no morían, puesto que la salida de la enfermería representaba la entrada en la

cámara de gas.

A estas se enviaba también, desconozco con qué criterio de selección, a un cierto número de prisioneros recién llegados. Los viajeros de los convoyes que transportaban deportados de toda Europa, nada más bajar del tren, eran separados inmediatamente en dos columnas, una de las cuales, la menos numerosa, se encaminaba hacia alguno de los diferentes campos de concentración, mientras que la otra era conducida inmediatamente al exterminio.

Leonardo De Benedetti

[¿1946?]

TESTIFICACIÓN PARA EL PROCESO HÖSS

Turín, a 3 de marzo de 1947
Honorable Comité de Búsqueda de Deportados Judíos,
Roma

En correspondencia a su apreciada solicitud del 28 p. pdo., me apresuro a sumarme a la iniciativa por ustedes promovida, resumiendo en cuanto sigue todo aquello que como testimonio personal y concreto estaría en condiciones de exponer ante el Tribunal de Varsovia.

I) Asistí personalmente al siguiente episodio: después de que mi campo de concentración (Monowitz, en las inmediaciones de Auschwitz) fuera abandonado por la guarnición de las SS, quienes huyeron en el último momento ante la avanzada rusa, dieciocho prisioneros se instalaron en el cuartelillo abandonado, a la espera de los libertadores. Pocos días más tarde pasó por casualidad junto al campo un grupo disperso de SS, también en fuga; estos, después de un sumario examen del campo, mataron sin vacilar a los dieciocho presos, con disparos de revólver a quemarropa, y alinearon los cadáveres en la carretera. Era evidente que no habían recibido órdenes en tal sentido, y que actuaban por su propia iniciativa. Podría reconocer sus rostros.

II) Como ya mencioné en mi primer informe, el veneno utilizado en las cámaras de gas de Auschwitz, examinado por mí, no había sido creado por la industria alemana para ese uso concreto. Contenía, además del principio tóxico, una sustancia corrosiva e irritante para las mucosas, cuya finalidad, por lo tanto, era la de hacer atrozmente penosos los últimos minutos de las víctimas.

III) El trabajo que prestaban los prisioneros de mi campo se realizaba en la fábrica de Buna-Monowitz, a siete kilómetros de Auschwitz, bajo la dirección del ya mencionado *Doctor Ingenieur* PANNWITZ, ingeniero químico de la IG Farbenindustrie. Desconozco si este se cuenta entre los acusados, pero lo considero en cualquier caso culpable, por haber demostrado siempre extrema dureza y exigencia, sobrecargando a los presos de trabajo más allá de cualquier límite razonable, y denunciando sin piedad a las SS hasta la menor falta.

IV) Entre el personal destinado al campo en sentido estricto, recuerdo el nombre y la fisionomía del doctor MENGELE, superintendente sanitario de todos los campos del grupo de Auschwitz. Además, podría reconocer fácilmente la apariencia de dos de los responsables directos de todos los abusos diarios e iniquidades de mi campo: el *Lagerälteste*, un delincuente profesional alemán, natural de Breslavia, y el *Lagerkapo*, supuestamente preso político, alemán también. Del primero recibí yo mismo en diversas ocasiones numerosos golpes que me hicieron sangrar. Desconozco los nombres de ambos.

Por último, permítanme añadir algunos datos personales: soy licenciado en Química; trabajé en Auschwitz-Monowitz desde febrero del 44 hasta enero del 45; nunca ocupé ningún cargo en el campo, ni cooperé en modo alguno con la dirección del mismo. Hablo francés, inglés y alemán. Ya estoy en posesión de pasaporte.

Adjunto la solicitada declaración de residencia. Respetuosamente,

Lic. Primo Levi

[1947]

TESTIFICACIÓN PARA EL PROCESO HÖSS

Aunque mi estancia en el Campo de concentración de Monowitz —uno de los cien *Lager* dependientes del Centro Directivo de Auschwitz— se prolongara durante once meses exactos (desde el 26 de febrero de 1944 al 26 de enero de 1945), no estoy en condiciones de especificar actos concretos contra el citado Höss; solo puedo recordar y denunciar los horrores y las atrocidades genéricas de los que fui testigo y a menudo víctima, sin poder afirmar si se debían, como es bastante probable, a las disposiciones específicas de la Dirección General de los *Lager* o a la iniciativa personal del comando del campo de Monowitz. Pero dado que todos los actos infames, deleznables, violentos, feroces, contrarios a las más elementales leyes de humanidad, a los que se veían sometidos los prisioneros del campo de Monowitz eran perfectamente análogos a los que se verificaban en los otros noventa y nueve campos dependientes de la central de Auschwitz, resulta muy fácil y sencillo argumentar que fueran promovidos y llevados a cabo de acuerdo a órdenes taxativas emanadas de un órgano central único.

El campo de Monowitz no era, en teoría, un *Vernichtungslager*, es decir, uno de esos campos donde los deportados se alojaban unos días apenas, al final de los cuales eran bárbaramente sacrificados, sea mediante fusilamientos en masa sea mediante el gas; era un *Arbeitslager*, es decir, un campo de trabajos forzados, en el que, con todo, la previamente fijada aniquilación de los judíos se encomendaba a las imposibles condiciones de vida, a la comida insuficiente, a los esfuerzos sobrehumanos, a las inadecuadas defensas contra la intemperie y a los rigores del clima estacional, y como

complemento, aquellos que no morían de enfermedad, pero alcanzaban tal grado de agotamiento físico como para ser incapaces de llevar a cabo los trabajos que se les imponían, eran eliminados en las cámaras de gas. Por último, a otros, acusados de infracciones del reglamento disciplinario del campo, se les ahorcaba: castigo monstruoso y desproporcionado respecto a culpas que, en rigor y según la lógica y el espíritu humano, eran absolutamente ínfimas o inexistentes incluso. ¿Quién, por ejemplo, podría juzgar como «delito» el intento de fuga de un prisionero?

He definido como «imposibles» las condiciones de la vida impuesta a los presos; «imposibles» no solo desde un punto de vista material, puesto que vivíamos en la más inmunda promiscuidad, en la más repugnante suciedad, sin posibilidad alguna de contar con los mínimos cuidados higiénicos de nuestras personas, expuestos sin defensa a todas las posibilidades de contagio de infecciones e infestaciones; privados, desde el momento de nuestra llegada, de las prendas de nuestra propiedad y vestidos de mala manera con ropas de tela a rayas de los forzados, que suponían una ridícula barrera contra el frío, la humedad, la lluvia, la nieve; insuficientemente alimentados con dos sopas diarias a base de nabos y hojas de col y con cantidades exiguas de pan, un pan compuesto por distintos elementos, entre los que los menos digeribles y asimilables prevalecían en número; en tales condiciones nos veíamos obligados a realizar, desde los primeros días de nuestra llegada al campo de concentración, sin tan siquiera un lógico periodo de prácticas, trabajos de peonaje para los que nadie tenía suficientes aptitudes ni la preparación física adecuada. Igualmente imposibles desde un punto de vista psíquico y moral eran las condiciones de vida, puesto que la organización del campo tenía como objetivo suprimir, antes que al hombre, su personalidad, empezando por el nombre, que era sustituido por un número, tatuado en la piel del antebrazo izquierdo; no se tenía en consideración ningún valor humano psicológico o cultural, pues todos, indistintamente, pasábamos a formar parte de una masa

amorfa mantenida a raya mediante el miedo y los castigos corporales: en pocos días todo deportado se degradaba al nivel de un animal, para quien la única razón de vida era la ración de pan o la gábata de sopa. En tales condiciones, tal vez la mayor actividad cerebral de todo deportado se concentraba en el estudio de cómo procurarse de manera más o menos lícita un suplemento de pan o de sopa y de evitar por unos instantes la vigilancia de los ayudantes en el trabajo con el fin de descansar un poco.

Resulta fácilmente comprensible que muchos individuos cayeran a los pocos días de su llegada en la más profunda desolación, y prefirieran una muerte inmediata y voluntaria, a otra aplazada tras una serie de sufrimientos y de actos de violencia, y por lo tanto se acercaran deliberadamente a la alambrada de púas, por la que circulaba la alta tensión eléctrica, para quedar electrocutados; el haber empujado a una serie de personas a tal condición psíquica no es delito menor que haberlas matado con sus propias manos.

En el interior del campo funcionaba una enfermería, que se estableció a finales de 1943; antes de esa época, el campo estaba absolutamente desprovisto de cualquier servicio sanitario y los prisioneros no solo no tenían ninguna posibilidad de curarse si caían enfermos, sino que se veían igualmente obligados a trabajar, cualquiera que fueran sus condiciones físicas. Fue precisamente a finales de 1943 cuando se estableció el primer germen de un servicio sanitario, tal vez más por la iniciativa individual de algunos médicos internados, deseosos de ser destinados a trabajos apropiados a sus aptitudes y a su cultura, que por interés del comando del campo; posteriormente en torno a este servicio asistencial, que consistía en un ambulatorio donde los enfermos se presentaban para someterse a una somera visita médica y para obtener algunos días de descanso si se les reconocía como temporalmente incapacitados, acabó surgiendo una auténtica enfermería; lugar que, por más que en ella se curara efectivamente, si bien a la buena de Dios, a los enfermos menos graves y en todo caso recuperables

para el trabajo, no representaba para la mayor parte de los enfermos más que la sala de espera de las cámaras de gas. De hecho, era en la enfermería donde se realizaban en su mayor parte las llamadas «selecciones», con las que se elegía a los presos más maltrechos o en condiciones de salud tales que no permitieran ya su utilización para trabajos pesados. Estos eran enviados a las cámaras de gas y con ellos los enfermos de tuberculosis, malaria o sífilis: estos últimos incluso aunque estuvieran clínicamente sanos y hubieran sido descubiertos solo por su incauta e ingenua confesión.

La organización de la enfermería era absolutamente insuficiente desde el punto de vista de la higiene; locales demasiado pequeños en relación con el número de enfermos; estos, carentes de toda clase de ropa de cama, yacían, completamente desnudos, de dos en dos en el mismo camastro, con un par de mantas andrajosas, desgastadas, horriblemente sucias a causa de las manchas más repugnantes. En un pabellón de aislamiento yacían amontonados sin criterio alguno pacientes afectados por las enfermedades más contagiosas: fiebres tifoideas, difteria, sarampión, escarlatina, erisipela, etcétera, afecciones siempre presentes en el campo en forma endémica.

Acaso resulte superfluo recordar que se carecía de la mayor parte de los medicamentos más indispensables, mientras que, al ser tan escasos los que había, su suministro se realizaba con una parquedad que hacía su uso casi inútil. En la práctica, los enfermos eran abandonados a su suerte y, para la mayor parte de los que se libraban de morir, el destino no era tampoco mejor puesto que la salida de la enfermería representaba la entrada en las cámaras de gas.

Allí también se enviaba, no se sabe con qué criterios de selección, a un cierto número de prisioneros recién llegados: los viajeros de convoyes que transportaban deportados de toda Europa, nada más bajar del tren, eran separados inmediatamente en dos columnas, una de las cuales, la menos numerosa, se encaminaba hacia alguno de los distintos campos de concentración, mientras que la otra

era conducida inmediatamente al exterminio.

Leonardo De Benedetti

[1947]

TESTIMONIO DE UN COMPAÑERO DE PRISIÓN

Vanda Maestro, quien desde el 25 de julio de 1943 había entrado en contacto con algunos elementos del Partido de Acción, se hallaba en diciembre de aquel año en Valle de Aosta, sumada a un grupo partisano entonces en proceso de formación, con diversas tareas (contactos con el valle, distribución de impresos, ocasionales misiones exploratorias sobre los movimientos de las guarniciones alemanas y fascistas). Tenía 24 años; hacía poco que había acabado la carrera.

Quienes la vieron entonces, ascendiendo por esos senderos ya enterrados bajo la nieve, no pueden olvidar su rostro pequeño y amable, marcado por el esfuerzo físico y por una más profunda tensión: porque para ella, al igual que para los mejores de ese tiempo y de esa condición, la elección no había resultado fácil, ni alegre, ni exenta de problemas.

Precoz huérfana de madre, Vanda se veía dominada, y a menudo abrumada, por una sensibilidad extremadamente sutil, que le consentía leer los pensamientos más secretos de los que la rodeaban. Su mente era sincera y directa, e ignoraba o despreciaba todos esos artificios, esas neblinas, esos voluntarios olvidos e ilusiones con los que nos defendemos como podemos de los agravios del mundo. Por lo tanto, nadie estaba más expuesto que ella al sufrimiento, y para el sufrimiento tenía una capacidad casi ilimitada. Se percibía en ella un trasfondo de dolor continuo, consciente y aceptado, y firmemente oculto, y eso hacía que se ganara, por parte de todos, un inmediato respeto.

No era una mujer fuerte por naturaleza: temía a la muerte, y más que a la muerte temía al sufrimiento físico.

La fuerza de la que en aquellos días hizo gala había ido madurando poco a poco, fue el fruto de un propósito renovado momento a momento.

Pero su experiencia partisana fue breve. El 13 de diciembre se vio sorprendida por una operación de rastreo que perseguía en realidad la captura de una banda más importante que operaba en un valle adyacente. Fue detenida, trasladada a Aosta, largamente interrogada. Respondió con habilidad, de manera que nada concreto pudiera serle imputado sobre sus actividades; sin embargo, en su condición de judía, fue enviada a Fossoli y desde allí a un campo de concentración de nombre tristemente famoso: el campo femenino de Birkenau-Auschwitz.

Allí, para esa pequeña mujer apacible, leal y generosa, se cumplió con espantosa lentitud, mes a mes, el más aterrador de los destinos que un hombre, en un paroxismo de odio, podría concebir y desear al peor de sus enemigos. Hubo quien volvió de Birchenau y pudo hablarnos de Vanda, postrada desde los primeros días por el agotamiento, por las penurias y por esa terrible clarividencia suya que le imponía rechazar los piadosos engaños a los que tan de buena gana se cede ante el mal supremo. Pudo describirnos su pobre cabeza despojada de cabello, sus extremidades pronto deshechas por las enfermedades y el hambre, todas las etapas del abominable proceso de aplastamiento, de apagamiento, que era el preludio, en el campo, de la muerte del cuerpo.

Y todo, o casi todo, sabemos de su fin: su nombre pronunciado entre los de los condenados, su descenso de la litera de la enfermería, su encaminarse (¡con plena lucidez!) hacia la cámara de gas y el horno crematorio.

[Primo Levi]

[1953]

ANIVERSARIO

A diez años de la liberación de los campos de concentración, es triste y significativo verse obligado a constatar que, en Italia por lo menos, el tema de los campos de exterminio, lejos de haberse convertido en historia, se encamina hacia el más absoluto de los olvidos.

Resulta superfluo recordar aquí las cifras; recordar que se trata de la más gigantesca masacre de la historia, capaz de reducir prácticamente a cero, por ejemplo, la población judía de naciones enteras de Europa oriental; recordar que, si la Alemania nazi hubiera podido llevar a cumplimiento sus planes, la técnica experimentada en Auschwitz y en otros lugares habría sido aplicada, con la proverbial seriedad de los alemanes, en continentes enteros.

De los campos de concentración, hoy en día, resulta poco delicado hablar. Se corre el riesgo de ser acusado de victimismo, o de amor gratuito por lo macabro, en el mejor de los casos; en el peor, de pura y simple mendacidad, o acaso de ultraje al pudor.

¿Está justificado este silencio? ¿Debemos tolerarlo, nosotros los supervivientes? ¿Deben tolerarlo aquellos que, petrificados por el miedo y la repugnancia, asistieron, entre golpes, maldiciones y gritos inhumanos, a las salidas de los vagones sellados, y, años más tarde, al regreso de los escasísimos supervivientes, con el cuerpo y el espíritu quebrados? ¿Es justo que se considere agotada la tarea de aportar testimonio, que entonces se sintió como una necesidad y como un deber impelente?

La respuesta no puede ser más que una. No es lícito olvidar, no es lícito callar. Si nosotros permanecemos en silencio, ¿quiénes hablarán? No desde luego los autores y sus cómplices. Sin nuestro testimonio, en un futuro no muy

lejano las gestas de la bestialidad nazi, por su propia magnitud, podrían acabar relegadas entre las leyendas. Hablar, por lo tanto, es necesario.

Y sin embargo prevalece el silencio. Hay silencios que son el resultado de la conciencia incierta, o incluso de mala conciencia; es el silencio de quienes, instados u obligados a expresar un parecer, tratan por todos los medios de desviar la discusión, y traen a colación las armas nucleares, los bombardeos indiscriminados, el proceso de Núremberg y los problemáticos campos de trabajo soviéticos: argumentos todos ellos no carentes de peso en sí mismos, pero absolutamente irrelevantes al objeto de una justificación moral de los crímenes fascistas, que, por modalidad y magnitud, constituyen un monumento de ferocidad tal que en toda la historia de la humanidad no es posible hallar su correlato.

De modo que no estará de más mencionar otro aspecto de ese silencio, de esa reticencia, de esa elusión. Que se guarde silencio en Alemania, que guarden silencio los fascistas, es natural, y en el fondo no nos resulta desagradable. Sus palabras no nos sirven de nada, no esperamos de ellos irrisorias tentativas de justificación. Pero ¿qué decir del silencio del mundo civil, del silencio de la cultura, de nuestro propio silencio, ante nuestros hijos, ante amigos que regresan de largos años de exilio en países lejanos? Este no se debe únicamente al cansancio, al desgaste de los años, a la muy normal actitud del *primum vivere*. No se debe a cobardía. Vive en nosotros una exigencia más profunda, más digna, que en muchas circunstancias nos aconseja guardar silencio sobre los campos de concentración, o al menos atenuar, censurar las imágenes, aún tan vivas en nuestra memoria.

Es la vergüenza. Somos hombres, pertenecemos a la misma familia humana a la que pertenecen nuestros verdugos. Ante la enormidad de su culpa, nos sentimos nosotros también ciudadanos de Sodoma y Gomorra; no somos capaces de sentirnos ajenos a la acusación que un juez extraterreno, sobre la base de nuestro propio

testimonio, podría levantar contra la humanidad entera.

Somos hijos de esa Europa en la que se encuentra Auschwitz: vivíamos en ese siglo en el que la ciencia se vio doblegada, y dio a luz las leyes raciales y las cámaras de gas. ¿Quién puede decirse convencido de ser inmune a la infección?

Y algo más queda por decir: cosas dolorosas y duras, que, a quienes hayan leído *Les armes de la nuit*, no les sonarán a nuevo. Es vanidad llamar gloriosa la muerte de las innumerables víctimas de los campos de concentración. No fue gloriosa: fue una muerte inerme y desnuda, ignominiosa e inmunda. Como no es honorable la esclavitud; hubo quien supo soportarla indemne, excepción que ha de ser considerada con reverente estupor; pero se trata de una condición esencialmente innoble, fuente de casi irresistible degradación y naufragio moral.

Es conveniente que estas cosas se digan, porque son verdad. Pero que quede claro que ello no significa agavillar a víctimas y asesinos: todo esto no alivia, agrava más bien cien veces las culpas de los fascistas y de los nazis. Han demostrado a todos los siglos venideros cuántas insospechadas reservas de ferocidad y de locura yacen latentes en el hombre después de milenios de vida civilizada, y esta es una obra demoníaca. Trabajaron con tenacidad para levantar su gigantesca maquinaria generadora de muerte y de corrupción: no es imaginable crimen mayor. Construyeron insolentemente su reino con las herramientas del odio, de la violencia y de la mentira: su fracaso es una admonición.

Primo Levi

[1955]

DENUNCIA CONTRA
EL DOCTOR JOSEPH MENGELE

El que suscribe, doctor Leonardo DE-BENEDETTI, nacido en Turín el 15 de septiembre de 1898 y en esta ciudad residente en Corso Re Umberto 61, de profesión médico cirujano, a petición de la COMISIÓN INTERNACIONAL DE AUSCHWITZ, que tiene el propósito de elevar mi denuncia a la Fiscalía del Tribunal de Freiburg bei Br. para facilitar las gestiones emprendidas por esta para obtener la extradición desde Argentina del ex *SS Hauptsturmführer* doctor Joseph Mengele, antiguo médico del campo de concentración de Auschwitz, declaro cuanto sigue:

Fui deportado de Italia, en mi condición de judío, el 20 de febrero de 1944 y llegué a la estación de Auschwitz la noche del 26 de febrero de 1944. El convoy del que yo formaba parte se componía de seiscientas cincuenta personas, de las que el más anciano tenía ochenta y cinco años y el más joven seis meses. Nada más bajar del tren, en la misma plataforma del andén se realizó la primera selección; yo tuve la suerte de ser juzgado lo bastante joven y aún en condiciones de trabajar, mientras que mi esposa (que estaba conmigo y de la que fui repentina y brutalmente separado) fue conducida esa misma noche a la cámara de gas, como pude saber después de la liberación por algunas de sus compañeras supervivientes. En la misma noche, yo, con otros noventa y cinco compañeros, fui trasladado directamente al Campo de MONOWITZ-BUNA, donde recibí el número de registro 174489 y donde permanecí hasta el 17 de enero de 1945, cuando fui liberado por el Ejército Rojo. Durante todos esos once meses tuve que realizar trabajos de peonaje en distintos *Kommandos*, todos ellos agotadores; se trataba siempre de

tareas de descarga o transporte, no pudiendo alegar nunca ante el *Arbeitsdienst* mi condición de médico y por lo tanto no se me dio la oportunidad de entrar como médico o incluso solo como enfermero en el *Krankenbau*.

Mis condiciones físicas, como es natural, sufrieron un rápido y grave deterioro a causa del duro esfuerzo al que —como todos los demás prisioneros— me veía sometido, y que no es el caso de describir, porque a estas alturas las condiciones de vida en los campos de exterminio son bien conocidas por todos. Del mismo modo, es sabido por todos que de vez en cuando se procedía a realizar en los campos las denominadas «selecciones», es decir, al examen de las condiciones físicas de los prisioneros con el fin de detectar su aptitud para el trabajo: aquellos que como consecuencia de los esfuerzos, de las torturas, del hambre o de las enfermedades se habían visto reducidos a un estado de debilitamiento tal que socavaba sus posibilidades de resistir al agotador trabajo eran enviados a las cámaras de gas.

Estas selecciones, en el campo de Monowitz, se llevaban a cabo en dos turnos: la primera criba corría a cargo de un oficial de las SS, asistido por los propios médicos del *Krankenbau* del Campo, y unos días más tarde llegaba el doctor Mengele para ratificar, mediante una segunda visita, igual de rápida y superficial, la selección realizada por el primero. Ambos exámenes eran, como he dicho, ridículamente someros: una ojeada era más que suficiente para llegar a una conclusión; y si, después de la primera selección, podía persistir en los más optimistas aunque no fuera más que una esperanza muy débil e ingenua de poder salvarse aún, la segunda selección —la que llevaba a cabo el doctor Mengele— era definitiva y suponía una decisión inapelable y una irrevocable sentencia de muerte.

El doctor Mengele siempre se presentaba en el campo con un uniforme impecable y muy elegante y casi refinado, con botas altas relucientes, guantes de piel, una fusta en la mano; y mientras procedía al tremendo examen exhibía un gesto sonriente y casi amable; con la fusta, mientras los

encausados desfilaban a la carrera, desnudos, ante su mirada y se detenían un momento delante de él, señalaba con suprema indiferencia el grupo al que su juicio infalible había asignado al prisionero: a la izquierda, los condenados; a la derecha, los poquísimos afortunados que aún juzgaba aptos para el trabajo, por lo menos hasta la próxima selección.

Llegados a este punto, he de hacer presente cuanto me atañe personalmente a propósito de las selecciones y cómo en cada una de las cuatro veces en las que pasé el examen del doctor Mengele logré salvarme de un juicio fatal. Para ello tengo que empezar hablando de un afortunado episodio que me ocurrió uno de los primeros días de mi llegada al campo de Monowitz, cuando mi buena fortuna hizo que me topara con un compañero de trabajo del *Kommando* al que había sido asignado, un colega veterano en el campo ya, quien me puso al corriente de la vida del campo con todos los reglamentos, prohibiciones, peligros que condicionaban su actividad: era este un médico alsaciano, de Estrasburgo creo, un tal doctor Klotz, a quien pronto perdí de vista, por desgracia, y a quien no tuve ocasión de volver a ver, y de quien no supe nunca nada más; algo que deploro mucho, aunque solo sea porque nunca pude expresarle mi gratitud por sus valiosos consejos, a uno de los cuales, en particular, creo deberle la vida. En efecto, entre otras cosas, me recomendó que me acordara siempre de hacer explícita, a la menor oportunidad, mi condición de médico, y de manifestarla en particular si se me incluía en alguna lista de traslado de prisioneros, especialmente si me sentía ilusionado ante mi posible envío a uno de los llamados campos de trabajos ligeros. Me dio a entender, sin querer especificar de qué se trataba, que en esos «transportes» se celaba un peligro y, acaso para no asustarme en exceso, no quiso confirmarme —aunque sin negar la posibilidad— la existencia de las cámaras de gas, de las cuales ya había oído algo; solo me dijo que lo único evidente era que no había cámaras de gas allí en Monowitz; que bien pudiera ser que estuvieran en algún otro lugar, por más que él nunca las

hubiera visto; en cualquier caso, lo mejor era tratar de mantenerse a toda costa en Monowitz y por lo tanto la única posibilidad de salvación consistía, en caso de peligro, en hacer presente nuestra condición de médicos.

No olvidé este consejo; y cada vez que me tocó desfilar ante el doctor Mengele hallaba fuerzas para decir en voz alta: «*Ich bin ein Italiener Arzt*», ante lo que mi juez me hacía algunas preguntas para asegurarse de la veracidad de mi afirmación, y después me asignaba al grupo de los salvados.

Desconozco si esta atención hacia los médicos era el resultado de una iniciativa personal del doctor Mengele; o si, al salvar a sus colegas, se limitaba a obedecer directrices recibidas desde arriba; no estoy absolutamente en condiciones de apoyar una hipótesis u otra, por más que considere la segunda más plausible, y ello por ciertas consideraciones de orden lógico. Es decir, no considero que el doctor Mengele, *SS-Hauptsturmführer*, pudiera abstraerse de su mentalidad de SS y tener en cuenta un determinado perfil profesional de un grupo particular de personas para pronunciar un juicio en vez de otro: médicos o no médicos, los que estaban frente a él no eran más que judíos, y como tales debían ser suprimidos si sus condiciones físicas los hacían inutilizables como trabajadores; y él —*SS-Hauptsturmführer*— no podía dejarse enternecer por una trivial coincidencia de comunión profesional sin traicionar los principios fundamentales de las teorías nazis a las que había jurado lealtad inquebrantable.

Por lo tanto, resulta bastante más probable que, al respetar a los médicos judíos, no hiciera más que obedecer órdenes recibidas, emanadas desde lo alto sobre la base de la posible utilidad, en circunstancias inmediatas o futuras, de esos individuos en particular.

Sin embargo, aunque esta suposición resultase infundada y fuera válida por el contrario la primera, eso no serviría para disminuir la entidad de los crímenes cometidos por el mencionado doctor Joseph Mengele; con su gesto, se habría limitado a salvar la vida de unos pocos individuos frente a los miles y miles de desgraciados a los

que con un leve gesto indiferente y una sonrisa en los labios había enviado a la muerte.

No me consta nada más que pueda denunciar por conocimiento directo respecto al doctor Mengele; desconozco el papel que pueda haber tenido, por ejemplo, en la organización de investigaciones, llamémoslas científicas, utilizando «conejillos de Indias humanos», ni sé nada de su participación personal en dichas investigaciones; sé que se han hecho acusaciones en tal sentido en contra de él, pero yo no poseo elementos positivos para sufragarlas con mi testimonio. Aun así, el papel desempeñado por él para organizar y determinar el exterminio de tantas personas (de lo que sí puedo dar testimonio con plena conciencia) creo que representa en sí mismo un crimen tan gigantesco como para justificar en el caso del doctor Mengele la más severa e implacable de las condenas.

Leonardo De Benedetti

[1959 (aproximadamente)]

CARTA A LA HIJA DE UN FASCISTA QUE PREGUNTA POR LA VERDAD

Una lectora nos escribe:

«Soy una estudiante de séptimo grado y como muchas de mis compañeras he ido a ver la exposición sobre los campos de concentración alemanes que cierra el domingo. A la salida estuvimos discutiendo. Había quien expresaba sus dudas, quien decía que la exposición era solo propaganda antialemana. Algunas afirmaban que había mucho de exageración y otras que todo era cierto.

»Algunas de mis compañeras dicen que "si estas cosas hubieran ocurrido de verdad, en nuestros libros de historia se diría algo". Dice otra: "Si esas fotos fueran verdaderas yo creo que podrían ampliarse y montar una exposición como la de la familia del hombre en el Palacio Madama". Otras dicen que la última guerra no quieren que la estudiemos porque ocurrieron cosas demasiado terribles. Los profesores dan la razón a los que piensan así. Suspiran y dicen "por desgracia", pero a mí me gustaría que alguien me contara algo más. Yo, hija de un fascista, me quedé muy asustada por lo que vi y le rogué a Dios que mi padre sea inocente de esa masacre.

»Además, me gustaría decirles a quienes montan las exposiciones que las organicen con más espacio. Yo para poder verla (y no he podido observar bien muchos cuadros que estaban demasiado altos) tuve que ir tres veces nada menos.

»La hija de un fascista que quisiera saber la verdad.»

[*La Stampa*, 29 de noviembre de 1959, sección «Specchio dei tempi»

(Espejo de los tiempos)]

Primo Levi, autor de *Si esto es un hombre*, un libro sobre los campos de exterminio traducido ya a todos los idiomas, nos escribe:

«En nombre de la Asociación de Exdeportados, que ha organizado la exposición sobre los campos de concentración alemanes, me gustaría dar las gracias a la lectora "que quisiera saber la verdad", porque la carta publicada en la sección "Specchio dei tempi" es la carta que esperábamos.

»No, señorita, no hay manera de poner en duda la veracidad de esas imágenes. Esas cosas ocurrieron de verdad, y ocurrieron así: no hace siglos, no en países remotos, sino hace quince años y en el corazón de esta Europa nuestra. Quien lo dude, no tiene más que coger un tren y visitar lo que queda de esos tristes lugares. Y ni siquiera hace falta: aquí, en nuestra ciudad, hay docenas de testigos oculares; fueron miles y miles (incluidas mujeres, incluidos niños: ¡niños!) los que acabaron confundidos en esos montones de huesos, y dan testimonio con su ausencia, con el vacío que han dejado.

»Entendemos, aunque no podemos aprobar, a esos profesores que "suspiran y dicen ‘por desgracia’". Son hombres, como también lo somos nosotros, y como lo eran los autores materiales e intelectuales de las matanzas: no es extraño que muchos, incluso inocentes, se sientan avergonzados ante hechos como esos, y prefieran el silencio. Pero el silencio es un error, casi un crimen, en este caso: el propio (inesperado) éxito de la exposición lo confirma. Hay hambre de la verdad, a pesar de todo: la verdad, por lo tanto, no ha de ocultarse. La vergüenza y el silencio de los inocentes puede enmascarar el silencio culpable de los responsables, posponer y eludir el juicio histórico.

»Espero yo también que el padre de la lectora sea inocente, y es muy probable que lo sea, puesto que en Italia las cosas ocurrieron de forma diferente. Pero la exposición

no está dedicada a los padres, sino más bien a los hijos, y a los hijos de los hijos, con el fin de demostrar qué clase de reservas de ferocidad yacen en el fondo del espíritu humano, y qué clase de peligros amenazan, hoy como ayer, a nuestra civilización.»

Primo Levi

[*La Stampa*, 3 de diciembre de 1959, sección «Specchio dei tempi» (Espejo de los tiempos)]

MILAGRO EN TURÍN

Nadie se esperaba el éxito alcanzado por la exposición que se ha celebrado en Turín sobre la deportación y por los dos sucesivos encuentros, dedicados a la juventud, que tuvieron lugar en las instalaciones de la Unión Cultural en el Palazzo Carignano. No solo eran jóvenes, aunque sí la gran mayoría, los que acudieron en gran número, para escuchar con evidente interés, plantear cuestiones pertinentes y meditadas y, al finalizar las dos veladas, asediar de cerca a aquellos a quienes les había correspondido la tarea de intervenir. Además de un contacto humano, pretendían saber algo diferente a las lecciones escolares; por las preguntas que formulaban, era evidente su necesidad no solo de información sobre los hechos, sino de un ahondamiento más profundo en la maraña (no solo para ellos oscura) de los «porqué» y de los «cómo».

«¿Quiénes son los responsables de esas masacres?» «¿Cómo pudo llegar a ocurrir algo así?» «¿Por qué los nazis y los fascistas exterminaron a los judíos?» «¿Por qué, en una situación tan desesperada, fueron tan pocos los que se defendieron?» «¿Hay precedentes históricos de los campos de exterminio?»

Como se aprecia, son preguntas ricas de significado. En su conjunto, parecen indicar una mentalidad dominante lo suficientemente bien definida, es decir, la de unos jóvenes que desconocen lo sustancial pero que están ávidos de saber; ajenos a la violencia y a las componendas; mucho más lejos de lo esperado de aquel feroz mundo de entonces, y por eso mismo desarmados e indefensos ante toda la ferocidad y las insidias que se prolongan en el mundo de hoy.

No se trata más que de una impresión, es evidente: una

impresión que, por otra parte, difícilmente puede ser extendida a un juicio global sobre la juventud italiana. La «muestra» del Palazzo Carignano era una muestra media; pero con todo es importante haber podido constatar que al lado de esa juventud que suele definirse como rebelde sin causa y de esa otra juventud perdida, existe también una juventud limpia, atenta y curiosa. Además, todos sabemos lo importante que es que ciertas nociones, ciertos estados de ánimo, empiecen a circular, a entrar en ciertos ambientes, comiencen a vivir su propia vida.

Acaso era necesario que pasasen quince años, la mitad de una generación, para que en estos contactos pudiera hallarse el tono adecuado; pero es impresión generalizada de todos los presentes, ahora que los tiempos han madurado, que ha pasado el momento de guardar silencio. A los jóvenes del Palazzo Carignano se les prometió que se celebrarían nuevos encuentros: ojalá que este silencio tan largo y tan antinatural haya quedado definitivamente roto.

Primo Levi

[Diciembre de 1959]

LA ÉPOCA DE LAS ESVÁSTICAS

La exposición sobre la deportación, que había sido inaugurada en Turín en tono (puede decirse) menor, ha obtenido un inesperado éxito. Durante todos los días en los que estuvo abierta, a todas horas, ante esas terribles imágenes desfiló una multitud compacta y conmovida; la fecha de clausura tuvo que ser pospuesta nada menos que en dos ocasiones. Igualmente sorprendente fue la acogida del público turinés ante los dos posteriores encuentros destinados a los jóvenes, que tuvieron lugar en las instalaciones de la Unión Cultural en el Palazzo Carignano: un público que se aglomeraba en la sala, atento, reflexivo. Estos dos resultados, positivos en sí mismos y dignos de una atención no superficial, contienen un germen de reproche: tal vez se haya tardado demasiado; tal vez hayamos desperdiciado años, hayamos permanecido en silencio cuando era tiempo de hablar, hayamos decepcionado una espera.

Pero también contienen una enseñanza (no nueva en realidad, porque de hecho la historia de las costumbres es una serie de redescubrimientos): en este tiempo nuestro fragoroso y de tanto papel, repleto de abierta propaganda y de sugerencias ocultas, de retórica maquinal, de componendas, de escándalos y de cansancio, la voz de la verdad, en vez de extraviarse, adquiere un timbre nuevo, un relieve más nítido. Parece demasiado hermoso para ser verdad, pero es así: la profunda devaluación de la palabra, escrita y hablada, no es definitiva, no es general, hay algo que se ha salvado. Por muy extraño que parezca, todavía hoy quien dice la verdad despierta atención y es creído.

Es para alegrarse; pero esta demostración de confianza implica, impone un examen de conciencia para todos. En

esta espinosa cuestión de cómo transmitir a nuestros hijos un patrimonio moral y sentimental que consideramos importante, ¿no nos habremos equivocado nosotros también? Probablemente sí, nos hemos equivocado. Hemos pecado por omisión y por comisión. Al guardar silencio, hemos pecado de pereza y de desconfianza en la virtud del verbo; y al hablar, hemos pecado, a menudo, adoptando y aceptando un lenguaje que no era el nuestro. Lo sabemos, la Resistencia ha tenido enemigos y los sigue teniendo, y estos, como es natural, maniobran con el fin de que de la Resistencia se hable lo menos posible. Pero tengo la sospecha de que ese intento de asfixia se lleva a cabo, de manera más o menos consciente, también con medios más sutiles, a saber, embalsamando la Resistencia antes de tiempo, relegándola obsequiosamente en el noble panteón de la Historia Patria.

Pues bien, a este proceso de embalsamamiento, mucho me temo, hemos contribuido nosotros también. Para describir y divulgar los hechos de ayer hemos adoptado demasiado a menudo un lenguaje retórico, hagiográfico y, por lo tanto, vago. Que se le adjudique a la Resistencia la denominación de «Segundo Resurgimiento» puede defenderse o refutarse con buenos argumentos, pero me pregunto si será lo más oportuno destacar ese aspecto, o insistir más bien en el hecho de que la Resistencia prosigue, o al menos debería proseguir, porque sus objetivos se han alcanzado solo en parte. En realidad, de esta manera se contribuye a afirmar una continuidad ideal entre los acontecimientos de 1848, 1860, 1918 y 1945, a expensas de la mucho más palpitante y evidente continuidad entre 1945 y hoy: la cesura con dos décadas de fascismo viene así a perder relevancia.

En conclusión, creo que si queremos que nuestros hijos sientan estas cosas, y que se sientan por lo tanto hijos nuestros, deberíamos hablarles un poco menos de la gloria y de la victoria, del heroísmo y de la sagrada tierra patria, y un poco más de aquella vida dura, arriesgada e ingrata, del desgaste cotidiano, de los días de esperanza y de

desesperación, de nuestros compañeros que murieron aceptando en silencio su deber, de la participación del pueblo (pero no al completo), de los errores que se cometieron y de los que se evitaron, de la experiencia militar y conspirativa tan duramente conquistada, a través de errores que se pagaban a costa de vidas humanas, de la laboriosa (y no espontánea, y no siempre perfecta) concordia entre las formaciones guerrilleras de los diferentes partidos.

Solo así podrán sentir los jóvenes nuestra historia más reciente como un tejido de acontecimientos humanos, y no como un mero «contenido» que sumar a muchos otros en los programas educativos ministeriales.

Primo Levi

[1960]

DECLARACIÓN PARA EL PROCESO EICHMANN

Roma, 14 de junio de 1960

DECLARACIÓN DEL LIC. PRIMO LEVI residente en TURÍN – C. Vittorio 67

El 9 de septiembre de 1943 me refugié, junto con algunos amigos, en el Valle de Aosta y con más precisión en BRUSSON, al norte de St. Vicent, a cincuenta y cuatro kilómetros de la capital de la región.

Habíamos formado un grupo partisano en el que se contaban numerosos judíos, entre los cuales recuerdo a GUIDO BACHI, que en la actualidad vive en París como representante de la empresa OLIVETTI, a CESARE VITA, a LUCIANA NISSIM, que se casó más tarde con Momigliano y reside actualmente en Milán, autora del libro *Mujeres contra el monstruo*; a WANDA MAESTRO, deportada y muerta en un campo de exterminio.

Se unió a nosotros un sujeto que se hacía llamar MEOLI y que, al ser un infiltrado, no tardó en denunciarnos. Con excepción de CESARE VITA, que consiguió escapar, fuimos todos detenidos el 13 de de septiembre de 1943 y trasladados a Aosta, al cuartel de la milicia fascista. Allí nos topamos con el centurión FERRO, quien, al saber que éramos todos licenciados, nos trató amablemente; murió más tarde a manos de los partisanos en 1945. Debo confesar que, como partisanos, éramos todos bastante inexpertos; no menos inexpertos, en cualquier caso, parecían los milicianos fascistas que improvisaron una especie de proceso. Había entre ellos un italiano de Tirol del Sur que hablaba perfectamente alemán, un tal CAGNI

que ya había denunciado a otra cuadrilla partisana y estaba también «nuestro» MEOLI. Nos exigieron que reveláramos los nombres de otros partisanos y, sobre todo, los de los jefes. Aunque estábamos provistos de documentos falsos, declaramos inmediatamente que éramos judíos, lo que nos resultó a la postre beneficioso, puesto que el registro llevado a cabo en nuestras habitaciones fue tan superficial que en la mía no encontraron siquiera las octavillas clandestinas ni el revólver que había escondido allí. El centurión, al saber que éramos judíos y no «auténticos partisanos», nos dijo: «No os va a pasar nada malo; os enviaremos al campo de concentración de FOSSOLI en Módena».

Se nos proporcionaban de forma regular las raciones de alimentos destinadas a los soldados y a finales de enero de 1944 nos llevaron a Fossoli con un tren de pasajeros.

En aquel campo se estaba entonces bastante bien; no se hablaba de masacres y el ambiente era lo suficientemente sereno; nos permitieron conservar el dinero que habíamos traído con nosotros y recibir más desde fuera. Trabajamos por turnos en la cocina y realizábamos otros servicios en el campo, y hasta se organizó un comedor, ¡¡en verdad bastante pobre!!

Me topé en Fossoli con ARTURO FOÀ, de Turín, a quien mirábamos con desconfianza concientes de sus simpatías por el fascismo; también estaban todos los mendigos del gueto de Venecia y los viejos de ese hospicio. Recuerdo a una tal Scaramella y a una USIGLI.

También había allí entre doscientos y trescientos yugoslavos y algunos súbditos ingleses.

Cuando el 18 de febrero nos enteramos de que habían llegado al pueblo las SS alemanas, nos alarmamos todos y, efectivamente, al día siguiente nos advirtieron que nos marcharíamos en el plazo de veinticuatro horas. Nadie trató de huir.

Nos metieron en vagones de ganado en los que estaba escrito «Auschwitz», nombre que en aquel momento no nos decía nada... El viaje duró tres días y medio; habíamos

preparado una reserva colectiva de alimentos que nos habían permitido llevar con nosotros. Éramos seiscientos cincuenta judíos...

Durante el viaje, los soldados de la escolta de las SS se mostraron duros e inhumanos; muchos de nosotros fuimos brutalmente golpeados. A nuestra llegada a Auschwitz nos preguntaron quiénes estaban en condiciones de trabajar. Noventa y seis de nosotros respondimos afirmativamente, después de lo cual nos condujeron a siete kilómetros del campo, a BUNA MONOWITZ: veintiséis mujeres en condiciones de trabajar fueron trasladadas al campo de trabajo en Birkenau; ¡¡¡todos los demás fueron llevados a las cámaras de gas!!!

En nuestro campo de trabajo había algunos médicos judíos. Recuerdo al doctor COENKA, de Atenas; al doctor WEISS, de Estrasburgo; al doctor ORENSZTEJN, polaco, que se portaron notablemente bien; no puedo decir lo mismo del doctor SAMUELIDIS de Tesalónica, que no escuchaba a los pacientes que se dirigían a él para ser curados ¡¡¡y hasta denunciaba a los enfermos ante las SS alemanas!!! ¡Varios médicos franceses apellidados LEVY se comportaron en cambio de manera muy humana!

Nuestro jefe de unidad era el judío holandés JOSEF LESSING, músico de orquesta profesional; tuvo bajo su mando de veinte a sesenta hombres y, en su calidad de responsable de la 98.ª unidad, demostró ser no solo duro, sino malvado también.

Entre los trabajadores de aquel campo recuerdo a un tal DI PORTO, de Roma; a un tal PAVONCELLO, LELLO PERUGIA, también de Roma; a EUGENIO RAVENNA, comerciante, y a GEORGIO COHEN, de Ferrara, así como a un tal VENECIA, un medio griego de Trieste. ¡¡El noventa y cinco por ciento de los trabajadores en ese campo eran judíos!! La dirección de la fábrica, para la que estuve trabajando, no quiso reconocerme entonces los emolumentos establecidos por la legislación, de modo que, una vez de regreso a casa, al cabo de bastantes años, a raíz de una demanda colectiva presentada por los supervivientes

de la fábrica, me fueron reconocidas y pagadas 800.000 liras, ¡¡¡como retribución devengada en términos legales!!!

Tras la llegada de las tropas soviéticas, fuimos trasladados de nuevo al campo de Auschwitz, a la espera de ser repatriados.

La odisea del regreso fue bastante larga; los rusos nos dijeron que no tenían más opción que repatriarnos por vía marítima, ¡¡embarcándonos nada menos que en Odessa!!

Nos trasladaron primero a Katowice, a continuación, a Minsk, más tarde a Sluck y, cuando Dios lo quiso, regresamos por fin a Italia.

Primo Levi

[1960]

TESTIMONIO PARA EICHMANN

Desde el final de los campos de concentración nazis han pasado ya muchos años. Han sido años densos de acontecimientos para el mundo, y, para nosotros los supervivientes, años de clarificación y de decantación. Por todo ello, nos hallamos hoy en condiciones de poder decir cosas que recién liberados, deslumbrados, por así decirlo, por la vida reconquistada, no habríamos podido decir con claridad. En nosotros y en todos, a los arrebatos de ánimo más inmediatos, a la indignación, a la piedad, al estupor más incrédulo, sucedió una disposición más relajada, más abierta. Nuestras historias individuales, de crónicas exaltadas, se encaminaban a convertirse en historia.

Creo que a ello se debe el renovado interés que los jóvenes manifiestan hacia nuestras palabras: se ha creado una nueva atmósfera, los tiempos están maduros para emitir un juicio.

Nos complace constatarlo: ninguna persona normal se ha alineado contra nosotros, nadie justifica abiertamente a nuestros perseguidores de entonces (algunos anormales, sí: pero, por eso precisamente, por ser anormales). Con todo, en los encuentros que, cada vez más numerosos, celebramos con el público, dos son las objeciones que se nos plantean con mayor frecuencia. ¿Por qué sois parciales, por qué nos habláis de los campos de concentración nazis, y no de los otros capítulos oscuros de la historia reciente? O más en general: ¿por qué seguís hablándonos de horrores?

La respuesta a la primera objeción me parece inmediata, obligada: os hablamos de los campos de concentración nazis porque allí fue donde estuvimos, y porque constituyen la página más deleznable de la historia humana. Esas imágenes que habéis visto en las distintas

exposiciones, también aquí en Turín, forman parte de nuestra experiencia directa, están anidadas en nuestra memoria, han actuado sobre nosotros; pruebas como esas nos han enriquecido, nos han convertido en jueces. Sabemos que se han cometido otras formas del mal en el mundo, que se siguen cometiendo: a todo ese mal se extiende nuestra condena. Eso debe quedar claro; cualquier noticia que nos llega, de masacres, de torturas, de trenes sellados, de sufrimientos gratuitamente impuestos a personas inocentes, de injusticias conscientes, cada una de esas noticias nos atañe, choca con nuestra sensibilidad: nuestra condena se extiende a todas ellas. Todo aquel que regrese para contar masacres de mujeres y niños, a manos de quien sea, en cualquier tierra, en el nombre de toda clase de ideologías, es nuestro hermano, y nuestra solidaridad está con él.

Pero es nuestro deber presentar testimonio en primer lugar de lo que vimos, y aquí llegamos a la segunda objeción. ¿Por qué seguir hablar de atrocidades? ¿No son cosas pretéritas? ¿Es que los alemanes de hoy no han dado muestras de renegar de su pasado? ¿Por qué sembrar más odio? ¿Por qué turbar la conciencia de nuestros hijos?

Preguntas similares nacen a menudo de la mala fe o de conciencias dudosas, pero no siempre; en todo caso, puede replicarse de muchas maneras. Puede defenderse, con toda razón, que debemos contar cuanto hemos visto con el fin de que la conciencia moral de todos permanezca alerta, y se oponga, y ponga freno, de modo que toda futura veleidad pueda ser sofocada de raíz, de modo que nunca más se oiga hablar de exterminio. Puede recordarse, de nuevo con razón, que estos increíbles crímenes no han sido reparados más que en parte, que muchos responsables han escapado a todo castigo, y solo la casualidad les hace caer en las redes de una justicia distraída; que los propios supervivientes, que innumerables familias de las víctimas no han recibido reconocimiento alguno, o solo en forma de ayudas y compensaciones irrisorias.

Pero me parece que el meollo de la cuestión no estriba

ahí. Me parece que, incluso en un mundo milagrosamente reedificado sobre los cimientos de la justicia, incluso en un mundo en el que, como mera hipótesis, nada amenazara ya la paz, toda clase de violencia hubiera desaparecido, todo delito hubiera quedado saldado, todo reo hubiera recibido su castigo y hecho enmienda, incluso en un mundo tan lejano al nuestro sería un error y una estupidez silenciar el pasado. La historia no puede ser mutilada. Han sido acontecimientos demasiado indicativos, se han entrevisto síntomas de una enfermedad demasiado grave, para que resulte lícito callar.

Piénsese bien: hace no más de veinte años, y en el corazón de esta civilizada Europa, alguien soñó un sueño demencial, el de levantar un imperio milenario sobre millones de cadáveres y de esclavos. El verbo se difundió por las plazas: fueron muy pocos los que lo rechazaron, y se les reprimió; todos los demás se mostraron de acuerdo, algunos con repulsa, algunos con indiferencia, algunos con entusiasmo. No ha sido solo un sueño: aquel imperio, un imperio efímero, empezó a edificarse: los cadáveres y los esclavos no faltaron.

Se construyeron campos diferentes a todo lo que la humanidad había pergeñado hasta entonces: se les llamaba campos de trabajo, o incluso de reeducación, pero tenían la clara finalidad de causar la muerte, y de causar la muerte con dolor. Pero más tarde Alemania ve llegar a sus manos lo que Eichmann llama «las fuentes biológicas del judaísmo» (nótese la jerga zoológica: los judíos son una raza de animales, son insectos, son un virus, tienen apariencia humana por mera casualidad, por una misteriosa broma de la naturaleza); y entonces hay que excogitar algo más rápido, más industrial.

Y he aquí a los dóciles técnicos alemanes manos a la obra, he aquí que se proyectan y se construyen las cámaras de gas, he aquí el veneno ideal, económico, seguro. Es un gas originalmente destinado a destruir ratas en las bodegas, y el arma de las SS lo ordena en cantidades desconcertantes a la IG Farbenindustrie. La IG Farben despacha

diligentemente los pedidos y cobra sus facturas, y no se preocupa por nada más. ¿Se estará produciendo una invasión de ratas? Lo mejor es no preguntar nada para no saber nada: los industriales alemanes salvan sus conciencias y se enriquecen con el veneno.

La empresa Topf e Hijos, de Erfurt, construcciones en hierro (las placas siguen estando aún en los hornos de Buchenwald; no en los de Auschwitz, que fueron hechos saltar por los aires), acepta el encargo de instalar un sistema de cremación capaz de destruir mil cadáveres por hora. La instalación se proyecta, se construye, se prueba en presencia del ingeniero jefe de Topf e Hijos: entra en funcionamiento a principios de 1943 y funciona a pleno rendimiento hasta octubre de 1944. Echemos cuentas. Pero también hubo mucho más y mucho peor: se produjo la demostración descarada de la facilidad con la que prevalece el mal. Esto, nótese bien, no solo en Alemania, sino en todos los países que pisaron los alemanes; en cualquier parte, según quedó demostrado, resulta un juego de niños encontrar traidores y hacer de ellos sátrapas, corromper las conciencias, crear o restaurar ese clima de consenso ambiguo, o de abierto terror, que era necesario para convertir en hechos sus proyectos.

Eso fue lo que ocurrió con la dominación alemana en Francia, en la Francia enemiga de siempre; eso en la libre y fuerte Noruega; eso en Ucrania, a pesar de dos décadas de disciplina soviética; y de la misma forma sucedieron las cosas, hay que decirlo con horror, en los propios guetos polacos, incluso dentro de los campos de concentración. Fue un aluvión, una riada de violencia, de estafa y de servidumbre: ningún dique pudo resistir, salvo las esporádicas islas de los focos de resistencia europeos.

En los propios campos, he dicho. No debemos retroceder ante la verdad, no debemos abandonarnos a la retórica, si realmente queremos inmunizarnos. Los campos de exterminio fueron, además de lugares de suplicio y de muerte, lugares de perdición. Jamás la conciencia humana fue violada, herida, distorsionada como en esos campos: en

ningún lugar se produjo de forma más contundente una demostración de lo que antes mencionaba, la prueba de lo tenue y lábil que es toda conciencia, de lo fácil que resulta subvertirla y sumergirla. No es extraño que un filósofo, Jaspers, y un poeta, Thomas Mann, hayan renunciado a explicar el hitlerismo en clave racional, y hayan hablado, literalmente, de «*dämonische Mächte*», de poderes demoníacos.

En esta clave adquieren sentido muchos detalles, desconcertantes en caso contrario, de la técnica empleada en los campos. Humillar, degradar, rebajar al hombre al nivel de sus vísceras. De ahí los viajes en vagones sellados, expresamente promiscuos, expresamente carentes de agua (no se trataba en este caso de razones económicas). De ahí la estrella amarilla en el pecho, la rapadura del pelo, incluso a las mujeres. De ahí el tatuaje, la ropa desmañada, los zapatos que obligan a cojear. De ahí, y no resulta comprensible de otra manera, la típica ceremonia, la predilecta, cotidiana, de las marchas a paso militar de los hombres de trapo delante de la orquesta, un visión grotesca más que trágica. A ellas asistían, además de los amos, unidades de las Juventudes Hitlerianas, chicos de 14 a 18 años, y es evidente cuál había de ser su impresión. ¿Son estos, pues, los judíos de los que tanto nos han hablado, los comunistas, los enemigos de nuestro país? Pero si estos no son hombres, son marionetas, son animales: van sucios, harapientos, no se lavan, cuando se les golpea no se defienden, no se rebelan; no piensan más que en llenarse la barriga. Es justo hacer que trabajen hasta reventar, es justo matarlos. Es ridículo compararlos con nosotros, aplicarles nuestras leyes.

Al mismo propósito de envilecimiento, de degradación, se llegaba por otras vías. Los funcionarios del campo de Auschwitz, incluso los más altos, eran prisioneros, muchos eran judíos. No debe pensarse que ello atenuara las condiciones del campo, todo lo contrario. Era una selección a la inversa: se escogía a los más viles, a los más violentos, a los peores, y se les concedía todo poder, comida, ropa,

exención del trabajo, exención de la propia muerte en las cámaras de gas, con tal de que colaborasen. Y desde luego que colaboraban; y de este modo el comandante Höss puede descargarse de todo remordimiento, puede levantar la mano y decir «está limpia»: no estamos más sucios que vosotros, nuestros propios esclavos han trabajado con nosotros. Si uno vuelve a leer la terrible página del diario de Höss en el que se habla del *Sonderkommando*, la cuadrilla oficial de las cámaras de gas y el crematorio, no le costará entender lo que es el contagio del mal.

Pero el contagio no se produce en una única dirección. El haber pensado en construir una nación, mejor dicho un mundo, sobre estas bases, no fue solo una abominación, sino una bestial locura. Era una locura soñar con un pueblo de señores, adornado con todas las virtudes del Olimpo germánico, y servido por un rebaño de esclavos hambrientos y embrutecido.

No había en Alemania nada más corrupto y más sórdido que las SS y los órganos del Partido. Los rumores del exterminio de judíos, polacos y rusos, de discapacitados mentales en la propia Alemania, se iba extendiendo entre el pueblo y el ejército, y contribuía (dejando de lado todo juicio moral) a crear en torno al nacionalsocialismo un aura de desconfianza y de desunión. Con esa misma aura hay que relacionar, en cierta medida, los reveses militares, y el colapso del Eje y del sistema de alianzas: los alemanes no invitan de buena gana a los líderes aliados a visitar sus instalaciones de muerte pero, pese a todo, la noticia se difunde: los alemanes van adquiriendo fama de aliados peligrosos, así como de estar en declive. Todos los soldados italianos que vuelven del frente ruso relatan horrorizados las escenas a las que han asistido, hablan de las fosas comunes, de niños y de mujeres cazados por los campos como animales salvajes, de trenes enteros de prisioneros rusos a los que se dejaba morir de hambre y frío.

De esta manera el ciclo se cierra. La conciencia de estar luchando por una causa abyecta enerva a los combatientes: son cada vez más numerosos los soldados alemanes que, sin

dejar de servir como va en su naturaleza, sienten como una feroz ironía el lema «Dios está con nosotros» que llevan en sus cinturones. No es la causa del desastre, pero contribuye al desastre.

Todos sabemos que la historia no siempre es justa, que la Providencia no siempre es eficaz. Todos, sin embargo, amamos la justicia. ¿Por qué debemos ocultar a nuestros hijos este insigne ejemplo de justicia histórica? ¿Por qué no decirles la verdad, que Hitler creó los campos de la muerte, y fue derrotado, y que tal vez haya sido derrotado precisamente por eso, por haber pretendido crear la civilización de la muerte?

Primo Levi

[1961]

DEPORTACIÓN Y EXTERMINIO DE LOS JUDÍOS

Cuando se proclamaron las leyes raciales yo tenía diecinueve años. Estaba matriculado en el primer año de Química en Turín. Una providencial y misteriosa disposición transitoria me autorizaba sin embargo a poder terminar mis estudios. Debo confesar que no me encontraba a disgusto en el asfíctico ambiente de la universidad de entonces. Entre los estudiantes eran pocos los fascistas entusiastas y no eran peligrosos, por lo general. A todo el mundo le habían dejado bastante perplejo esas nuevas leyes, que desde el principio parecían una estúpida imitación de las análogas leyes alemanas, mucho más feroces; el caso es que dominaba un escepticismo general del que yo mismo me había visto contagiado: era un clima de sordera y ceguera al que sucumbíamos todos, alumnos y profesores, fascistas y antifascistas y víctimas del fascismo. Se sentía que la guerra acabaría por llegar y la guerra llegó, pero las cosas no cambiaron en exceso para nosotros. Yo pude seguir estudiando en medio de pequeños y grandes abusos legales ante los que, sin embargo, no era difícil encontrar defensa.

Entre mis compañeros estudiantes y entre los profesores no me topaba con demostraciones de solidaridad pero tampoco de hostilidad. Con todo, una a una, las amistades arias fueron diluyéndose, con excepción de unos pocos que no tenían miedo de pasar por mojigatos ni por «judíos honorarios», como decía la terminología oficial fascista. Aunque, en privado, los propios jerarquillas del Grupo Universitario Fascista nos miraban con un cierto aire de vergüenza culpable.

Obtuve el título en 1941 con las mejores notas de mi

curso. Muchas veces he pensado que esas notas, merecidas solo en parte, constituían una manifestación de no conformismo, extremadamente prudente y tímida, por parte de mis profesores. Todos ellos, por lo demás, me habían aceptado únicamente como estudiante libre: habría sido una imprudencia demasiado grave lo contrario.

En aquellos años, he de admitirlo, la idea de una oposición activa ni siquiera se nos había pasado por la cabeza ni a mí ni a los otros jóvenes de mi condición. En eso el fascismo había sido eficaz: en conquistar las conciencias había fracasado, pero había logrado adormecerlas. Se jactaba de haber alcanzado un profundo efecto en las costumbres, pero en realidad lo que había promovido era una gravísima relajación, un general e íntimo asueto moral. Nos profesábamos antifascistas, pero los lazos con la precedente generación democrática habían sido cercenados. Vivíamos al día, de estudio, de trabajo, de discusiones políticas, académicas, pero estériles y poco realistas.

Encontré un trabajo en Milán con bastante facilidad, ya que muchos jóvenes estaban militarizados y la falta de técnicos se dejaba notar. Las cosas cambiaron abruptamente en 1943. Se produjeron, en primer lugar, las huelgas obreras en Turín de marzo: una noticia inaudita, una huelga en pleno fascismo y en plena guerra. Por parte del gobierno hubo una reacción extrañamente tímida. Ya no era posible mantener los ojos cerrados; había algo diferente, inconformista, no alineado, por fin lo había; no era cierto que en Italia, fuera del fascismo, solo hubiera vacío.

La confirmación se produjo cinco meses después, el 25 de julio, con la increíble, fulminante caída del gobierno y de las estructuras fascistas. Siguieron semanas febriles: partido socialista, partido comunista, partido de acción, partido liberal, orientaciones y programas, nombres nuevos, cosas nuevas; la urgencia de una elección y a la vez la falta de criterios para elegir, y además, a la vez, los alemanes en el paso del Brennero, los alemanes en casa, y la ambigua voz de Badoglio: «La guerra continúa».

La catástrofe, prevista pero inesperada, llegó el 8 de septiembre, y supuso el desbarajuste definitivo. Asistimos, en silencio, a la irrupción inmediata, terrorífica de la maquinaria de guerra alemana por las calles de Milán. Perdí todo contacto. Sin un plan bien definido, regresé a Turín y fui hasta el Valle de Aosta. No tenía ninguna duda de que había que hacer algo, pero a pesar de las muchas palabras que había escuchado, y que también había dicho, sobre aquello que había que hacer yo no tenía más que ideas extremadamente confusas. Otros muchos jóvenes afluían a esas montañas: objetores de conciencia, soldados prófugos, trabajadores, naturales del valle. Formamos un grupo. Nos las arreglamos para mantener contactos ocasionales con los focos de la Resistencia que se estaban organizando en Turín, pero no teníamos dinero, ni armas, ni experiencia.

Inmediatamente después, el 13 de diciembre, como consecuencia de una denuncia, una gran redada de la milicia fascista nos pilló totalmente desprevenidos. Muchos lograron escapar; yo fui capturado. Tenía documentos falsos y tal vez hubiera podido ocultar que era judío. Sin embargo, acabé por admitirlo, en el segundo o tercer interrogatorio. Sin duda fue un burdo error por mi parte, considerándolo retrospectivamente, pero en ese momento creí que sería la mejor justificación para el hecho de haberme echado al monte. Y además, me parecía una suerte de deshonor renegar de mis orígenes (como puede verse, ¡yo era muy joven e ingenuo!).

Me enviaron a Fossoli, donde iban afluyendo gradualmente todos los judíos que eran capturados en el norte de Italia. Había hombres, mujeres, niños; sanos, enfermos, moribundos; millonarios y mendigos; todos en espera de algo terrible; pero nadie previó entonces lo que vendría después. Cuando llegamos a seiscientos cincuenta hicieron su aparición las SS y nos anunciaron que al cabo de dos días nos marcharíamos, todos, sin excepción alguna. ¿Adónde? No se sabía. El viaje duró tres días. Supongo que no es necesario describir un viaje de tres días en un vagón sellado: frío, sed, fatiga, insomnio y, sobre todo, terror.

Llegamos por la noche a un lugar remoto. Ninguno de nosotros conocía el significado de aquel nombre: Auschwitz. Nos obligaron a bajar de los vagones y nos interrogaron rápidamente: «¿Estás sano? ¿Puedes trabajar?». En función de las respuestas y de un examen extremadamente somero, nos dividieron en tres grupos: hombres aptos, noventa y seis (de los que yo formaba parte); mujeres aptas, veintinueve; por último, todos los demás. Las mujeres se marcharon a pie hasta el campo de Birkenau. De veintinueve regresaron cuatro. Nosotros nos encaminamos hacia el campo de Monowitz: regresamos diez. De todos los demás, de los no aptos para el trabajo, no regresó nadie. Eran los ancianos, los enfermos, los niños y las madres que no habían querido abandonar a sus hijos. No lo supimos hasta mucho tiempo después: fueron hacinados en las cámaras de gas y quemados en los hornos crematorios. Para eso existía Auschwitz, para eso servía Auschwitz. Así, de seiscientos cincuenta solo regresamos catorce.

El campo de concentración de Monowitz, al que fuimos enviados los hombres, formaba parte del grupo de campos dependientes de Auschwitz, y distaba unos siete kilómetros del campo central. Debo decir de inmediato que se trataba, en aquel momento, de uno de los campos menos duros. *Sanatorium*, lo llamaban con sorna los prisioneros más ancianos, que habían visto tiempos mucho peores. No había razones humanitarias para ello: el sistema nacionalsocialista no sabía nada acerca de razones como esas. Había otras. El campo de Monowitz formaba parte de una gigantesca zona de construcción donde se estaba levantando un complejo industrial de IG Farben, el gran trust químico alemán. Era una extensión de tres kilómetros por dos, inmensa. El campo era parte integrante de ella, territorialmente incluso, pues estaba incluido dentro del perímetro de la fábrica. En las obras trabajaban 40.000 obreros. De estos, 10.000 éramos nosotros, los esclavos de Monowitz. No era ni una excepción ni un secreto para nadie: nuestro trabajo, nuestra aportación de trabajo formaba oficialmente parte de los

planes de trabajo alemanes y había sido calculado en los presupuestos del ejercicio anual; por lo demás, todos los días entrábamos en contacto en las obras con civiles alemanes, esos mismos civiles alemanes que hoy no saben nada ni recuerdan nada. Nuestro trabajo era remunerado, pero no a nosotros; para cada jornada laboral Farben pagaba seis marcos a nuestros amos, las SS, de los que dependíamos.

Muchas veces me he preguntado cuánto había, en esa organización, de frío cálculo y cuánto de locura y sadismo. Era evidente que, desde el punto de vista de las SS, nuestras prestaciones no representaban más que un extra, un subproducto de otra actividad que era la actividad de exterminio. Porque estaba claro que ningún industrial, ¿qué digo?, ningún negrero, ningún jefe de brigada de la época de los faraones podía plantearse seriamente obtener un beneficio económico de trabajadores como nosotros. Se nos destinaba, a casi todos, a pesadas tareas de excavación y de transporte, pero teníamos menos fuerzas que un niño, y la gran mayoría de nosotros nunca habíamos tenido una pala en las manos en toda nuestra vida anterior. A algunos, muy pocos, que poseían una especialización útil, por ejemplo, electricistas, mecánicos, químicos, etcétera, se les asignaban trabajos más delicados; pero no cuesta mucho entender el rendimiento de un ingeniero que tiene un hambre crónica, que está cubierto de harapos, lleno de llagas infectadas y de pulgas, que está sucio, porque no se lava nunca, que está destinado a morir a los pocos meses, y lo sabe, que sabe que tal vez vaya a ser asesinado mañana mismo y que, por último, no siente y no puede sentir ningún amor, ningún interés por su trabajo, todo lo contrario, lo odia, porque es el trabajo de sus enemigos mortales.

No es fácil dar a entender con palabras lo que es vivir en un campo de concentración. Y mucho menos fácil resulta explicarlo de forma breve. Se habla de hambre, pero es algo diferente al hambre que todo el mundo conoce, es un hambre que se ha vuelto crónica, que no reside ya en las vísceras, sino en el cerebro y que se ha convertido en una

obsesión, que no se olvida en ningún momento del día; y por la noche, de principio a fin del sueño, en lo único en lo que se sueña es en comer, o mejor dicho, uno sueña que está a punto de comer, pero después, como en el mito de Tántalo, algo, en el último instante, hace que la comida desaparezca. Se habla de cansancio, pero nadie experimenta en la vida corriente un cansancio como ese, que es el de las bestias de arrastre, es cansancio más desprecio, cansancio sin escapatoria, sin piedad por parte de quienes lo imponen, cansancio acompañado por la noción de inutilidad, brutal y extenuante y carente de propósito. Se habla de frío, pero hasta el más humilde de los mendigos encuentra aquí alguna manera de cubrirse de harapos, encuentra una cama caliente, una copa de vino. En los campos no hay defensa: hay que pasarse toda la larguísima jornada de trabajo vestido con ropas ligeras en medio de la nieve, en un clima que no es el nuestro, bajo la lluvia, y la sangre de las venas está fría y es pobre y no proporciona protección. De este modo, el hambre, el frío, el cansancio desembocan inevitablemente en la enfermedad. Hay una enfermería en el campo —*Krankenbau*— pero las medicinas son solo dos: aspirina y urotropina para todas las enfermedades leves; y para las enfermedades graves o no graves, pero incurables, como el edema de hambre, que es universal, solo hay una medicina, pero radical y todos lo saben. Se llama «la chimenea», como suele decirse con simplicidad: es el horno de Birkenau.

Pero los raros momentos de pausa, de ausencia de dolor físico y de malestar, como por ejemplo los excepcionales días de descanso (yo tuve solo cinco en un año), están repletos de otra clase de dolor, no menos angustioso: es el dolor humano, el que nace del regreso a la conciencia, de recuperar la percepción de lo lejos que queda tu casa, de lo improbable de la libertad, del recuerdo de tus seres queridos, vivos e inaccesibles, o enviados a la muerte como ganado al matadero.

Y, con todo, Monowitz era un buen campo, lo digo sin ironía. En Monowitz la esperanza de vida media era de tres

meses, porque era un *Arbeitslager*, un campo de trabajo y no un campo de exterminio propiamente dicho. En los campos de Chelmno, Sobibor, Treblinka, Maidanek la esperanza de vida media era en cambio de una o dos semanas. Si de estos no se habla, es porque no hay un solo judío que haya vuelto de esos lugares para contar su historia.

Yo permanecí en Monowitz un año, y salí con vida debido a una combinación de circunstancias providenciales. En primer lugar siempre fui de poco comer y por lo tanto las raciones del campo, pese a no bastarme, no fueron para mí tan terriblemente deficitarias como para muchos otros. Hay que señalar, en efecto, que eran precisamente los individuos más vigorosos, más atléticos, las primeras víctimas del hambre. Yo vi a robustísimos campesinos de Hungría y Transilvania degradarse a esqueletos en un mes y emprender el camino de la «chimenea». Además siempre estuve bien entrenado para la vida de montaña, y esa fue quizá la razón por la que pude resistir al frío, al malestar y al cansancio sin enfermar. Sabía un poco de alemán y me esforcé desde los primeros días por aprender tanto como me fue posible.

Aquí tengo que abrir un paréntesis y recordar cómo contribuía a aquel infierno el caos lingüístico que allí reinaba. Era un arreciar de órdenes, de amenazas, de maldiciones vociferadas en alemán o en polaco; de reglamentos, de prohibiciones, de extraños requisitos, algunos incluso grotescos, que había que entender o adivinar sobre la marcha. No exagero al decir que a su ignorancia de idiomas se debe la alta tasa de mortalidad de griegos, franceses e italianos en los campos de concentración. No era fácil de adivinar, por ejemplo, que esa descarga de puñetazos y patadas que te tumbaba por el suelo de repente se debía al hecho de que los botones de tu chaqueta eran cuatro, o seis, en lugar de cinco, o que habías sido visto en la cama, en pleno invierno, con el sombrero puesto.

Pero el conocimiento del alemán me resultó además providencial en otro sentido. En junio de 1944 a los

alemanes de Farben les hicieron falta químicos para sus laboratorios. Muchos de nosotros se presentaron, demasiados. Era necesario determinar quiénes eran químicos y quiénes no. Los alemanes son «gente seria» y organizaron un examen serio, en alemán, por supuesto. Que los candidatos fueran fantasmas que caminaban, que apenas podían sostenerse en pie, no les preocupaba en absoluto: lo que les preocupaba era la producción y, por lo tanto, encontrar técnicos presumiblemente útiles. Encontraron a tres y yo fui uno de esos.

No creo haber resultado muy útil para Farben. Fueron aquellos meses de bombardeos aéreos incesantes, por lo que mi trabajo de *spezialist* se limitaba a trasladar tres o cuatro veces al día los delicados instrumentos de medición desde el laboratorio hasta el subterráneo y viceversa. Pero, sobre todo, no tenía la menor intención de resultar útil. De todos modos, así tuve el raro privilegio de pasar a cubierto y caldeado, y sin cansancio excesivo, los fríos meses del invierno de 1944-1945.

A una última intervención milagrosa del destino debo además mi salvación. Como ya he aludido, no sufrí ninguna enfermedad durante todo el año de mi estancia en el campo, pero el 10 de enero de 1945, cuando ya podía oírse la artillería rusa, enfermé de escarlatina y fui hospitalizado en la enfermería. Pocos días después, el campo al completo fue evacuado y simultáneamente fueron evacuados todos los campos de Silesia, incluido Auschwitz. Este es, quizá, el capítulo más terrible y menos conocido de la historia de Auschwitz. La operación, al parecer decidida por el propio Hitler, tuvo lugar en unas cuantas horas: todos los presos capaces de caminar —y en el área de Auschwitz había más de 150.000— se vieron obligados a emprender la marcha entre la nieve, bajo un frío polar, sin comida, sin pausa, durante siete días y siete noches, hacia Mauthausen, Buchenwald y Dachau; fueron cientos de kilómetros, que hubo que recorrer por carreteras congestionadas por soldados a la desbandada, civiles que huían y columnas militares en marcha.

Dos eran los objetivos de esta enloquecida marcha: recuperar mano de obra para una imaginaria contraofensiva, y no dejar testigos detrás. De modo que no se dejó a nadie con vida. Cualquiera que retrasara la marcha era abatido. No más de una décima parte sobrevivió a aquella espantosa deportación dentro de la deportación. Y estos fueron agregados a los otros campos que he nombrado, ya abarrotados hasta lo inverosímil, y tuvieron que reanudar inmediatamente el trabajo. Yo, con el resto de los enfermos, permanecí en la enfermería de Monowitz, y me libré así de aquella infernal aventura.

Las SS habían recibido la orden de incendiar nuestros barracones y de ametrallar a los que intentaran escapar. Estaban ya listos para ejecutar la orden, cuando un furioso bombardeo aéreo conmocionó el campo. Al final de la incursión, los alemanes habían huido. Nosotros los enfermos permanecimos diez días abandonados a nuestra suerte, sin comida y sin atención médica, en los barracones a medio demoler. Más de la mitad había muerto de hambre o de enfermedad cuando llegaron los rusos, el 27 de enero de 1945.

Primo Levi

[1961]

DECLARACIÓN
PARA EL PROCESO BOSSHAMMER

5 de diciembre de 1965

Preparación de los transportes. Fui asignado al campo de Fossoli el 27 de enero de 1944. El campo se hallaba bajo la vigilancia de la Policía Nacional italiana; en el momento de mi llegada albergaba a unos trescientos cincuenta judíos italianos y extranjeros. Alrededor del 15 de febrero llegaron a Fossoli unos diez soldados de las SS alemanas, incluyendo a un sargento alemán, también de las SS, que desautorizaron a los funcionarios policiales italianos y organizaron directamente la deportación. Ordenaron a los intérpretes que nos dijeran que todos los judíos se marcharían a un país frío, y que por lo tanto era oportuno llevarse ropa de abrigo, mantas y pieles, así como, por supuesto, objetos de valor, dinero y moneda. La deportación tuvo lugar cuando el número de judíos presentes alcanzó los seiscientos cincuenta; fueron deportados incluso los enfermos más graves, entre los que se contaba una moribunda nonagenaria. En cambio, permanecieron en Italia los pacientes infecciosos, y algunos judíos de nacionalidad inglesa. Por parte alemana no se prepararon ni distribuyeron provisiones de comida para el viaje, pero se nos autorizó a comprarlas en el campo.

Desde el campo nos llevaron hasta la estación de tren el 22 de febrero de 1944, en autobuses conducidos por personal italiano, pero escoltados por los soldados alemanes anteriormente mencionados; estos se comportaron con gran brutalidad, propinándonos golpes y patadas para acelerar la subida y la bajada de los vehículos, y la entrada en los vagones. En los propios vagones (vagones de carga de cierre

sellado) no se había preparado ningún recipiente para agua ni para las necesidades higiénicas; el suelo estaba cubierto por una fina capa de paja.

Tengo entendido que se trató del primer traslado de judíos desde Fossoli a Alemania: partió de Fossoli el 22/2 y llegó a Auschwitz la noche del 26/2.

Escolta del viaje. Estaba formada por alemanes en uniforme de las SS, dos de los cuales por lo menos formaban parte de los diez mencionados anteriormente.

Destino del transporte. Estaba claramente señalado («Auschwitz») en letreros con sus marcos pegados en el exterior de cada vagón.

Entre los funcionarios de la Policía Nacional destinados a la vigilancia y administración del campo de Fossoli, recuerdo los siguientes nombres: Avitabile, Tedesco, Taglialatela. Se comportaron con nosotros con corrección y humanidad; considero que pueden conocer y recordar los nombres de los alemanes que realizaron la deportación de nuestro convoy.

Primo Levi

[1965]

LA DEPORTACIÓN DE LOS JUDÍOS

Alrededor del 8 de septiembre, en mi condición de judío, y por lo tanto de excluido del ejército y de la universidad, me sumé a un grupo de partisanos. Nos cruzábamos con masas de soldados italianos procedentes de Francia, de toda Italia que viajaban en dirección contraria; unos para volver a casa, otros en busca de armas, algunos en busca de un jefe.

A todos estos antiguos soldados, con quienes hablábamos, solo les interesaba decir una cosa: no había que seguir haciendo la guerra con los alemanes, porque habían visto lo que estos habían hecho; habían estado en el frente en Grecia, en Yugoslavia, en Rusia, y decían: «Esa no es la guerra, esos no son aliados, no son soldados, no son hombres». La unidad que nos agavillaba nacía de esa evidencia tan humana, que no es más que la de la pura y simple humanidad, que en Italia, a pesar de los muchos defectos de los italianos, aún pervive. Este es, según creo, un primer elemento que no debe pasarse por alto para delimitar la contribución de los internados militares.

El segundo es este: a pesar de haber sido capturado como partisano, estúpida, inconscientemente, como se quiera, me declaré judío, y acabé en el campo de Auschwitz.

El campo de trabajo donde yo trabajaba estaba al lado de aquel en el que se hallaban británicos, estadounidenses, así como prisioneros rusos, polacos, franceses, y también prisioneros italianos: unos militares, otros civiles capturados en redadas, algunos más de los llamados «trabajadores voluntarios». Los prisioneros italianos no estaban mucho mejor que nosotros; bien es cierto que en su campo de concentración no había cámaras de gas con hornos crematorios y este es un detalle muy importante,

pero en los primeros tiempos las condiciones ambientales y de vestuario no eran muy diferentes a las nuestras.

Sin embargo, de esos soldados italianos que por ser trabajadores especializados, por tener un oficio, se hallaban en condiciones mejores, de todos ellos recibimos nosotros ayuda; no solo de estos, sino también de los prisioneros italianos civiles; y no solo lo hemos reconocido nosotros los italianos, sino todo el mundo. Era conmovedora la sensibilidad de esos compatriotas nuestros. Los alemanes ya sabían que los italianos eran «buena gente», como decían en tono de mofa, y era cierto, era algo reconocido. Esta creencia coincide con el hecho del que se ha hablado largo y tendido esta noche, es decir, del elevado porcentaje, casi la totalidad de los soldados italianos que se negaron a adherirse a la República de Saló, porque significaba la adhesión al nazismo y a la inhumanidad de los sistemas nazis.

Dicho esto, y a pesar de que yo fuera detenido como partisano, traigo aquí, esta noche, el testimonio de todos aquellos que no pudieron elegir, mientras que para los jóvenes, para los jóvenes de mi generación, aún cabía una elección (y en mi caso se produjo después): la elección del *no*, de no adherirse.

Traigo el testimonio de aquellos que no podían elegir, es decir, de todos los ciudadanos judíos italianos y extranjeros. De aquellos para los que no existía posibilidad de elección alguna: eran mujeres, eran viejos, eran personas excluidas desde hacía ya años de cualquier contacto con el mundo exterior; vivían, desde 1939, en la clandestinidad, y para ellos la elección era obviamente imposible. Debería decir *casi* imposible, porque a pesar de todo, a pesar de las enormes dificultades, a pesar de la ausencia de toda organización, cierta resistencia sí que hubo, no solo en el seno de las minorías judías, polacas, rusas, ucranianas, sino que también surgió en los propios campos, en estrecha fusión y colaboración con los demás movimientos clandestinos que en todos los campos de concentración nacieron y vivieron.

Como es natural, la situación era diferente para aquellos que se hallaban en los campos de concentración para presos políticos, y para aquellos que en cambio se hallaban en campos de concentración como Auschwitz, donde la mayoría eran judíos; las razones son obvias: en un campo de presos políticos o de mayoría de presos políticos, los presos tenían a sus espaldas una escuela, una escuela dura incluso con temas de preparación política. Se trataba por lo general de hombres en la plenitud de sus fuerzas, para quienes la deportación se había producido, en la mayor parte de los casos, en el mejor momento de sus carreras de trabajo normal. Además, surgía con facilidad un sentimiento de solidaridad, al menos entre los grupos nacionales, y también por afinidades políticas. En el campo de Auschwitz las cosas eran diferentes; era una Babel, al menos para nosotros los italianos, era como precipitarse en la oscuridad; es decir, ser arrojado a un mundo que no se entendía y que nosotros no comprendíamos. Y no lo comprendíamos por distintas razones: en primer lugar por el idioma, y además porque el campo estaba regido por un reglamento férreo que nadie nos enseñaba y que nos veíamos obligados a aprender por intuición, hablando poco, equivocándonos, muriendo. Y por último, porque el mosaico de nacionalidades, orígenes e ideologías era tan complejo y confuso que realmente hacían falta meses para orientarse y en unos meses uno moría.

En Auschwitz había un noventa y cinco por ciento de judíos y alrededor de un cinco por ciento entre presos políticos y los llamados «triángulos verdes», es decir, delincuentes comunes. Legalmente no había diferencias; de hecho una diferencia sí que había, y era enorme: los políticos y los «triángulos verdes» eran casi todos alemanes y esto nunca lo olvidaban los propios alemanes. Incluso los comunistas alemanes, la mayoría de los cuales habían sido exterminados por Hitler, eran considerados, por raza y lengua, algo muy diferente de los judíos. Los presos políticos alemanes, que a menudo se comportaban muy bien con nosotros, llevaban presos cinco, diez, quince años

y todos sabían lo que significaba «hacer carrera»; estos la habían hecho; los que no la habían hecho ya no existían. De modo que, por encima de todo reglamento, incluso si no les correspondía un trato distinto, lo tenían o lo conseguían.

El promedio de vida en el campo en el que yo estuve, que era un buen campo porque era un campo de trabajo, era de tres meses; en tres meses, la población se veía reducida a la mitad, aunque se viera reintegrada con nuevas aportaciones. He dicho que era un buen campo por muchas razones, porque era un campo de trabajo, porque había muchas ocasiones para entrar en contacto con soldados italianos, incluso con soldados británicos; la barrera que nos separaba del mundo no era completamente impermeable, y algunos pasajes, algunas estrías no faltaban. Pero todo el mundo sabe lo que era el campo de Birkenau: era un campo del que nadie salía, donde no se hablaba de promedio de vida; solo servía para destruir.

No es que con esto quiera establecer una prioridad o una aristocracia entre internados, lejos de mí tal intención; lo único que quería mencionar es que, a pesar de esa condición, incluso en el campo de Auschwitz nació un movimiento de resistencia; no solo clandestino, sino que salió a la luz con ese episodio aún fuera de la historia —porque no hubo supervivientes— que fue el del sabotaje de los hornos crematorios.

Sería de esperar que se consiguiera de alguna forma, gracias a algún testigo aún con vida, gracias a inspecciones oculares, aclarar plenamente el modo en el que tuvo lugar. En aquellas condiciones de *cero* absoluto, de nada, hubo con todo un núcleo de personas que no solo fue capaz de hacer estallar primero los hornos crematorios, sino también de encontrar armas para luchar contra los alemanes, de matar a bastantes de ellos y de intentar la huida.

Merece la pena recordar que una treintena de hombres lograron cruzar la frontera, pero fueron devueltos a manos alemanas por los polacos, que tenían un terror ciego a los propios alemanes. Y de este modo esas escasas decenas de héroes que habían sido capaces, por vez primera, de hallar

un pasaje de salida de Auschwitz que no solo debía servirles a ellos, sino a toda la población del campo, vieron fracasar miserablemente su tentativa.

Primo Levi

[1966]

CUESTIONARIO
PARA EL PROCESO BOSSHAMMER

Fragebogen / Cuestionario

1) *Wo lebten Sie bis zu Ihrer Verhaftung in Italien*?
¿Dónde vivió usted hasta su detención en Italia?
En Turín.

2) *Wann und von wem wurden Sie verhaftet*?
¿Cuándo y por quién fue arrestado?
El 3-XII-43 en Lanzo d'Intelvi (Como) por la milicia fascista en la frontera con Suiza; había sido rechazado por Suiza, donde había intentado refugiarme con mi esposa.

3) *Warum werden Sie verhaftet*?
¿Por qué fue arrestado?
Por ser judío.

4) *Wohin kamen Sie nach Ihrer Verhaftung*?
¿Adónde fue trasladado tras su detención?
Primero a la cárcel de Como, luego a la de Módena y más tarde al campo de concentración de Fossoli.

5) *Waren Sie im Polizei-Durchgangslager Fossoli di Carpi (bei Modena)*?
¿Estuvo usted en el campo de tránsito policial de Fossoli di Carpi (cerca de Módena)?
Wenn ja, wann und von wo aus kamen Sie dorthin und wie lange blieben Sie en Fossoli?
En caso afirmativo, ¿cuándo y procedente de qué lugar fue trasladado, y cuánto tiempo permaneció allí?
Permanencia en el campo de Fossoli: del 21-XII-43 al 21-

II-44.

Wie wurden Sie und Ihre Leidensgenossen dort behandelt?

¿Qué trato usted y sus compañeros de desventura allí recibieron?

No fuimos tratados mal, mientras el campo estuvo bajo la dirección de la Policía italiana, es decir, hasta dos días antes de la salida hacia Auschwitz.

6) *Haben Sie in Italien den damaligen SS-Sturmbannführer Friedrich Boßhammer kennengelernt*?

¿Llegó a conocer en Italia al ex *Sturmbannführer* de las SS Friedrich Bosshammer?

No lo sé; no llegamos a saber los nombres de los oficiales y soldados de las SS.

Falls ja, bei welcher Gelegenheit und unter welchen Umständen?

En caso afirmativo, ¿en qué ocasión, y bajo qué circunstancias lo conoció?

7) *Wann sind Sie aus Fossoli di Carpi (oder gegebenenfalls aus einen anderen Ort Italiens) nach Auschwitz deportiert worden (Daten bitte so genau wie möglich angeben)*?

¿Cuándo fue deportado usted desde Fossoli di Carpi (o eventualmente desde cualquier otro lugar de Italia) a Auschwitz (ruégase señalar los datos de la más precisa manera posible)?

Salimos la noche del 21-II-44 de Fossoli, llegamos a Auschwitz la noche del 26-II-44.

8) *Wußten Sie bei Ihren Abtransport aus Italien, wohin Sie gebracht wurden*?

A su salida de Italia, ¿sabía usted a dónde iba a ser trasladado?

Sí, a Auschwitz.

9) *War Ihnen vor Ihrer Deportación bekannt, dass den deportierten Juden der Tod drohte oder hegten Sie mindestens entsprechende Befürchtungen*?

Antes de su deportación, ¿sabía usted que los judíos

deportados estaban amenazados de muerte, o al menos se lo temía?

Lo sabía con certeza.

Falls ja, wie kamen Sie zu Ihrem Wissen oder wodurch wurden Ihre Befürchtungen hervorgerufen?

En caso afirmativo, ¿cómo llegó usted a saberlo y cuál fue la causa de sus temores?

Lo supe por los judíos yugoslavos, alemanes, polacos, austriacos prófugos en Italia, y que estaban plenamente al tanto de lo que ocurría en los campos de concentración alemanes.

10) *Wie kamen Sie nach Auschwitz (Art des Abtransportes, Ein- und Ausladebahnhof, Fahrtroute des Zuges usw.)*?

¿De qué manera fue trasladado usted a Auschwitz (modo de transporte, estación de carga y de descarga, itinerario del tren, etc.)?

En tren, en vagones de carga, 40-50 personas en cada vagón, sin jergones ni mantas. Itinerario: Fossoli – Brenner – Viena – Moraska Ostrawa – Auschwitz.

11) *Wie lange waren Sie von Italien nach Auschwitz unterwegs*?

¿Cuánto tiempo estuvo viajando desde Italia hasta Auschwitz?

Cinco días.

12) *Schildern Sie bitte die näheren Umstänsds Ihrer Fahrt nach Auschwitz (Personen- oder Güterwagen, Belegung Ihres Waggons, Verpflegungsausgabe, etwa warmes Essen und Getränke bei Antritt und während der Fahrt, Aussteigemöglichkeiten bei Zwischenaufenthalten, Todesfälle während der Fahrt usw.)*.

Relate por favor las circunstancias exactas de su viaje a Auschwitz (tren de viajeros o tren de carga, con cuántas personas se llenaban los vagones, suministro de alimentos, por ejemplo comida y bebida caliente antes y durante el viaje, posibilidad de bajar en las paradas, mortalidad durante el viaje, etc.).

Nunca hubo comidas calientes, ni antes ni durante el viaje ni a la llegada; como alimento, pan negro, queso, un poco de mermelada; de beber, agua fresca distribuida con la comida una vez al día; posibilidad de bajar del tren una vez al día en campo abierto para satisfacer las necesidades corporales delante de todos, compañeros de viajes y soldados de escolta; mortalidad, un anciano de setenta y cinco años. Se sufrió mucho a causa del terrible frío y de la sed.

13) *Wie viele Menschen wurden nach Ihrer Schätzung mit Ihrem Transport nach Auschwitz deportiert (Anhaltspunkte für Ihre Schätzung können die Länge des Zuges, die Anzahl und die Belegung der einzelnen Waggons sowie Ihre Beobachtungen beim einladen in Italien und Ausladen in Auschwitz sein)*?

Según sus cálculos, ¿cuántas personas fueron deportadas a Auschwitz con su mismo convoy (su valoración puede basarse, por ejemplo, en la longitud del tren, en el número y el grado de ocupación de los vagones, así como en las observaciones hechas durante la carga en Italia y la descarga en Auschwitz)?

Con total seguridad, mi transporte se componía de seiscientas cincuenta personas; el más anciano de setenta y cinco años (que murió en el viaje); el más joven de tres meses.

14) *Wo kamen Sie in Auschwitz und wo wurden Sie ausgeladen*?

¿A qué parte de Auschwitz llegó y dónde se le hizo bajar?

Al llegar a la estación ferroviaria de Auschwitz, a las 21 horas del 26-II-44, el grupo fue dividido de inmediato: por un lado las mujeres y niños, por el otro los hombres y luego cada grupo dividido a su vez en dos: jóvenes y sanos, por un lado; ancianos y niños menores de catorce años por otro.

15) *Fand eine Selektion statt? Wie ging sie vor sich*?

¿Se realizó una selección?, ¿de qué forma se llevó a cabo?

La selección fue muy rápida y brutal; a mí me pusieron en el grupo de los sanos, que al final resultó formado por noventa y cinco hombres que fueron trasladados inmediatamente con varios camiones al campo de trabajo de Monowitz (denominado «Buna»); el grupo de mujeres admitidas en el campo para trabajar (doce mujeres), en cambio, fue llevado a Birkenau.

16) *Wie viele Männer und Frauen kamen nach der Selektion zur Arbeitseinsatz im Lager? Was wurde aus den übrigen*?

Después de la selección, ¿cuántos hombres y mujeres fueron empleados para trabajar en el campo? ¿Qué ocurrió con los demás?

Noventa y cinco hombres y doce mujeres; todos los demás fueron conducidos de inmediato a las cámaras de gas de Birkenau y gaseados esa misma tarde. De los noventa y cinco hombres y doce mujeres admitidas para el trabajo regresaron a Italia al final de la guerra ocho y cuatro respectivamente.

17) *Welche Häftlingsnummer erhielten Sie en Auschwitz*?

¿Qué número de prisionero se le dio en Auschwitz?

174489.

18) *Wann und wodurch erfuhren Sie, was in Auschwitz mit den Juden geschah*?

¿Cuándo y en qué circunstancias vino usted a saber lo que les pasaba a los judíos en Auschwitz?

Desde el invierno de 1942-1943, cuando presté mis servicios de médico en una organización judía de ayuda a los judíos extranjeros refugiados en Italia.

19) *Wie viele Teilnehmer Ihres Transportes haben außer Ihres das Kriegsende überlebt? Geben Sie bitte gegebenenfalls Namen und Adressen der Ihren bekannten Überlebenden an? Welche Ihnen namentlich bekannten Teilnehmer Ihres Transportes sind in Auschwitz ermordet*

worden?

A) Aparte de usted, ¿cuántos participantes en su convoy habían sobrevivido al acabar la guerra?

B) Se ruega señalar el nombre y dirección de los supervivientes que usted conozca.

C) ¿Cuáles de los participantes cuyo nombre conozca usted fueron asesinados en Auschwitz?

A) Siete hombres y cuatro mujeres.

B) Doctor Primo LEVI – Turín – Corso re Umberto 75
Doctor Aldo MOSCATI – PISA – Lungarno Buozzi 2
Doctor Luciana NISSIM – MILÁN – Via ????
Stella VALABREGA – ?????????
Eugenio RAVENA – FERRARA – Via Bologna
Luciano MARIANI – MILÁN (murió en diciembre de 1968)
Leo Zelicowski – ARCO (Trento) – Via Capitelli 49
? ZELICOWICH – ?????

C) Jolanda DE BENEDETTI, de casada DE BENEDETTI de ALBA (Cuneo)
Franco SACERDOTE de Nápoles
Renato Ortona de Turín
Guido Melli de Módena
ing. Mario Levi de Milán, con su esposa e hija
Giuseppe (?) LURIA de Turín
Guido Valabrega de Turín y su esposa
Enrico MARIANI de Venecia con su esposa, hijo, padre, madre y dos primos
? GLUKSMANN de Viena
? ISRAEL y esposa de Sarajevo
Señora? Kabilio
Familia Valabrega de Génova (padre, madre, hijo, hija)
Familia Maggiore BASSANI de Udine (padre, madre, hijo, hija)
Familia Ravenna de Ferrara (padre, madre, hija)
Familia TEDESCO de Venecia (padre, madre, dos hijos)

Turín – 5-VIII-70

(fecha)

Doctor Leonardo DE-BENEDETTI
(firma)

[1970]

CUESTIONARIO
PARA EL PROCESO BOSSHAMMER

Fragebogen / Cuestionario

1) *Wo lebten Sie bis zu Ihrer Verhaftung in Italien*?
¿Dónde vivió usted hasta su detención en Italia?
Siempre en Italia, en Turín y en Milán.

2) *Wann und von wem wurden Sie verhaftet*?
¿Cuándo y por quién fue arrestado?
El 13 de diciembre de 1943, por la milicia fascista (Centurión Ferro) en las cercanías de BRUSSON (Aosta).

3) *Warum werden Sie verhaftet*?
¿Por qué fue arrestado?
Por mi actividad partisana. Mi condición de judío salió a la luz más tarde.

4) *Wohin kamen Sie nach Ihrer Verhaftung*?
¿Adónde fue trasladado tras su detención?
Primero al cuartel de la milicia fascista en Aosta, más tarde (a finales de enero de 1944) al campo de concentración de Fossoli di Carpi.

5) *Waren Sie im Polizei-Durchgangslager Fossoli di Carpi (bei Modena)*?
¿Estuvo usted en el campo de tránsito policial de Fossoli di Carpi (cerca de Módena)?
Sí.
Wenn ja, wann und von wo aus kamen Sie dorthin und wie lange blieben Sie en Fossoli?

En caso afirmativo, ¿cuándo y procedente de qué lugar fue trasladado, y cuánto tiempo permaneció allí?

Desde Aosta (véase más arriba): permanecí en Fossoli hasta el 22 de febrero de 1944.

Wie wurden Sie und Ihre Leidensgenossen dort behandelt?

¿Qué trato usted y sus compañeros de desventura allí recibieron?

Durante el periodo de nuestra estancia, el campamento estaba bajo la administración de la policía italiana. No sufrimos malos tratos, pero la comida, para los que no tenían dinero, era escasa.

6) *Haben Sie in Italien den damaligen SS-Sturmbannführer Friedrich Boßhammer kennengelernt*?

¿Llegó a conocer en Italia al ex *Sturmbannführer* de las SS Friedrich Bosshammer?

No.

Falls ja, bei welcher Gelegenheit und unter welchen Umständen?

En caso afirmativo, ¿en qué ocasión, y bajo qué circunstancias lo conoció?

7) *Wann sind Sie aus Fossoli di Carpi (oder gegebenenfalls aus einen anderen Ort Italiens) nach Auschwitz deportiert worden (Daten bitte so genau wie möglich angeben)*?

¿Cuándo fue deportado usted desde Fossoli di Carpi (o eventualmente desde cualquier otro lugar de Italia) a Auschwitz (ruégase señalar los datos de la más precisa manera posible)?

Fui deportado a Auschwitz desde Fossoli el 22 de febrero de 1944.

8) *Wußten Sie bei Ihren Abtransport aus Italien, wohin Sie gebracht wurden*?

A su salida de Italia, ¿sabía usted a dónde iba a ser trasladado?

No se nos informó de nada. Los vagones del tren llevaban letreros con la indicación de «Auschwitz», pero ninguno de nosotros sabía dónde estaba Auschwitz, ni lo

que ese nombre significaba.

9) *War Ihnen vor Ihrer Deportación bekannt, dass den deportierten Juden der Tod drohte oder hegten Sie mindestens entsprechende Befürchtungen*?
Antes de su deportación, ¿sabía usted que los judíos deportados estaban amenazados de muerte, o al menos se lo temía?
Lo temía.
Falls ja, wie kamen Sie zu Ihrem Wissen oder wodurch wurden Ihre Befürchtungen hervorgerufen?
En caso afirmativo, ¿cómo llegó usted a saberlo y cuál fue la causa de sus temores?

Por noticias de la radio británica, y por conversaciones mantenidas con numerosos judíos extranjeros (especialmente croatas) que se habían refugiado en Italia para escapar de la ocupación nazi.

10) *Wie kamen Sie nach Auschwitz (Art des Abtransportes, Ein- und Ausladebahnhof, Fahrtroute des Zuges usw.)*?
¿De qué manera fue trasladado usted a Auschwitz (modo de transporte, estación de carga y de descarga, itinerario del tren, etc.)?

En vagones de carga, desde la estación de Carpi hasta la estación de Auschwitz, a través de Mantua, Verona, Brenner, Salzburgo, Viena, Brno.

11) *Wie lange waren Sie von Italien nach Auschwitz unterwegs*?
¿Cuánto tiempo estuvo viajando desde Italia hasta Auschwitz?
Cuatro días.

12) *Schildern Sie bitte die näheren Umstänsds Ihrer Fahrt nach Auschwitz (Personen- oder Güterwagen, Belegung Ihres Waggons, Verpflegungsausgabe, etwa warmes Essen und Getränke bei Antritt und während der Fahrt, Aussteigemöglichkeiten bei Zwischenaufenthalten, Todesfälle während der Fahrt usw.)*.

Relate por favor las circunstancias exactas de su viaje a Auschwitz (tren de viajeros o tren de carga, con cuántas personas se llenaban los vagones, suministro de alimentos, por ejemplo comida y bebida caliente antes y durante el viaje, posibilidad de bajar en las paradas, mortalidad durante el viaje, etc.).

El tren constaba de 12 vagones, con entre cuarenta y cinco y sesenta personas por vagón. No nos dieron ninguna clase de comida o bebida durante el viaje; solo se nos permitió llevar con nosotros pan, mermelada y agua. Se nos permitía bajar del vagón una vez al día; estaba prohibido pedir comida a través de las ventanillas en las estaciones. Que yo sepa, al menos una mujer murió durante el viaje: se nos prohibió descargar el cadáver.

13) *Wie viele Menschen wurden nach Ihrer Schätzung mit Ihrem Transport nach Auschwitz deportiert (Anhaltspunkte für Ihre Schätzung können die Länge des Zuges, die Anzahl und die Belegung der einzelnen Waggons sowie Ihre Beobachtungen beim einladen in Italien und Ausladen in Auschwitz sein)*?

Según sus cálculos, ¿cuántas personas fueron deportadas a Auschwitz con su mismo convoy (su valoración puede basarse, por ejemplo, en la longitud del tren, en el número y el grado de ocupación de los vagones, así como en las observaciones hechas durante la carga en Italia y la descarga en Auschwitz)?

Los deportados con ese convoy eran seiscientos cincuenta.

14) *Wo kamen Sie in Auschwitz und wo wurden Sie ausgeladen*?

¿A qué parte de Auschwitz llegó y dónde se le hizo bajar?

Bajamos del tren por la noche, en la estación de la ciudad de Auschwitz (no en Birkenau); allí mismo tuvo lugar la selección.

15) *Fand eine Selektion statt? Wie ging sie vor sich*?

¿Se realizó una selección?, ¿de qué forma se llevó a cabo?

La selección se realizó inmediatamente, y fue muy rápida: una mirada y una pregunta: «¿Estás sano o enfermo?». Dependiendo de la respuesta, se nos señalaban tres direcciones, donde esperaban más de tres camiones (respectivamente hombres aptos; mujeres aptas; no aptos).

16) *Wie viele Männer und Frauen kamen nach der Selektion zur Arbeitseinsatz im Lager? Was wurde aus den übrigen*?

Después de la selección, ¿cuántos hombres y mujeres fueron empleados para trabajar en el campo? ¿Qué ocurrió con los demás?

Fueron a trabajar: sesenta y nueve hombres (a MonowitzBuna).

Veintinueve mujeres (a Birkenau).

Todos los otros fueron asesinados al cabo de 2 o 3 días.

17) *Welche Häftlingsnummer erhielten Sie in Auschwitz*?

¿Qué número de prisionero se le dio en Auschwitz?

174517.

18) *Wann und wodurch erfuhren Sie, was in Auschwitz mit den Juden geschah*?

¿Cuándo y en qué circunstancias vino usted a saber lo que les pasaba a los judíos en Auschwitz?

En el campo de Monowitz-Buna, por conversaciones con los compañeros de cautiverio.

19) *Wie viele Teilnehmer Ihres Transportes haben außer Ihres das Kriegsende überlebt? Geben Sie bitte gegebenenfalls Namen und Adressen der Ihren bekannten Überlebenden an? Welche Ihnen namentlich bekannten Teilnehmer Ihres Transportes sind in Auschwitz ermordet worden*?

A) Aparte de usted, ¿cuántos participantes en su convoy habían sobrevivido al acabar la guerra?

B) Se ruega señalar el nombre y dirección de los supervivientes que usted conozca.

C) ¿Cuáles de los participantes cuyo nombre conozca usted fueron asesinados en Auschwitz?

Por lo que yo sé, hubo otros trece miembros de mi convoy que consiguieron sobrevivir. Entre estos:

Leonardo De Benedetti, c. Re Umberto 61, Turín
Eugenio Ravenna, Ferrara
Liko Israel, Kiryat Tivon, Yizreel Str. 4, Israel
Aldo Moscati, Viale Buozzi 1, Pisa
Luciana Nissim Momigliano, via F. Corridoni 1, Milán

N.B. Otros detalles acerca de mi detención y deportación se hallan en mi libro *Si esto es un hombre*, editorial Einaudi, publicado también en Alemania por Fischer Bücherei de Frankfurt (*Ist das ein Mensch*?, 1961).

Primo Levi
(firma)

2 de septiembre de 1970
(fecha)

Primo LEVI, Corso Re Umberto 75, 10128 TURÍN, Italia.

[1970]

TESTIFICACIÓN PARA EL PROCESO BOSSHAMMER

Tribunal de Turín, lunes 3 de mayo de 1971

Primo Levi, nacido en Turín el 31/07/1919, residente en Turín, Corso Re Umberto 75.

D. R. «Soy judío en el pleno sentido legal del término».

D. R. «En el caso de que fuera necesario proceder a un segundo interrogatorio, por razones laborales preferiría declarar en Italia. Sin embargo no tengo ninguna objeción en principio para desplazarme a Alemania».

Fui detenido en diciembre de 1943 por la milicia fascista, a raíz de una denuncia. La acción de la milicia fascista no tenía como objetivo la captura de judíos, sino de un grupo partisano del que yo formaba parte.

Después de mi detención fui interrogado por la propia milicia y por la policía italiana; en el curso de esos interrogatorios fue cuando yo mismo declaré que era judío. Como consecuencia de esa declaración mía, fui enviado al campo de tránsito de Fossoli, cerca de Carpi. Mi traslado al campo de Fossoli tuvo lugar hacia finales de enero de 1944.

Por las noticias que tengo, en aquel momento el campo de Fossoli se hallaba bajo la administración de la policía italiana.

Nuestras relaciones con los funcionarios de la policía italiana eran aceptables. A preguntas nuestras, nos aseguraron varias veces que el campo permanecería bajo administración italiana y que no seríamos cedidos a las autoridades alemanas.

No puedo decir con exactitud cuándo sustituyeron las

autoridades alemanas a las italianas en la dirección del campo: recuerdo sin embargo que vi por primera vez a los hombres de las SS el día 20/2/1944: puedo garantizar esta fecha porque poco después de mi regreso redacté una serie de notas destinadas a ser incluidas en un libro. Este libro lleva en italiano el título de *Se questo è un uomo*, Ed. De Silva, 1947 y ha sido traducido al alemán con el título de *Ist das ein Mensch*?, Fischer Bücherei 1961.

El día 20, poco más o menos, vi por primera vez en persona a un grupo de cuatro o cinco SS —no recuerdo su número exacto—. Que se trataba de miembros de las SS puedo afirmarlo con precisión, porque ya por entonces conocía la diferencia entre los uniformes de la Wehrmacht y los de las SS. Según me contaron algunos de mis compañeros de cautiverio, esos soldados de las SS llevaban ya varios días en el campo, pero yo no los vi por primera vez hasta el 20 de febrero. No puedo decir cuáles eran sus grados, pero puedo afirmar que al menos uno de ellos era un oficial, porque oí cómo impartía órdenes a los demás. No pude observar si vino junto con los demás o no. Ese oficial llegó incluso a intercambiar unas cuantas palabras en alemán con nosotros: utilizaba ocasionalmente algunas palabras en italiano, y recuerdo haberle oído decir, dirigiéndose a los demás, en italiano: «Campo grande, leña nada», con la aparente pretensión de hacer un reproche hacia la anterior administración del campo. De aquella frase extrajimos ciertas esperanzas acerca de nuestro destino futuro.

Me han sido mostradas algunas fotografías del imputado Bosshammer, pero no soy capaz de reconocer en estas imágenes a ninguna de las personas a las que vi entonces. Por lo que yo recuerdo, en el momento de mi llegada al campo de Fossoli, había allí entre cien y doscientos judíos italianos; más adelante, su número aumentó rápidamente, y había alcanzado la cifra de seiscientos cincuenta en el momento de la deportación. Poco antes del 20 de febrero llegó a Fossoli un grupo de judíos procedente de la Cárcel Nueva de Turín. No puedo

decir si quienes los condujeron a Fossoli eran italianos o alemanes. Tampoco puedo afirmar si junto con las SS llegó a Fossoli un grupo de entre sesenta y ochenta judíos. No puedo decir con exactitud si las llegadas se hicieron más frecuentes en la segunda quincena de febrero, pero sí recuerdo que unos quince días después de nuestra llegada un grupo de judíos tuvo que dormir una noche en el suelo porque no había lugar para alojarlos. Por lo que yo recuerdo, los aproximadamente cuatrocientos judíos que llegaron a Fossoli durante mi estancia lo hicieron en oleadas.

Formalmente, la administración del campo seguía estando en manos italianas, pero enseguida tuvimos la sensación de que el mando efectivo había pasado a los alemanes; de hecho, la misma noche del 20 de febrero un SS al que le preguntamos [dijo] que nos iríamos todos al día siguiente o al sucesivo. Fueron, tal vez, las primeras palabras alemanas que escuché. El alemán que pronunció esa frase era un soldado raso.

Tras el anuncio del traslado, las condiciones internas del campo no sufrieron modificaciones, pero la guardia exterior se reforzó. Por parte alemana, no puedo decir por quién personalmente, se nos comunicó que por cada uno de nosotros que intentara huir se fusilaría a diez. La mañana del 21 de febrero, algunos de nosotros preguntamos a los soldados de las SS si debíamos o podíamos llevar con nosotros nuestras cosas. Nos dijeron que nos tratarían bien, pero que en nuestro lugar de destino hacía frío; por lo tanto, nos aconsejaron que nos lleváramos todo lo que poseíamos, dinero, oro, joyas, monedas, y en particular pieles, mantas, etcétera. Les preguntamos a los soldados de las SS cuál era nuestro lugar de destino y lo que iba a ser de nosotros, pero nos contestaron que no lo sabían.

No recuerdo si se produjo un interrogatorio personal, en el caso de los grupos familiares: pudiera ser que hubiese ocurrido con los judíos no italianos. Lo cierto, en cualquier caso, es que las SS poseían una relación alfabética, puesto que la mañana del 22 de febrero se procedió a pasar lista y

cada uno de nosotros tuvo que responder «presente». Recuerdo con exactitud el número de los deportados judíos, que eran seiscientos cincuenta, ya que al final del recuento, un alemán dijo «*650 Stück, alles in Ordnung*». No recuerdo quién pasó lista, es decir, si el oficial o los soldados.

Estoy seguro de que el día de salida fue el 22 de febrero no solo por lo que escribí en el libro antes mencionado, sino también basándome en una carta de la que conservo copia, que escribí a algunos de mis familiares en Estados Unidos justo después de mi regreso a Italia.

No recuerdo si después de la llegada de los alemanes hubo por nuestra parte contactos con la policía italiana del campo con el fin de evitar la deportación. En los días previos tratamos de obtener ciertas garantías contra la deportación, pero no obtuvimos más que algunas promesas muy vagas...[1]

Después del recuento se nos obligó a montar en algunos autobuses, con nuestras maletas, y nos llevaron desde el campo hasta la estación ferroviaria de Carpi. Las SS iban con nosotros, nuestras maletas estaban en el techo del autobús, y al llegar a la estación un soldado de las SS me ordenó subir al techo para descargar el equipaje: por aquel entonces yo no entendía el alemán y no comprendí la orden; el soldado me golpeó y me obligó con violencia a encaramarme al techo.

Me parece que fui trasladado desde Fossoli a Carpi con uno de los primeros autobuses. No puedo decir si esos autobuses realizaron uno o varios viajes desde Fossoli a Carpi y a la inversa. Cuando llegué a la estación de Carpi, me parece recordar que el tren estaba casi vacío aún. De acuerdo con los planes de los alemanes, los vagones debían ser ocupados por orden alfabético, a partir del primero; sin embargo, nos las arreglamos en cierta medida para evitar ese reparto, de modo que no nos separaran de algunos amigos. Creo recordar que mi autobús salió de Fossoli hacia las diez de la mañana. El tren ya estaba completamente lleno a las dos, pero no arrancó hasta las seis. Muchos presos que pretendían reunirse en otros vagones con amigos

o familiares fueron golpeados sin miramientos.

Los alemanes obligaron a respetar con gran dureza sus instrucciones de ocupar el tren en orden alfabético, incluso cuando de esta forma se separaban grupos familiares repartiéndolos en vagones diferentes. Yo mismo recibí patadas y golpes con la culata de un fusil. A un compañero mío, que estaba tratando de cambiar de vagón, le empujaron con violencia contra el estribo del coche y resultó herido en la frente, de modo que llegó a Auschwitz herido, con la herida aún abierta.

El tren estaba compuesto por doce vagones de mercancías, cada uno de los cuales estaba ocupado por entre cuarenta y cinco y sesenta personas. Mi vagón era el más pequeño y estaba ocupado por cuarenta y cinco personas. Un ocupante de mi vagón pudo leer un cartel colgado en el exterior del propio vagón en el que estaba escrito «Auschwitz», pero ninguno de nosotros conocía el significado de esa palabra, ni dónde se hallaba esa localidad.

Nuestra escolta viajaba en un vagón especial, no recuerdo si en la parte delantera o trasera del convoy, y tampoco recuerdo si era un vagón de mercancías o de viajeros; en ese vagón se guardaban también los víveres para el viaje.

Nuestra escolta estaba formada por hombres de las SS, al menos en parte: lo cierto es que nuestras condiciones psicológicas durante el viaje no nos consentían demorarnos en tales distinciones. Según se me ha referido, parece ser que en 1945 declaré que al menos dos miembros del personal de acompañamiento eran SS del campo de Fossoli; podría ser que mi memoria estuviera entonces más fresca que ahora, pero en todo caso traté de responder en aquel momento de la manera más veraz posible.

No recuerdo si el oficial de las SS que había visto en Fossoli estuvo con nosotros durante el viaje en el autobús o más tarde en el tren.

Los vagones solo contenían un poco de paja en el suelo pero no había retrete ni ninguna clase de cubos. En nuestro

vagón había algunos niños y disponíamos, por lo tanto, de algunos orinales mediante los cuales podíamos deshacernos de los excrementos a través de las ventanillas del vagón. Solo nos era posible salir del vagón una vez al día, unas veces en estaciones, otras en pleno campo. En ambos casos, los prisioneros tenían que hacer sus necesidades personales públicamente, debajo de los vagones o en sus inmediaciones, y promiscuamente, hombres y mujeres. La escolta siempre estaba presente. Por la noche apenas había espacio para dormir tumbados en el suelo, de lado, y apretados los unos contra los otros. Los vagones carecían de calefacción, y la escarcha se condensaba en el interior. Por la noche hacía mucho frío, de día se padecía algo menos porque podíamos movernos.

En lo que a la alimentación se refiere nos habían consentido el poder abastecernos de ciertas reservas de pan, mermelada y queso; y de agua; la cantidad de pan y mermelada resultó suficiente para no pasar hambre, pero el agua era muy escasa porque en Fossoli no teníamos contenedores, por lo que todos padecimos severamente la sed. La escolta nos prohibió pedir agua al exterior y recibirla a través de las ventanillas.

En el curso del viaje no nos dieron ninguna comida caliente; únicamente durante la salida diaria del vagón, dos o tres hombres por vagón eran conducidos por la escolta hasta el vagón de los víveres para recoger el pan y mermelada para su vagón. Solo una vez, en Viena, se nos permitió renovar las reservas de agua. En nuestro vagón había un niño aún lactante y una niña de tres años: tampoco para ellos hubo nada de comer, solo la ración de pan y mermelada. Me fue referido que se produjo al menos un caso de muerte durante el viaje; no recuerdo si se trataba de un hombre o de una mujer. Me contó este detalle un médico amigo mío, que formaba parte del convoy. Agradecería que se corrigiera en este sentido mi declaración del 2 de septiembre de 1970.

Nuestro convoy terminó su viaje la noche del 26 de febrero: el tren se detuvo en la estación civil de la ciudad

de Auschwitz (no en Birkenau ni en el campo central). Tan pronto como nos bajamos de los vagones se llevó a cabo una rapidísima selección: se formaron tres grupos. El primer grupo, al que yo pertenecía, estaba formado por noventa y cinco o noventa y seis hombres aptos para el trabajo; el segundo grupo estaba formado por veintinueve mujeres aptas para el trabajo; todos los demás fueron considerados no aptos para el trabajo.

Del número de mujeres en condiciones de trabajar solo pude hacer en aquel momento un cálculo aproximado: después de mi repatriación, sin embargo, pude confirmar con las mujeres supervivientes que eran efectivamente veintinueve.

Los hombres válidos, de los que yo formaba parte, fueron trasladados esa misma noche en un camión al campo de BunaMonowitz. El grupo más numeroso, formado por los no aptos para el trabajo (todos los niños, los ancianos y las mujeres con hijos, los enfermos y los discapacitados), fueron cargados en camiones y llevados a un lugar desconocido para nosotros. Solo unos meses después, cuando empecé a entender alemán en el campo de Monowitz y a comprender las conversaciones de mis compañeros, me enteré de que todos los no aptos para el trabajo habían sido eliminados en los días inmediatamente posteriores a nuestra llegada: ello me fue confirmado por el hecho de que después de mi regreso a Italia, de ninguno de ellos se localizó el paradero ni volvió a saberse nada.

Adjunto a la presente testificación unas notas mías que consisten en una lista de setenta y cinco nombres que pude reconstruir tras mi regreso a Italia. Se trata de setenta y cinco de los noventa y cinco o noventa y seis hombres aptos para el trabajo que entraron conmigo en el campo de Monowitz. Los nombres rodeados por un círculo son los de quienes sobrevivieron a la liberación, los nombres marcados con una «m» son los de quienes formaban parte de la marcha de evacuación que se llevó a cabo en enero de 1945 desde Auschwitz hacia Buchenwald y Mauthausen; con una «s» están marcados los nombres de los muertos en

las selecciones; con una «e» los nombres de los muertos por enfermedad, y con una «l» el nombre del único prisionero que murió después de la liberación y antes de la repatriación. De algunos de mis compañeros pude reconstruir su número de registro: las primeras cifras de tal número son 174 en todos los casos. Mi número de registro era 174517.

Antes de mi llegada a Auschwitz no conocía los nombres de los campos de concentración ni los detalles del exterminio que allí tenía lugar; con todo, ya había obtenido noticias concretas sobre la operación de exterminio de los judíos a través de las siguientes fuentes:

1) artículos publicados en periódicos suizos, en particular en la *Gazette de Lausanne*, que podían leerse en Italia durante la guerra;

2) audiciones clandestinas de emisiones de las radios aliadas, especialmente Radio Londres;

3) un «libro blanco», publicado por el gobierno inglés sobre las atrocidades alemanas en los campos de exterminio, opúsculo que me había llegado clandestinamente y que yo mismo traduje del inglés al italiano;

4) distintas conversaciones con soldados italianos que regresaban de Rusia, Croacia y Grecia, que habían sido testigos todos de malos tratos, asesinatos y deportaciones de los judíos por parte de los alemanes;

5) conversaciones mantenidas entre 1942 y 1943 con refugiados judíos de Croacia y Polonia, que se habían refugiado en Italia.

Sobre la base de todas estas noticias, en el momento de nuestra deportación creíamos que nuestro destino consistiría en un encarcelamiento muy duro, en trabajos forzados, en una escasa alimentación, etcétera, pero no podíamos prever que en un campo de concentración se llevara a cabo una acción de exterminio tan metódica y a escala tan enorme.

Leído, confirmado y firmado.

Primo Levi

[1971]

LA EUROPA DE LOS CAMPOS DE CONCENTRACIÓN

La historia de la deportación y de los campos de concentración no puede separarse de la historia de las tiranías fascistas en Europa, pues representa sus fundamentos llevados a su extremo, más allá de cualquier límite de la ley moral que está grabada en la conciencia humana. Si el nacionalsocialismo hubiera prevalecido (y habría podido prevalecer), Europa entera, y quizá el mundo, se habría visto involucrada en un único sistema, en el que el odio, la intolerancia y el desprecio hubieran reinado sin oposición.

La doctrina de la que nacieron los campos de concentración era muy simple, y por eso precisamente muy peligrosa: todo extranjero es un enemigo, y todo enemigo debe ser eliminado; y es extranjero todo aquel que se perciba como distinto, por su idioma, religión, apariencia, costumbres e ideas. Los primeros «extranjeros», enemigos por definición del pueblo alemán, fueron hallados en su misma patria. Ya en 1933, pocos meses después de que el mariscal Hindenburg hubiera conferido a Adolf Hitler el encargo de formar el nuevo gobierno, existían en Alemania aproximadamente cincuenta campos de concentración. En 1939 el número de campos superaba el centenar. Se estima en 300.000 el número de víctimas de aquel periodo, en su mayoría comunistas y socialdemócratas alemanes, además de muchos judíos: concebidos principalmente y temidos como instrumentos de terror, los campos de concentración no se habían convertido aún en centros de masacre organizada.

El comienzo de la Segunda Guerra Mundial marcó un punto de inflexión en la historia de los campos. Con la

ocupación de Polonia, Alemania entra en posesión (son palabras de Eichmann) de las «fuentes biológicas del judaísmo»: dos millones y medio de judíos, así como un número indeterminado de civiles, partisanos y soldados atrapados en «acciones especiales». Se trata de un inmenso ejército de esclavos y de víctimas predestinadas: el objetivo final de los *Lager* se desdobla. Ya no son solo instrumentos de represión, sino al mismo tiempo siniestras maquinarias de exterminio organizado y centros de trabajos forzados, de los que se espera obtener ayuda para el esfuerzo bélico del país. Todos los campos primogénitos proliferan: se forman nuevos «campos externos» (*Aussenlager*) grandes y pequeños; muchos de estos, a su vez, se convierten en centros de irradiación, hasta cubrir con una red monstruosa todo el territorio metropolitano y todos los países que van siendo gradualmente ocupados y subyugados.

Nace así, en el corazón de la Europa civilizada y en pleno siglo xx, el más brutal de los sistemas esclavistas que se recuerda en la totalidad de la historia humana. Desde Noruega y Ucrania, desde Grecia y los Países Bajos, desde Italia y Hungría parten diariamente decenas y decenas de trenes: están repletos de «material humano», hombres, mujeres y niños inocentes y desvalidos, sellados durante días y semanas en vagones de carga, sin agua y sin comida.

Son judíos, personas de todas las creencias políticas y religiosas, personas capturadas por casualidad durante una redada. Los trenes convergen en los campos esparcidos ya por Alemania y por los distintos países ocupados, pero solo una cuarta o una quinta parte de los recién llegados cruzan las alambradas de espinas y son destinados al trabajo. Los demás, es decir, todos los niños, los ancianos, los enfermos, los discapacitados y el porcentaje que excede a los requerimientos de la industria alemana, son asesinados con la misma indiferencia y con los mismos métodos con los que se suprimen los insectos nocivos. Las condiciones de los deportados que superan la selección de entrada y se convierten en prisioneros (*Häftlinge*) son mucho peores que las de las bestias de carga.

El trabajo es extenuante: los presos se afanan expuestos al frío, a la lluvia y a la nieve, al frío y al barro, incitados por puñetazos, patadas y latigazos: no hay días de descanso. No hay esperanzas de tregua: los que caen enfermos van a la enfermería, pero esta es la antesala de la muerte, y todo el mundo lo sabe. Un proverbio de los campos reza: «Un prisionero honesto no vive más de tres meses».

Incluso la fraternidad y la solidaridad, último baluarte y esperanza de los oprimidos, agonizan en los campos. La lucha es de todos contra todos: tu primer enemigo es tu vecino, que acecha tu pan y tus zapatos, que con su simple presencia te sustrae un palmo de jergón. Es un extraño, que comparte tus pesares pero que se halla lejos de ti; en sus ojos no lees amor, sino envidia si sufre más que tú, miedo si sufre menos. La ley de los campos ha hecho de él un lobo: tú mismo debes luchar para no convertirte en lobo, para seguir siendo un hombre.

Para este nuevo horror ha habido que acuñar un nuevo nombre, «genocidio»: significa el exterminio masivo de poblaciones enteras. Pero a un resultado como ese no se llega con facilidad. De resolver el problema se encargaron conjuntamente la administración de las SS, un verdadero Estado dentro del Estado a esas alturas, y la industria alemana.

Hacia finales de 1942, los directamente interesados y los técnicos toman una decisión sobre la mejor manera de acabar con millones de seres humanos indefensos, de forma rápida, económica y silenciosa. Se empleará ácido cianhídrico, en una fórmula ya utilizada hacía tiempo para liberar de ratas las bodegas de los barcos: se construyen a toda prisa, pero discretamente, nuevas instalaciones, una industria nunca antes vista, la fábrica de la muerte. El equipamiento y su siniestra función se exorcizan con vagos eufemismos: en la jerga oficial se habla de «instalaciones especiales», «tratamiento particular», «emigración a los territorios orientales».

Auschwitz es el campo piloto, en el que las experiencias llevadas a cabo en otros lugares se recogen, se

comparan y se llevan a la perfección. En 1943, del campo central de Auschwitz dependen por lo menos veinte «campos externos», pero será uno de ellos, Birkenau (Brzezinka en polaco), el destinado a hacerse famoso. Posee cámaras blindadas subterráneas, donde pueden llegar a ser hacinados un total de tres mil personas: son las cámaras de gas, en las que la muerte por envenenamiento se produce en escasos minutos. Pero dado que no resulta fácil hacer desaparecer los cadáveres, también existe en Birkenau el complemento, una colosal planta de combustión, los hornos crematorios que posteriormente serán construidos en otros campos también.

Entre los meses de abril y mayo de 1944 fueron asesinados en Auschwitz 60.000 seres humanos al día.

Tocamos aquí el fondo de la barbarie, y queda la esperanza de que lo que aquí se documenta sea visto y recordado como una irrepetible aberración hasta el futuro más remoto. Es la esperanza de todo ser humano que estas imágenes sean percibidas como un horrible, pero solitario fruto de la tiranía y del odio: que se reconozcan sus raíces en gran parte de la sangrienta historia de la humanidad, pero que el fruto no vuelva a dar nuevas semillas, ni mañana, ni nunca.

Primo Levi

[1973]

ASÍ FUE AUSCHWITZ

Nunca fuimos muchos: éramos tan solo unos cuantos centenares, de demasiados miles de deportados, los que, hace treinta años, trajimos de vuelta a Italia, y expusimos ante el atónito estupor de nuestros seres queridos (quienes todavía los conservaban), el número azulado de Auschwitz tatuado en el brazo izquierdo. De modo que era verdad lo que contaba Radio Londres; era verdad, al pie de la letra, lo que había escrito Aragon, «*marqué comme un bétail, et comme un bétail à la boucherie*».

Ahora ya nos hemos quedado reducidos a unas cuantas decenas, acaso demasiado pocos para ser escuchados, y además tenemos la impresión a menudo de ser narradores molestos; en ocasiones, llega a hacerse realidad un sueño curiosamente simbólico que era frecuente en nuestras noches de cautiverio: nuestro interlocutor no nos escucha, no llega a comprender, se distrae, se va y nos deja solos. Y sin embargo, es nuestra obligación contar: es un deber hacia los compañeros que no regresaron, y es una tarea que confiere sentido a nuestra supervivencia. Fue a nosotros (y no por nuestras virtudes) a quienes nos correspondió vivir una experiencia fundamental, y aprender un par de cosas sobre el Hombre que sentimos la necesidad de divulgar.

Pudimos darnos cuenta de que el hombre es un sojuzgador: y que lo sigue siendo, a pesar de milenios de códigos y tribunales. Muchos sistemas sociales se proponen refrenar ese impulso hacia la iniquidad y el atropello; otros, en cambio, lo alaban, lo legalizan y lo señalan como extremo objetivo político. Sistemas como esos pueden ser tachados, sin forzar en absoluto los términos, de fascistas: conocemos otras definiciones de fascismo, pero nos parece más exacto y más conforme a nuestra experiencia concreta

definir como fascistas exclusivamente a los regímenes que niegan, en la teoría o en la práctica, la fundamental igualdad de derechos entre todos los seres humanos; ahora bien, dado que el individuo o la clase cuyos derechos son negados raramente se resigna, en los regímenes fascistas se hace necesaria la violencia o el fraude. La violencia, para eliminar a los opositores, que no suelen faltar; el fraude, para confirmar a sus leales que el ejercicio de la injusticia es loable y legítimo, y para convencer a los atropellados (dentro de los límites, que tan amplios son, de la credulidad humana) de que su sacrificio no es un sacrificio, o bien de que es indispensable en aras de algún propósito indefinido y trascendente.

Los distintos regímenes fascistas difieren entre sí por la prevalencia del fraude o de la violencia, respectivamente. El fascismo italiano, primogénito en Europa y en muchos aspectos pionero, sobre la base originaria de una represión relativamente poco sangrienta erigió un colosal edificio de mistificación y de fraude (quien estudió en el periodo fascista conserva un hiriente recordatorio de ello) cuyos efectos aún permanecen. El nacionalsocialismo, beneficiándose de la experiencia italiana, alimentado con lejanos fermentos bárbaros y catalizado por la personalidad infernal de Adolf Hitler, apostó por la violencia desde el principio, y redescubrió en el campo de concentración una vieja institución esclavista, un *instrumentum regni* dotado del potencial terrorista que se deseaba, y avanzó por esa senda con increíble rapidez y coherencia.

Los hechos son (o deberían ser) bien conocidos. Los primeros *Lager*, apresuradamente puestos en marcha por las SA de inmediato, a partir de marzo de 1933, tres meses después de la llegada de Hitler a la Cancillería; su «regularización» y multiplicación, hasta llegar a ser más de cien en vísperas de la guerra; su monstruoso crecimiento, en número y extensión, coincidiendo con la invasión alemana de Polonia y de la franja occidental de la URSS, que albergan «las fuentes biológicas del judaísmo».

A partir de estos meses, los *Lager* cambian de

naturaleza: de instrumentos de terror e intimidación política pasan a ser «molinos de huesos», instrumentos de exterminio a escala millonaria (cuatro solo en Auschwitz), que se organizan industrialmente, con instalaciones de intoxicación colectiva y hornos crematorios tan grandes como catedrales (hasta 24.000 cadáveres quemados al día tan solo en Auschwitz, capital del imperio de los campos de concentración); más adelante, en concomitancia con los primeros reveses militares alemanes y la posterior escasez de mano de obra, tiene lugar una segunda transformación, por la que, al objetivo final (nunca repudiado) del exterminio de los opositores políticos, se añade el objetivo paralelo de la formación de un gigantesco ejército de esclavos, no retribuidos y forzados a trabajar hasta la muerte.

En aquel momento, el mapa de la Europa ocupada provoca escalofríos: solo en Alemania, los *Lager* propiamente dichos, es decir, aquellos de los que normalmente no se sale con vida, son centenares, y a estos hay que añadir los miles de campos destinados a otras categorías: piénsese que solo los soldados italianos internados eran alrededor de seiscientos mil. De acuerdo con la evaluación de Shirer, la mano de obra forzada en Alemania ascendía en 1944 por lo menos a nueve millones.

Los campos no eran, por lo tanto, un fenómeno marginal: la industria alemana se basaba en ellos; eran una institución fundamental de la Europa teñida de fascismo, y por parte de los nazis no se ocultaba que el sistema se mantendría, mejor dicho, se extendería y se perfeccionaría, si el Eje se alzaba con la victoria. Estribaba en ello la plena realización del fascismo: la consagración del privilegio, de la no igualdad y de la no libertad.

Incluso dentro de los campos se estableció, o mejor dicho, se instauró deliberadamente un sistema de autoridad típicamente fascista: una rígida jerarquía entre los prisioneros, en la que el máximo poder correspondía a los que menos trabajaban; todas las investiduras, hasta las más ridículas (barrenderos, pinches, guardias nocturnos)

provenían de lo alto; el súbdito, es decir, el prisionero sin grados, carecía totalmente de derechos; y ni siquiera faltaba una siniestra ramificación de la policía secreta, en forma de una gran variedad de delatores y espías. En definitiva, el microcosmos del campo reflejaba fielmente el tejido social del Estado totalitario, donde (al menos en teoría) el Orden reinaba soberano: no había lugar más ordenado que el *Lager*. No pretendo decir en modo alguno que nuestro pasado nos lleve a detestar el orden en sí mismo, sino más bien *aquel* orden, porque era un orden sin ley.

Con todo esto a nuestras espaldas, oír hoy hablar de órdenes nuevos, de órdenes negros, nos resulta extraño: es como si las cosas que ocurrieron nunca hubieran ocurrido, como si no significaran nada y de nada sirvieran. Y sin embargo, la atmósfera de la República de Weimar no era muy diferente de la nuestra; y sin embargo, entre el primer *Lager* rudimentario de las SA y el derrumbe de Alemania, el desmoronamiento de Europa, y los sesenta millones de muertos de la Segunda Guerra Mundial, apenas pasaron más de doce años. El fascismo es un cáncer que prolifera rápidamente, y su regreso nos amenaza: ¿es mucho pedir que nos opongamos a él desde el principio?

Primo Levi

[1975]

DEPORTADOS POLÍTICOS

Cada gran subdivisión territorial del Reich contaba con su propio campo de exterminio: Mauthausen para Austria, Dachau para Baviera, Buchenwald para Turingia, Belsen para Hannover, Flossenbürg para la Selva de Bohemia y Auschwitz para Silesia. Algunos de ellos —Grossrosen, Ravensbrück y Sachsenhausen— estaban reservados casi exclusivamente para las mujeres. Cada campo tenía un núcleo principal y numerosas dependencias (*Arbeitskommando*) esparcidas por todo el territorio circundante.

El registro de los deportados era progresivo en cada campo: los traslados eran muy frecuentes entre el campo principal y los distintos *Kommandos*; menos frecuentes entre campos distintos, en cuyo caso cambiaba también el registro, que en algunos campos se producía con el sistema del tatuaje.

La locura hitleriana consideraba como enemigo al que había que combatir no solo a una determinada persona o grupo de personas, sino a toda una raza, y los campos, y por encima de todos el de Auschwitz, se convirtieron en el cementerio de los judíos. No tardaron en sumarse a ellos los antifranquistas españoles capturados por los alemanes durante la guerra civil y, tras la anexión de sus respectivos territorios, los patriotas austriacos y checos.

Desde 1939, los nazis consideraron como enemigos políticos a los patriotas de las distintas naciones ocupadas que sentían el deber de resistir al invasor y desde ese momento los campos de concentración alemanes se llenaron de resistentes de toda Europa, una auténtica aristocracia internacional de hombres libres, al principio solo polacos, y sucesivamente, franceses, belgas,

luxemburgueses, griegos, húngaros, rumanos, soviéticos, yugoslavos y al final, después del 8 de septiembre de 1943, italianos. Haber llegado los últimos no libró a nuestros compatriotas de la dureza de la vida en los campos. El porcentaje de italianos fallecidos no fue, en efecto, inferior al de las otras nacionalidades, y rondó el noventa y tres por ciento.

En cada campo principal y en la mayor parte de los *Arbeitskommando* funcionaba un horno crematorio, al que afluían también los cadáveres que eran transportados desde los *Kommandos* que carecían de ellos. A pesar de todo, la incineración de los cadáveres seguía un ritmo mucho más lento que el de los fallecimientos, por lo que los cadáveres se apilaban en gran número en los patios que separaban las distintas secciones, y eran eliminados también en fosas comunes.

Rondaron los cincuenta mil los deportados de Italia, incluyendo en este número a veinticinco mil judíos (hombres, mujeres y niños) deportados a Auschwitz, de los que apenas regresaron con vida unos mil.

La mayoría de las deportaciones restantes desde Italia tuvieron como meta Mauthausen, donde hallaron la muerte aproximadamente diez mil patriotas, mientras que fueron setecientos treinta los supervivientes, si bien una buena parte de estos fallecería después de su regreso, como resultado de las enfermedades y privaciones sufridas.

El primer contingente de cincuenta prisioneros fue enviado a Mauthausen desde Turín en diciembre de 1943; lo notificaba en términos de brutal júbilo la hoja volante de los fascistas *Il Popolo di Alessandria*: solo dos sobrevivieron.

En febrero de 1944 se llevaron a cabo numerosas deportaciones de presos políticos y de obreros de la resistencia de Sesto San Giovanni desde la cárcel de San Vittore de Milán; en marzo partió un convoy desde Turín con más de setecientos patriotas reclutados en su mayor parte entre los trabajadores de la Fiat y los promotores de la huelga que había paralizado a principios de ese mismo mes la industria, obligada a trabajar para los alemanes,

además de un conspicuo grupo de partisanos de Val di Lanzo capturados en combate.

Más tarde, el ritmo de las deportaciones fue acelerándose espantosamente mes a mes. Por lo general, las deportaciones se producían pocos días después de la detención, sin juicio, pero no sin interrogatorios, realizados con métodos alemanes en el Hotel Nacional o en vía Asti en Turín, en el Hotel Regina o en Villa Triste en Milán: antes de cruzar la frontera en vagones sellados, los patriotas realizaban una parada de varios días en el campo de Fossoli, en los alrededores de Módena (donde en julio de 1944 fueron acribillados con ametralladoras sesenta y nueve patriotas, entre ellos el hijo del añorado senador Gasparotto) o en las cárceles de Bérgamo o en el campo de Bolzano. Se favorecía el aflujo de mantas, ropa y suministros que los alemanes aconsejaban a los prisioneros requerir a sus familiares, en vista de las privaciones a las que iban a enfrentarse. Pero en cuanto llegaban a los campos, a los prisioneros se les arrebataba hasta la última prenda, se les registraba, se les depilaba y se les vestía con el uniforme de los forzados: las nacionalidades se distinguían por una sigla incrustada en el triángulo rojo que se cosía al lado del número de registro y que, a su vez, distinguía a los presos políticos de los delincuentes comunes, que se señalaban con un triángulo verde. A los delincuentes comunes, en su mayor parte alemanes y escogidos entre los criminales más feroces, les estaba reservada la tarea de vigilancia en el interior de las distintas secciones del campo y a tal propósito se les equipaba con bastones y vergajos de goma.

La vigilancia exterior corría a cargo de las SS, que dos veces al día llevaban a cabo el recuento de los deportados.

La diana se producía a las cuatro de la mañana y a las seis empezaba el trabajo, consistente por lo general en la excavación y transporte de piedras: se hacía una pausa durante tres cuartos de hora para tomar la sopa y se terminaba a las seis. El mismo horario y el mismo trato correspondía a quienes estaban destinados a trabajos

mecánicos, principalmente en los campos dependientes de los principales, donde había sin embargo dos turnos de trabajo de doce horas y resultaba particularmente agotador el nocturno.

Tras la distribución de pan que solía producirse a las ocho se imponía el silencio; pero bien pronto tenían lugar en plena noche alucinantes despertares, a veces para una salida inmediata, más a menudo para un registro de los jergones o las personas, o bien solo para la periódica supervisión antiparasitaria. A los deportados, completamente desnudos, les tocaba entonces formar en los patios interiores bajo la luz deslumbradora de los reflectores y cualquier infracción real o supuesta se castigaba con un número variable de bastonazos, entre cinco y veinticinco; hasta el hallazgo de un insecto era castigado con un bastonazo y era este el único método de control antiparasitario que seguían nuestros carceleros.

Podemos dejar aquí de lado todos los detalles de la vida en el campo, puesto que acerca de ese tema ya se han escrito por parte de los supervivientes de cada país muchos libros sustentados en testimonios y documentación irrefutable.

El primer campo en ser liberado fue el de Auschwitz, por las tropas rusas. El último fue el de Mauthausen, que vio la conjunción de las fuerzas americanas y rusas.

El hecho de ser el último campo de concentración liberado fue una suerte para los presos de Mauthausen porque los alemanes, mientras tuvieron oportunidad de hacerlo, intentaron evacuar los demás campos a medida que la presión soviética o angloamericana estaba a punto a liberarlos. ¡Y tales evacuaciones constituían verdaderas aniquilaciones en masa! Baste con recordar que cuando los soviéticos se disponían a liberar Auschwitz, los deportados fueron conducidos formando largas columnas de cadáveres semovientes por las carreteras de Silesia y Checoslovaquia hasta Mauthausen, donde algunos de ellos (ni un centenar siquiera, de varios miles) llegaron con vida en una noche muy fría y permanecieron hasta el amanecer de pie en el

patio de las duchas, ya que, antes de conducirles a los barracones que les correspondían, la higiene exigía que tomaran un baño.

En clave de crónica negra debemos añadir que Mauthausen conoció la eliminación mediante las cámaras de gas, principalmente en abril de 1945, cuando en poco más de tres días fueron gaseados aproximadamente diez mil prisioneros. En otros periodos, el funcionamiento de la cámara de gas en Mauthausen era limitado. En Auschwitz, por el contrario, esta expeditiva modalidad de supresión era adoptada cotidianamente y las cifras a tal propósito resultan aún más significativas: ¡más de 5 millones de personas gaseadas en unos cinco años!

Cuando en los tristes meses de 1944 la abyección moral y material en la que se veían sumidos los deportados hacía parecer una locura toda esperanza de salvación, cuando la continua presencia de la muerte —en la forma material de los cadáveres que noche tras noche se sucedían al lado de cada uno de nosotros en las literas de abeto tan similares a ataúdes— nos había despojado de toda confianza en la vida, reemplazándola con una extraña, resignada familiaridad con la muerte, a la que definitivamente considerábamos amiga y dábamos por sentada, una admonición se elevaba desapegada y solemne: la de luchar por sobrevivir, porque era indispensable que uno al menos entre muchos aún permaneciera con vida en el día inevitable del triunfo de la libertad, para emplear las escasas fuerzas que le quedaran en una misión que justificara el sacrificio de los demás: llevar por el mundo el conocimiento y el horror de una ideología que negó la igualdad y la paridad de derechos entre los seres humanos, de un método que despreció las necesidades primordiales de la civilización cristiana aniquilando la dignidad del Hombre y amenazando con extender por todo el mundo la esclavitud del campo de exterminio.

Primo Levi

[1975]

BORRADOR DE UN TEXTO PARA EL INTERIOR DEL BLOQUE ITALIANO DE AUSCHWITZ

La historia de la deportación y de los campos de exterminio, la historia de este lugar, no puede separarse de la historia de las tiranías fascistas en Europa: desde los primeros incendios de las casas del pueblo en la Italia de 1921 hasta la quema de libros en las plazas de la Alemania en 1933, hasta las llamas nefandas de los hornos crematorios de Birkenau, corre un nexo ininterrumpido. Se sabe de antiguo, y ya lo había advertido Heinrich Heine, judío y alemán: ahí donde se queman libros se acaba quemando también seres humanos, la violencia es una semilla a la que le cuesta extinguirse.

Es triste pero obligado recordarlo, a los demás y a nosotros mismos: el primer experimento europeo de asfixia del movimiento obrero y de sabotaje de la democracia nació en Italia. Fue el fascismo, desencadenado por la crisis de la primera posguerra, por el mito de la «victoria mutilada», y alimentado por antiguas miserias y culpas; y del fascismo nace un delirio que acabará extendiéndose, el culto al hombre providencial, el entusiasmo organizado e impuesto, toda decisión confiada al arbitrio de uno solo.

Pero no todos los italianos eran fascistas: lo atestiguamos nosotros, los italianos que morimos aquí. Junto al fascismo, otro hilo ininterrumpido nació en Italia, antes que en cualquier otro lugar, el antifascismo. Junto a nosotros prestan testimonio todos los que combatieron contra el fascismo y que padecieron a causa del fascismo, los mártires obreros de Turín en 1923, los encarcelados, los confinados, los exiliados, y nuestros hermanos de toda fe

política que murieron para resistir al fascismo restaurado por el invasor nacionalsocialista. Y prestan testimonio junto a nosotros otros italianos además, los que cayeron en todos los frentes de la Segunda Guerra Mundial, luchando de mala gana y desesperadamente contra un enemigo que no era su enemigo, y dándose cuenta demasiado tarde del engaño. Ellos también son víctimas del fascismo: víctimas inconscientes.

Nosotros inconscientes no fuimos. Algunos de entre nosotros eran partisanos y combatientes políticos; fueron capturados y deportados en los últimos meses de la guerra, y murieron aquí, mientras que el Tercer Reich se derrumbaba, desgarrados por la idea de una liberación tan cercana. La mayoría de nosotros éramos judíos: judíos procedentes de todas las ciudades italianas, y también judíos extranjeros, polacos, húngaros, yugoslavos, checos, alemanes, que en la Italia fascista, obligada al antisemitismo por las leyes raciales de Mussolini, habían hallado la benevolencia y la cívica hospitalidad del pueblo italiano. Eran ricos y pobres, hombres y mujeres, sanos y enfermos. Había niños entre nosotros, muchos, y había viejos en el umbral de la muerte, pero todos nos vimos cargados como mercancías en los vagones, y nuestra suerte, la suerte de quienes cruzaban las puertas de Auschwitz, fue igual para todos. Nunca se había visto, ni siquiera en los siglos más oscuros, que se exterminara a millones de seres humanos, como insectos nocivos: que se enviara a la muerte a los niños y a los moribundos. Nosotros, hijos cristianos y judíos (pero no nos gustan tales distinciones) de un país que una vez fue civilizado y que civilizado volvió a ser después de la noche del fascismo, damos de ello testimonio.

En este lugar, donde nosotros los inocentes fuimos asesinados, se ha tocado el fondo en cuanto a la barbarie. Visitante, observa los vestigios de este campo y medita: vengas del país del que vengas, tú no eres un extraño. Haz que tu viaje no haya sido en vano, que no haya sido en vano nuestra muerte. Sirvan de advertencia, para ti y para tus hijos, las cenizas de Auschwitz: haz que del fruto

horrendo del odio, cuyas huellas has podido ver aquí, no broten de nuevo semillas, ni mañana, ni nunca.

Primo Levi

8 de noviembre de 1978

UN COMITÉ SECRETO DE DEFENSA EN AUSCHWITZ

Hace muchos años, cuando estaba prisionero en Auschwitz, fui testigo de un hecho que en aquel momento no entendí. A nuestra cuadrilla de trabajo, en torno a mayo de 1944, se le había asignado un *Kapo* nuevo: era un judío polaco de unos treinta años, con el ceño fruncido, taciturno, manifiestamente neurótico. Nos golpeaba sin razón aparente: a decir verdad, allí todo el mundo pegaba, en aquella Babel los golpes eran la forma más sencilla de comunicarse, el «idioma» que todos entendían, incluso los recién llegados; pero aquel *Kapo* golpeaba deliberadamente, en frío, para hacer daño, con una crueldad sutil cuya intención era causar sufrimiento y humillación. Comenté ese comportamiento con un compañero yugoslavo mío y este, poniendo una extraña sonrisa, me dijo: «Es verdad, pero ya verás, no durará mucho». Efectivamente, pocos días después aquel matón había desaparecido; nadie volvió a saber nada más de él, había dejado de existir, mejor dicho, todo funcionaba como si nunca hubiera existido. El caso es que en los campos ocurrían tantas cosas incomprensibles, el tejido mismo del campo era incomprensible, que acabé por dejar de pensar en el episodio.

En el sucesivo mes de diciembre, cuando ya se sentía cerca el rugido de la artillería soviética, me encontré por casualidad con un amigo mío, el ingeniero Aldo Levi de Milán, a quien no veía desde hacía mucho tiempo. Él tenía prisa, no recuerdo por qué, y yo también la tenía. Me saludó y me dijo: «Tal vez dentro de poco pase algo: si es así, búscame».

También ese encuentro acabó por confundirse después con los dramáticos acontecimientos de la liberación del

campo; pero, junto con el primero, se me vino a la cabeza mucho tiempo después, en un contexto «social», incluso festivo, es decir, en una reunión de antiguos deportados en Roma. Había una comida, y delante de mí estaba sentado un superviviente francés: había estado en mi campo, pero ni él ni yo recordábamos habernos conocido. Nos intercambiamos las chanzas habituales sobre lo fácil que resulta hoy en día encontrar comida, cuando tan difícil lo era entonces. Los dos habíamos bebido un poco, y eso nos hacía propensos a las confidencias. H. me dijo que en Auschwitz-Monowitz había formado parte de un comité secreto de defensa, que muchos hechos decisivos de la vida dentro del campo dependían de lo que ellos deliberaban, y que, como miembro del Partido Comunista francés, el comité lo había destinado a trabajar como escribiente en la Sección Política, es decir, en la sección de la Gestapo encargada de las cuestiones políticas en el interior del campo. Le pregunté si la apresurada frase que me había dicho el ingeniero Levi podría indicar que él también formaba parte de aquella organización ilegal, y H. me contestó que probablemente sí, pero que, por razones de confidencialidad, cada uno de ellos solo conocía a muy pocos otros miembros.

Le pedí también una aclaración sobre el episodio del *Kapo* desaparecido, y H. puso una sonrisa que me recordó mucho a aquella otra sonrisa de mi compañero yugoslavo. Me contestó que sí, que en algunos casos particularmente graves, y corriendo un gran riesgo, podían borrar un nombre de las listas de los seleccionados para ser enviados a las cámaras de gas de Birkenau, y reemplazarlo con otro nombre. No, no recordaba el caso de nuestro *Kapo*, pero el hecho le parecía verosímil: otras veces habían hecho desaparecer así a un delator o a un ladrón de pan, o habían salvado de esa forma a alguno de los miembros del comité. Yo sabía que las leyes de la conspiración son duras, pero nunca llegué a imaginarme que un nombre cualquiera, como el mío por ejemplo, pudiera haber servido para preservar una vida políticamente más útil que la mía. Le

pregunté a H. si era verdad que, entre los muchos riesgos que yo era consciente de haber corrido, se contaba también ese riesgo desconocido. H. me contestó: «*Évidemment*».

Primo Levi

[1979]

AQUEL TREN HACIA AUSCHWITZ

Querida Rosanna:

Aunque no tengo (todavía) el placer de conocerte en persona, me siento amigo tuyo y en muchos sentidos muy cercano a ti. Me pides, para tu revista *Los Otros*, un testimonio de la época en la que yo, al igual que todos los judíos de la Europa ocupada por los nazis, fui tachado como «el otro», es decir, condenado a la condición de extraño o, mejor dicho, a la de enemigo. Creo que esta condena, que equivale a la expulsión del cuerpo de la «gente normal», siempre se lleva a cabo desde fuera, que nadie, o casi nadie, se siente o se convierte en «el otro» espontáneamente, por lo que siempre resulta dolorosa. Muy dolorosa, aunque al principio menos trágica que en otros lugares, resultó esta condena para los judíos italianos, precisamente porque no eran «los otros» ni como tales se sentían: llevaban fusionados con el resto de la nación cientos o miles de años, tenían las mismas costumbres, lenguaje, defectos y virtudes que el resto de los italianos, y en concreto, cara al fascismo, se habían comportado como los demás, es decir, mostrando una aceptación resignada o escéptica, entusiasta solo para unos pocos. En 1938, es decir, en la época de la promulgación de las leyes raciales en Italia, yo tenía diecinueve años y era estudiante: la separación de mis compañeros y amigos no judíos me resultó penosa, pero (al menos para mí) no humillante. Las acusaciones que se leían en los periódicos, contra todos los judíos italianos, eran demasiado grotescas para resultar creíbles, y de hecho, hallaron escaso eco entre el público, incluso entre los fascistas más convencidos: el pueblo italiano, en ese aspecto, se demostró poco dispuesto a aceptar la patente de

superioridad sobre los judíos que las leyes raciales gratuitamente le conferían. Como muchos en mi condición, reaccioné de forma más o menos consciente ante las insulsas acusaciones de la propaganda construyéndome una conciencia, o mejor dicho un orgullo minoritario, que previamente no poseía.

Las cosas empeoraron bruscamente en septiembre de 1943, cuando el norte de Italia fue ocupado por las tropas alemanas. En todas las ciudades italianas se desató una auténtica caza al hombre: brigadas policiales, alemanas y por desgracia también italianas, rebuscaban en los refugios donde se escondían los judíos que no habían podido o querido salir del país, a menudo tras las denuncias facilitadas por algún delator a sueldo. De alrededor de 35.000 judíos presentes en Italia, se localizó a 8.000, y fueron precisamente los más indefensos e incautos, los pobres, los enfermos, los ancianos carentes de ayuda. En esto, lo cierto es que la persecución nazi fue de una ferocidad sin parangón: en esa totalidad absurda de la masacre, que no retrocedía ni siquiera ante los moribundos y los niños.

Yo fui detenido como partisano, en Valle de Aosta, pero inmediatamente se me reconoció como judío. Me llevaron en un primer momento al campo de tránsito de Fossoli, en las cercanías de Módena; desde allí, a finales de febrero de 1944, a Auschwitz, pero ese nombre hoy terrible era desconocido en aquel momento para todos. Nuestro tren, de vagones de mercancías, arrastraba a seiscientas cincuenta personas, cincuenta por vagón; el viaje duró cinco días, durante los cuales se repartió comida, pero no agua. En la estación de llegada se nos hizo bajar; tras una selección rápida se formaron tres grupos, los hombres y mujeres respectivamente aptos para el trabajo (noventa y seis hombres y veintinueve mujeres) y todos los demás, es decir, viejos, enfermos, niños, mujeres con hijos; estos, quinientos veinticinco en total, fueron enviados directamente a las cámaras de gas y los hornos crematorios, sin ser registrados siquiera en el campo. Como pude saber

más tarde ya de recluso, esta proporción de aproximadamente uno a cuatro era casi una constante para todos los trenes: un judío para el trabajo frente a cuatro para la muerte. La masacre era, por lo tanto, más importante que la explotación económica.

Mi destino personal, que he descrito en mi libro *Si esto es un hombre*, estuvo muy lejos de ser el destino típico del prisionero de Auschwitz: el prisionero típico moría de agotamiento, o de enfermedades debidas a la inanición y a la avitaminosis en el curso de unas cuantas semanas o meses. Baste pensar que la ración alimentaria oficial era de unas 1.600 calorías al día, es decir, apenas lo suficiente para un hombre en absoluto reposo, mientras que los prisioneros se veían obligados a trabajar duramente en un clima frío y con ropas insuficientes y poco adecuadas. Lo repito: cada uno de nosotros, los supervivientes, fuimos los favorecidos por la fortuna. Mi suerte fue múltiple: durante un año de cautiverio nunca caí enfermo, y me puse enfermo en cambio en el momento adecuado, cuando el campo fue abandonado por los alemanes, que por razones desconocidas omitieron o se olvidaron de exterminar a los enfermos que no podían seguirlos en su huida del avance del Ejército Rojo. Conocí a un albañil italiano «libre» que durante muchos meses me proporcionó a escondidas sopa y pan. Finalmente, en los últimos meses de 1944, que fueron los más fríos, conseguí hacer valer mi condición de químico y ser destinado a un trabajo menos agotador e incómodo en un laboratorio de análisis.

De los noventa y seis hombres que entraron conmigo en el campo, sobrevivieron quince; de las veintinueve mujeres sobrevivieron ocho; veintitrés supervivientes, por lo tanto, de los seiscientos cincuenta deportados de nuestro tren, es decir, un tres y medio por ciento. Pero fue un tren afortunado. Porque salió de Italia poco menos de un año antes de la liberación: casi nadie sobrevivía a dos o tres años de cautiverio. El total de los totales, que solo conocí a mi regreso a Italia, pero que coincide y casa perfectamente con todo lo que he vivido y visto personalmente, ronda

aproximadamente los seis millones de víctimas: cifra proporcionada por los propios dirigentes nazis que no consiguieron escapar de la justicia. De estos, alrededor de tres millones y medio de personas murieron en Auschwitz.

Esta es la experiencia de la que pude salir, y que me marcó profundamente; es su símbolo el tatuaje que todavía llevo en el brazo: mi nombre de cuando yo no tenía nombre, el número 174517. Me marcó, pero no me arrebató las ganas de vivir: al contrario, me las acrecentó, porque ha conferido un propósito a mi vida, el de aportar testimonio, de modo que nada parecido vuelva a suceder nunca más. Ese es el objetivo al que tienden mis libros.

Primo Levi

[1979]

RECUERDO DE UN HOMBRE BUENO

Quisiera contribuir al recuerdo de un hombre que ha estado muy cercano a mí durante mucho tiempo, con el que compartí mis más duras experiencias, que ayudó a muchos y pidió ayuda a unos pocos, que una vez me salvó la vida, y que ha muerto en silencio, a los ochenta y cinco años, hace unos días. Era médico: creo que sus pacientes, en medio siglo de profesión, se cuentan por millares, y que todos guardan de él un recuerdo agradecido y cariñoso, como el que se tiene por quienes te socorren lo mejor que pueden, sin arrogancia y sin intrusión, pero calándose hasta el fondo en tus problemas (y no solo en los de salud) para ayudarte a salir de ellos.

No puede decirse que fuera guapo, sino más bien de una fealdad fascinante, de la que era jubilosamente consciente, y que explotaba como un actor cómico explota una máscara. Tenía una gran nariz torcida, grandes cejas rubias muy pobladas, y entre la una y las otras dos ojos luminosos, celestes, nunca melancólicos, casi infantiles. En sus últimos años se quedó sordo, lo que no le molestaba en absoluto, pues ya incluso antes tenía su propia manera de participar en las conversaciones. Si estas le interesaban, intervenía con garbo y sentido común, pero sin levantar nunca la voz (que por lo demás tenía tenue y trémula, desde muy joven); si no le interesaban, o dejaban de interesarle, se distraía de forma visible, sin hacer nada por disimularlo: se retiraba a su caparazón como una tortuga, hojeaba un libro, miraba al techo, o deambulaba por la habitación como si estuviera solo.

Donde nunca se distraía, todo lo contrario, se mostraba atentísimo, era ante sus pacientes. Incurría, por el contrario, en distracciones legendarias cuando estaba de

vacaciones y las contaba después con orgullo; en realidad, presumía a menudo de sus debilidades, que eran pocas, y nunca de sus virtudes, que eran la paciencia, el afecto y una sosegada valentía. Aparentemente frágil, poseía una rara fortaleza de ánimo, que se manifestaba más en el soportar que en el actuar, y que transmitía como un tesoro entre quienes lo rodeaban.

No sé demasiado de él antes de 1943; desde entonces no tuvo una vida feliz. Era judío, y para evitar ser capturado por los alemanes, en el otoño de aquel año hizo un intento de exiliarse en Suiza, junto con un amplio grupo de familiares. Todos ellos lograron cruzar la frontera, pero los guardias suizos se mostraron inflexibles: aceptaron únicamente a los ancianos, a los niños y a sus padres; todos los demás fueron devueltos a la frontera italiana: de hecho, a manos de los fascistas y de los alemanes. Nos conocimos en el campo de tránsito italiano de Fossoli, nos deportaron juntos, y desde entonces nunca nos separamos hasta nuestro regreso a Italia, en octubre de 1945.

A la llegada al campo de concentración, su esposa, que era una mujer amable, indefensa y tan dispuesta a defender a los demás como él, fue inmediatamente asesinada. Él había declarado su condición de médico, pero no sabía alemán, y le correspondió por lo tanto el destino común: afanarse en el barro y la nieve, empujando carros, sacar paladas de carbón, tierra y grava. Era un trabajo agotador para todos, mortal para él, físicamente débil, poco entrenado y ya de una cierta edad. Al cabo de pocos días de trabajo, los zapatos le hirieron los pies, estos se le hincharon, y tuvo que ser trasladado a la enfermería.

Allí las inspecciones de los médicos de las SS eran frecuentes: lo consideraban incapaz de trabajar, y lo incluían en las listas de la muerte por gas; más tarde, afortunadamente, intervenían sus colegas en ejercicio, los médicos-prisioneros de la enfermería, franceses o polacos: consiguieron nada menos que cuatro veces que se borrara su nombre. Pero en los intervalos entre las condenas y las provisionales absoluciones él nunca dejaba de ser quien era:

frágil, pero no echado a perder por la inhumana vida del campo, mansa y serenamente consciente, amigo de todos, incapaz de resentimiento, sin angustia y sin miedo.

Fuimos liberados juntos; juntos recorrimos miles de kilómetros por tierras lejanas, e incluso en ese viaje interminable e inexplicable su figura gentil e indomable, su contagiosa capacidad de esperanza y su celo de médico sin medicinas resultaron preciosos no solo para nosotros, los escasísimos supervivientes de Auschwitz, sino también para otros miles de italianos, hombres y mujeres, en los inciertos caminos del regreso del exilio.

Finalmente de vuelta a Turín, se distinguió entre todos los supervivientes por su perseverancia en mantener viva la red de solidaridad entre sus compañeros de prisión, incluso lejanos, incluso extranjeros. Desde entonces, vivió durante casi cuarenta años en una condición que solo un hombre como él habría sido capaz de construir a su alrededor: solo para el registro civil, pero en realidad rodeado por una miríada de amigos, antiguos y recientes, los cuales se sentían en deuda con él por algo: muchos por la salud, otros por un sensato consejo, los de más allá solo por su presencia y por su sonrisa de niño, pero jamás olvidadiza ni dolorosa, que aligeraba los corazones.

Primo Levi

[1983]

A NUESTRA GENERACIÓN...

A nuestra generación le ha correspondido la suerte, poco envidiable, de vivir acontecimientos ricos en historia. No pretendo decir con ello que *después* no haya ocurrido nada más en el mundo: catástrofes naturales y tragedias colectivas provocadas por el hombre se han sucedido por doquier, pero, a pesar de los presagios, en Europa no ha ocurrido nada comparable a la Segunda Guerra Mundial. Cada uno de nosotros es, por lo tanto, un testigo, lo quiera o no; y ha sido justa y oportuna la investigación llevada a cabo por la región del Piamonte sobre la memoria de los supervivientes de la deportación, ya que este último acontecimiento, por su magnitud y por el número de víctimas, ha ido delineándose como un hecho único, al menos hasta ahora, en la historia de la humanidad.

Yo he sido convocado en mi doble condición de testigo y de escritor. Me siento honrado, y al mismo tiempo lastrado por la responsabilidad. Un libro se lee, puede divertir o no, puede instruir o no, puede o no ser recordado y releído. Como escritor de la deportación, eso no es suficiente para mí. Desde mi primer libro, *Si esto es un hombre*, deseé que todos mis escritos, por más que firmados por mí, fueran leídos como obras colectivas, como una voz que representara a otras voces. Más aún: que fueran una embocadura, un puente entre nosotros y nuestros lectores, especialmente los jóvenes. Resulta agradable, para nosotros, los antiguos deportados, sentarnos a la mesa y contarnos los unos a los otros nuestras ya lejanas aventuras, pero no resulta muy útil. Mientras sigamos vivos, es nuestro deber hablar, desde luego, pero a los demás, a quienes aún no habían nacido, con el fin de que sepan «hasta dónde se puede llegar».

De modo que no es casualidad el que la mayor parte de mi ocupación actual consista en una especie de diálogo permanente con mis lectores. Recibo muchas cartas repletas de «¿por qué?», se me piden entrevistas y, sobre todo y especialmente por parte de los jóvenes, se me plantean dos cuestiones fundamentales. ¿Cómo pudo ocurrir algo tan espantoso como los campos de exterminio? ¿Volverá a ocurrir de nuevo?

No creo en la existencia de profetas, lectores del futuro; quienes hasta ahora se han hecho pasar por tales han fracasado miserablemente, a menudo cayendo en el ridículo. Mucho menos me siento profeta yo, ni intérprete autorizado de la historia reciente. Con todo, estas dos preguntas son tan apremiantes que me siento obligado a aventurar una respuesta, mejor dicho, un racimo de respuestas: esas que se han distribuido con ocasión de este simposio. Algunas responden a lectores italianos, americanos e ingleses; otras, y me parecen las más interesantes, son el fruto de una intrincada red epistolar que durante muchos años me ha llevado a confrontarme con los lectores alemanes de *Si esto es un hombre*. Son las voces de los hijos, de los nietos de aquellos que cometieron los hechos, o que permitieron que se cometiesen, o que no se tomaron la molestia de llegar a enterarse. Algunas son voces de alemanes distintos, que hicieron lo poco o lo mucho que podían para oponerse a los crímenes que su país estaba cometiendo. Me ha parecido justo dar espacio a los unos y a los otros.

Nosotros los supervivientes somos testigos, y todo testigo está obligado (legalmente incluso) a responder de forma completa y veraz: pero para nosotros se trata también de un deber moral, porque nuestras filas, exiguas desde siempre, se van reduciendo. Con este deber he tratado de cumplir en un reciente libro mío, *Los hundidos y los salvados*, que algunos de los presentes quizá hayan leído, y que pronto será traducido al inglés y al alemán por lo menos. También este libro, que está hecho de preguntas sobre la deportación (y no solo la nazi) y de intentos de

respuesta, forma parte de ese largo coloquio mío que dura ya más de cuarenta años: siento que está en profunda sintonía con este simposio. Confío en que, a juicio de los lectores, cumpla con el propio tema de este simposio: es decir, que aporte su modesta contribución a la comprensión de la historia de hoy, cuya violencia es hija de la violencia a la que afortunadamente sobrevivimos.

Primo Levi

[1986]

APÉNDICE

PRIMO LEVI – LEONARDO DE BENEDETTI

EL TREN HACIA AUSCHWITZ

Los dos documentos que se presentan a continuación no son solo un extraordinario ejercicio de memoria; son por encima de todo el resultado de una tenaz investigación que Primo Levi emprendió inmediatamente después de su regreso de la deportación, dando inicio a la búsqueda de sus compañeros de cautiverio, reanudando con ellos relaciones personales y epistolares, requiriendo por todas partes noticias acerca de las personas que habían viajado con él hacia el campo de exterminio, o que habían sido internadas con él en BunaMonowitz (los hombres) y en Birkenau (las mujeres). Los lectores de *Si esto es un hombre* recordarán que el libro termina evocando las «largas cartas» intercambiadas con Charles después del retorno a la patria, y expresando la esperanza de «volverlo a ver algún día», lo que efectivamente acabó ocurriendo.

La primera hoja aquí reproducida, inédita, proviene del archivo privado de Primo Levi. Agradecemos vivamente a los hijos del escritor el habernos permitido su publicación. Es una copia de la lista entregada el 3 de mayo de 1971, en Turín, al fiscal alemán Dietrich Hölzner, que —en la fase instructora del juicio contra el excoronel de las SS Friedrich Bosshammer— se desplazó personalmente a Italia para interrogar a Primo Levi, a Leonardo De Benedetti y a otros supervivientes de Auschwitz. En su audiencia ante el magistrado fue el propio Levi el que especificó el carácter del documento:

> Adjunto a la presente testificación unas notas mías que consisten en una lista de setenta y cinco nombres que pude reconstruir tras mi regreso a Italia. Se trata de setenta y cinco de los noventa y cinco o noventa y seis hombres aptos para el trabajo que entraron conmigo en el campo de Monowitz. Los nombres rodeados por un círculo son los de quienes sobrevivieron a la liberación, los nombres marcados con una «m» son los de quienes formaban parte de la marcha de evacuación que se llevó a cabo en enero de 1945 desde Auschwitz hacia Buchenwald y Mauthausen; con una «s» están marcados los nombres de los muertos en las selecciones; con

una «e» los nombres de los muertos por enfermedad, y con una «I» el nombre del único prisionero que murió después de la liberación y antes de la repatriación. De algunos de mis compañeros pude reconstruir su número de registro: las primeras cifras de tal número son 174 en todos los casos. Mi número de registro era 174517.

Los nombres de la lista son en realidad setenta y seis.

Quince años más tarde, en el capítulo «La violencia inútil» de *Los hundidos y los salvados*, Levi proporcionará un detalle significativo acerca de su viaje: «El convoy en que yo fui deportado, en febrero de 1944, era el primero que salía del campo de Fossoli (había otros que habían salido ya de Roma y de Milán, pero no lo sabíamos)». En doce vagones estaban estampilladas las siglas RSHA, es decir, *Reichssicherheitshauptamt*. Se trataba de la Oficina Central de Seguridad del Reich, creada el 27 de septiembre de 1939 por Himmler, quien puso a su frente a Reinhard Heydrich. Después de la muerte de este último en un atentado llevado a cabo por partisanos checos (Praga, 4 de junio de 1942), fue Himmler en persona quien asumió temporalmente su jefatura, que acabó confiando el 30 de enero de 1943 a Ernst Kaltenbrunner. La deportación de los judíos se contaba entre las tareas de la RSHA; este ámbito en concreto le fue encomendado a Adolf Eichmann. Otros datos esenciales sobre el significado de la lista realizada por Levi pueden leerse en el volumen de Liliana Picciotto *Il libro della memoria. Gli ebrei deportati dall'Italia (1943-1945)* [1991], nueva edición puesta al día, Mursia, Milán, 2002, pp. 48-49:

> Según los documentos conservados en los archivos del Museo de Auschwitz los noventa y cinco hombres que a su llegada pasaron la selección para las cámaras de gas fueron internados en el campo con los números de registro 174471 a 174565; las mujeres registradas fueron veintinueve y recibieron los números 75669 a 75697.
>
> No se conserva la *Transportliste*, de modo que se desconoce el número total de deportados. Los identificados en el curso de las investigaciones del CDEC [Centro di Documentazione Ebraica Contemporanea, Milán, *N. de la r.*] son cuatrocientos ochenta y nueve, veintitrés de ellos supervivientes. Se trata en su mayor parte de judíos italianos y extranjeros detenidos por

agentes de la Policía Nacional italiana como consecuencia de la orden de arresto fechada el 30 de noviembre de 1943 por el Ministro del Interior [de la República Social Italiana, *N. de la r.*] Guido Buffarini Guidi. [...]

El comando general de la Policía de Seguridad alemana con sede en Verona [bajo el mando de Friedrich Bosshammer, *N. de la r.*], temiendo no alcanzar a tiempo el quórum para la formación del convoy, presionó a prefectos y cuestores no solo para que se efectuaran nuevos arrestos, sino para que los traslados tuvieran lugar «a más tardar el 18 del corriente mes en curso (febrero)».

Entre los identificados de este convoy, los niños (nacidos después de 1931) eran treinta y uno, los ancianos (nacidos antes de 1885) eran dieciocho. La más anciana, nacida en 1855, se llamaba Anna Jona; el más joven, Leo Mariani, tenía un año de edad.

Leo Mariani tenía en realidad dos meses, ya que nació en Venecia el 18 de diciembre de 1943; inmediatamente antes que él, el 7 de noviembre en Ferrara, había venido al mundo Bruno Farber; estos últimos datos se deben a las investigaciones de Italo Tibaldi, que llega a identificar por su parte a cuatrocientas noventa personas, y establece en veinticuatro el número de los supervivientes, de los cuales ocho son mujeres y dieciséis hombres; véase Italo Tibaldi, «Primo Levi e i suoi "compagni di viaggio": ricostruzione del trasporto da Fossoli ad Auschwitz», en *Primo Levi testimone e scrittore di storia*, edición de Paolo Momigliano Levi y Rosanna Gorris, Giuntina, Florencia, 1999, pp. 149-232.

Precisamente a Tibaldi le fue confiado (aunque se ignora cuándo) el segundo documento que presentamos: una copia conforme a la lista preparada para Hölzner, copia hecha enteramente a mano por Levi con dos intervenciones clarificadoras de Leonardo De Benedetti en la parte superior e inferior de la hoja. La atribución de la caligrafía de Leonardo no había sido reconocida hasta ahora. Como ya había ocurrido en sus testimonios precedentes, el amigo de Levi anticipó en un día las fechas de salida y de llegada al campo de concentración.

Anteriormente reproducida como apéndice al estudio sobre los compañeros de viaje de Levi, la hoja se conserva en una fotocopia en la Fundación Memoria de la Deportación, Milán, *Fondo Tibaldi*, sobre 121, fascículo 293 titulado «Recuerdos de Primo Levi».

L'originale è stato consegnato al giudice Hölzner, per l'istruttoria. Boßhammer.
il 3/5/'71

1- Barabas t 174473
2- Bassani B. t
3- Bassani E. s
4- Bassani F. s
5 Baruch I m
6 Baruch II t
7 Baruch III t
8 Benjachar s
9 [illegible]lò Giuseppe t
10 Campagnano s
[illegible] Carmi Cesare t
12 Cittone t
13 Coen Giorgio s
14 Dalla Volta A. t '488 (Coen Giuseppe)
15 Dalla Volta G. s
16 De Benedetti '489
17 Diena m
18 Fea G. s
19 Fitz m
20 Flesch m
21 Fornari s
22 Geiringer t
23 Glücksmann Eugenio t
24 Grassini l '500
25 Gruzdaz Esmanè t

26 Halpern
27 Hochberger t
28 Israel t
29 Jaffe m
30 Jona Remo '511
Kornicef m
31 Lamprenti s
32 Lenk s '514
33 Levi A. I s
34 Levi A.II t
35 Levi P. '517
36 Levi Sandro s
37 Levi Sergio t
38 Lewinski
39 Levi Lelio di Salvatore s
40 Lascar I s
41 Lascar II s
42 Lonzana s
43 Luria m
44 Lusena P. t
45 Lusena S. t
46 Mandel
47 Mariani E. t
48 Mariani L.
49 Moscati Melli Guido
50 Ortona Ra[illegible] s

51 Orvieto t
52 Passigli s
53 Ravenna p. s
54 Ravennani
55 Revere s
56 Rotstein s
57 Sacerdoti t Franco
58 Schlesinger t
59 Schlechoff
60 Segre Tullio s
61 Sermoneta t
62 Simkovic t
63 Steinlauf s
64 Tedeschi s
65 Tedesco I t
66 Tedesco II t
67 TEdesco III t
68 Valabrega I s
69 Valabrega II s
70 Valabrega F. t
71 Treistman t '554
72 Zelikowic t
73 Zelikowski '565
(74 Kornicef)
(75 Coen Giuseppe) m
(76 Melli Guido)

Su 74: 14 tornati di cui 7 stranieri
26 al trasporto di gennaio (t)
26 in selezione (s)
7 di malattia (m)
1 morto dopo la liberazione (l)
75

Italiani		57
Polacchi	x x x x x	4
Jugoslavi	x x x x x x	6
Tedeschi	x x x x x	5
Austriaci	x	3
Altri	x x	
		75

Elenco dei Deportati dal Campo di Fossoli (21-II-44) giunti ad Auschwitz il 25-II-44 e condotti nel Arbeitslager di Buna-Monowitz

Barabas 174473
Barsani B. (t)
" E. s
" F. s
Baruch I m
" II
Baruch III t
Benjachar s
Calò Gius. t
Campagnano s
Carmi Cesare t
Cittone t
Coen Giorgio s
" Giuseppe
Dalla Volta A. t 174488
" " G. s
De Benedetti L.
Diena m
Foa G. s
Fitz m
Flesch m
Fornari s
Geiringa t
Glücksmann t
Grassini l 174500
Gruzdez E. t

Halpern ~~Orvieto~~
Hochberger t
Israel Liko
Jaffe m
Jona Remo 174511
Kornicef m
Lampronti s
Lenk s 174514
Levi Aldo I s
" " II t
Levi P.
Levi Sandro s
" Sergio t
Lewinski
Levi Lelio s
Lascar I s
" II s
Lonzana s
Luria m
Lusena P. t
" S. t
Mandel
Mariani E. t
" L
Moscati
Ortona R. s

Orvieto t
Passigli s
Ravenna P. s
" E
Revere s
Rotstein s
Sacerdoti F. s
Schlesinger t
Schlochoff
Segre Tullio s
Sermoneta t
Simkovic t
Steinlauf s
Tedeschi s
Tedesco I t
" II t
" III t
Valabrega I s
" II s
" Franco t
Treistman t 174554
Zelikovic t
Zelikowski

I nomi chiusi in rettangolo appartengono a sopravvissuti.

UN TESTIGO Y LA VERDAD

por Fabio Levi y Domenico Scarpa

En Katowice

Il Mese, revista de propaganda aliada impresa en Londres y distribuida en Italia, publicó en su entrega 17 la siguiente noticia fechada el 7 de mayo de 1945:

> Una comisión gubernamental formada por expertos soviéticos, asistidos por profesores polacos, checos y franceses, ha completado su investigación acerca de las condiciones del campo de concentración de Oswiecim.2 Se ha interrogado a aproximadamente tres mil supervivientes de distintas nacionalidades y, basándose tanto en sus declaraciones como en la documentación hallada en el campo, la comisión ha podido establecer que en el periodo comprendido entre 1941 hasta el comienzo del año en curso, en Oswiecim han muerto cuatro millones de personas. Entre las víctimas hay ciudadanos de la Unión Soviética, Polonia, Francia, Bélgica, Holanda, Checoslovaquia, Yugoslavia, Hungría, Italia y Grecia [...]. El informe prosigue afirmando que la mayor parte de quienes eran deportados al campo eran eliminados inmediatamente mediante el asesinato en las cámaras de asfixia. Un promedio de uno de cada seis era escogido para el trabajo. El campo cubría un área de trescientas hectáreas aproximadamente y podía albergar a unas 250.000 personas. Los alemanes, en su retirada, se llevaron consigo a unos 60.000 prisioneros del campo; más de 10.000 de los que permanecieron en él fueron liberados por los rusos. Se encontraron siete toneladas de cabellos de mujer listas para ser enviadas a Alemania.3

Nos hallábamos entonces en los días que siguieron a la liberación. En esas mismas semanas los hechos expuestos en el artículo citado fueron recibiendo gradualmente confirmación más concreta por parte de diversas fuentes. En cuanto a los números, acabarían siendo puntualizados y en parte redimensionados por sucesivas investigaciones, por más que la sobrecogedora magnitud de los primeros informes procedentes de Polonia no quedara desmentida en

modo alguno. Por otra parte, el artículo que hemos mencionado nos ofrece una aportación específica: nos ayuda a comprender el marco en el que ha de encuadrarse el *Informe sobre la organización higiénico-sanitaria* del campo de concentración de Monowitz, con el que se abre este libro.

Los autores del texto, Leonardo De Benedetti y Primo Levi, compartieron vicisitudes paralelas con largos momentos de estrecha convivencia. Judíos turineses ambos, fueron detenidos tras el 8 de septiembre de 1943 por la milicia fascista, el primero después de haber sido rechazado en la frontera suiza con su esposa Jolanda en las cercanías de Lanzo d'Intelvi, el segundo en Amay, en el Valle de Aosta, donde formaba parte de una de las primeras brigadas partisanas formadas en aquella zona. Trasladados al campo de tránsito para judíos sito en Fossoli di Carpi, en las proximidades de Módena, montaron al cabo de unas semanas de internamiento, el 22 de febrero de 1944, en el mismo tren de deportados con destino a Auschwitz.

Un mismo destino, por lo tanto, pero con una historia y una edad diferentes: De Benedetti, médico de profesión, tenía entonces cuarenta y seis años; Levi, recién graduado en química, veinticuatro. Durante once meses consiguieron sobrevivir en el campo de Monowitz (Auschwitz III), donde los nazis empleaban a los deportados como esclavos para construir una fábrica de caucho sintético, la Buna, que nunca llegaría a entrar en funcionamiento. Al aproximarse el ejército ruso en enero de 1945, tanto Leonardo como Primo se hallaban entre los miles de enfermos abandonados a su suerte por carecer de las fuerzas necesarias para ser enrolados en la marcha de evacuación que los nazis impusieron a todos los prisioneros sanos del campo. De este modo, tras la llegada de los libertadores, pudieron emprender el largo viaje que los llevaría —juntos, y después de meses de peregrinación por Europa— de regreso a Turín.

Después de la liberación, De Benedetti se presentó en el campo central de Auschwitz para ponerse a disposición del

comando ruso en su condición de médico:

> Pero no tenían medicamentos. Mi tarea consistía en escribir la historia de cada uno de los hospitalizados. [...] Vi morir a una cantidad enorme de gente. Yo seguía allí, y poco a poco fueron evacuando el campo de Auschwitz para llevarnos a Katowice. Pero a mí me dejaron allí en Auschwitz para servir de médico. Al final, yo era el único italiano que seguía allí; tenía miedo de perder los vínculos con mis compañeros. Así que, un buen día, sin decirle nada a nadie, me subí a un tren y me fui a Katowice, donde sabía que estaban los demás [...], y allí, por supuesto, una vez más me puse a ejercer de médico para los italianos. Pero allí, más o menos, sí que había medicamentos.[4]

En Katowice, o con más exactitud en la enfermería de Bogucice, Leonardo y Primo volvieron a encontrarse. Para Primo seguía valiendo la imagen que se había formado de Leonardo en Auschwitz:

> Tres veces —leemos en *La tregua*— en tres selecciones de enfermería, había sido elegido para morir en las cámaras de gas, y las tres veces había escapado por la solidaridad de los colegas que tenían el mando.[5] Y tenía sobre todo, además de buena suerte, otra virtud esencial en aquellos lugares: una capacidad ilimitada de aguante, un valor silencioso que no era connatural ni religioso ni trascendente, sino deliberado y había logrado, una hora tras otra, una paciencia viril que lo sostenía milagrosamente en el límite del colapso.[6]

Leonardo, por su parte, describía así su renovado compromiso profesional en una carta enviada el 28 de abril de 1945 a sus familiares supervivientes:

> Me he convertido en una especie de figura eminente, ya que soy el único médico italiano; he ascendido a asistente mío a Primo Levi, un licenciado en química de Turín, que me presta una ayuda preciosa: es muy inteligente y dispuesto y ha cogido familiaridad rápidamente con sus cometidos, que, a decir verdad, no son difíciles.[7]

Al médico y a su asistente se dirigió, por lo tanto, en esas semanas el «Comando del Campo de Concentración de

Katowice para exprisioneros italianos» con el fin de solicitar un informe que habría de enviarse al «Gobierno de la URSS», dedicado al «funcionamiento de los Servicios Sanitarios en el Campo de Monowitz».[8] De este documento no tenemos vestigios directos, excepto lo que podemos extraer de las sucesivas redacciones de las que se hablará en breve. Puede suponerse simplemente una contribución predominante de Leonardo De Benedetti, el verdadero experto en medicina de los dos, a la que, con todo, no faltaría la escrupulosidad analítica de su joven colaborador. Ni siquiera sabemos si fue entregado a los rusos en italiano o si fue traducido, presumiblemente, al idioma que mejor dominaban ambos autores, es decir, al francés.

Por último, vale la pena subrayar el destacado interés del mando militar soviético —o por lo menos, eso nos sugiere el propio *Informe*; pero habría que investigarlo más a fondo— por el funcionamiento de los servicios sanitarios de Monowitz, como si la causa de los horrores que pudieron constatar las tropas de liberación a su llegada a los campos de exterminio fueran atribuibles, al menos en primera instancia, a una formidable dejadez de los nazis respecto a las condiciones de salud de los deportados. En cualquier caso, fue a los médicos a quienes se dirigieron preferentemente los vencedores, en su intento de reconstruir un cuadro de conjunto de cuanto había sucedido en los campos: estos, en efecto, tenían acreditado por la naturaleza de la profesión que desempeñaban el distanciamiento necesario para describir los hechos de forma clara y objetiva, más aún cuando el objetivo que se perseguía era analizar el trato sufrido por millones de cuerpos —las almas parecían contar mucho menos en aquel momento— hacinados por los nazis en el sistema de los campos de exterminio.

Un informe científico

Aquel primer informe, por lo tanto, emprendió camino hacia Moscú y valdría la pena sin duda rastrearlo en los

archivos en los que tal vez aún se conserve, junto con los muchos otros que lo acompañaban. Pero tomó también la ruta hacia Italia en el pobre equipaje de los dos supervivientes Levi y De Benedetti, puesto que reapareció, levemente retocado, poco después de su regreso a Turín, que se produjo el 19 de octubre de 1945.

Una primera copia del *Informe* fue entregado, casi con toda seguridad en los primeros meses de 1946, al Departamento Histórico del Comité de Liberación Nacional, que tenía su sede en Turín; gracias a la premura de Giorgio Vaccarino, una de las figuras más relevantes del movimiento de liberación, todavía se conserva en el Archivo del Instituto turinés de la Resistencia. Mecanografiada en papel cebolla, es una copia en limpio de 17 páginas. En su breve preliminar, los autores se preguntan con tono excesivamente optimista si «tal vez» haya alguien que desconozca aún, gracias a la documentación, incluso fotográfica, difundida ya por distintos cauces, las «atrocidades» de los «campos de exterminio». Se dice poco después que esas páginas fueron escritas a petición de los rusos, y se menciona la adición hecha al texto original de «algunos datos de carácter general»: presumiblemente, las referencias iniciales al viaje de los autores hacia Auschwitz y la información, ofrecida al final, sobre los últimos días del campo. Toda la parte central, las dos terceras partes del texto, nos proporciona, como reza su título en letras mayúsculas, un pormenorizado *INFORME SOBRE LA ORGANIZACIÓN HIGIÉNICO-SANITARIA DEL CAMPO DE CONCENTRACIÓN PARA JUDÍOS DE MONOWITZ (AUSHWITZ [sic] – ALTA SILESIA)*.

Su sesgo, como resulta evidente desde la precisa indicación geográfica aportada en el título, pretende ser estrictamente analítico e informativo. En ello parecen converger la escrupulosidad objetiva del doctor en medicina y el espíritu científico del más joven, pero no menos riguroso, licenciado en química. Las referencias al «nosotros» de los autores son escasas y atañen en su mayor parte al viaje hacia el campo de concentración. Por lo

demás, la exposición prescinde de los casos individuales para concentrarse en la relación entre las condiciones del campo y sus efectos patológicos, descuidando deliberadamente cualquier otro factor poco relevante para el tema central del informe.

Lo que emerge es un impresionante cuadro de las patologías más extendidas en Monowitz. Pero al lector se le impone también con nítida coherencia la lógica que sustentaba el aparato «hospitalario» del campo de concentración. Entre la maniática atención a las apariencias —una auténtica obsesión para los nazis— y el recurso sistemático a la eliminación de los más débiles, todo estaba organizado para que la supervivencia media de los deportados no excediera de unos cuantos meses. Y, después de haber arrojado luz sobre el sufrimiento impuesto a una enorme masa de seres humanos, en su exposición sobre Auschwitz el *Informe* no vacila en recoger también lo extremo; nos cuenta el latido letal de las cámaras de gas y el humo ininterrumpido de los crematorios; describe incluso la labor encomendada a los miembros del *Sonderkommando*: de ellos se dice que fueron «escogidos entre los peores criminales condenados por graves delitos de sangre» y se evoca su aspecto «absolutamente salvaje, de auténticas bestias feroces». Será preciso que transcurra más tiempo para que incluso testigos meticulosos como Levi y De Benedetti puedan corregir este error, no sobre la existencia de brigadas especiales ni su terrible tarea, sino en cuanto a su origen; solo más adelante se sabría que se trataba de judíos como los demás, expresamente escogidos por los nazis para vaciar los crematorios.

La lógica del aparato pseudosanitario montado en un campo como el de Monowitz no era más que una lógica de aniquilamiento, de aniquilamiento controlado si se quiere. Y del «aniquilamiento de los judíos» no duda en hablar el *Informe* desde las primeras líneas, al objeto de que no hubiera equívocos acerca del sentido general de los hechos. Y sin embargo, la copia entregada al Departamento Histórico del CLN de Turín fue catalogada bajo una

categoría que no dejaba de atenuar el alcance de lo que se pretendía transmitir: en la carpeta original del documento, en efecto, se lee, escrito a lápiz, «atrocidades fascistas», como si no hubiera otra manera de clasificar un acontecimiento tan al límite, aún en gran parte desconocido, más que encajándolo en patrones establecidos. Así actuaban incluso —y el problema, ha de quedar claro, no atañía únicamente a Turín, sino que se extendía de manera amplia por Italia, por Francia y otros lugares—[9] quienes habían sabido luchar contra el fascismo, pero que de la persecución desencadenada contra los judíos no habían sido capaces de captar ni su peculiaridad ni su magnitud.

Era otra razón más, en el caso de quienes la habían sufrido hasta sus últimas consecuencias, para reclamar la mayor atención posible sobre ella, a despecho del clima desfavorable. Levi y De Benedetti escriben en el preliminar que ahora «tal vez» fueran muchos los que sabían. No era así, y, sobre todo, eran muchos más los que no querían saber, los que no querían escuchar las historias de los supervivientes de los campos de exterminio. Fue en cualquier caso para contrarrestar esa ignorancia, independientemente de cuál fuera su fuente, por lo que surgió la idea de publicar esa primera y sistemática exposición de la realidad de Auschwitz, mejor dicho, de la «organización higiénico-sanitaria» del campo, en una revista médica; y la elección no recayó en una publicación altamente especializada y dirigida a unos pocos, sino en *Minerva Medica*, que se presentaba ante el público como «Gaceta semanal para el médico en ejercicio», y que, por lo tanto, llegaba a un auditorio mucho más amplio que el círculo ciudadano de Turín.

En un ambiente médico como el de Turín, de sólida tradición universitaria, y en el que los integrantes judíos habían tenido hasta las leyes raciales de 1938 una fuerte presencia —solo hay que pensar en una figura como la de Giuseppe Levi—, el reto más ambicioso de dicho artículo, publicado el 24 de noviembre de 1946, estribaba,

precisamente, en reclamar hacia el exterminio recién perpetrado la atención de un público de alto nivel: los médicos precisamente, sensibles a los valores que constituyen los cimientos de su profesión, valores que los nazis habían desatendido y pisoteado clamorosamente. Pero, en cualquier caso, era necesario ir más allá, y la tarea, a esas alturas, ya no correspondía al médico ni tampoco al químico: requería la pluma del escritor. Primo Levi, que hacía tiempo que alimentaba el propósito de relatar su propia experiencia de deportado en sus más vastas implicaciones humanas, aceptó el reto. La prueba de este nuevo empeño se halla una vez más entre los papeles del Departamento Histórico del CLN de Turín, conservados también en el Archivo Istoreto. De hecho, en el mismo expediente que contiene el *Informe*, separado apenas por unas hojas, hay una copia dactilografiada de la «Historia de diez días»: el último capítulo de *Si esto es un hombre*, pero el primero que Levi sintió la necesidad de escribir. En la última página de la «Historia», debajo de la firma autógrafa del autor, se lee la fecha: febrero de 1946.10 Que es como decir que los dos textos han de considerarse en paralelo: concebidos, escritos y difundidos en el mismo periodo, no pueden ser presentados como si el uno fuera la premisa del otro. Son comparables pero independientes.

El *Informe*, nacido y madurado en colaboración con Leonardo De Benedetti, pasó por distintos avatares y perseguía un claro objetivo científico. *Historia de diez días* era algo muy distinto: una prueba literaria exclusivamente a cargo de Primo Levi. Que circularan juntos por los mismos lugares y acaso entre las mismas personas también solo sirve para demostrar los esfuerzos incansables de los dos autores para avanzar en distintas direcciones. No es casualidad, por ejemplo, que una copia de la «Historia de diez días» idéntica a la antes citada —destinada a sufrir ulteriores retoques antes de que su versión definitiva cerrara la primera edición de *Si esto es un hombre*, publicada en el otoño de 1947—11 fuera depositada en el mismo periodo en la comunidad judía turinesa. Y hay además un

tercer archivo donde el *Informe* y el capítulo final del futuro *Si esto es un hombre* fueron depositados juntos: el del Comité de Búsqueda de Judíos Deportados (CRDE, por sus siglas en italiano) que en Roma, bajo la dirección del coronel Massimo Adolfo Vitale, no tardaría en dar inicio a sus investigaciones, y que, es más, poco después del regreso a Italia de Levi y De Benedetti, recogió sus primeras y sintéticas declaraciones sobre el campo de concentración de Monowitz. El lector las encontrará recogidas en este mismo volumen.

Por otra parte, no parece casual que también la «Historia de diez días» tuviera como escenario una enfermería: exactamente la enfermería de Monowitz, mejor dicho. Si el *Informe*, en su entonación impersonal y generalizada, describía la experiencia nohumana «de quien ha vivido días en que el hombre ha sido una cosa para el hombre», la «Historia de diez días» concluía con el relato de unos hombres que «por la noche, alrededor de la estufa» sentían «que volvíamos a ser hombres».12 Dos maneras diferentes, pero complementarias, para contar Auschwitz a quien no había estado allí o se negaba a creer.

Un redescubrimiento reciente

Después de ser distribuido a mano entre instituciones o personas consideradas importantes por los autores, y después de su publicación en *Minerva Medica*, el *Informe* fue dejado de lado, por lo que durante mucho tiempo no volvió a hablarse de él. Una única alusión aparece en una entrevista que Leonardo De Benedetti concedió a la ANED (Asociación Nacional de Ex Deportados) en 1982, un año antes de su fallecimiento. Ante la pregunta de si no había pensado alguna vez en escribir algo sobre su experiencia en el campo de concentración, contestó:

> Escribí... No, verá, lo único que escribí fue un largo artículo, una larga descripción de la asistencia sanitaria en el campo de Monowitz que se publicó en una revista médica.13

La entrevista formaba parte de la primera investigación italiana a gran escala —promovida, como es lógico, en Turín y por la ANED— dedicada a la deportación, en un clima todavía marcado por un sustancial desinterés por el exterminio. Esa fugaz referencia a un texto escrito mucho tiempo atrás, dejada caer además en una entrevista algo marginal, no suscitó excesiva atención. Por otra parte, tampoco Primo Levi hizo nunca mención alguna al *Informe* en sus escritos o entrevistas, a pesar de que su compromiso como testigo nunca desfalleciera y a pesar de que su amistad con Leonardo De Benedetti fuese consolidándose a lo largo de los años.

Hubo que esperar hasta 1991, por lo tanto, para que el *Informe* fuera redescubierto y propuesto de nuevo al público, esta vez en el curso de dos seminarios de estudio celebrados a poca distancia el uno del otro: el primero en San Salvatore Monferrato, en septiembre; el segundo organizado por la ANED en Turín en noviembre. En ambas ocasiones fue Alberto Cavaglion[14] quien presentó lo que fue considerado de inmediato como un nuevo e importante hallazgo, recogido poco después en las dos biografías de Primo Levi aparecidas a corta distancia una de la otra.[15] Mientras tanto, tiene lugar la incorporación del texto a las *Obras* de Levi editadas por Marco Belpoliti en 1997, y van publicándose traducciones en diferentes países europeos.[16] El renovado conocimiento del *Informe* coincidió por otra parte con el creciente éxito internacional de Primo Levi después de su muerte, hasta el punto de que en muchos casos fue tratado casi como un inédito —lo que obviamente no era— y, sobre todo, dado el momento en el que fue escrito, aunque también a causa de su reaparición póstuma, se insistió en ponerlo en relación con el resto de su obra, en particular con *Si esto es un hombre*.

El *Informe* no tardó en ser señalado como una fuente primaria de *Si esto es un hombre*, casi como su versión preliminar,[17] descuidando en exceso su naturaleza acabada, autónoma y de claro objetivo. Se buscaron y se encontraron referencias cruzadas entre contenidos del uno y del otro, en

particular, allá donde en el *Informe* son más densas las referencias autobiográficas. Se ha observado que la explícita descripción de las cámaras de gas y de los hornos crematorios no se recoge en la obra mayor de Levi. Del texto escrito con De Benedetti se ha resaltado su sesgo más científico e impersonal, con el que se ha relacionado el tono particularmente sobrio de su escritura; a ese mismo planteamiento se apela para confirmar y —podría decirse— hasta para fechar en sus mismos orígenes la característica actitud de Levi de proponerse como puente entre las ciencias exactas y las disciplinas humanísticas.

Otro interrogante emergió posteriormente en los comentarios al *Informe*, aunque con menos énfasis, dada la dificultad de encontrar respuesta: ¿qué fue lo que escribieron respectivamente Levi y De Benedetti? Que el doctor se hubiera encargado esencialmente de las enfermedades parecía evidente, desde luego. De lo que se trataba, más bien, era de identificar lo que podría atribuirse a al futuro escritor: ¿los añadidos al principio y al final con referencias más directas a la experiencia de los autores, redactadas probablemente después de su regreso a Turín?, ¿los pasajes (bastante raros, a decir verdad) marcados por algún destello de ironía o de sarcasmo? o ¿podría suponerse tal vez una revisión de conjunto del texto por parte del futuro escritor, con el riesgo sin embargo de no hacer justicia a la pluma, todo menos titubeante, del médico?

A este respecto, hay un pasaje de la entrevista con De Benedetti, ya varias veces mencionada, que vale la pena repetir aquí. Sigamos algunas líneas del diálogo. El entrevistador pregunta: «¿Y no ha pensado usted nunca en escribir algo? ¿Nunca se le ha ocurrido dejar sus recuerdos?». Respuesta: «No, no, porque... por la sencilla razón de que después del libro de Primo Levi ya no puede escribirse nada más, ya lo ha escrito todo él. Y si yo escribiera algo... escribiría un libro malo para repetir de cualquier manera lo que él ya ha escrito muy bien. ¿No le parece?».[18] Esta es la posición de De Benedetti; pero tal vez tengamos que preguntarnos si Levi no habría contestado de

la misma manera a quien le hubiese pedido que describiera con sus propias palabras las condiciones sanitarias de Monowitz.

Entre las personas que han vivido una experiencia semejante, identificarse en un texto con doble firma significa quizá precisamente eso: sentirse corresponsable de las mismas palabras. Lo que quiere decir que uno se reconoce en una especie de matriz común: como lo fue sin duda el *Informe*, tanto para Levi como para De Benedetti. Una matriz modelada en la experiencia de ambos, así como en la de muchos otros; en la que, sin embargo, era mucho más fácil identificarse, dado el esfuerzo de objetividad que le había dado forma. Levi extrajo de él casi con total seguridad un reflejo de estilo decisivo para su futuro como escritortestigo: el impulso de buscar, incluso frente a la realidad más desconcertante, el sentido general de las cosas. Pero lo mismo puede decirse de De Benedetti, quien con aquel *Informe* había experimentado lo eficaz que podía resultar objetivar la enfermedad incluso en las situaciones más exigentes, y custodiaría para siempre en su interior esa lección destinada a hacer, de él, «hombre bueno»,[19] como llegará a definirlo un día su amigo Primo Levi, un excelente médico.

Escritos de intención directa

El *Informe* sobre Monowitz inauguró, por lo tanto, ya en el bienio 1945-1946, un esfuerzo de documentación con el que seguirían comprometidos en décadas posteriores Primo Levi y Leonardo De Benedetti, cada uno a su manera, pero con un propósito común. Nacido como texto militante, encargado y redactado con la guerra todavía en marcha o recién terminada, cuando en noviembre de 1946 sus autores lo publicaron en la ya citada *Minerva Medica*, lo presentaron como un documento que exponía hechos ya conocidos y —aunque próximos— pertenecientes al pasado. En aquella inmediata posguerra el *Informe* fue el primer testimonio de carácter técnico ofrecido por antiguos

prisioneros de los campos de nacionalidad italiana: un acto eficaz por ser concreto, que se dirigía al entonces poco numeroso público interesado en conocer la realidad del exterminio.

Del mismo modo, también los otros textos recopilados en este libro y firmados por los mismos dos autores fueron reelaborados gradualmente (y publicados solo en parte) en el curso de los años para transmitir el saber irreductible de los campos de concentración, un saber anclado en hechos comprobados. En cuanto escritos de intención directa, en su mayor parte libres de ambiciones literarias, tenían el propósito de informar o interpelar a interlocutores diferentes en cada ocasión. Releídos hoy en día, ayudan a descubrir una dimensión poco tenida en cuenta de la obra de Levi, a lo largo de un amplio arco de tiempo que abarca desde 1945 casi hasta su muerte. En efecto, dan cuenta de manera explícita de opciones y pensamientos que en sus relatos más conocidos sobre la deportación se presentan en su mayor parte de forma menos directa. Resultan, por lo tanto, muy útiles para profundizar en la forma de trabajar de Levi, para poner fecha al nacimiento de nuevas ideas y para seguir su evolución a lo largo del tiempo, es decir, antes de que esas ideas fueran desarrolladas de manera más acabada en *Los hundidos y los salvados*, su obra conclusiva aparecida en 1986.

Los textos de Levi que hemos recopilado en *Así fue Auschwitz* son artículos, declaraciones procesales, conferencias, discursos y otras intervenciones de carácter oficial: documentos de distintas clases, impresos en algunos casos más de una vez incluso, pero que han permanecido dispersos entre las páginas de publicaciones no muy difundidas, y por lo tanto largo tiempo en el olvido. La mayoría de ellos —catorce de veintitrés, a los que hay que añadir las dos imágenes del apéndice y, por supuesto, los cuatro textos de Leonardo De Benedetti— no aparecen en la edición de las obras de Levi publicadas por la editorial Einaudi en 1997 al cuidado de Marco Belpoliti: de hecho, dada su dispersión, no fueron localizados hasta hace poco.

Algunos otros textos, en cambio, son más conocidos y ya fueron incluidos en las obras completas; pero hemos creído oportuno volver a ofrecerlos aquí por ser muy afines a los precedentes y de naturaleza tal que componen junto con ellos un cuadro de específica organicidad. Releerlos hoy en un nuevo contexto puede ayudar a reinterpretarlos y a poner de relieve rasgos inusuales de gran interés.

Los hemos definido «escritos de intención directa», y sobre la base de esta imagen hemos considerado oportuno excluir de *Así fue Auschwitz* aquellos textos en los que, entre Levi y la experiencia de los campos de concentración, se interpone alguna mediación, algún filtro, de la naturaleza que fuera. Por ello no se hallan presentes aquí sus introducciones y reseñas a obras de testimonio o de historia del exterminio, o incluso —como las memorias de Rudolf Höss— firmadas por jerarcas nazis; ni tampoco encuentran aquí acomodo sus escritos polémicos. También se han omitido sus escritos creativos, cuentos o poemas, los numerosos comentarios y aclaraciones sobre sus obras, así como tampoco, por acabar, aquellos textos con un carácter dominante de reflexión historiográfica, es decir, en los que Primo Levi toma la palabra como ensayista más que como testigo. Por respeto a tal enfoque, por lo tanto, hemos renunciado, por poner un ejemplo, al importante (pero por otra parte bien conocido) artículo de fondo «Agujero negro de Auschwitz», publicado el 22 de enero de 1987 en el diario *La Stampa*.

Confiamos en que del conjunto de los textos recogidos aquí, de su secuencia cronológica, de su entonación, de su desarrollo argumentativo, que presenta constantes y variantes, emerja un perfil de Levi con ciertos rasgos de novedad.

Memoria e investigación

La primera novedad importante que esta recopilación nos ofrece —aunque, pensándolo mejor, se trata más bien de una confirmación— puede leerse inmediatamente después

del *Informe*. Se trata de un documento inédito hallado en el Archivo Judío Terracini de Turín: cuatro páginas mecanografiadas, guardadas en el mismo expediente que contiene las copias del *Informe* y de *Historia de diez días. La relación del licenciado Primo Levi, n.º de registro 174517, superviviente de Monowitz-Buna* fue redactada un par de semanas después de su regreso a Italia, a finales de 1945. Su propósito era ofrecer a la comunidad judía ciudadana castigada por el exterminio todos los datos sobre sus compañeros de deportación que el superviviente había conseguido reunir hasta ese momento. Levi, de hecho, elabora y glosa una lista de treinta personas que se vieron involucradas en la letal marcha de evacuación de Auschwitz, cuyo desastroso resultado, cuando prestó su testimonio, aún desconocía. A este documento se une otro: una simple lista de ochenta y cuatro personas, hombres y mujeres, seleccionados para las cámaras de gas inmediatamente después de su llegada al campo, o muertos durante el cautiverio, o desaparecidos sin que se supiera nada más, o evacuados precisamente durante la noche del 17 al 18 de enero de 1945. Nombres, en este caso, de personas que no eran de Turín, o al contrario de enteras familias turinesas suprimidas por el exterminio: nombres de desconocidos, puestos a disposición de cualquiera que tratara de averiguar su suerte.

Estas dos listas, que casi con toda seguridad son el primer acto testimonial oficial de Levi después de su regreso, constituyen un gesto de piedad y de restitución que se repetirá varias veces en las décadas siguientes. Ese púdico valor humano circula en cada nombre, en cada dato agrupado en columnas en esas hojas con el escrupuloso orden inherente a Primo Levi. El signo de su estilo puede apreciarse en un golpe de barra espaciadora dado al rodillo de su máquina de escribir: el que separa el primer nombre de la lista «ABENAIM toscano» —un apellido, una proveniencia: para quien estuviera buscándolo— de las palabras «entendía de relojes». No «relojero», o bien «era relojero», sino «entendía de». Un recuerdo que es ya un

retrato siluetado sobre un trozo de línea: una cualidad y un hecho humano, una aposición concreta, un signo particular en un documento de identificación moral, un oficio bien ejercido por buena voluntad. Y es aquí donde Primo Levi se convierte en testigo, ya al principio de la trayectoria que documentamos con esta recopilación, el Primo Levi que sabe dedicarse a oficios más complejos, que no se limita a recoger datos, sino que los interroga, los cruza, los pone en relación recíproca, extrae de ellos un aumento de humanidad, además de un aumento de conocimiento.

Los testimonios ofrecidos por sus antiguos compañeros de deportación y los documentos epistolares que van surgiendo demuestran que Levi se empeñó tenazmente en requerir noticias sobre el destino de sus compañeros a cualquiera que pudiera disponer de ellas, y una vez adquiridas sabía tamizarlas y organizarlas con un método de sorprendente finura.

Esta *Relación*, que fue hallada e incluida en *Así era Auschwitz* unos días antes de que este volumen entrara en imprenta, añade una nueva dimensión a la obra de Levi al mismo tiempo que la reconfirma: un hombre impulsado por un raro interés hacia lo que los hombres son y saben hacer.

La testificación en los procesos

En los meses en los que el *Informe* comenzaba a circular lentamente, y muchos de los nombres que su primera *Relación* turinesa acababa de sustraer al olvido se estaban preparando para emigrar a las páginas de *Si esto es un hombre* —Alberto, Clausner, el *Pikolo*, la niña Emilia Levi, el sargento Steinlauf, el ingeniero Alfred L.—, Primo Levi emprendía la senda que más idónea llegaría a ser para él en el curso de su vida: el de la escritura literaria. Pero sin renunciar por ello a cualquier otra oportunidad que surgiera para dar cuenta de su propia experiencia de deportado: en primer lugar, los procesos contra criminales nazis instruidos entre mil dificultades en el curso de la posguerra. Levi estaba convencido, en efecto, de que los

tribunales eran los lugares más apropiados para someter a juicio a los responsables de los horrores perpetrados por el nazismo y el fascismo, y se consideraba, con igual convicción, obligado a ofrecer su propia contribución, si era posible, participando en persona en el juicio o, en caso contrario, a través de las testificaciones por escrito.

Aunque lo deseara ardientemente, Levi no pudo estar presente en Varsovia, en el año cuarenta y siete, cuando fue juzgado y condenado a muerte Rudolf Höss, *Oberscharführer* de Auschwitz. Por el contrario, sí fue llamado a declarar, entre otros, su amigo Leonardo De Benedetti. En este libro se recogen las declaraciones realizadas por ambos antes del juicio, en un ámbito de estrecha proximidad que desde la redacción del *Informe*, que tuvo lugar en Polonia en los primeros meses del año 45, les llevaría a reunirse muchos años después del proceso Höss, en 19701971, durante la instrucción del proceso contra Friedrich Bosshammer, uno de los mayores responsables de las deportaciones desde Italia. Sin embargo, habían seguido hasta entonces trayectorias parcialmente diferentes: Leonardo, en torno al año 59, gracias a su conocimiento directo de los hechos y del personaje, había contribuido al acta de acusación contra Josef Mengele, mientras que Primo envió en los años sesenta al tribunal de Jerusalén su declaración con vistas al juicio de Eichmann.

Para Levi, tanto en aquel como en otros casos, intervenir en sede judicial implicaba el respeto de un estricto código. Lo que contaba, por encima de todo, era proporcionar información precisa; lo cual significaba una cuidadosa selección de los hechos de los que podía sentirse efectivamente seguro, a costa de reducir su contribución a un reducido núcleo de datos. Además, era preferible referir episodios circunstanciales, en los que las responsabilidades personales fueran claras y demostrables, tanto porque estuviera seguro del nombre de los culpables o porque pudiera identificar, llegado el momento, los rasgos físicos: «Podría reconocer sus rostros», se lee por ejemplo en *Testificación para el proceso Höss* (1947) a propósito de los

SS que habían asesinado fríamente a dieciocho presos antes de abandonar precipitadamente el campo de Monowitz, en vísperas de su liberación por parte de los rusos.

El testimonio tenía que hacer gala además del suficiente distanciamiento, de modo que, de ser necesario, facilitara a los jueces una adecuada distinción entre el papel desempeñado por los funcionarios individuales imputados y sus comportamientos personales: la *Declaración para el proceso Bosshammer* (1965) ponía de relieve, por ejemplo, la constante colaboración ofrecida a los nazis por los militares de la República Social Italiana que prestaban servicio en el campo de Fossoli; sin embargo, en el caso de tres funcionarios, claramente identificados por su nombre, había que reconocer que «se comportaron con nosotros con corrección y humanidad».

Una especial importancia se atribuía a los números. En primer lugar, al número de deportados obligados a subir al tren hacia Auschwitz, y a los hacinados en cada vagón; después, al número de hombres y de mujeres seleccionados para las cámaras de gas o para los trabajos forzados en el mismo andén de llegada (en la estación civil de la ciudad de Oświeçim y no ante la verja con el lema *Arbeit macht frei*: tanto De Benedetti como Levi especifican este detalle). Los números eran tan importantes porque no solo designaban la cantidad de víctimas anónimas, todas iguales, sino sobre todo de personas, de compañeros de viaje o de prisión, de amigos o familiares casi siempre desaparecidos en la nada. Según el propósito de Levi, es más, eran números que podían y debían volver a convertirse en personas. A cada uno, dentro de los límites de lo posible, había que esforzarse por devolverle un nombre y una historia.

Llegados a este punto, no sonará como una paradoja que la primera preocupación del testigo, debido a la extraordinaria delicadeza de la misión que tiene encomendada, ataña a su propia falibilidad. A este respecto, Levi fue inflexible consigo mismo —y lo veremos mejor más adelante—, hasta el punto de cribar el grado de fiabilidad

de cada una de sus declaraciones y de corregir sistemáticamente los errores cometidos en ocasiones anteriores. Bajo este perfil, su amigo Leonardo —como demuestran los textos aquí incluidos— no era menos riguroso que él: por ejemplo, solo se permitía informar acerca de hechos verificados por él en persona. Sin embargo, su forma de concebir el testimonio procesal era diferente en varios aspectos. Destacaba en primer lugar su peculiar punto de vista de médico. Pero a ello acompañaba la convicción de deber ofrecer, además de los hechos, un cuadro de conjunto que ayudara a situarlos y a interpretarlos; por ejemplo, pronunciándose acerca de quién había favorecido la creación de una apariencia de estructura sanitaria en el campo, o sobre las posibles causas de los suicidios entre los deportados; lo mismo puede decirse, en algunos casos, respecto a la tendencia de Leonardo a expresar respecto a los acusados juicios particularmente severos, lo que tal vez consideraba útil para enfatizar el grado extremo de los horrores perpetrados.

En el caso de Primo Levi, por el contrario, los análogos escrúpulos de verificación y de experimentación tuvieron una precoz oportunidad para manifestarse: hallamos una indicación indirecta de ello en un texto literario. En el verano de 1947 Levi montó un laboratorio privado de análisis químico con su amigo Alberto Salmoni, empresa que no tardaría en demostrarse un fracaso; de ello habla en «Arsénico», un cuento de *El sistema periódico* en el que Alberto comparece como «Emilio». «Arsénico» cuenta la historia de un anciano zapatero turinés del barrio de Crocetta, con una modesta clientela de viejecillas de su edad, a quien un joven rival envía un cucurucho de azúcar envenenado, con el fin de eliminar la competencia. Una vez recibido el resultado del análisis que, receloso del regalo anónimo, había encargado a la firma Levi-Salmoni, el viejo decide no presentar denuncia: «Mañana le devolveré el cucurucho por medio de una de mis viejecitas, con una notita. Mejor no, mejor se lo llevo yo mismo, así veo la cara que tiene y le digo un par de cosas o tres».

Este final decoroso y manso surge de un deseo que en esos años de la inmediata posguerra fue una constante en Levi: describir con precisión las prácticas inhumanas de las que había sido víctima, y tener acaso la posibilidad de mirar a la cara a los responsables explicándoles «un par de cosas o tres». Había logrado hacerlo, como es sabido, escribiendo *Si esto es un hombre*; pero solo hoy llegamos a enterarnos por esas dos declaraciones más antiguas —la de 1946 en Monowitz, y la sucesiva del 3 de marzo de 1947 para el proceso Höss— de que quiso analizar materialmente el Zyklon B: «mis investigaciones personales», afirma en su primer testimonio, para especificar más adelante en el segundo, de manera inequívoca, que «el veneno utilizado en las cámaras de gas de Auschwitz, examinado por mí», era una sustancia compuesta de: (*Declaración* de 1946) «ácido prúsico, al que se le añadían sustancias irritantes y gases lacrimógenos con el fin de hacer más sensible su presencia en caso de fuga o de rotura de los envases en los que se contenía».

No tuvo que resultar muy difícil, entre 1945 y 1946 y para un químico superviviente de Auschwitz, obtener una confección de aquel (se cita esta vez del *Informe higiénico-sanitario*) «compuesto químico en forma de polvo grueso, de color gris azulado, contenido en envases de hojalata». Más difícil resulta para nosotros, aquí y ahora, medir la fuerza de ánimo necesaria para llevar a cabo el análisis y no soltar prenda, excepto en los informes destinados a las salas de los tribunales, que solo ahora vuelven a salir a la luz.

Los discursos de relieve público

El 3 de diciembre de 1959, respondiendo en el periódico *La Stampa* a la carta de una joven deseosa de «saber la verdad» sobre los «campos de concentración alemanes», Primo Levi comenzó exclamando: «es la carta que esperábamos»; y se apresura a ofrecer una confirmación contundente de lo que la exposición sobre los campos de concentración —que se celebraba en Turín, en aquellos días— dejaba claro a los

muchos visitantes, jóvenes sobre todo, que recorrían desconcertados las salas del Palazzo Carignano. Llama la atención, sin embargo, que en tales circunstancias, pese a dirigirse a una estudiante de primer ciclo de secundaria cuyo nombre ni siquiera se mencionaba en el periódico, Levi afirme hablar en nombre de ANED; sus palabras habían de entenderse como una manifestación oficial, no solo como una breve respuesta en un intercambio epistolar en un periódico. Efectivamente, la carta de la muchacha era para él indicio de una transición crucial. Por fin se estaba manifestando un deseo de saber expresado por nuevos interlocutores potenciales: era suficiente para atribuir incluso a esas escasas líneas de respuesta confiadas a la sección de crónica ciudadana «Specchio dei tempi» el sabor de un importante discurso público: un signo, mínimo pero inequívoco, de que los tiempos estaban cambiando.

Así pues, además de las salas de los tribunales, iban apareciendo, a finales de los años cincuenta, ulteriores lugares donde los discursos sobre los campos de concentración podían quedar legitimados por una inesperada disponibilidad de auditorio; con ello se contribuía, además, a multiplicar el número de textos no estrictamente literarios que iban a sumarse a las principales obras de un escritor-testigo como lo fue Levi. Por ejemplo, el artículo que escribió pocas semanas después de su intercambio de mensajes con la muchacha, y que encomendó a principios de 1960 al *Giornale dei Genitori* [Diario de los Padres], una nueva revista mensual de pedagogía fundada por Ada Marchesini Gobetti: en él, a propósito de los relatos de los deportados, Levi puede ahora reiterar que «la voz de la verdad, en vez de extraviarse, adquiere un timbre nuevo, un relieve más nítido». Sin acomodarse en esa satisfacción, Levi pasaba inmediatamente a razonar acerca de la mejor manera de presentar el pasado ante los más jóvenes; y recurría a una frase extraordinaria, a un juego de palabras no jocoso en absoluto con el que proponía un replanteamiento del lenguaje: «Hemos pecado por omisión y por comisión». Y

proseguía, jugando aún con las palabras y haciendo chocar dos gerundios: «... hemos pecado de pereza y de desconfianza en la virtud del verbo; y al hablar, hemos pecado, a menudo, adoptando y aceptando un lenguaje que no era el nuestro».

Temas nuevos que hay que presentar con un lenguaje renovado: a partir de ahora, este será el estilo de Levi, cuando le surja la ocasión de tomar la palabra. Le surgirá en una breve conferencia sobre el exterminio de los judíos pronunciada en Ferrara en 1961 —una conferencia destinada a hallar acomodo en una *Historia del antifascismo italiano*, donde será la única intervención dedicada a ese tema—. Y le surgirá de nuevo, en 1966, con ocasión del congreso de ANED celebrado en Turín, donde se abrirá el espacio para que Levi pueda reflexionar públicamente —abordando un problema entonces en gran parte descuidado — de la especificidad de la deportación de los judíos en comparación con la motivada por causas políticas.

Mientras tanto, *Si esto es un hombre* había sido objeto de traducciones a otros idiomas, la más importante de todas, al alemán: *Ist das ein Mensch*? apareció en Alemania en el otoño de 1961. En Italia, como en Europa, se presentaba la oportunidad de dirigirse a interlocutores nuevos, propensos a escuchar pero no convencidos desde un principio, y que no pertenecían al círculo de amigos: personas jóvenes y «blancas» (uno de los adjetivos favoritos de Levi) que deseaban construirse con autonomía una imagen fiable el mundo en el que vivían. Se habían creado las condiciones para que al autor de *Si esto es un hombre*, gracias a su pasado partisano —por más que breve y desafortunado—, le fuera reconocido un papel político cada vez que se hiciera necesario prestar voz a la experiencia de la deportación judía. Piénsese en la *Presentación* del opúsculo publicado en el año 73 para la inauguración, en Carpi, del Museo Monumento al deportado político y racial a los campos de exterminio nazis: un texto en el que hay que destacar cómo Levi logra liberarse de las graves ambigüedades implícitas en la infeliz pareja de adjetivos

tan en boga entonces: «político» y «racial».

Hasta llegar a los últimos tres textos de innegable relevancia pública: el editorial «Así fue Auschwitz» (*La Stampa*, 9 de febrero de 1975), que denuncia el peligroso resurgir de tendencias fascistas en el conjunto de la política italiana e internacional de la época; el *Borrador de un texto para el interior del Bloque italiano en Auschwitz*, escrito en 1978 y que se vio inmerso en las complejas negociaciones políticas llevadas a cabo por aquel entonces en torno a la construcción de ese monumento conmemorativo; por último, una intervención —aquí con el título de *A nuestra generación*...— de no muy extensa longitud pero de notable significado, tanto por haber sido pronunciada en la última aparición pública de Levi, el 22 de noviembre de 1986, como por la lucidez con la que se reclamaba el «diálogo permanente» vigente ya desde hacía cuarenta años con los más distintos interlocutores.

1945-1986, más de cuatro décadas, que abarcan la totalidad de la trayectoria pública de Primo Levi; y fue como si, en ese momento, el círculo tendiera a cerrarse. Desde la novedad testimonial del *Informe* firmado con Leonardo, pasando a través del intercambio epistolar con la estudiante de primer ciclo de secundaria, hasta arribar a la última y más laboriosa obra de reflexión escrita por Levi, que precisamente en aquel año de 1986 había llegado a las librerías italianas: *Los hundidos y los salvados*.

En todo esto no hay que olvidar otra dimensión de la escritura de Levi, no menos directa y asertiva que sus textos procesales o más propiamente públicos; aunque esta vez la urgencia parece brotar esencialmente de una persuasión interior. La referencia central es también aquí el campo de concentración, pero la mirada del autor, más que moverse alrededor de este en busca de respuestas que proporcionar a un interlocutor que aguarda, parece absorta ante el objeto que contempla por razones diferentes según la ocasión. Es el caso del retrato de Vanda, la joven amiga que permaneció a su lado hasta su separación final en el andén de Auschwitz: límpida y emocionada descripción del

entramado entre una personalidad tan frágil como valiente y la trayectoria de una vida demasiado corta; y es también el caso del artículo dedicado en el año 79 al comité secreto de defensa de Auschwitz, enésima ocasión para plantear arduos dilemas éticos, sobre los que habría sido imposible, cuando no culpable, callar. Y es el caso, de nuevo, de la breve referencia a su propia experiencia de deportado (*Aquel tren hacia Auschwitz*; estamos aún en 1979) que se diversifica en su comparación con la diversidad representada por Rosanna Benzi, extraordinaria mujer encerrada durante largos años en su condición de discapacitada. Por último, otro retrato trazado con cariño y emoción: el de Leonardo De Benedetti, recordado en el momento de su muerte, acaecida en 1983. Al igual que treinta años antes con Vanda, su nombre no se menciona en el texto, tal vez porque lo que Levi quiere destacar por encima de todo es la personalidad única, casi ejemplar, del hombre, del amigo, para que se grabe mediante las palabras en la mente del lector.

Criticar la propia memoria

El testigo del campo de exterminio está llamado a repetirse. Más o menos declarada, es esa la expectativa que despierta en quienes lo convocan para que hable o escriba: instituciones, escuelas, medios de comunicación; en cuanto a los tribunales, le piden implícitamente que reproduzca, idéntica a sí misma, su propia historia una y otra vez. Con todo, Levi fue capaz de no repetirse jamás: no satisfizo nunca en su totalidad las expectativas del público; al contrario, más de una vez lo cogió de sorpresa exponiéndolo a verdades desmenuzadas y poco complacientes, y jamás permitió que la atención ajena se adormilara. No deja de ser cierto también que, a esa exigencia de repetición, el público une la del detalle añadido, la del inédito narrativo: y esta última Levi nunca dejó de satisfacerla, aunque siempre a su manera. Cada vez que volvía a tomar la palabra atinaba a decir algo nuevo,

evitando sin embargo el recurrir a la imagen que agita las emociones. Su estilo prefiere la estocada reflexiva, que ilumina la inteligencia haciendo visibles las áreas todavía en sombras de la estructura de los hechos.

También en los textos recogidos en este libro vuelve a plantearse esa dialéctica entre repetición y cambio: la trama sigue siendo esencialmente la misma, pero hay un sinnúmero de variaciones introducidas en el curso del tiempo. De esto podremos darnos cuenta mejor más adelante. Por ahora lo que más útil resulta es señalar otra oportunidad que nos ofrecen los escritos de Levi, pues nos permiten aprender muchas cosas acerca de los caminos que ha recorrido para acercarse a la verdad. Y nos dicen, por lo demás, que él nunca quiso callar a este propósito; todo lo contrario, también en esto jugó siempre con las cartas al descubierto.

De esos caminos, el primero presupone la capacidad de establecer distancias con respecto a la propia experiencia: «Primo —dijo en una entrevista Luciana Nissim Momigliano —[20] padeció hambre, frío, palizas y miedo; se despersonalizó y se llenó de odio como todos. Solo a su regreso, cuando comenzó a escribir, fue capaz de adquirir distanciamiento de su propia experiencia, y nunca se presentó ni como víctima quejumbrosa, ni como juez vengativo». Tan marcado fue ese esfuerzo respecto a sí mismo que le consintió una crítica despiadada de su propia memoria, de sus mecanismos, de su legado, la memoria, recurso —como se dice en *Los hundidos y los salvados*— maravilloso y falaz al mismo tiempo, que, pese a todo, si se la interroga con el debido rigor, puede convertirse en fuente esencial del pasado, y no solo del pasado personal.

Pero ¿qué trato ha de reservarse a la memoria y, antes que nada, a lo que esta nos ofrece? A este respecto, la *Testificación para el proceso Bosshammer* prestada por Levi en 1971 nos ofrece importantes indicaciones de método, de su método.

El texto, muy analítico, porque es el resultado de un largo coloquio con el fiscal de Berlín Occidental Dietrich

Hölzner, parece adoptar a primera vista dos registros principales. En primer lugar, el de las certezas: afirmaciones propuestas con un buen grado de seguridad, que contribuyen a estructurar un relato orgánico y cimentado en precisos puntos de referencia, relativos en particular a la estancia en el campo de Fossoli y al viaje hasta Auschwitz. Y luego tenemos el registro que podríamos denominar de la incertidumbre, modulado de acuerdo con una amplia variedad de expresiones destinadas a definir en cada circunstancia el grado de aproximación de los pasajes concretos del relato. Recogemos aquí las formulaciones más significativas, a través de las que se definen los diferentes casos, en los que se juega con una amplia gama de matices, «por lo que yo sé»; «por lo que yo recuerdo»; «el día 20, poco más o menos»; «no puedo decir con exactitud»; «no recuerdo su número exacto»; «no recuerdo si» (si el vagón escolta viajaba en la parte delantera o trasera del convoy); «tuvimos la sensación»; «por parte alemana» (sin especificar quién); «Me parece recordar»; «no recuerdo»; y mucho más. Obviamente, también el registro de la incertidumbre se pone al servicio de la verdad, es decir, de un testimonio lo más veraz posible.

En realidad, si nos fijamos bien, el conjunto resulta aún más complejo de lo que hemos podido mostrar con estos ejemplos. Cada afirmación, cierta o menos cierta, es el resultado de operaciones de verificación, basadas en la memoria, desde luego, pero lejos de ser espontáneas o lineales. Veamos algunas de esas operaciones tal y como, de nuevo en la misma declaración, se nos señalan en una amplia variedad de casos especiales. Se nos habla de la forma en la que cierta información era adquirida: por ejemplo, Levi recuerda que solo pudo hacer un «cálculo aproximado», entonces, del número de mujeres que fueron declaradas aptas para los trabajos forzados; la cifra exacta, veintinueve, solo llegará a reconstruirla más tarde, sobre la base de verificaciones sucesivas a su regreso a casa. Se habla de los hechos, pero también de las sensaciones experimentadas en los distintos momentos de la

deportación. Se señalan las distintas fuentes de información, «según me contaron algunos de mis compañeros»; «según se me ha dicho»; «Antes de mi llegada a Auschwitz [...] había obtenido noticias concretas sobre la operación de exterminio de los judíos a través de las siguientes fuentes». Y aquí es necesario advertir que los ya de por sí elevados escrúpulos de precisión en Levi aumentan siempre que tiene que remitir a fuentes distintas de su experiencia personal.

De las razones que hacían que muchos de los hechos no pudieran constatarse mientras sucedían se ofrecen explicaciones a posteriori: por ejemplo, solo después de adquirir algo de familiaridad con el idioma alemán le fue posible comprender que los hombres y mujeres seleccionados a la llegada habían sido conducidos de inmediato a las cámaras de gas; «nuestras condiciones psicológicas durante el viaje no nos permitían demorarnos en tales distinciones», ni darse cuenta por lo tanto de si la escolta del tren estaba formada por SS o no. Para acabar, dos operaciones tan necesarias como difíciles. En primer lugar, la corrección de errores cometidos en precedentes rememoraciones testimoniales: «Me fue referido que se produjo al menos un caso de muerte durante el viaje; no recuerdo si se trataba de un hombre o de una mujer. Me contó este detalle un médico amigo mío, que formaba parte del convoy. Agradecería que se corrigiera en este sentido mi declaración del 2 de septiembre de 1970». En segundo lugar, el paciente esfuerzo por recuperar información perdida: «Adjunto a la presente testificación unas notas mías que consisten en una lista de setenta y cinco nombres que pude reconstruir tras mi regreso a Italia. Se trata de setenta y cinco de los noventa y cinco o noventa y seis hombres aptos para el trabajo que entraron conmigo en el campo de Monowitz». La palabra clave aquí es «reconstruir», un verbo que nos lleva de nuevo al *Informe* redactado veinticinco años antes por el «licenciado Primo Levi» en beneficio de la comunidad judía de Turín: compiladas ambas en su ciudad natal, las dos listas —que el

lector ha podido hallar al comienzo y al final de esta recopilación— se corresponden, y multiplican sus significados.

La confrontación con los demás: Leonardo

Otra senda que era necesario recorrer para conquistar nuevos elementos de verdad acerca de los campos de exterminio era practicar de forma determinada y metódica la confrontación con el punto de vista de los demás. Pongamos un ejemplo elemental pero esclarecedor, tomado de la testificación de 1971 sobre Bosshammer: «Según me contaron algunos de mis compañeros de cautiverio, esos soldados de las SS llevaban ya varios días en el campo, pero yo no los vi por primera vez hasta el 20 de febrero. No puedo decir cuáles eran sus grados, pero puedo afirmar que al menos uno de ellos era un oficial, porque oí cómo impartía órdenes a los demás». La información obtenida de otras fuentes, adecuadamente filtrada y verificada, enriquecía el cuadro de conjunto y, ampliando el horizonte, podía favorecer una actitud más despegada de la propia condición personal. Con todo, era necesario saber cómo cultivar, en la medida de lo posible, una amplia red de relaciones; en el caso de Levi, su marcada curiosidad por los demás fue probablemente la palanca que le permitió extender su conocimiento de las personas a las cosas y acontecimientos que sucedieron más o menos lejos de él.

Los otros, sin embargo, no eran todos iguales. Ahí estaba, por ejemplo —como que ya sabemos— su amigo «médico, que formaba parte del convoy», de quien Levi recibió la noticia de la muerte de un cautivo durante el viaje: también esta es una información importante, destinada a arrojar la luz más sombría sobre el destino de los deportados. «Nos conocimos en el campo de tránsito italiano de Fossoli —contaría más tarde Levi en el *Recuerdo de un hombre bueno* donde el nombre de Leonardo De Benedetti no aparece—, nos deportaron juntos, y desde entonces nunca nos separamos hasta nuestro regreso a

Italia, en octubre de 1945.» Y un poco más adelante: «Fuimos liberados juntos; juntos recorrimos miles de kilómetros por tierras lejanas».

El sello de su amistad parece ser la palabra «juntos» colocada ahí para certificar la solidez de una relación destinada a transformarse en el curso del tiempo. En el campo de concentración la diferencia de edad debe de haber contado y no poco, así como tuvo sin duda su importancia en el momento en el que el médico ya maduro y el químico bastante más joven escribieron conjuntamente el *Informe* para los rusos. En *Si esto es un hombre*, y por lo tanto en todo el periodo de detención en Monowitz, Levi no adopta nunca en relación con Leonardo la forma intermedia y afectuosa del género dual, utilizada en cambio para otros amigos como Alberto o Charles —«Alberto y yo», «Charles y yo»—.21 A ella solo recurrirá en *La tregua*, tal vez para marcar que se ha producido el tránsito desde una relación de profunda confianza, como la que sentía por un «hombre bueno» y mayor que él, a una relación más igualitaria.

Una vez de regreso en Turín, seguirán siendo muchas las cosas que harán juntos Primo y Leonardo: la actualización y la difusión del *Informe*, las testificaciones de los procesos contra los criminales nazis, su primer viaje en común de regreso a Auschwitz en 1965. Sin contar con el consuetudinario trato entre dos hombres que alguien definió «igual que hermanos»22 y que vivían a pocas decenas de metros de distancia, y tenían trato con amigos comunes. Aunque no faltaran las diferencias entre ellos, por ejemplo, fuera en su orientación política como a propósito de la invasión del Líbano por parte de Israel, cuando (era el verano de 1982) Leonardo dio muestras de no compartir las duras críticas expresadas por Primo contra el gobierno israelí.23

En cuestión de testimonios, sin embargo, el acuerdo era total. Y a pesar de haber concedido a su amigo Primo una especie de delegación literaria, Leonardo nunca dejó de colaborar con él en la reconstrucción de la historia de Auschwitz. No en vano este libro, que se abre con sus

firmas conjuntas, termina igualmente con un texto escrito en colaboración, en el que se hace materialmente visible su mano, su caligrafía: los lectores han podido encontrar en el *Apéndice* dos copias de la mencionada lista —entregada al magistrado alemán Hölzner que se desplazó a Turín en el curso de la instrucción del proceso Bosshammer— de los deportados de sexo masculino que la noche del 26 de febrero de 1944, poco después de la llegada a Auschwitz de su convoy, fueron seleccionados para realizar trabajos forzados. Levi había logrado reconstruir setenta y seis (y no setenta y cinco) nombres de los noventa y cinco que no fueron enviados inmediatamente a las cámaras de gas. En una copia de esa lista, realizada más tarde, Leonardo agregó de su puño y letra algunas instrucciones para la lectura, retrasando un día, como ya lo había hecho en otras ocasiones, la fecha de partida hacia el campo de concentración.

Ya hemos tenido ocasión de mencionar que en el retrato de Leonardo, escrito por Levi pocos días después de su muerte, el nombre del amigo no figura ni en el título ni en el cuerpo del texto. Acaso, entre las muchas razones de tal decisión, una de ellas estribara en la dificultad de aceptar el alejamiento de una persona largo tiempo percibida, en cierto modo por lo menos, como parte de uno mismo.

En los lugares más oscuros del campo

Y entramos ahora en la tercera línea de investigación que Levi nunca dejó de practicar, con lucidez y coraje, bien representada asimismo en los textos reunidos en este volumen: la excavación en los lugares más oscuros del campo, en busca de la realidad más desagradable. Realidad con la que se midió paso a paso, madurando muy pronto la conciencia de lo perturbadoras y complejas que podían resultar las cuestiones que estaban en juego y decidiendo solo al cabo de mucho tiempo —desde finales de los setenta en adelante— detenerse a estudiarlas en profundidad con la

perspectiva de los hechos y en su dimensión moral.[24]

En un texto precursor, pero que tal vez por eso mismo pasó desapercibido cuando apareció (se titulaba *Aniversario* porque fue publicado en el 55, diez años después de la liberación), Levi constataba con tristeza el silencio que estaba sofocando desde hacía demasiado tiempo la memoria de los campos de concentración: «en Italia por lo menos, el tema de los campos de exterminio, lejos de haberse convertido en historia, se encamina hacia el más absoluto de los olvidos». La tristeza no tarda, por lo demás, en convertirse en polémica explícita, aunque solo de pasada, en contra de la tendencia, entonces vigente, de confundir el sacrificio de los caídos en la Resistencia con el fin anónimo de los deportados en los campos de exterminio: «Es vanidad —leemos en esas dos páginas largo tiempo descuidadas— llamar gloriosa la muerte de las innumerables víctimas de los campos de concentración. No fue gloriosa: fue una muerte inerme y desnuda, ignominiosa e inmunda». Pero el razonamiento no se detiene ahí, sino que se prolongaba en una estocada de múltiples implicaciones: «Como no es honorable la esclavitud; hubo quien supo soportarla indemne, excepción que ha de ser considerada con reverente estupor; pero se trata de una condición esencialmente innoble, fuente de casi irresistible degradación y naufragio moral».

Consciente de la inquietante originalidad de tal observación, en abierta discrepancia con la idea tan extendida tras la guerra de una oposición frontal entre el bien y el mal, el autor se apresuraba a advertir: «Pero que quede claro que ello no significa agavillar a víctimas y asesinos». Y proseguía, otra vez absolutamente a contracorriente del espíritu de la época, «todo esto no alivia, agrava más bien cien veces las culpas de los fascistas y de los nazis». Y sentía, por último, el deber de aclarar, ampliando desmesuradamente los horizontes del estudio y de la reflexión: «Es conveniente que estas cosas se digan, porque son verdad». Así pues, no solo eran ciertos los números y las formas más atroces de exterminio. Había una

verdad más profunda, aunque menos evidente; y había que buscarla y estudiarla, además de en las inmundas acciones de los perseguidores, también en el comportamiento, incluso antes que en los pensamientos, de las propias víctimas.

De 1955 a 1961, seis largos años, durante los que se produjeron novedades como el juicio a Eichmann, el primer acontecimiento con fuerte resonancia internacional, o se manifestaron síntomas de gran consuelo como la carta a *La Stampa* de la estudiante de doce años; con todo, el clima general sobre las cuestiones del exterminio no daba señales de cambio. A modo de compensación, las reflexiones de Levi avanzaban, por más que casi en solitario, y su discurso iba volviéndose cada vez más explícito. Leamos esta vez un artículo publicado en una revista más prestigiosa y de resonancia nacional, *Il Ponte*, fundada en Florencia por Piero Calamandrei; en cuanto al título de la pieza, se vincula explícitamente al hecho del día y reza así: *Testimonio para Eichmann*. El texto, más extenso y combativo que otros —casi un ensayo—, retoma el razonamiento en el punto donde se había quedado en *Aniversario*: «No debemos retroceder ante la verdad». Por lo tanto, es necesario reconocer que los «campos de exterminio fueron, además de lugares de suplicio y de muerte, lugares de perdición. Jamás la conciencia humana fue violada, herida, distorsionada como en esos campos».

Inmediatamente después, Levi puntualiza su razonamiento. En primer lugar «adquieren sentido muchos detalles, desconcertantes en caso contrario, de la técnica empleada en los campos. Humillar, degradar, rebajar al hombre al nivel de sus vísceras» se convierte en algo esencial para los nazis, con el fin de ridiculizar la amenaza representada por sus peores enemigos, los judíos y los comunistas: las humillaciones debían arrancar a un pueblo reconfortado —al pueblo alemán— exclamaciones de este tenor: «Pero si estos no son hombres, son marionetas, son animales».

Pero aún había más. Había que explicar esa definición

del campo como «lugar de perdición» o —según la expresión propuesta seis años antes en *Aniversario*— como un lugar de «naufragio moral». Y esta es la respuesta de Levi: una verdad ulterior, tan sobrecogedora que quita el aliento:

> Al mismo propósito de envilecimiento, de degradación, se llegaba por otras vías. Los funcionarios del campo de Auschwitz, incluso los más altos, eran prisioneros, muchos eran judíos. No debe pensarse que ello atenuara las condiciones del campo, todo lo contrario. Era una selección a la inversa: se escogía a los más viles, a los más violentos, a los peores, y se les concedía todo poder, comida, ropa, exención del trabajo, exención de la propia muerte en las cámaras de gas, con tal de que colaborasen. Y desde luego que colaboraban.

En el mundo patas arriba de Auschwitz se abrían por lo tanto dilemas morales devastadores, sobre los que Levi solo volverá a reflexionar, con una perspectiva de aliento más amplia, mucho más tarde, en *Los hundidos y los salvados*, aunque después de haber ido señalando poco a poco, en sus escritos —digámoslo así— más ocasionales, ulteriores implicaciones de aquella perversa realidad. Pensemos, por ejemplo, en el artículo del año 79 que ya hemos mencionado, donde se habla de quienes, al formar parte del «comité secreto de defensa» en Auschwitz, tuvieron la posibilidad de manipular las listas de los deportados destinados a la cámara de gas, y por lo tanto de decidir con un trazo de pluma —aunque arriesgando su propia vida— sobre la vida de los demás.

Las razones del silencio

La relación entre la experiencia de los campos y el mundo del presente constituye un cuarto eje de reflexión que puede rastrearse en los escritos de *Así fue Auschwitz*. Desde esa perspectiva, el dato más contundente con el que Levi se ve forzado a menudo a confrontarse es el silencio general impuesto en torno al exterminio, en un mundo que parece

hacer todo lo posible para archivar ese pasado tan doloroso como indecoroso. La palabra que el escritor prefiere para designar esa falta de atención es precisamente *silencio*, que ha de entenderse en primer lugar como acto fallido de una generación que había estado presente y que, por lo tanto, al menos en parte, no podía dejar de saber. El silencio ha de ser considerado también un comportamiento más o menos consciente, que sin embargo implica razones precisas e identificables. Por último, el silencio remite a su contrario, a la palabra; y si el silencio es ausencia, la palabra puede hacer presente aquello a lo que se refiere, pero solo ofreciéndose de la forma más nítida posible.

El silencio más doloroso —la cita es de nuevo de *Aniversario*, 1955— es el silencio

> del mundo civil, [...] de la cultura, nuestro propio silencio, [...] Este no se debe únicamente al cansancio, al desgaste de los años, a la muy normal actitud del *primum vivere*. No se debe a cobardía. Vive en nosotros una exigencia más profunda, más digna, que en muchas circunstancias nos aconseja guardar silencio sobre los campos de concentración, o al menos atenuar, censurar las imágenes, aún tan vivas en nuestra memoria. Es la vergüenza. Somos hombres, pertenecemos a la misma familia humana a la que pertenecen nuestros verdugos. Ante la enormidad de su culpa, nos sentimos nosotros también ciudadanos de Sodoma y Gomorra; [...] Somos hijos de esa Europa en la que se encuentra Auschwitz: vivíamos en ese siglo en el que la ciencia se vio doblegada, y dio a luz las leyes raciales y las cámaras de gas.

Y aquí está la pregunta inevitable a la que conduce el razonamiento: «¿Quién puede decirse convencido de ser inmune a la infección?». Una pregunta que conecta el pasado con el presente y, al mismo tiempo, une entre sí la investigación factual sobre la naturaleza de esa infección y la reflexión ética sobre las responsabilidades de cada uno.

Llegados a este punto, incluso el silencio termina adquiriendo desde el punto de vista de Levi un valor moral, convirtiéndose en «un error, casi un crimen», porque «la vergüenza y el silencio de los inocentes puede enmascarar

el silencio culpable de los responsables, posponer y eludir el juicio histórico». Palabras inusuales y adultas, estas últimas, pero que se leen, no por casualidad, en la carta del 59 a la muchacha que pedía «saber la verdad».

Por qué hablar

Si callar es un acto moralmente reprochable, hablar, testimoniar ofrece en cambio una oportunidad de redención. Este es también un tema recurrente, más incluso que en los escritos de Levi, en su práctica cotidiana como escritor y, justamente, como testigo. Se nos viene a la cabeza a este respecto la frase de Luciana Nissim Momigliano, detenida y deportada junto a él, que parece resumir el pensamiento de ambos: «yo era muy consciente de que el hecho de haber sobrevivido a Auschwitz habría de darme siempre más deberes que derechos».[25]

En primer lugar, por lo tanto, el deber de hablar. Pero ¿por qué hablar? O, con más exactitud, ¿para decir qué? ¿Cómo representar los campos de concentración en el mundo de después? Las respuestas son muchas, pero todas tienen que ver con aspectos esenciales de aquel mundo patas arriba, tan difícil de entender y de describir. Veamos la primera, que Levi nos propone en su artículo, nunca excesivamente mencionado, por precoz, *Aniversario*, de 1955: «... no es lícito callar. Si nosotros permanecemos en silencio, ¿quiénes hablarán? No desde luego los autores y sus cómplices. Sin nuestro testimonio, en un futuro no muy lejano las gestas de la bestialidad nazi, por su propia magnitud, podrían acabar relegadas entre las leyendas. Hablar, por lo tanto, es necesario». Solo las palabras, y sobre todo las de quien ha experimentado personalmente la realidad de los campos, pueden actuar como garante de su existencia real, condición primera y esencial para toda ulterior investigación.

En otras ocasiones, la cuestión será retomada en respuesta a una objeción expresada casi en forma de reproche: «¿por qué seguís hablándonos de horrores?». Y es

significativo que esta acusación se asome en el *Testimonio para Eichmann*, de 1961, en páginas en las que cabría esperar que el acusador fuera Levi. A partir de estas aparentes paradojas el discurso tiende a ampliarse en una pluralidad de explicaciones, que ayudan por lo demás a situar los campos de concentración en una perspectiva más amplia. El silencio debe ser roto por distintas razones. Entre otras: «debemos contar cuanto hemos visto con el fin de que la conciencia moral de todos permanezca alerta»; o también, porque «estos increíbles crímenes no han sido reparados más que en parte». Pero las verdaderas razones parecen otras en realidad: «La historia no puede ser mutilada», nos pertenece en su totalidad; nosotros también formamos parte de ella, es un pedazo de nuestra naturaleza como seres humanos de la que no podemos privarnos en modo alguno. Hay entre nuestro presente y el pasado del que venimos una solidaridad profunda de la que no podemos prescindir, un vínculo que confiere peso y actualidad a la sucesiva respuesta a Levi sobre las razones para hablar de los campos: «Han sido acontecimientos demasiado indicativos, se han entrevisto síntomas de una enfermedad demasiado grave, para que resulte lícito callar». Una enfermedad que arrolló a los hombres de ayer y que fue derrotada con grandes sacrificios, pero de la que no hay garantía alguna de que perdone a los hombres del mañana.

Todas las citas del párrafo anterior están tomadas del ensayo de 1961 sobre Eichmann. En la última hallamos un adjetivo insólito, *indicativos*, insólito, porque es empleado en sentido literal: volveremos a verlo en este mismo papel, veinte años más tarde, en la sección de la colección *Lilít y otros relatos* titulada «Presente de indicativo». El tiempo atravesado por Primo Levi posee ese absorbimiento constante, esa alarma.

Los «acontecimientos indicativos» de Auschwitz: justo después de habernos ofrecido esta definición, el *Testimonio para Eichmann* muestra los efectos concretos que ese mal ha producido: los campos de trabajo, la reducción de los judíos

a «raza de animales», el gas, los crematorios.

> Pero también hubo mucho más y mucho peor: se produjo la demostración descarada de la facilidad con la que prevalece el mal [...] no solo en Alemania, sino en todos los países que pisaron los alemanes; en cualquier parte, según quedó demostrado, resulta un juego de niños encontrar traidores y hacer de ellos sátrapas, corromper las conciencias, crear o restaurar ese clima de consenso ambiguo, o de abierto terror, que era necesario para convertir en hechos sus proyectos.

A pesar de que parezca referirse a una persona en concreto, el texto que Levi publica en 1961 no tiene la intención de adeudar ulteriores acusaciones: es un testimonio *para* Eichmann y no *contra*. Eso no quiere decir que Levi estuviera dispuesto a conceder atenuantes, todo lo contrario. Su objetivo era sacar a la luz las razones por las que un testigo de Auschwitz debe continuar cumpliendo con su tarea, incluso en un mundo en el que los campos de concentración han desaparecido, e incluso en un hipotético mundo futuro, completamente pacificado: para evitar que surjan nuevos Eichmann y hallen eco difundiendo «el contagio del mal». Solo en este sentido el testimonio de Levi es «para» Eichmann: es un testimonio para la Historia (con mayúscula aquí), que debe ser recordada y transmitida; es un testimonio contra la complicidad moral de todo un pueblo; es un testimonio que nos describe prematuramente la colaboración con la que el nazismo fue capaz de doblegar a los propios deportados y la aparente gratuidad de lo que un día llegará a ser definido como «violencia innecesaria».

Quince años más tarde —ahora estamos en 1975; el artículo, publicado en *La Stampa*, da título al presente volumen: *Así fue Auschwitz*— la argumentación no cambia en la sustancia, pero su tono y conclusión son diferentes en parte:

> Ahora ya nos hemos quedado reducidos a unas cuantas decenas, acaso demasiado pocos para ser escuchados, y además tenemos la impresión a menudo de ser narradores molestos; en

> ocasiones, llega a hacerse realidad un sueño curiosamente simbólico que era frecuente en nuestras noches de cautiverio: nuestro interlocutor no nos escucha, no llega a comprender, se distrae, se va y nos deja solos. Y sin embargo, es nuestra obligación contar: es un deber hacia los compañeros que no regresaron, y es una tarea que confiere sentido a nuestra supervivencia. Fue a nosotros (y no por nuestras virtudes) a quienes nos correspondió vivir una experiencia fundamental, y aprender un par de cosas sobre el Hombre que sentimos la necesidad de divulgar.

Al igual que *Historia*, esta vez también *Hombre* se escribe con mayúscula: Levi no teme a la retórica, en las pocas ocasiones en la que le parece necesario. Es como si los supervivientes de los campos —la frase pretende subrayarlo con intensidad— fueran detentores de una verdad mucho menos evidente para todos los demás, casi de un secreto: en consecuencia, les corresponde hacerla objeto de una especie de revelación. Solo ellos, en efecto, han podido experimentar hasta sus extremos límites una dimensión crucial de la naturaleza humana. Y aquí está el secreto: «Pudimos darnos cuenta de que el hombre es un sojuzgador: y que lo sigue siendo, a pesar de milenios de códigos y tribunales».

Una trayectoria lineal

Así fue Auschwitz apareció en *La Stampa* (justo a partir de ese momento empezó a colaborar Levi asiduamente para el principal periódico de Turín) pocos días después del trigésimo aniversario de la liberación de Auschwitz. Fue publicado en forma de editorial, algo que raramente volvería a ocurrir con sus artículos. Su contenido, sin embargo, justificaba tal ubicación, ya que provocaba un cortocircuito entre los campos de concentración del cercano pasado y los hechos de actualidad que originaban la vehemente toma de posición de Levi: su preocupación, de carácter abiertamente político, ante un posible retorno del fascismo: «El fascismo es un cáncer que prolifera

rápidamente, y su regreso nos amenaza: ¿es mucho pedir que nos opongamos a él desde el principio?».

En aquellos mismos meses tal preocupación se manifestó con la máxima evidencia cuando Levi fue elegido presidente del Consejo Escolar del Instituto de Bachillerato Clásico D'Azeglio:[26] allí, durante un año y medio, cubre un cargo que, sobre todo en ese momento —acababa de entrar en vigor la ley que instauraba órganos de autogobierno democrático en la escuela—, tenía un claro significado político.

Pero sigamos leyendo las palabras de Levi, para que no se nos escape el hilo de su razonamiento. Después de haber enunciado el sentido de aquella especie de revelación sobre los campos («el hombre es un sojuzgador: y lo sigue siendo»), de inmediato, sin tener que preocuparse para establecer cierta distancia incluso solo de tiempo, el texto dice así:

> Muchos sistemas sociales se proponen refrenar ese impulso hacia la iniquidad y el atropello; otros, en cambio, lo alaban, lo legalizan y lo señalan como extremo objetivo político. Sistemas como esos pueden ser tachados, sin forzar en absoluto los términos, de fascistas: conocemos otras definiciones de fascismo, pero nos parece más exacto y más conforme a nuestra experiencia concreta, definir como fascistas exclusivamente a los regímenes que niegan, en la teoría o en la práctica, la fundamental igualdad de derechos entre todos los seres humanos.

Levi era consciente de su propia autoridad, consolidada a lo largo de los años gracias a los numerosos libros publicados (diferentes unos de otros, impulsados por la misma energía moral) y a un comportamiento coherente con la imagen personal que se desprendía de su escritura. Y sobre esa autoridad se apoyaba, ahora que sentía el deber de oponerse a un peligro que juzgaba inminente. No consideraba tarea que le incumbiese el proponer una detallada reconstrucción histórica, que con todo se dejaba entrever en su artículo. A riesgo de simplificar, creía más útil poner de relieve el valor fundamental de la igualdad,

que le parecía ampliamente probado por las referencias a acontecimientos históricos vividos en primera persona. Como consecuencia, Levi consideraba necesario centrarse en el alcance universal de la lección de Auschwitz —el fascismo, así como los campos de concentración, había de ser considerado como un insulto dirigido contra toda la humanidad—, no desde luego porque pensara que había en aquel momento razón alguna para eclipsar el papel central de los judíos en el exterminio, sino porque siempre había manifestado una marcada sensibilidad en tal dirección; así lo testifica la última palabra del título *Si esto es un hombre*.

Estos son, pues, los trazos del editorial escrito para *La Stampa* en febrero de 1975, de cuyo planteamiento llama la atención su analogía con la estructura que subyace al texto redactado dos años antes para el Museo-Monumento de Carpi, cuando su preocupación por el resurgir del fascismo no tenía aún el relieve que adquiriría poco más tarde. En primer lugar se planteaba allí también la lección moral que la cuestión de los campos de exterminio imponía con cruel concreción: «La doctrina de la que nacieron los campos de concentración era muy simple, y por eso precisamente muy peligrosa: todo extranjero es un enemigo, y todo enemigo debe ser eliminado; y es extranjero todo aquel que se perciba como distinto, por su idioma, religión, apariencia, costumbres e ideas». Seguía una breve reconstrucción cuya finalidad era enmarcar la historia de los campos en el cuadro más general del desarrollo del nazismo y señalar cuáles fueron, caso a caso, las dianas privilegiadas de la violencia de Hitler, así como los principales hitos de la historia general de los campos de exterminio. He aquí un pasaje esencial:

> Con la ocupación de Polonia, Alemania entra en posesión (son palabras de Eichmann) de las «fuentes biológicas del judaísmo»: dos millones y medio de judíos, así como un número indeterminado de civiles, partisanos y soldados atrapados en «acciones especiales». Se trata de un inmenso ejército de esclavos y de víctimas predestinadas: el objetivo final de los *Lager* se desdobla. Ya no son solo instrumentos de represión,

> sino al mismo tiempo siniestras maquinarias de exterminio organizado y centros de trabajos forzados.

Cada elemento adquiere en este cuadro su propio significado, sin cesión sustancial alguna al espíritu de los tiempos, aunque en este caso se trataba de un texto —como ya se mencionado— con una clara función política. Por ejemplo, no adquiere aquí carta de ciudadanía la idea, todavía muy extendida en aquellos años en la cultura antifascista, de que a las deportaciones políticas había que reconocerles una posición preeminente, hasta ocultar casi la de los judíos. Aparte de ciertas precauciones leves en el léxico y en la construcción del discurso (en grado mínimo para no ofender la sensibilidad de sus interlocutores-anfitriones), en cuestiones de fondo como esas Levi no transigía, como nunca lo había hecho desde el *Informe* en adelante. Por otra parte estaba muy clara, y él nunca vacilaba en recalcarla, la diferencia que había marcado en todo momento la condición de los judíos, haciéndola diversa a la de otros prisioneros, militares y políticos. Él mismo había formado parte «de aquellos —así lo diría en otra ocasión: 1966, *La deportación de los judíos*— para los que no existía posibilidad de elección alguna: eran mujeres, eran viejos, eran personas excluidas desde hacía ya años de cualquier contacto con el mundo exterior; vivían, desde 1939, en la clandestinidad, y para ellos la elección era obviamente imposible. Debería decir *casi* imposible, porque a pesar de todo, a pesar de las enormes dificultades, a pesar de la ausencia de toda organización, cierta resistencia sí que hubo».

No menos interesante resulta que se dé una coherencia de conjunto entre el planteamiento que hemos podido detectar en los textos recién analizados de 1973 y 1975 y la estructura de un documento especialmente comprometido, escrito en 1978. Se trata del *Borrador de un texto para el interior del Bloque italiano en Auschwitz*, que tuvo que ver con una operación conmemorativa que fue objeto de negociaciones mucho más tirantes entre las muchas partes involucradas. Sin intención de retomar aquí sus avatares,

descritos analíticamente en la *Información sobre los textos*, será suficiente con subrayar algunos elementos notables. A pesar de la extrema brevedad del texto, el principio sapiencial que se pretendía proponer al público —un aforismo de Heine: «ahí donde se queman libros se acaba quemando también seres humanos»—27 se hace manar de una reconstrucción histórica concisa y literariamente eficaz, si bien (o precisamente por ello) reducida a unas pocas frases. Los acontecimientos de Italia en los años 19201945, en los que se centra el discurso, rehúyen una visión localista para asumir aliento europeo, en el que se destaca la doble primacía de la península itálica en el frente del fascismo y en el del antifascismo. Pero lo que de verdad cuenta es que ese cuadro de conjunto así esbozado llega a componer en una reconstrucción relativamente equilibrada el catálogo, de lo más dispar, de las víctimas de la deportación, sin descuidar a nadie pero sin quitar a los judíos el papel destacado al que, por desgracia, la historia les había destinado.

El clima de la época y el duro trabajo de limadura, ejecutado por distintas manos, se deja notar indudablemente, pero no hasta el extremo de distorsionar el pensamiento del autor. Tal vez fuera por esa razón por lo que, al final, de un escrito de por sí tan breve solo acabaron por exponerse en el monumento conmemorativo italiano de Auschwitz las últimas líneas: pero esa lápida dirigía al visitante una admonición que, truncada su conexión con los párrafos que la precedían, resultaba carente de significado preciso.

Cómo contar la verdad

Hemos mencionado varias veces esa carta, pero sin referir al completo la firma con la que la joven remitente quiso identificarse ante «Specchio dei tempi», la sección del periódico *La Stampa* dedicado a la vida piamontesa. Es el momento de llenar esa laguna. Esto es lo que podemos leer al pie de su escrito: «La hija de un fascista que quisiera

saber la verdad». En su respuesta, unos días más tarde, Primo Levi demostró que lo que más le había impactado había sido esa última palabra, y así quiso comentarlo: «Hay hambre de la verdad, a pesar de todo: la verdad, por lo tanto, no ha de ocultarse».

No cabía duda: los campos de concentración se habían convertido por encima de todo en un *problema de la verdad*, que había de ser tratado como tal. Levi no vaciló en responder, a propósito de la exposición sobre el exterminio a la que se refería su interlocutor: «No, señorita, no hay manera de poner en duda la veracidad de esas imágenes». Y se apresuró a presentar pruebas concretas, las más útiles para apoyar sus certezas: antes de nada «los restos de esos tristes lugares»; luego las decenas de «testigos oculares» presentes incluso en una ciudad como Turín —¡qué restrictiva suena hoy esa definición, como si fueran solo los ojos los que hablaran!—. Y además, el «vacío que han dejado» los miles de personas «que acabaron confundidos en esos montones de huesos»: una ausencia-presencia, en definitiva, no es menos concreta que todo lo demás. Hasta concluir que la exposición del Palazzo Carignano estaba allí para «demostrar», como se hace con un teorema o con cualquier tema complejo, el verdadero corazón del problema: en este caso concreto —y aquí nos encontramos con otra de las innumerables caras de los campos— «qué clase de reservas de ferocidad yacen en el fondo del espíritu humano, y qué clase de peligros amenazan, hoy como ayer, a nuestra civilización».

En la respuesta del deportado-escritor, por lo tanto, parecía saltar por fin la chispa del posible encuentro entre el «hambre de verdad» de todos aquellos a quienes representaba la muchacha y, en la otra orilla, la urgencia de quienes se habían sentido impulsados por la obligación moral de contar no tanto y no solo *su propia* historia, sino más bien *esa* historia. Quedaba por resolver otra cuestión que no era baladí: ¿cómo contar *esa* historia?

Para responder, Levi no había esperado desde luego a 1959 —el año de la exposición y de la carta—. Como

sabemos, ya había discurrido brillantemente a tal propósito más de diez años antes; con todo, puede resultar útil bucear de nuevo en los escritos publicados en este libro para realizar algún descubrimiento más sobre su trabajo de creación y escritura.

Empecemos por *Deportación y exterminio de los judíos*. Estamos en 1961. Ese año, Levi fue invitado a Bolonia, en el marco de una serie de conferencias sobre la historia del antifascismo italiano, para aportar, junto con otros, su propio testimonio. Fue el 13 de marzo cuando intervino en el Teatro Municipal, después de la conferencia pronunciada por el orador principal de la velada: Enzo Enriques Agnoletti, que había hablado de *El nazismo y las leyes raciales en Italia*.[28] Al tratarse de un testimonio, lo natural era esperar un relato de experiencias vividas; y el interesado no decepcionó desde luego las expectativas de los oyentes: «Cuando se proclamaron las leyes raciales yo tenía diecinueve años. Estaba matriculado en el primer año de Química en Turín». A partir de aquí, sin embargo, Levi escogió una senda muy alejada de lo trivial para conducir su razonamiento (y hay que recordar que los relatos autobiográficos de *El sistema periódico* estaban aún por llegar).

En *Deportación y exterminio de los judíos* Levi recorre el obligado itinerario desde la promulgación de las leyes raciales hasta la liberación de Auschwitz, pero lo recita ampliando y restringiendo la visual narrativa según cada momento: con palabras precisas y acortadas, con un ritmo apremiante dominado a la perfección. Pocos adverbios, sin digresiones (el único inciso atañe a las dificultades de comunicación lingüística a las que «se debe la alta tasa de mortalidad de griegos, franceses e italianos»), adjetivos reducidos al mínimo: nada más que información, cifras, descripciones, nombres, juicios secos incrustadas a menudo en los verbos de acción, en la exactitud frugal de los sustantivos. Alusiones esenciales a la psicología del campo de concentración: de las víctimas, de los carceleros. Reflexiones arraigadas en hechos concretos, para ayudar al

oyente a situar las vicisitudes personales del protagonista en los diferentes contextos que va cruzando con el tiempo: para introducir comparaciones, para responder a preguntas pormenorizadas. El resultado fue un texto de pocas páginas, en efecto —un compendio de *Si esto es un hombre*, con el prólogo de algunos relatos en embrión del futuro *El sistema periódico*— pero dotado de una integridad propia capaz de transmitir al público de Bolonia el panorama general de los campos de exterminio, e impresiones y juicios sobre cuestiones importantes, y sentimientos subjetivos; y mucho más. Del autor de *Si esto es un hombre* cabía esperar una prueba de comunicación semejante. Pero lo que más impresiona al lector, incluso a un lector que conozca a fondo la obra de Levi, es llegar a la última línea con la sensación de haber leído algo nuevo.

Una experiencia análoga, si bien en menor escala, nos la ofrece otro texto corto, esta vez de 1966: el ya citado *La deportación de los judíos*. El título podría hacer pensar en una enésima repetición, pero sin embargo no es así. En cuanto a la trama, se apoya una vez más en una secuencia cronológica de acontecimientos vividos en primera persona, escogidos sin embargo en pequeña cantidad, tres en total: el 8 de septiembre de 1943, la detención que trunca al nacer la aventura partisana, el encarcelamiento en Monowitz. La narración cae a su nivel mínimo, porque el verdadero tema es otro: la diferencia entre las «condiciones de *cero*» de los deportados judíos (así reza su síntesis fulminante) y las de los demás, los militares, los políticos y así sucesivamente.

El último ejemplo es quizá el más elocuente. *Aquel tren hacia Auschwitz*, escrito en 1979, recorre en dos páginas escasas el mismo itinerario de siempre, enmarcado entre las persecuciones del 38 y el año de prisión. Pero es el contexto del artículo el que le confiere una particular originalidad e impregna de significados inusuales algunos pasajes. El texto está dirigido a Rosanna Benzi, afectada por la polio desde la infancia, y muy activa en el mundo de los marginados. Solo la comparación implícita entre las experiencias del deportado y las relacionadas con la discapacidad multiplica

(por ejemplo) las implicaciones de la secuencia otro-extraño-enemigo, aquí referida no únicamente al campo, de manera que se sitúa en una perspectiva distinta ese «orgullo minoritario» que Levi afirma haber sentido después de la promulgación de las leyes contra los judíos. El momento más interesante del diálogo a distancia entre Levi y Benzi ha de buscarse, por el contrario, en las conclusiones. El autor escribe: la experiencia de la deportación le «marcó, pero no me arrebató las ganas de vivir: al contrario, me las acrecentó, porque ha conferido un propósito a mi vida, el de aportar testimonio, de modo que nada parecido vuelva a suceder nunca más. Ese es el objetivo al que tienden mis libros». Palabras que ya hemos escuchado, capaces aquí de alcanzar una resonancia nueva al aludir ya no solo a un deber, sino a un propósito y una razón para vivir, medidos con un metro sin precedente alguno: el de las fronteras impuestas por un pulmón de acero.

El tacto de las palabras

Son muchas las posibilidades expresivas que ofrece el sabio uso del relato en clave autobiográfica. Pero si las modulaciones siempre distintas aplicadas a una misma trama son el resultado de una cuidadosa elección, no puede dejar de serlo asimismo el recurso a *esa* trama. La ejemplaridad de la voz de Levi acarrea el riesgo de hacernos olvidar que tal elección no puede darse por descontada. En su caso, la predilección por el relato en primera persona estaba basada, sin duda, en buenas razones, coherentes con su manera de ver el mundo y de relacionarse con sus interlocutores. Veamos algunas: la referencia directa a su propia experiencia coloca sin duda al lector en condiciones de comprender más fácilmente y de aceptar con confianza realidades difíciles de aceptar para cualquiera; situarse a sí mismo en el centro de una red de relaciones individuales le ayudó a describir a los hombres uno por uno y a presentar no ya ideas abstractas, sino las formas en las que estas se encarnan en el comportamiento

de cada persona, y las acciones que producen; reducir al mínimo la distancia entre el Levi narrador y el Levi personaje del relato contribuye a acortar también la brecha con los lectores, por ello particularmente dispuestos a tejer con el autor esos densos diálogos que tanto le importaban.

¿Qué decir, a estas alturas, de ese cliché tan generalizado según el cual la mayor parte de los textos de Levi sobre los campos de concentración son «relatos de memoria»? Que se trata de una trivialización que despista. Y el poner en duda esta etiqueta nos induce a platearnos otra pregunta: es decir, si atribuir con excesiva ligereza al Levi narrador de los campos la condición de «testigo» no nos lleva a subestimar los complejos problemas —afrontados por él, al contrario, con resultados que no dejan de sorprendernos— vinculados a dos itinerarios, que son diferentes y que han de distinguirse con meticulosidad.

El primer itinerario se dirige a la conquista de la verdad, o por lo menos al descubrimiento de fragmentos de verdad, que en su caso atañen a uno de los lugares más impenetrables de la historia. El segundo itinerario debe conseguir que esas verdades hallen un canal accesible para un público a menudo reacio a escuchar; y ello solo puede alcanzarse a través de un mayor cuidado de la expresión, de la escritura, comparable —como diría Marc Bloch— a la finura del lutier que se guía por la «sensibilidad del oído y de los dedos».[29]

«¿Habrá quien niegue acaso que existe un tacto de las palabras, como hay un tacto de la mano?», se pregunta el historiador francés en la misma página de la *Apología de la historia*, uno de los textos más esclarecedores sobre cómo pueden estudiarse y contarse los hechos humanos; y lo dice valiéndose de una inesperada asociación, que sin duda Levi habría apreciado. Tal como estaba en el carácter del escritor turinés —lo hemos visto leyendo los textos de *Así fue Auschwitz* y hemos tratado de mostrarlo en estas páginas—, el rigor crítico con el que el propio Bloch quería que se cribara, en el trabajo de investigación que precede a la escritura, cada testimonio para que llegara a ofrecer su

pizca de verdad.

Vemos así cómo vuelve en los dos casos, además de la atención a la finura del relato, la centralidad del testimonio. Con una diferencia importante, sin embargo: que ante la prueba del campo de exterminio, palabras como «testigo» y «testimonio», precisamente, corren el riesgo de no sostenerse, de resultar poco adecuadas por ser demasiado débiles. Levi nos lo ha demostrado a propósito de palabras como «hambre», «frío», «cansancio»: el uso que hacemos de ellas en nuestra normalidad cotidiana las vuelve inadecuadas para la medida extrema de Auschwitz.

Si entonces queremos preguntarnos cuál es la palabra más adecuada para Primo Levi debemos remontarnos a los orígenes, a los textos más antiguos recogidos en este libro: el *Informe* escrito para los rusos, la *Relación* realizada para la comunidad judía de Turín, las testificaciones hechas con vistas al proceso contra Höss. En esos documentos hallamos la actividad de un hombre que no se limitó a registrar lo que vio —aunque fuera con el máximo cuidado y eficacia de estilo— sino que, en paralelo con el trabajo crítico sobre su propia memoria, no interrumpió ni un solo momento sus investigaciones sobre Auschwitz: interrogando a las personas, hechos, cosas (su análisis del Zyklon B), de acuerdo a un método que no por ser implícito resulta menos refinado. Es posible que las páginas de *Así fue Auschwitz* hayan llegado a trazar de forma novedosa el perfil de Primo Levi, un testigo y un escritor que «sabía su oficio», y también el de historiador.

DOCUMENTOS

DOCUMENTACIÓN FOTOGRÁFICA

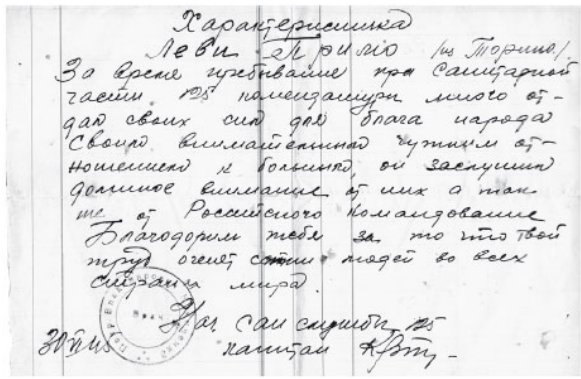
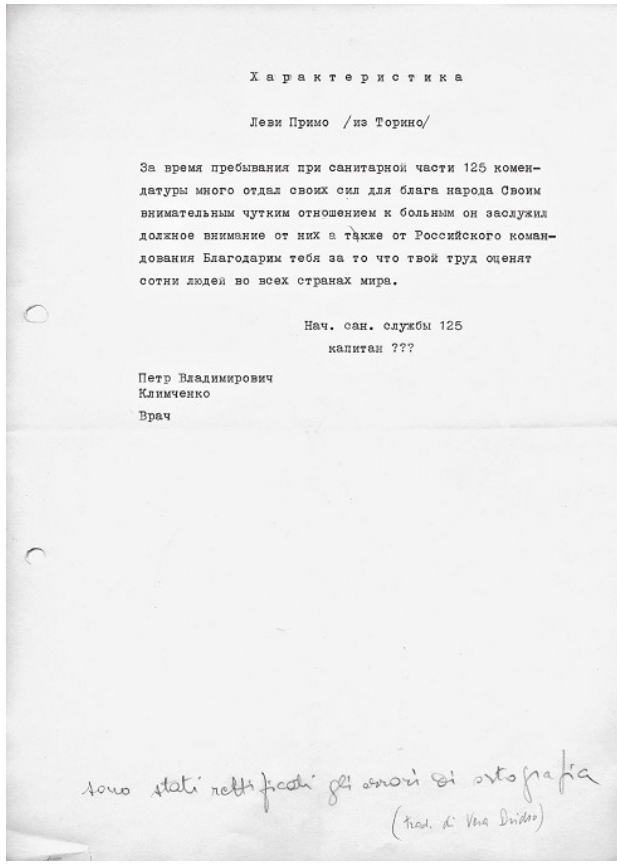


Figura 1.

Certificado expedido a Primo Levi en Katowice el 30 de junio de 1945 por el «Jefe del servicio sanitario 125». Levi describe así la entrega del documento en *La tregua*, redondeando levemente el texto: «Dancenko, a su vez, nos trajo dos certificados, escritos a mano, en una caligrafía muy cuidada, sobre dos trozos de papel rayado, evidentemente arrancados de un cuaderno escolar. En el que se refería a mí, se declara, con desenvuelta generosidad, que «el doctor Primo Levi, de Turín, ha prestado durante cuatro meses sus servicios hábiles y diligentes en la Enfermería de esta Jefatura, y por ello ha merecido la gratitud de todos los trabajadores del mundo» (cfr. Primo Levi, *La tregua*, traducción de Pilar Gómez Bedate, Península, Barcelona, 2014, pp. 117-118). Un certificado análogo fue expedido a Leonardo De Benedetti; se reproduce en la p. 38 del volumen Segre, Anna, *Un coraggio silenzioso. Leonardo De Benedetti, medico, sopravvissuto ad Auschwitz*, Zamorani, Turín, 2008.



Характеристика

Леви Примо /из Торино/

За время пребывания при санитарной части 125 комендатуры много отдал своих сил для блага народа Своим внимательным чутким отношением к больным он заслужил должное внимание от них а также от Российского командования Благодарим тебя за то что твой труд оценят сотни людей во всех странах мира.

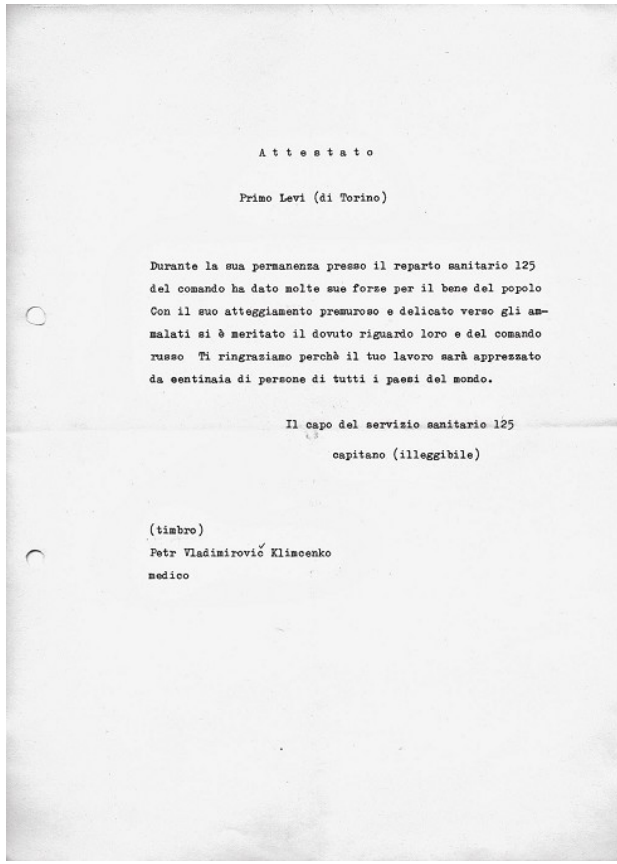
Нач. сан. службы 125
капитан ???

Петр Владимирович
Климченко
Врач

sono stati rettificati gli errori di ortografia
(trad. di Vera Dridso)

Figura 2.

Transcripción del certificado.



A t t e s t a t o

Primo Levi (di Torino)

Durante la sua permanenza presso il reparto sanitario 125
del comando ha dato molte sue forze per il bene del popolo
Con il suo atteggiamento premuroso e delicato verso gli am-
malati si è meritato il dovuto riguardo loro e del comando
russo Ti ringraziamo perchè il tuo lavoro sarà apprezzato
da centinaia di persone di tutti i paesi del mondo.

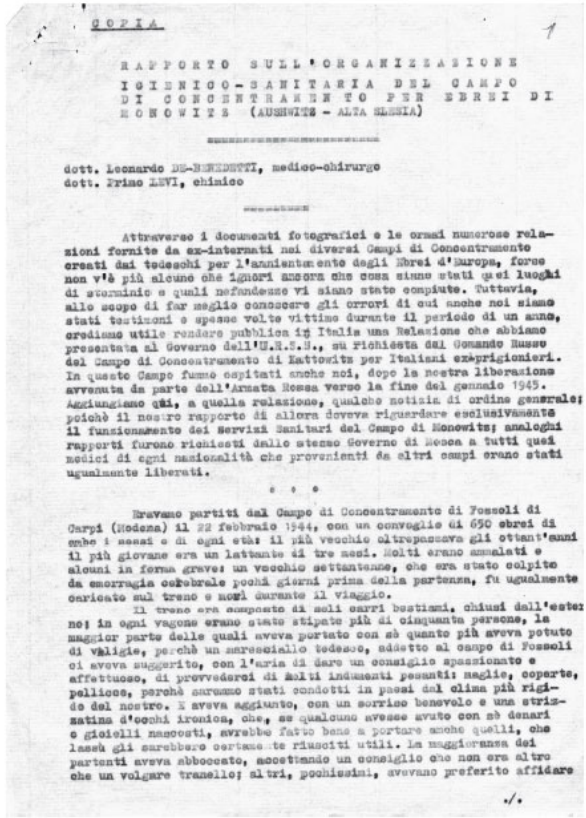
Il capo del servizio sanitario 125

capitano (illeggibile)

(timbro)
Petr Vladimirovič Klimcenko
medico

Figura 3.

Traducción del certificado realizada por Vera Dridso, empleada de la editorial Einaudi, de orígenes rusos.



COPIA

1

RAPPORTO SULL'ORGANIZZAZIONE IGIENICO-SANITARIA DEL CAMPO DI CONCENTRAMENTO PER EBREI DI MONOWITZ (AUSCHWITZ - ALTA SLESIA)

dott. Leonardo DE-BENEDETTI, medico-chirurgo
dott. Primo LEVI, chimico

Attraverso i documenti fotografici e le ormai numerose relazioni fornite da ex-internati nei diversi Campi di Concentramento creati dai tedeschi per l'annientamento degli Ebrei d'Europa, forse non v'è più alcuno che ignori ancora che cosa siano stati quei luoghi di sterminio e quali nefandezze vi siano state compiute. Tuttavia, allo scopo di far meglio conoscere gli orrori di cui anche noi siamo stati testimoni e spesso volte vittime durante il periodo di un anno, crediamo utile rendere pubblica in Italia una Relazione che abbiamo presentata al Governo dell'U.R.S.S., su richiesta del Comando Russo del Campo di Concentramento di Kattowitz per Italiani ex-prigionieri. In questo Campo fummo ospitati anche noi, dopo la nostra liberazione avvenuta da parte dell'Armata Rossa verso la fine del gennaio 1945. Aggiungiamo qui, a quella relazione, qualche notizia di ordine generale; poichè il nostro rapporto di allora doveva riguardare esclusivamente il funzionamento dei Servizi Sanitari del Campo di Monowitz; analoghi rapporti furono richiesti dallo stesso Governo di Mosca a tutti quei medici di ogni nazionalità che provenienti da altri campi erano stati ugualmente liberati.

* * *

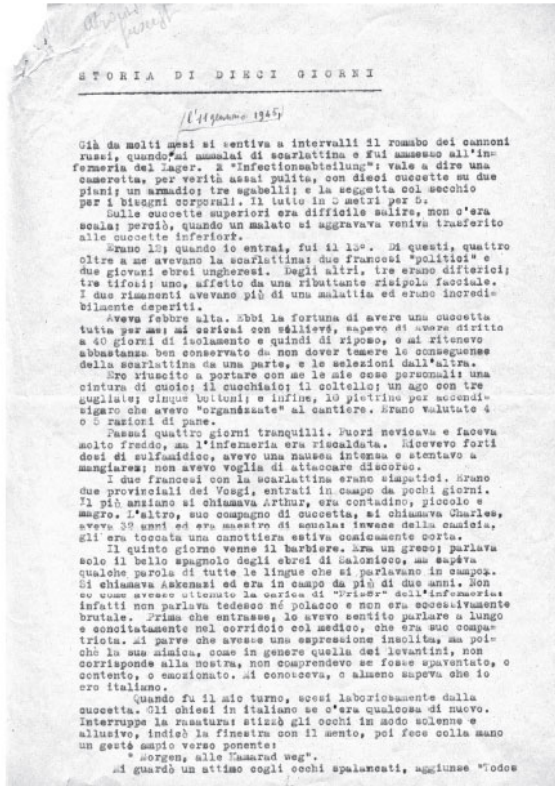
Eravamo partiti dal Campo di Concentramento di Fossoli di Carpi (Modena) il 22 febbraio 1944, con un convoglio di 650 ebrei di ambo i sessi e di ogni età: il più vecchio oltrepassava gli ottant'anni il più giovane era un lattante di tre mesi. Molti erano ammalati e alcuni in forma grave: un vecchio settantenne, che era stato colpito da emorragia cerebrale pochi giorni prima della partenza, fu ugualmente caricato sul treno e morì durante il viaggio.

Il treno era composto di soli carri bestiami, chiusi dall'esterno; in ogni vagone erano state stipate più di cinquanta persone, la maggior parte delle quali aveva portato con sè quanto più aveva potuto di valigie, perchè un maresciallo tedesco, addetto al campo di Fossoli ci aveva suggerito, con l'aria di dare un consiglio spassionato e affettuoso, di provvederci di molti indumenti pesanti: maglie, coperte, pellicce, perchè saremmo stati condotti in paesi dal clima più rigido del nostro. E aveva aggiunto, con un sorriso benevolo e una strizzatina d'occhi ironica, che, se qualcuno avesse avuto con sè denari o gioielli nascosti, avrebbe fatto bene a portare anche quelli, che lassù gli sarebbero certamente riusciti utili. La maggioranza dei partenti aveva abboccato, accettando un consiglio che non era altro che un volgare tranello; altri, pochissimi, avevano preferito affidare

./.

Figura 4.

Primera página del *Informe* (Archivo Istoreto, Turín).



STORIA DI DIECI GIORNI

(Gennaio 1945)

Già da molti mesi si sentiva a intervalli il rombo dei cannoni russi, quando mi ammalai di scarlattina e fui ammesso all'infermeria del Lager. L'"Infectionsabteilung": vale a dire una cameretta, per verità assai pulita, con dieci cuccette su due piani; un armadio; tre sgabelli; e la seggetta col secchio per i bisogni corporali. Il tutto in 3 metri per 5.

Sulle cuccette superiori era difficile salire, non c'era scala; perciò, quando un malato si aggravava veniva trasferito alle cuccette inferiori.

Erano 18; quando io entrai, fui il 19°. Di questi, quattro oltre a me avevano la scarlattina: due francesi "politici" e due giovani ebrei ungheresi. Degli altri, tre erano difterici; tre tifosi; uno, affetto da una ributtante risipola facciale. I due rimanenti avevano più di una malattia ed erano incredibilmente esperiti.

Aveva febbre alta. Ebbi la fortuna di avere una cuccetta tutta per me; mi coricai con sollievo, sapevo di avere diritto a 40 giorni di isolamento e quindi di riposo, e mi ritenevo abbastanza ben conservato da non dover temere le conseguenze della scarlattina da una parte, e le selezioni dall'altra.

Ero riuscito a portare con me le mie cose personali: una cintura di cuoio; il cucchiaio; il coltello; un ago con tre gugliate; cinque bottoni; e infine, 10 pietrine per accendisigaro che avevo "organizzate" al cantiere. Erano valutate 4 o 5 razioni di pane.

Passai quattro giorni tranquilli. Fuori nevicava e faceva molto freddo, ma l'infermeria era riscaldata. Ricevevo forti dosi di sulfamidico, avevo una nausea intensa e stentavo a mangiare; non avevo voglia di attaccare discorso.

I due francesi con la scarlattina erano simpatici. Erano due provinciali dei Vosgi, entrati in campo da pochi giorni. Il più anziano si chiamava Arthur, era contadino, piccolo e magro. L'altro, suo compagno di cuccetta, si chiamava Charles, aveva 22 anni ed era maestro di scuola: invece della camicia, gli era toccata una canottiera estiva ormai molto corta.

Il quinto giorno venne il barbiere. Era un greco; parlava solo il bello spagnolo degli ebrei di Salonicco, ma sapeva qualche parola di tutte le lingue che si parlavano in campo. Si chiamava Askenazi ed era in campo da più di due anni. Non so come avesse ottenuto la carica di "Friseur" dell'infermeria: infatti non parlava tedesco né polacco e non era specialmente brutale. Prima che entrasse, io avevo sentito parlare a lungo e concitatamente nel corridoio col medico, che era suo compatriota. Mi parve che avesse una espressione insolita, ma poichè la sua amica, come in genere quella dei levantini, non corrisponde alla nostra, non comprendevo se fosse spaventato, o contento, o emozionato. Mi conosceva, o almeno sapeva che io ero italiano.

Quando fu il mio turno, scesi laboriosamente dalla cuccetta. Gli chiesi in italiano se c'era qualcosa di nuovo. Interruppe la rasatura: strizzò gli occhi in modo solenne e allusivo, indicò la finestra con il mento, poi fece colla mano un gesto ampio verso ponente:

"Morgen, alle Kameraden weg".

Mi guardò un attimo cogli occhi spalancati, aggiunse "Todos

Figura 5.

Primera página de *Historia de diez días*, con añadidos manuscritos de Primo Levi y la anotación a lápiz «atrocidades fascistas», según la cual se clasificó el documento en el Departamento Histórico del CLN (Archivo Istoreto).

Min. Med.

MINERVA MEDICA

TORINO - VIA MARTIRI DELLA LIBERTÀ, 15 (CASELLA POSTALE 491) - TELEF. 82-669

REDAZIONE: E. Angiesio - I. Antonini - R. Bettica-Giovannini - F. De Matteis - R. De Mattia - A. Ferrari A. Gambiglioni-Zoccoli - M. Gianotti - A. Muggia - M. Nizza - D. Origlia - W. Paolino - U. Rondelli - E. Signoris C. Solero - G. Usseglio - U. Vignolo-Lutati - A. Visendas - E. Zambelli

Corrispondenti: V. C. Alzona (Casale) - G. Barenghi (Genova) - G. Bassi (Bologna) - G. Boccuzzi (Taranto) - L. Gedda (Roma) - G. Giordanengo (Novara) - G. Lenti (Ferrara) - M. Mariotti (Ancona) - F. Pellegrini (Milano) - R. Rossi (Rome) A. Muggia (per il Sud-America) - A. Pedrazzini (per la Svizzera) - S. Rossi (per la Spagna)

Redattore Capo: N. Garocci — Direttore Responsabile: T. Ollaro

Gli abbonamenti decorrono dal 1° Gennaio e si intendono rinnovati se non sono disdetti entro il mese di Dicembre' I manoscritti devono essere dattilografati e non si restituiscono anche se non pubblicati. - I lavori accettati per la stampa sono pubblicati gratuitamente. - Lavori, corrispondenza, assegni, vaglia, vanno indirizzati a "Minerva Medica" Casella postale 491 - Via Martiri della Libertà, 15 - Torino.

LA RIVISTA È POSTA SOTTO LA TUTELA DELLE LEGGI INTERNAZIONALI SULLA PROPRIETA' LETTERARIA

ABBONAMENTO PER IL 1947 L. 1000 - PER L'ESTERO L. 1600 - IL FASCICOLO L. 80

Anno XXXVII - Vol. II — Conto Corrente Postale n. 2-15808 — N. 47 (24 Novembre 1946)

SOMMARIO

Lavori originali

Quattrin N.: Un nuova tipo di trombopatia costituzionale? 523

Caviglia E.: Alcune considerazioni sull'istero regionale 532

Anile M.: Contributo alla cura della brucellosi. Applicazione del metodo Campanacci nella cura della brucellosi vaccino-resistente . . 534

De-Benedetti L. e Levi P.: Rapporto sulla organizzazione igienico-sanitaria del campo di concentramento per Ebrei di Monowitz (Auschwitz - Alta Slesia) 535

Note ed appunti 544

Le polmoniti da virus: loro diagnosi sperie per mezzo dell'agglutinazione a freddo delle emazie — Le emorragie secondarie tardive del post-partum — Il trattamento della tachicardia parossistica con l'acetilcolina.

Libri 546

L'ospizio nell'industria moderna (Genelli A.) — On the morphology of blood and bone-marrow in Thyrotoxicosis (Bigström O.).

Varia

Echi e commenti 360

A proposito di Casse Mutue (L. M. da Vita).

Congressi 362

XLIX Congresso di Chirurgia francese — IV Congresso della Società internazionale di Chirurgia ortopedica e di Traumatologia.

Curiosità ed attualità 366

Il quarto centenario di un'opera fondamentale per la medicina (M. Truffi).

Notiziario 368

Centro d'informazioni e studi sugli antibiotici — XXXV Riunione della Società Italiana di Dermatologia e Sifilografia. — Riunione del Consiglio Direttivo dell'Associazione Nazionale Volontari del Sangue — Riunione dei gastroenterologi a Firenze — Il primo Congresso Internazionale di fisio-patologia della riproduzione animale e di fecondazione artificiale — Notizie sanitarie da Ancona — Miglioramento dell'alimentazione degli annalati nell'U.R.S.S. — Mille chirurghi sovietici a Congresso. — Miglioramento del trattamento degli scienziati nell'U.R.S.S.

GUAJAKIRSCH

compresse - sciroppo

ESPETTORANTE - ANTITERMICO

a base di potassio solfoguajacolato,

antipirina, caffeina, teobromina, etilmorfina

Posologia: adulti 4 compresse, oppure 2-4 cucchiai di sciroppo al dì; bambini 2-4 cucchiaini di sciroppo al dì.

Laboratorio del SACCAROL - MILANO - Via B. Marcello, 36

Aut. Pref. Milano N. 8029 - 1940.

OXIURINA VIOLANI

PREPARATO CONTRO GLI OSSIURI

Laboratorio Farmaceutico G. Violani - Milano

Aut. Pref. Milano N. 5028 - 1938

Figura 6.

Frontispicio de *Minerva Medica*, 24 de noviembre de 1946.

presenta un evidente ingrossamento, debordo circa tre dita dall'arcata costale sinistra, un po' dura, indolente, liscia. Niente di anormale agli organi urinari e genitali; nulla di patologicamente importante nelle urine. Riflessi superficiali e profondi normali.

In base ai dati anamnestici ed obbiettivi formulai il sospetto di brucellosi e pertanto consigliai di praticare la sierodiagnosi. Essendo questa risultata positiva all'1:1000 per la brucellosi, e negativa per il tifo e paratifo, come negativa pure risultò la ricerca del parassita malarico contemporaneamente eseguita, confermato così il sospetto diagnostico, consigliai di iniziare subito la cura col vaccino antimelitense endovenoso dell'I. S. M.

Il giorno 5-5-1946 praticai la prima iniezione endovenosa del suddetto vaccino, continuando in tal modo secondo le regole comuni, fino al giorno 21-5-1946. Secondo la curva termica la paziente ha avuto delle buone reazioni termiche postvaccciniche, ma la curva febbrile della malattia restava piuttosto immodificata, come pure il resto della sintomatologia morbosa. Cosicchè, avendo letto proprio in quei giorni del metodo del Prof. D. Campanacci, e non avendo la paziente mostrato nessun miglioramento generale, presentandosi sempre il fegato e la milza aumentati di volume e di consistenza, convinto anche, nel caso speciale, della innocuità del nuovo metodo, sospesi il trattamento vaccinico, di cui avevo già praticato 7 iniezioni a dosi crescenti e praticai due iniezioni endovenose di Neo I.C.I. da centigrammi quindici ciascuna nei giorni 23 e 25 maggio. La curva febbrile rimase immodificata. Il giorno 27 praticai nuovamente il vaccino endovenoso e dall'indomani già si vide un netto miglioramento di tutti i sintomi con un abbassamento evidente della temperatura febbrile che raggiunse il massimo di 37°,8. Alla successiva iniezione del 30 maggio il miglioramento fu evidentissimo e si ebbe sfebbramento completo: il 4 giugno praticai l'ultima iniezione di vaccino, a scopo di consolidamento.

Ho visto recentemente la paziente completamente guarita, il cui fegato e la milza sono ritornati al volume normale fin da quando la lasciai.

Questi sono i fatti che dimostrano il risultato veramente brillante ottenuto da questa associazione di medicamenti.

Allo stato attuale degli studi non ci sarebbe che emettere soltanto delle ipotesi sul meccanismo di azione dell'associazione vaccino ed arsenobenzoli; sarei del parere anch'io che gli arsenobenzoli a dosi piccole, come in questo caso, esercitino una influenza sul fegato e sugli organi emo-linfopoietici in genere, stimolando beneficamente tali organi, sedi principali del processo brucellare, a reagire in modo più energico contro i germi dell'infezione in atto, rendendoli più sensibili a nuova introduzione di vaccino.

A mio modo di vedere il metodo del Prof. D. Campanacci merita di essere esperimentato su larga scala, e spero che altri sanitari lo possano trovare utile come è capitato a me, e se i dati suesposti saranno confermati, sarebbe veramente necessario cercare di spiegare, in maniera scientifica, e non soltanto ipotetica, l'intimo meccanismo di azione di tale associazione.

Riassunto. — L'Autore descrive un caso di brucellosi vaccino-resistente sensibilizzata con microdosi di arsenobenzolo endovenoso, secondo il metodo del Prof. Campanacci, ottenendo ottimo risultato.

Propone che siano estesi gli studi sul meccanismo d'azione della associazione vaccino-arsenobenzolo.

Rapporto sulla organizzazione igienico-sanitaria del campo di concentramento per Ebrei di Monowitz (Auschwitz - Alta Slesia)

Dott. LEONARDO DE-BENEDETTI, *medico-chirurgo*
Dott. PRIMO LEVI, *chimico*

Attraverso i documenti fotografici e le oramai numerose relazioni fornite da ex-internati nei diversi Campi di concentramento creati dai tedeschi per l'annientamento degli Ebrei d'Europa, forse non v'è più alcuno che ignori ancora che cosa siano stati quei luoghi di sterminio e quali nefandezze vi siano state compiute. Tuttavia, allo scopo di far meglio conoscere gli orrori, di cui anche noi siamo stati testimoni e spesse volte vittime durante il periodo di un anno, crediamo utile rendere pubblica in Italia una relazione, che abbiamo presentata al Governo dell'U.R.S.S., su richiesta del Comando Russo del Campo di concentramento di Kattowitz per Italiani ex-prigionieri. In questo Campo fummo ospitati anche noi, dopo la nostra liberazione, avvenuta da parte dell'Armata Rossa verso la fine del gennaio 1945. Aggiungiamo qui, a quella relazione, qualche notizia di ordine generale, poichè il nostro rapporto di allora doveva riguardare esclusivamente il funzionamento dei servizi sanitari del Campo di Monowitz. Analoghi rapporti furono richiesti dallo stesso Governo di Mosca a tutti quei Medici di ogni nazionalità, che, provenienti da altri Campi, erano stati ugualmente liberati.

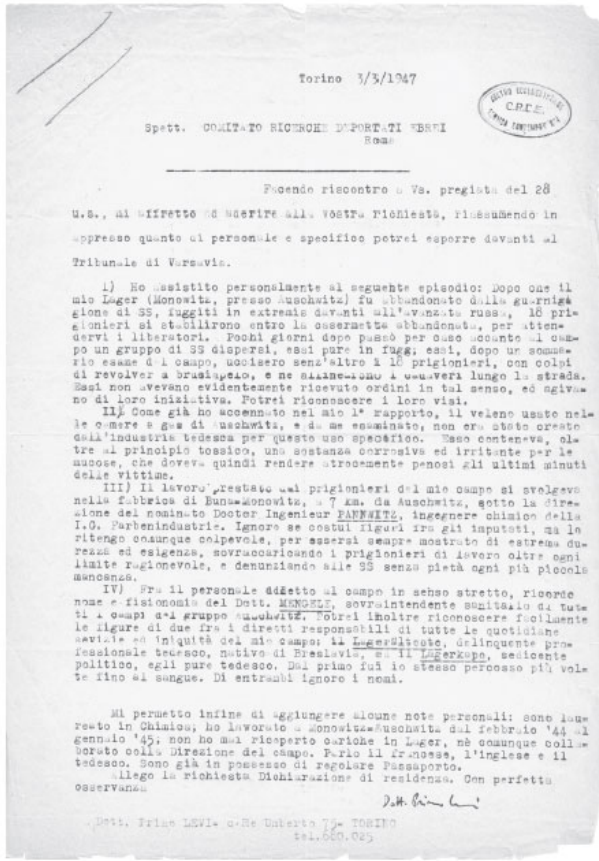
* * *

Eravamo partiti dal campo di concentramento di Fossoli di Carpi (Modena) il 22 febbraio 1944, con un convoglio di 650 Ebrei di ambo i sessi e di ogni età. Il più vecchio oltrepassava gli 80 anni, il più giovane era un lattante di tre mesi. Molti erano ammalati, e alcuni in forma grave: un vecchio settantenne, che era stato colpito da emorragia cerebrale pochi giorni prima della partenza, fu ugualmente caricato sul treno e morì durante il viaggio.

Il treno era composto di soli carri bestiame, chiusi dall'esterno; in ogni vagone erano state stipate più di cinquanta persone, la maggior parte delle quali aveva portato con sè quanto più aveva potuto di valigie, perchè un maresciallo tedesco, addetto al Campo di Fossoli, ci aveva suggerito, con l'aria di dare un consiglio spassionato e affettuoso, di provvederci di molti indumenti pesanti — maglie, coperte, pellicce — perchè saremmo stati condotti in paesi dal clima più rigido del nostro. E aveva aggiunto, con un sorrisetto benevolo e una strizzatina d'occhi ironica, che, se qualcuno avesse avuto con sè denari o gioielli nascosti, avrebbe fatto bene a portare anche quelli, che lassù gli sarebbero certo riusciti utili. La maggioranza dei partenti aveva abboccato, seguendo un consiglio che nasceondeva un volgare tranello; altri, pochissimi, avevano preferito affidare a qualche privato che aveva libero accesso nel Campo, le loro robe; altri, infine, che all'atto dell'arresto non avevano avuto il tempo di provve-

Figura 7.

Primera página del *Informe* en *Minerva Medica*.



Torino 3/3/1947

Spett. COMITATO RICERCHE DEPORTATI EBREI
Roma

Facendo riscontro a Vs. pregiata del 28 u.s., mi diffetto ad riferire alla Vostra richiesta, riassumendo in appresso quanto di personale e specifico potrei esporre davanti al Tribunale di Varsavia.

I) Ho assistito personalmente al seguente episodio: Dopo che il mio Lager (Monowitz, presso Auschwitz) fu abbandonato dalla guarnigione di SS, fuggiti in extremis davanti all'avanzata russa, 18 prigionieri si stabilirono entro la caserma abbandonata, per attendervi i liberatori. Pochi giorni dopo passò per caso accanto al campo un gruppo di SS disperse, essi pure in fuga; essi, dopo un sommario esame di 4 campo, uccisero senz'altro i 18 prigionieri, con colpi di revolver a bruciapelo, e ne abbandonarono i cadaveri lungo la strada. Essi non avevano evidentemente ricevuto ordini in tal senso, ed agivano di loro iniziativa. Potrei riconoscere i loro visi.

II) Come già ho accennato nel mio 1° rapporto, il veleno usato nelle camere a gas di Auschwitz, e da me esaminato, non era stato creato dall'industria tedesca per questo uso specifico. Esso conteneva, oltre al principio tossico, una sostanza corrosiva ed irritante per le mucose, che doveva quindi rendere atrocemente penosi gli ultimi minuti delle vittime.

III) Il lavoro prestato dai prigionieri del mio campo si svolgeva nella fabbrica di Buna-Monowitz, a 7 km. da Auschwitz, sotto la direzione del nominato Docter Ingenieur FARBWITZ, ingegnere chimico della I.G. Farbenindustrie. Ignoro se costui figuri fra gli imputati, ma lo ritengo comunque colpevole, per essersi sempre mostrato di estrema durezza ed esigenza, sovraccaricando i prigionieri di lavoro oltre ogni limite ragionevole, e denunciando alle SS senza pietà ogni più piccola mancanza.

IV) Fra il personale addetto al campo in senso stretto, ricordo nome e fisionomia del Dott. MENGELE, sovrintendente sanitario di tutti i campi del gruppo Auschwitz. Potrei inoltre riconoscere facilmente le figure di due fra i diretti responsabili di tutte le quotidiane nefandezze ed iniquità del mio campo: il Lagerältester, delinquente professionale tedesco, nativo di Breslavia, ed il Lagerkapo, medicante politico, egli pure tedesco. Del primo fui io stesso percosso più volte fino al sangue. Di entrambi ignoro i nomi.

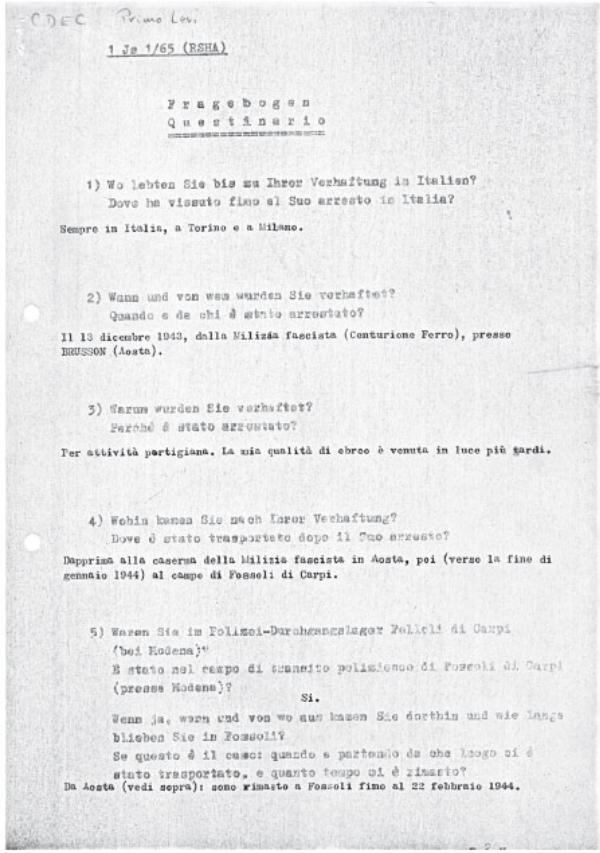
Mi permetto infine di aggiungere alcune note personali: sono laureato in Chimica; ho lavorato a Monowitz-Auschwitz dal febbraio '44 al gennaio '45; non ho mai riceputo cariche in Lager, nè comunque collaborato colla Direzione del campo. Parlo il francese, l'inglese e il tedesco. Sono già in possesso di regolare Passaporto.

Allego la richiesta Dichiarazione di residenza. Con perfetta osservanza

Dott. Primo LEVI c.so Re Umberto 77- TORINO
tel.660.025

Figura 8.

Primo Levi, *Testificación para el proceso Höss* (Archivo CDEC, Milán).



CDEC Primo Levi

1 Js 1/65 (RSHA)

Fragebogen
Questionario

1) Wo lebten Sie bis zu Ihrer Verhaftung in Italien?
Dove ha vissuto fino al Suo arresto in Italia?

Sempre in Italia, a Torino e a Milano.

2) Wann und von wem wurden Sie verhaftet?
Quando e da chi è stato arrestato?

Il 13 dicembre 1943, dalla Milizia fascista (Centurione Ferro), presso BRUSSON (Aosta).

3) Warum wurden Sie verhaftet?
Perchè è stato arrestato?

Per attività partigiana. La mia qualità di ebreo è venuta in luce più tardi.

4) Wohin kamen Sie nach Ihrer Verhaftung?
Dove è stato trasportato dopo il Suo arresto?

Dapprima alla caserma della Milizia fascista in Aosta, poi (verso la fine di gennaio 1944) al campo di Fossoli di Carpi.

5) Waren Sie im Polizei-Durchgangslager Fossoli di Carpi (bei Modena)?
È stato nel campo di transito poliziesco di Fossoli di Carpi (presso Modena)?

Si.

Wenn ja, wann und von wo aus kamen Sie dorthin und wie lange blieben Sie in Fossoli?
Se questo è il caso: quando e partendo da che luogo vi è stato trasportato, e quanto tempo vi è rimasto?

Da Aosta (vedi sopra): sono rimasto a Fossoli fino al 22 febbraio 1944.

Figura 9.

Primo Levi, *Cuestionario para el proceso Bosshammer*, 2 de septiembre de 1970, primera página. (Archivo CDEC, Milán).

LA STAMPA

TRENT'ANNI DOPO, PER NON DIMENTICARE

Così fu Auschwitz

Passo ufficiale dell'ambasciatore Pompei alla Santa Sede

L'Italia chiede al Vaticano la riforma del Concordato

Un vecchio patto un mondo diverso

Un continuo ponte aereo

Via dall'Eritrea tutti gli italiani

Dieci milioni alle urne: genitori, insegnanti, non docenti

Oggi si vota nelle elementari

Saranno aboliti gli esami di riparazione e i voti

Partiti: i giorni dell'autocritica

Figura 10.

La Stampa, 9 de febrero de 1975, primera página. (Por gentil concesión del Archivo *La Stampa*, Turín.)

INFORMACIÓN SOBRE LOS TEXTOS

por Domenico Scarpa

Los textos aparecen en orden cronológico según el momento, verificado o presumible, en el que se prestó el testimonio por primera vez.

Van acompañados por un asterisco los títulos de los textos de Primo Levi no incluidos en los dos volúmenes de sus obras completas: *Opere*, edición de Marco Belpoliti (Einaudi, Turín, 1997) [citado de ahora en adelante como *Opere*].

Leonardo De Benedetti – Primo Levi, Informe sobre la organización higiénico-sanitaria del campo de concentración para judíos de Monowitz (Auschwitz – Alta Silesia)

Minerva Medica. Gaceta semanal para el médico en ejercicio, Turín, XXXVII (1946), 47, 24 de noviembre, pp. 535-544.

Minerva Medica, homólogo italiano del inglés *The Lancet*, aparecía con frecuencia semanal y se presentaba dividida en «Sección Varia» y «Sección Científica» cada una con distinta numeración. Firmado «Doctor LEONARDO DE-BENEDETTI, médico-cirujano | Lic. Primo Levi, químico», el *Informe* se incluyó en la «Sección Científica», apartado «obras originales».

Caído en el olvido después de la primera publicación, el texto fue recuperado por Alberto Cavaglion, quien lo reprodujo como anexo a una ponencia titulada «"Leonardo ed io, in un silenzio gremito di memoria". Sopra una fonte dimenticata di *Se questo è un uomo»*, presentada en la conferencia internacional *Primo Levi: memoria e invenzione*, San Salvatore Monferrato, 26-27-28 de septiembre de 1991. Con este mismo título se imprimieron las actas del congreso, editadas por Giovanna Ioli, para Edizioni della Biennale «Piamonte e

Letteratura», San Salvatore Monferrato, 1995; el ensayo de Cavaglion se halla en las pp. 64-68, el *Informe* le seguía en las pp. 69-84. El texto volvió a publicarse poco después como apéndice a una ponencia posterior de Cavaglion: «Il ritorno di Primo Levi e il memoriale per la *Minerva Medica*», en *Il ritorno dai Lager*, actas de la conferencia internacional, Turín, 23 de noviembre de 1991, edición de Alberto Cavaglion, introducción de Guido Quazza, Angeli, Milán, 1993, pp. 221-222 (el *Informe* en las pp. 223-240). En 1997 el *Informe* se incluyó en Primo Levi, *Opere*, *op. cit.*, vol. I, pp. 1339-1360. A continuación, el filólogo Matteo Fadini llevó a cabo una atenta revisión del texto publicado por Cavaglion y Belpoliti: «Su un avantesto di *Se questo è un uomo* (con una nuova edizione del "Rapporto" sul Lager di Monowitz del 1946)», en *Filologia Italiana*, 5, 2008 [pero: 2009], pp. 209-240.

El epílogo *Un testigo y la verdad* señala la presencia del texto en distintos archivos, en los que además se han encontrado borradores iniciales de «Historia de diez días», futuro capítulo conclusivo de *Si esto es un hombre*. En el presente volumen nos hemos limitado a ofrecer una versión corregida del texto impreso del *Informe* sin reseñar todas las copias aparecidas hasta ahora y sin estudiar sus posibles variantes, que, por lo demás, no parecen ser de gran importancia directamente en los ejemplares examinados de primera mano. He aquí una lista del material resultante hasta la fecha:

a) INFORME SOBRE LA ORGANIZACIÓN HIGIÉNICO-SANITARIA DEL CAMPAMENTO DE CONCENTRACIÓN PARA JUDÍOS DE MONOWITZ (AUSHWITZ [SIC] – ALTA SILESIA). Copia dactilografiada en papel cebolla: 17 folios numerados, carentes de fecha y de firma. En la primera página, en alto a la izquierda, bajo el marbete COPIA, se encuentran en columna los nombres de los dos autores: «Doctor Leonardo De-Benedetti, médico-cirujano»; «Primo Levi, químico». El documento se conserva en los Archivos del Instituto Piamontés para la Historia de la Resistencia y de la Sociedad Contemporánea «Giorgio Agosti» (de aquí en adelante Archivo Istoreto), *Fondos originarios*, sobre C 75, expediente a. El sobre está marcado como «atrocidades nazi-fascistas», mientras que —según se señala en el ensayo *Un testigo y la verdad*— la carpeta que contiene el documento lleva el marbete «atrocidades fascistas».

a1) en el mismo «expediente» que contiene el *Informe* se conserva un primer borrador de *Historia de diez días*: un dactilografiado de 14 folios, numerados a partir del segundo. En el folio conclusivo aparece, autógrafa, la fecha «febrero de 1946» y la firma de Primo Levi, mientras que en las primeras líneas del texto se ha introducido a mano, con la caligrafía del autor, la indicación «el 11 de enero de 1945» relativo al día en el que Levi fue hospitalizado por escarlatina en Ka-Be de Monowitz. La indicación del día estará presente después en todas las ediciones de *Si esto es un hombre*, desde la primera edición de De Silva, Turín, acabada de imprimir el 11 de octubre de 1947: «Desde hacía ya muchos meses se sentía a intervalos el retumbar de los cañones rusos cuando, el 11 de enero de 1945, enfermé de escarlatina y fui hospitalizado en la enfermería del campo». El texto de la *Historia* conservado en el Archivo Istoreto constituye por lo demás un primer borrador, con variantes respecto al texto definitivo que requerirán un estudio pormenorizado. En la misma carpeta se hallan también tres copias de *Historia de diez días*, que se interrumpen en el cuarto folio: podemos plantear la hipótesis de que se trate de una transcripción en varias copias del texto depositado por Levi (el añadido sobre el 11 de enero de 1945 está recogido en ellas, en efecto), con el fin de asegurar una mayor difusión, tarea interrumpida más tarde por razones desconocidas. Por mero escrúpulo señalamos que en el primer folio de la *Historia* se repite a lápiz, no escrito por Levi, la indicación «atrocidades fascistas» ya recogida en el expediente.

b) en el Archivo Istoreto se halla una segunda copia en papel cebolla del *Informe*, idéntica a la conservada en los *Fondos originarios*: lleva en el frontispicio la indicación en lápiz «Secc. histórica» y está colocada en el Fondo Vaccarino Giorgio, sobre A GV 2, expediente 17.

c) una tercera copia del *Informe*, idéntica a los dos citadas hasta el momento, se encuentra en el Archivo de las Tradiciones y Costumbres Judías «Benvenuto e Alessandro Terracini», Turín, Fondo *Archivo Histórico de la Comunidad Judía de Turín (1849-1985)*, serie «Apoyo y documentación relativa a las persecuciones nazi-fascistas», expediente 361, «Testimonios de los supervivientes de los campos de exterminio y denuncias (1945)». También aquí se encuentra una copia de *Historia de diez días*. En el mismo expediente se conservan dos

ulteriores documentos redactados por Levi: una lista de los compañeros que salieron de Auschwitz con la marcha de evacuación del 17-18 de enero de 1945 (incluida en este volumen con el título de *Relación del licenciado Primo Levi, n.º de registro 174517, superviviente de Monowitz-Buna*; otra relación que contiene, además de los nombres de los compañeros que salieron con la mencionada marcha, los datos personales de quienes murieron en Auschwitz durante la detención, sea por haber sido seleccionados para la cámara de gas a la llegada del convoy de Fossoli o por haber fallecido de otra manera durante el periodo de prisión de Levi.

d) una copia dactilografiada del *Informe*, que no hemos podido consultar, se conserva en Roma, en el Centro Bibliográfico de la Unión de Comunidades Israelitas de Italia (UCEI), Archivo Histórico UCEI, fondo archivístico *Actividad de la Unión de las Comunidades Israelitas Italianas desde 1934* (en lo sucesivo: *AUCII desde 1934*), serie «Órganos judíos» sobre 44A, expediente 44A-3 «Testimonios sobre los campos de concentración», declaración de Luciana Nissim, s.d. La transcripción mecanografiada del *Informe* se halla en esta misma carpeta, cuyos extremos cronológicos son «11 de junio de 1945 – 20 de diciembre de 1946». La información anterior está tomada de Chiappano, Alessandra, *Luciana Nissim Momigliano: una vita*, prefacio de Gianni Perona, Giunti, Florencia, 2010, p. 161 y n.

e) como se señala en *La historia del* «*Informe*», de Favio Levi, existe un archivo adicional en el que el *Informe* y la *Historia de diez días* se hallan juntos: el del Centro de Documentación Hebraica Contemporánea (CDEC), Milán, Fondo *Massimo Adolfo Vitale*, sobre 3, expediente 115 «Primo Levi». Si bien Vitale tuvo como centro de actuación Roma, en su calidad de presidente del Comité de Investigación de Deportados Judíos (CRDE), en 1972 el CDEC adquirió y trasladó a Milán gran parte del Archivo del CRDE, antes depositado en Roma, en la Unión de Comunidades Israelitas Italianas (UCII). Para más información, véase, *infra*, la ficha de la *Declaración* de Primo Levi acerca de Monowitz.

Una edición no venal del *Informe* se publicó en el otoño de 2013 en 400 ejemplares numerados, ofrecida como obsequio a quien realizaba una aportación al Centro Internacional de Estudios Primo Levi de Turín: en la portada se lee «Primo Levi con Leonardo De Benedetti,

Informe sobre Auschwitz». Impreso por Einaudi, el volumen iba acompañado por un epílogo de Fabio Levi, *La historia del* «*Informe*», aquí reelaborado y refundido en el ensayo *Un testigo y la verdad*.

Tanto en este volumen como en la edición no venal, nos hemos basado en el texto editado por Matteo Fadini, cotejado de nuevo con el de las páginas de *Minerva Medica*.

La persona más anciana del convoy de De Benedetti y Levi era Anna Jona, nacida en 1855; el hombre que murió durante el viaje fue Arturo Foà, sobre quien se remite *infra* a la nota de *Declaración para el proceso Eichmann*. Levi no menciona en el texto el breve periodo, desde bien entrado noviembre de 1944 a mediados de enero de 1945, en el que pudo trabajar en el laboratorio químico de Buna. Para la buena suerte de De Benedetti durante las selecciones para las cámaras de gas véase, en este volumen, su *Declaración acerca de Monowitz* y la sucesiva *Denuncia contra el doctor Joseph Mengele*. *Relación del licenciado Primo Levi, n.º de registro 174517, superviviente de Monowitz-Buna**

Inédito. Copia mecanografiada carente de fecha y de firma, tres folios numerados. Archivo de las Tradiciones y Costumbres Judías «Benvenuto e Alessandro Terracini», Turín, Fondo *Archivo Histórico de la Comunidad Judía de Turín (1849-1985)*, «Testimonios de los supervivientes de los campos de exterminio y denuncias (1945)», expediente 361. Todos los nombres de la lista van acompañados por una marca de punteo hecha con pluma.

La *Relación* puede ser ubicada en las últimas semanas de 1945, es decir, poco después del regreso de Levi de la deportación, que tuvo lugar el 19 de octubre. Aunque prescindamos del año señalado en el expediente en el que se conserva, hay tres indicios que inducen a asignar una fecha temprana al documento:

1) Entre los testimonios indirectos se cita el de Charles Conreau, con cuyo nombre termina *Si esto es un hombre*; por el contrario, no hay mención alguna de la suerte de Jean Samuel, quien se salvó de la marcha de evacuación y que precisamente gracias a Conreau pudo ser localizado a su regreso y ponerse en contacto epistolar con Levi. La primera carta de Samuel a su amigo turinés es del 13 de marzo de 1946 pero para ello resultó decisiva una sucesión de acontecimientos que propiciaron este resultado. Así lo explica el propio Samuel en el

volumen que escribió con la ayuda de Jean-Marc Dreyfus: *Il m'appelait Pikolo. Un compagnon de Primo Levi raconte*, editado por Dominique Missika, Laffont, París, 2007, p. 63: «*À peine rapatrié dans les Vosges, Charles Conreau a envoyé une lettre à Turin, Corso Re Umberto. Primo a trouvé la lettre en arrivant, enfin, chez lui. Le contact était rétabli. Charles l'informait de ce qu'avait été la "marche de la mort", c'est-à-dire notre évacuation depuis Auschwitz, qu'il n'avait pas vécue mais dont il avait entendu parler par des déportés de retour chez eux. Dans une lettre suivante, Primo lui a demandé de rechercher mon adresse, en Alsace*».

En este pasaje Jean Samuel superpone hechos que en realidad ocurrieron separados en el tiempo. Su progresión exacta es reconstruida por Levi en su primera carta de respuesta a Samuel, del 23 de marzo de 1946: «*Lorsque je suis rentré chez moi (19 octobre 1945, comme je vais te dire), j'ai trouvé une lettre de Conreau, avec qui j'avais été libéré, et qui avait gardé mon adresse. Je lui ai répondu de suite, en lui demandant des renseignements sur son voyage; sur sa réponse (contenait entre autres un récit de l'histoire de votre colonne qui coïncide parfaitement avec le tien), je lui ai écrit de nouveau en le priant expressément de chercher, à Strasbourg, un nommé Jean Samuel, d'environ 25 ans, etc.*». (*Il m'appelait Pikolo*, *op. cit.*, pp. 8081). Levi, por lo tanto, no pudo obtener noticias sobre la marcha de la muerte más que a partir de la segunda carta de Conreau: a esa carta se alude en la sección IV de la *Relación*, y solo después de este segundo mensaje encargó a Charles que buscara en Estrasburgo a su amigo Jean.

Ahora bien, dado que Levi no escribió la *Relación* hasta después de recibir la segunda carta de Conreau, el lapso de tiempo más amplio en el que puede ser ubicada se extiende aproximadamente desde mediados de noviembre de 1945 a mediados de marzo de 1946.

2) De los puntos I y III de la *Relación* se colige que Levi tuvo tiempo de recoger testimonios también en Turín, además de durante su travesía por Europa. Es probable que los recogiera poco después de su regreso, porque hay un segundo detalle del texto que autoriza a apoyar su datación en el último tramo de 1945: la información y las hipótesis sobre el destino de Alberto Dalla Volta. Aquí hemos de transcribir un pasaje del capítulo *El recuerdo de los ultrajes* en *Los hundidos y los salvados* (traducción de Pilar Gómez Bedate,

Península, Barcelona, 2014, pp. 31-32): «Apenas fui repatriado, sentí el deber de ir inmediatamente a la ciudad de Alberto para contar a su madre y a su hermano todo lo que sabía. Me acogieron con afectuosa cortesía, pero apenas hube empezado mi relato la madre me pidió que no continuase: ya lo sabía todo, al menos en lo que a Alberto se refería. No tenía sentido que yo repitiese las acostumbradas historias de horror. Ella *sabía* que su hijo, solo él, había logrado alejarse de la columna sin que las SS le disparasen, se había escondido en el bosque y estaba a salvo en manos de los rusos; todavía no había podido enviarles noticias, pero lo haría muy pronto, de eso estaba segura. Y ahora, por favor, me pedía que cambiase de tema y le contara cómo me había salvado yo. Un año después estuve por casualidad de paso en la misma ciudad y visité otra vez a la familia. La verdad había cambiado ligeramente: Alberto estaba en una clínica soviética, estaba bien, pero había perdido la memoria, no se acordaba ni de su propio nombre; estaba mejorando y volvería pronto con toda seguridad, lo sabía de fuente segura».

En la sección VI de la *Relación* alude Levi precisamente a esa fuente en la que la familia de Alberto tanto confiaba, concediéndole todo su crédito. En *Los hundidos y los salvados*, publicado en mayo de 1986, no se hace mención de esa fuente, ni hay rastro tampoco de ella en la primera publicación parcial de *El recuerdo de los ultrajes* en el volumen *Antologia del «Campiello» millenovecentoottantadue*, impreso en Venecia a finales de 1982 por la Fantonigrafica: allí, al contrario, Levi cambiaba por discreción en «Alberto B.» el nombre de su amigo, señalado en *Los hundidos y los salvados* como «Alberto D.» Sin embargo, en *El sistema periódico*, publicado en la primavera de 1975, el cuento *Cerio* termina con esta frase: «Alberto no ha vuelto nunca, ni quedan huellas de él. Un paisano suyo, mezcla de visionario y bribón, vivió algunos años después de acabada la guerra del dinero que le sacaba a la madre de Alberto a cambio de proporcionarle falsas noticias de consuelo».

Esta historia de fondo se revela decisiva para volver a situar la *Relación* en la época en la que fue redactada. Bastará con preguntarse hasta cuándo consideró creíble Levi la versión del «paisano» de Alberto.

Como ya sabemos (véase más arriba la ficha del *Informe*), en el Archivo Istoreto se conserva un primer borrador de *Historia de diez*

días, firmado por Levi y fechado de su puño y letra en «febrero de 1946» (*Fondos originarios*, sobre C75, expediente a, «atrocidades nazi-fascistas»). En el folio 3 refiere Levi acerca de la marcha: «Todos los sanos (excepto alguno que, bien aconsejado, se desnudó en el último instante y se echó en una litera cualquiera de la enfermería) partieron durante la noche del 18 de enero de 1945. Debían de ser aproximadamente veinte mil, procedentes de distintos campos. No más de un quinto sobrevivió a la marcha de evacuación. Quizá alguien escriba algún día su historia». En estas líneas no aparece Alberto; hallaremos en cambio su nombre en la versión final de la obra, en la página 172 de la edición De Silva de 1947 [en la p. 169 de la edición española (Península, Barcelona, 2014), traducción de Pilar Gómez Bedate] de *Si esto es un hombre*: «En su casi totalidad, desaparecieron durante la marcha de evacuación: Alberto entre ellos. Quizá alguien escriba un día su historia».

La *Relación* ha de remontarse, por lo tanto, a una etapa anterior a febrero de 1946, a un momento en el que Levi podía aún conservar ciertas esperanzas de volver a ver a Alberto, manteniendo la creencia de que los supervivientes de la marcha de evacuación eran «una parte significativa». En febrero de 1946 ya se había reducido a «un quinto», y en octubre de 1947, cuando apareció su ópera prima, ese número era casi igual a cero. Sobre la base de estos hechos la fecha más probable de la *Relación* ha de ser posterior a mediados de noviembre de 1945, pero anterior a febrero de 1946.

3) El testimonio que ofreció a Levi una imagen más fiable —es decir, más desastrosa— de la evacuación de Auschwitz fue la de Silvio Barabas, un joven químico originario de Sarajevo que había compartido con él la reclusión en Fossoli y el traslado a Auschwitz. En la *Relación*, el nombre de Barabas es el último de la lista, y el documento no menciona su testimonio entre los reunidos por Levi, quien habla de él por el contrario en la primera carta a Jean Samuel del 23 de marzo de 1946: «*Silvio Barabas, le jeune yougoslave à lunettes qui a aussi été longtemps au 98, est vivant en Italie, à Padoue; nous sommes en correspondance et c'est de lui que j'ai eu le premier récit de votre terrible voyage à Buchenwald*» (*Il m'appelait Pikolo*, *op. cit.*, pp. 85-86). El conjunto del fragmento sugiere que Levi no había recogido ese *récit* en tiempos demasiado recientes, y de hecho la carta que recibió de Barabas está fechada el 20 de diciembre

de 1945. Se conserva en fotocopia en la *Ian Thomson Collection*, «Papers *re* Primo Levi biography», guardada en la Wiener Library de Londres. La iniciativa epistolar partió de Primo Levi, con una carta enviada a Barabas en una fecha obviamente anterior a ese 20 de diciembre; por la respuesta de Barabas se deduce que Levi había planteado muchas y minuciosas preguntas sobre los compañeros involucrados en la marcha de evacuación, y sobre la dinámica de la propia marcha. Barabas le contestó lo mejor que pudo —firmando con su nombre propio seguido por su número de registro 174473—, de forma esquemática pero clara, en su italiano levemente imperfecto, reconstruyendo las durísimas condiciones de aquel viaje: los alemanes llegaron a apiñar hasta a ciento cuarenta personas en cada vagón, en los tramos recorridos en ferrocarril, y repartiendo una sola comida cada veinticuatro horas. Con una estimación que él mismo definía como optimista, Barabas valoró en un treinta por ciento los muertos durante la marcha, en un veinte por ciento las muertes sucesivas después de la llegada a Buchenwald, campo que los estadounidenses no liberaron hasta el 30 de abril de 1945: y además Barabas aludía a una cuota ulterior de exprisioneros que murieron poco después de la liberación por sobrealimentación repentina.

Se extrae por lo tanto la certeza de que Levi recibió la respuesta de Barabas solo después de redactar y entregar su *Relación*, y antes de escribir el texto de *Historia de diez días* fechado en febrero de 1946, en el que se estima en un quinto el número de supervivientes de la marcha de evacuación (en esos dos meses Levi debió recoger otros testimonios sobre la marcha, que coincidían con el de Barabas y, si acaso, lo agravaban). El conjunto de estos indicios y conjeturas permiten asignar la *Relación* a las semanas que corren aproximadamente entre mediados de noviembre y mediados de diciembre de 1945.

La transcripción del documento ha sido, en este caso, especialmente fiel: pese al ímpetu de la escritura, el texto deja aflorar en efecto la escrupulosidad en conseguir una disposición clara y ordenada en la página.

Junto con la *Relación*, el Archivo Histórico de la Comunidad Judía de Turín guarda la fotocopia de un ulterior documento inédito, en cuya cabecera puede leerse *INFORMACIÓN PROPORCIONADA POR PRIMO LEVI Corso Re Umberto 75 Turín*. Se trata de una lista

de ochenta y cuatro nombres que ocupa cuatro hojas mecanografiadas, con una nota manuscrita añadida por Levi referente a la salida de Auschwitz de Jean Kandel, cuyo nombre ya se había incluido en la *Relación*. El margen izquierdo de las hojas está descolorido, hasta el punto de hacer ilegibles varios nombres. La lista abarca tres categorías de hombres y mujeres: *a)* personas evacuadas de Auschwitz en la noche entre el 17 y el 18 de enero de 1945; *b)* prisioneros trasladados del campo en el periodo comprendido entre la llegada del convoy de Levi (26/02/1944) y la evacuación, o también desaparecidos de la Buna sin que se tenga certeza oficial de su muerte; *c)* personas, por último, de cuya muerte en el campo, antes o después de la liberación del 27 de enero de 1945, Levi está seguro. Dado que en esta lista no aparecen, solo por poner dos ejemplos, ni Vanda Maestro (la amiga capturada con él en las montañas del Valle de Aosta y seleccionada para la cámara de gas el 31 de octubre de 1944), ni Jolanda De Benedetti (la esposa de Leonardo, asesinada con el gas inmediatamente después de su llegada al campo), eso quiere decir que Levi estaba proporcionando a la comunidad judía de Turín noticias acerca de todas aquellas personas que no tenían parientes conocidos por él o por quienes estaban recogiendo su declaración. Efectivamente, lo que Levi ofrece en su mayor parte son datos sobre personas no turinesas y sobre grupos de familias enteras exterminados inmediatamente después de su llegada a Auschwitz, o durante su encarcelamiento: sobre personas de cuya desaparición estaba seguro, por lo tanto, o sobre cuya suerte no tenía noticias directas. Resulta plausible la hipótesis de que este segundo documento fuera redactara de forma simultánea a la *Relación*, dado que en él figuran entre otros los nombres de Silvio Barabas, de Alberto Dalla Volta y de Jean Samuel.

*Declaración**

Dos folios mecanografiados con firma manuscrita y el título de *Declaración*, redactado por Levi, a petición del Comité de Búsqueda de Deportados Judíos (CRDE), con sede en Roma, después de su regreso a Turín, que tuvo lugar el 19 de octubre de 1945. El documento sería utilizado más tarde por Massimo Adolfo Vitale, presidente del CRDE, quien recibió en febrero de 1947, por parte de la

Unión de Comunidades Israelitas Italianas (UCII) y del Ministerio de Justicia de la República Italiana, el encargo de asistir —como representante de la mencionada comunidad y del gobierno italiano— al proceso instruido en Varsovia contra Rudolf Höss, *Oberscharführer* (comandante) del campo de concentración de Auschwitz-Birkenau, detenido el 11 de marzo de 1946 en Schleswig-Holstein, donde vivía bajo nombre falso como jornalero agrícola. El juicio comenzó el 11 de marzo de 1947. Se desplazaron personalmente a Polonia, en calidad de testigos, Enrica Jona y Leonardo De Benedetti, que testificaron en la tarde del 22 de marzo, el día dedicado a la recepción de los testigos polacos, italianos, checos y austriacos. Primo Levi, pese a haber manifestado a Vitale, con suficiente antelación, su intención de testificar en Varsovia, no fue convocado. El 2 de abril se pronunció la sentencia contra Höss, condenado a muerte en la horca, ejecutada el 16 de abril en la *Appellplatz* del campo de Auschwitz, donde había ejercido su poder.

Será útil recordar que, en mayo de 1960, el volumen *Comandante en Auschwitz. Memorias autobiográficas de Rudolf Höss* fue publicado por Einaudi en la colección «Saggi», la misma que en ese momento acogía la nueva edición de *Si esto es un hombre*, aparecida en 1958. Cuando el volumen de Höss estaba en preparación, Renato Solmi propuso, en una reunión del consejo editorial (17 de febrero de 1960), añadir una advertencia específica para la edición italiana. Le parecía indispensable, por más que el libro contuviera ya dos textos introductorios, uno de Lord Russell y otro de Martin Broszat: en su opinión, subsistía el riesgo de que el autor, nazi impenitente y no consciente en absoluto de sus crímenes, enredara a los lectores en la lógica del exterminio planteada en sus memorias, justificada por la obediencia a órdenes superiores; «posee una astucia apologética muy fina que debe ser contrarrestada», observó Franco Lucentini durante el debate. Luciano Foà, secretario general de la editorial, propuso el nombre de Primo Levi para el nuevo texto, pero poco después todos se pusieron de acuerdo en el nombre de Norberto Bobbio: «Sí, es el más adecuado». Bobbio, allí presente, objetó que no se sentía capaz de escribirlo, por lo cual el volumen salió sin anexos adicionales: cfr. *I verbali del mercoledi. Riunioni editoriali Einaudi 1953-1963*, editado por Tommasso Munari, Einaudi, Turín, 2013, pp. 362-369: 363-365. Hasta marzo de 1985 no redactaría

Primo Levi un prólogo para la reedición de las memorias de Höss, publicada también por Einaudi, texto que se recogió en sus *Opere*, vol. II, pp. 1276-1283.30

La declaración de Levi se conserva actualmente en el Archivo del Centro de Documentación Judía Contemporánea (CDEC), Milán, Fondo *Massimo Adolfo Vitale*, sobre 3, expediente 115 «Primo Levi». Este documento y los dos sucesivos llevan el sello elipsoidal «C.R.D.E. CENTRO DE DOCUMENTACIÓN JUDÍA CONTEMPORÁNEA».

La primera publicación del texto tuvo lugar en el volumen de Costantino Di Sante, *Auschwitz prima di* «*Auschwitz*». *Massimo Adolfo Vitale e le prime ricerche sugli ebrei deportati dall'Italia*, Ombre Corte, Verona [enero], 2014, pp. 153-154.

Leonardo De Benedetti, *Declaración acerca de Monowitz*

Título de los editores. Inédito. Tres folios mecanografiados con firma también mecanografiada, conservados en el Archivo CDEC, Milán, Fondo *Massimo Adolfo Vitale*, sobre 3, expediente 84. En la cabecera del primer folio aparecen las siglas «N. 151.–/S.».

Es muy probable que la declaración fuera transcrita personalmente por Vitale, además de recogida por él: tanto aquí como en otros documentos, los signos de exclamación (singulares, dobles, en trío, múltiples) que acompañan a las afirmaciones y a los detalles más llamativos son el sello distintivo de su estilo, incluso en textos firmados personalmente. Lo mismo ocurre con la abundancia de mayúsculas de respeto, que contribuyen al tono enfático del documento. Es errónea, sin duda alguna, la fecha del 27 de agosto de 1945 en la que se declara haber recogido el testimonio, puesto que es anterior al regreso a Italia de Leonardo De Benedetti.

El texto se reproduce respetando sus peculiaridades ortográficas, gramaticales y sintácticas, incluyendo los errores factuales, como, por ejemplo, el viaje de ocho días a Auschwitz en lugar de los cuatro reales, y el 26 de enero de 1945 señalado como el día de la liberación del campo por parte de los rusos. Además, los campos satélites de Auschwitz, cuyo número fue variando con el tiempo, rondaban los cuarenta y no los cien. Por el contrario, se ha corregido *Intelli* por *Intelvi*, con el fin de no interferir innecesariamente la lectura, y se ha

resuelto una incongruencia lógica («expuestos sin defensa a todas las posibilidades de contagio de infecciones y desinfecciones») sustituyendo *desinfecciones* por *infecciones*, dado que un pasaje idéntico, pero con la lectura correcta, está presente en la sucesiva *Testificación para el proceso Höss* del propio De Benedetti.

*Testificación para el proceso Höss**

Título de los editores. Carta mecanografiada con firma autógrafa, y datos personales mecanografiados al pie: un único folio, fechado «Turín 3/3/1947» y dirigida al «Honorable COMITÉ BÚSQUEDA DEPORTADOS JUDÍOS | Roma». El documento se conserva en el Archivo CDEC, Milán, Fondo *Massimo Adolfo Vitale*, sobre 3, expediente 115 «Primo Levi».

Levi contestaba a una solicitud de Vitale —que le llegó mediante carta del 28 de febrero, no conservada— acerca de la contribución específica que podría presentar en el proceso Höss; cfr. la ficha relativa a Primo Levi, *Declaración*, 1946. A esta testificación quiso adjuntar Levi una copia mecanografiada de *Historia de diez días*, que acababa de terminar de escribir y que se convertiría en el capítulo conclusivo de *Si esto es un hombre*; los dieciséis folios del texto, que también llevan el sello del CRDE, se adjuntan a esta testificación.

Texto publicado por primera vez en Costantino Di Sante, *Auschwitz prima di* «*Auschwitz*», *op. cit.*, pp. 154-155.

Se mantiene la ortografía «Doctor» por el alemán «Doktor»; Levi la corregirá desde la primera edición en 1947 de *Si esto es un hombre*, véase el capítulo *Examen de química*.

Leonardo De Benedetti, *Testificación para el proceso Höss*

Título de los editores. Dos folios mecanografiados, carentes de fecha y de firma, encabezados con *Testificación del doctor Leonardo De Benedetti*, conservados en la Biblioteca «Emanuele Artom» de la Comunidad Judía de Turín (fondo *A VIII 322*, «Leonardo De Benedetti. Documentos relativos a su internamiento y varios») y facilitados a los editores por Anna Segre, quien incluyó un fragmento en el volumen *Un coraggio silenzioso. Leonardo De Benedetti, medico, sopravvissuto*

ad Auschwitz, Zamorani, Turín (enero), 2008, pp. 48-49. El texto se publica en su integridad aquí por primera vez.

Esta testificación —que sigue en buena medida, a veces casi literalmente, el anterior testimonio sobre Monowitz, que con mucha probabilidad ha de fecharse en 1946— se realizó para la vista de la causa contra el comandante de Auschwitz-Birkenau, Rudolf Höss, que se abrió en Varsovia el 11 de marzo de 1947. Leonardo De Benedetti viajó hasta allí en persona para declarar, con Enrica Jona y con la asistencia de Massimo Adolfo Vitale. A la vista dedicó un reportaje, publicado en la revista ilustrada milanesa *Tempo*, el periodista Lamberti Sorrentino, a su vez superviviente de Mauthausen: «Il grande ammazzatore», *Tempo*, IX (1947), 17, 26 de abril, pp. 1011, 31. El artículo está ampliamente ilustrado con imágenes en blanco y negro de Höss, del tribunal y de los testigos. Transcribimos a continuación el pie de la foto que muestra a los dos exdeportados italianos; el lector notará que refleja los límites de la información disponible entonces sobre la magnitud del exterminio y la documentación conservada: «Invitados por las autoridades judiciales polacas llegaron también a Varsovia dos testigos italianos, los judíos Enrica Jona, de Asti, y el doctor De Benedetti, de Turín. La señora Jona denunció actos obscenos cometidos por los perros lobos [*sic*] de las SS contra las prisioneras. Iban acompañados por el coronel Vitale, quien ha supervisado con celo la búsqueda de los italianos enviados a Auschwitz. De once mil apenas regresaron seiscientos, y un grupo de sesenta niños salvados por los rusos y repatriados vía Londres. El enviado de *Tempo* realizó averiguaciones en el Instituto de Criminalidad Alemana y la Cruz Roja Polaca en Cracovia, y se le contestó que existían listas de las víctimas de Auschwitz. A raíz de esta información, el coronel Vitale inició ulteriores investigaciones, y se espera que las familias de los fallecidos puedan recibir algunas noticias». Para más información, se remite más arriba a las fichas relativas a la *Declaración* y a *Testificación para el proceso Höss* de Primo Levi.

Como ya se ha mencionado (véase más arriba la nota a Leonardo De Benedetti, *Declaración acerca de Monowitz*), la fecha correcta de la liberación es el 27 de enero de 1945, mientras que los campos satélites de Auschwitz eran aproximadamente cuarenta y no cien ni noventa y nueve.

*Testimonio de un compañero de prisión**

Publicado sin indicación de autoría en *Donne piemontesi nella lotta di liberazione: 99 partigiane cadute, 185 deportate, 38 cadute civili*, a cargo de la comisión femenina del ANPI provincial de Turín, Turín, s. f., pp. 87-88.

Este volumen conmemorativo lleva un prólogo de Ada Marchesini Gobetti quien, aunque no esté acreditada como tal, fue su coordinadora: lo documentan sus agendas de trabajo conservadas en el Fondo que lleva su nombre en el Centro Studi Piero Gobetti, Turín. Por esas agendas sabemos que el libro empezó a circular a finales de diciembre de 1953.

Esta breve biografía de Vanda Maestro (precedida por una ficha de identidad y acompañada por una foto) se atribuye a Levi por distintos detalles de hecho y de estilo. Tanto su redescubrimiento como su atribución se deben a Giovanni Falaschi, quien la reprodujo en apéndice a su ensayo «"L'offesa insanabile". L'imprinting del Lager su Primo Levi», en *Allegoria*, Siena, XIII (2001), 38, mayo-agosto, pp. 5-35; el *Testimonio* ocupa las pp. 34-35.

Dada la forma anónima del texto es útil recordar que Vanda Maestro fue detenida en Amay, en el Valle de Aosta, con Primo Levi y Luciana Nissim, durante una redada llevada a cabo por las unidades militares de la República de Saló. Fue trasladada con sus dos amigos al campo de concentración de Fossoli-Carpi y deportada desde allí a Auschwitz en el mismo vagón sellado. Sin embargo, la testigo no identificada del final de Vanda no fue Luciana, quien en su condición de médico consiguió que la trasladaran el 30 de agosto de 1944 a Hessisch Lichtenau, un *Arbeitskommando* dependiente de Buchenwald, donde fue liberada por los estadounidenses el 24 de abril de 1945 (véase Chiappano, Alessandra, *Luciana Nissim Momigliano*, *op. cit.*, pp. 116-124). A Levi la noticia sobre la muerte de su amiga —a la que están dedicadas las líneas finales de *El campo grande*, el segundo capítulo de *La tregua*— se la dio Olga, «una partisana judía croata que, en 1942, se había refugiado en la región de Asti con su familia, y que había sido internada»: «Habían muerto todos. Todos los niños y todos los viejos, inmediatamente. De las quinientas cincuenta personas a quienes había perdido el rastro al ingresar en el Lager, solo veintinueve habían sido admitidas en el campo de Birkenau: de

ellas, solo cinco habían sobrevivido. Vanda había ido a la cámara de gas, plenamente consciente, en el mes de octubre: ella misma, Olga, le había proporcionado dos pastillas de somnífero, pero no eran suficientes» (traducción de Pilar Gómez Bedate, Península, Barcelona, 2014, pp. 28 y 29).

En el Archivo del Centro de Documentación Judía Contemporánea (CDEC), Milán, Fondo *Antifascistas Judíos*, sobre 10, expediente 264, «Maestro Vanda», se conserva una ficha de identidad preimpresa, que Primo Levi compiló de su puño y letra el 12 de diciembre de 1957; a su firma se añade la de Aldo Maestro, hermano de Vanda. Levi especifica la formación partisana en la que militó su amiga («Div. Italo Rossi, 1.º Brigata»), no señala ningún «nombre de guerra» y da las siguientes indicaciones sobre «Lugar, fecha y circunstancia de la muerte del caído», preocupándose por corregir la última palabra, sustituyéndola por «caída»: «Capturada el 13/12/43 por las Brigadas Negras, fue deportada al campo de concentración de Auschwitz-Birkenau, donde, gravemente maltrecha y enferma, fue enviada a las cámaras de gas el 31/10 1944». En el espacio en el que se pide «indicar eventuales publicaciones aparecidas en su memoria», Levi escribe el título y la página del volumen *Donne piamontesi*, adjuntando una copia del texto dedicado a Vanda.

Aniversario

Torino. Rivista mensuale della Città e del Piamonte, XXXI (1955), 4, abril, pp. 53-54, número monográfico dedicado al décimo aniversario de la liberación; lleva en el antetítulo la indicación «Deportados». Con el título *Deportati. Anniversario* el texto se recoge en sus *Opere*, vol. I, pp. 1113-1115.

Una versión más breve de este texto fue publicada, con el título de *Aniversario* (en el antetítulo: «En la deportación»), en *L'eco dell'educazione ebraica. Bollettino d'informazione professionale e didattica per gli insegnanti ebrei*, Milán, IX (1955), 7, abril, p. 14.

Vercors, seudónimo de Jean Bruller, publicó *Les Armes de la nuit. Récit* en 1946 en Éditions de Minuit, París.

Leonardo De Benedetti, *Denuncia contra el doctor Joseph Mengele*.

Cinco folios con el membrete «Doctor LEONARDO DE BENDETTI |

TURÍN | Corso Re Umberto, 61 – Tfno. 58.71.95», mecanografiados con firma autógrafa, numerados pero sin fecha, conservados en la Biblioteca «Emanuele Artom» de la Comunidad Judía de Turín (fondo *A VIII 322*, «Leonardo De Benedetti. Documentos relativos a su internamiento y varios») y facilitados a los editores por Anna Segre, quien incluyó un largo fragmento en el ya citado volumen *Un coraggio silenzioso,* pp. 33-34. El texto se publica en su integridad aquí por primera vez.

En 1959 el Comité Internacional de Auschwitz —con sede en Viena; su secretario general era Hermann Langbein— presentó una denuncia contra Josef Mengele en la fiscalía de Friburgo bei Breisgau, la última residencia del médico de Auschwitz, donde dejó en 1954 las últimas pistas de su paradero: una solicitud de divorcio promovida por él. El 5 de junio de 1959 la fiscalía emitió una orden de detención, mientras que el Ministerio de Asuntos Exteriores de la República Federal de Alemania elevaba a Argentina una solicitud de extradición. De Benedetti prestó su testimonio en una fecha posterior y relativamente cercana a estas iniciativas.

Se mantiene la grafía «Joseph» para el nombre de pila de Josef Mengele, y se dejan tal como están las fechas erróneas de la salida hacia Auschwitz (20 de febrero en lugar del 22 de febrero de 1944) y de la liberación (17 de enero en lugar del 27 de enero de 1945). La cifra de hombres admitidos en Monowitz para realizar trabajos forzados ha quedado fijada en noventa y cinco y no en noventa y seis (como se indica en esta testificación, así como en algunos testimonios prestados por Primo Levi): para estos detalles puntuales, se remite a las investigaciones realizadas por Liliana Picciotto, cfr. *Il libro della memoria. Gli ebrei deportati dall'Italia (1943-1945)* [1991, edición firmada como Liliana Picciotto Fargion], edición actualizada, Mursia, Milán, 2002, pp. 48-49. Para la edad de la persona más anciana del convoy (89 años) y de la más joven (dos meses de edad), se remite en cambio a las acotaciones que acompañan el apéndice *El tren hacia Auschwitz*. Se corrige un error material de mecanografiado en la primera línea de la declaración, *De-Benetti* en el lugar de *DeBenedetti* (la escritura con guión es la que prefería el interesado; aparece así también, en efecto, en el *Informe* escrito con Primo Levi en 1945-1946).

*Carta a la hija de un fascista que pregunta por la verdad**

Título de los editores. Intercambio epistolar público entre una jovencísima lectora de *La Stampa* y Primo Levi. El 29 de noviembre de 1959, en la sección «Specchio dei tempi» del diario turinés, apareció en la página 2 (señalada en el sumario de sección con las palabras «Estos documentos representan la verdad y nada más que la verdad») la carta de una estudiante de séptimo grado que firmaba «La hija de un fascista que quisiera saber la verdad». Levi le contestó en el mismo medio el 3 de diciembre, también en la página 2; la presentación en el sumario de la sección rezaba «Hace quince años, en el corazón de esta Europa nuestra».

El 14 de noviembre de 1959 se había abierto en Turín, en el Palazzo Madama, la II Conferencia de la ANED, la Asociación Nacional de Ex Deportados en los campos nazis. Ese mismo día fue inaugurada en el Palazzo Carignano una exposición sobre la deportación, en los locales de la planta baja de la Unión Cultural presidida por Franco Antonicelli. Era una exposición itinerante cuyo recorrido se había iniciado cuatro años antes, el 8 de diciembre de 1955 en Carpi (en cuyo territorio, conviene repetirlo, surgió el campo de concentración de Fossoli). La etapa de Turín era el penúltima, después de Ferrara, Bolonia, Verona, Roma, y antes de Cuneo. En Turín, la exposición debía permanecer abierta tan solo una semana, pero la gran afluencia de visitantes hizo necesarias nada menos que dos prórrogas, hasta el 8 de diciembre de 1959, mientras que la carta de la estudiante provocó un centenar de respuestas a *La Stampa* o a la ANED. Antes de la carta de Levi el periódico turinés ya había publicado, en «Specchio dei tempi» del 2 de diciembre, tres respuestas al mensaje de la joven.

El interés suscitado por la exposición sobre la deportación indujo a la Unión Cultural a organizar el 4 y 5 de diciembre de 1959 en una sala contigua a la exposición del Palazzo Carignano, dos veladas de «Coloquios con los jóvenes» que atrajeron a 1.300 asistentes la primera noche y a 1.500 la segunda. En su papel de testigo, Levi intervino en ambas veladas, respondiendo a las preguntas de los presentes: fue, con toda probabilidad, su primera intervención en público.

Gran parte de las noticias que aquí se recogen se deben al

ensayo de Elisabetta Ruffini *Un lapsus di Primo Levi. Il testimone e la ragazzina*, Concejalía de Cultura del Ayuntamiento de Bérgamo – ISREC, Bérgamo [enero], 2006. También a ella corresponde el mérito de haber encontrado, en octubre de 2004, el intercambio epistolar entre la joven estudiante y Primo Levi: la estudiosa pasó los documentos a Alberto Cavaglion, que volvió a publicarlos en *La Stampa* del 20 de enero de 2005, con el mismo título que puso la redacción en 1959, «Levi responde a la hija de un fascista que pregunta por la verdad». Cavaglion volvería a presentar más tarde los textos en tres lugares diferentes: en «Il mare richiuso», ensayo introductorio del catálogo *Immagini dal silenzio. La prima mostra nazionale dei Lager nazisti attraverso l'Italia 1955-1960*, edición de Marzia Luppi y Elisabetta Ruffini, Nuovagrafica, Carpi [diciembre], 2005, pp. 6-15; en el capítulo «In Italia le cose si sono svolte diversamente», de su libro *Il senso dell'arca. Ebrei senza saperlo: nuove riflessioni*, L'Ancora del Mediterraneo, Nápoles, 2006, pp. 35-39; en la ponencia «La cultura italiana del dopoguerra di fronte allo sterminio degli ebrei», incluida en el volumen colectivo *L'intellettuale antisemita, Atti del convegno di studi (Salò, 21-23 settembre 2006)*, editado por Roberto Chiarini, prefacio de Stefano Folli, Marsilio, Venecia, 2008, pp. 117-145.

*Milagro en Turín**

Firmado únicamente con las siglas «P.L.», se publicó en *Resistenza. Notiziario Gielle*, Turín, XIII (1959), 12, diciembre, p. 3. La revista tenía formato de periódico; el escrito está compuesto en cursiva en una columna, como artículo secundario.

El título alude al de la película *Milagro en Milán*, escrita por Cesare Zavattini y dirigida en 1951 por Vittorio De Sica; en este caso concreto, *Milagro en Turín* alude a la exposición sobre la deportación, a la que ya hemos hecho referencia en la ficha precedente; Levi volverá a tratar el tema en el artículo *La época de las esvásticas*, véase más abajo.

El número en cuestión de *Resistenza* contenía una separata de cuatro páginas dedicada a los jóvenes y concebida de manera que pudiera ser distribuida separadamente de la revista, tal como anunciaba un breve editorial en la primera plana de la publicación

principal. El artículo de Levi compartía en cambio la primera página de la separata con un artículo de apertura titulado «La Resistencia, los jóvenes, la escuela», firmado por Paul Serini, estudioso especializado en cultura francesa, y con un poema de Giuliana Beltrami, mujer de un partisano muerto en combate. En las otras tres páginas podían leerse aportaciones de Norberto Bobbio, Angelo Del Boca, Sandro Galante Garrone y Marisa Zini. La separata también incluía un artículo titulado «Auschwitz», firmado por el magistrado Domenico Riccardo Peretti Griva y acompañado por una fotografía del campo de concentración tomada por él. Al pie de la página 5 se reproducía —con el título de *Si esto es un hombre*, y con la firma por extenso de Primo Levi— el poema-epígrafe de su primer libro.

Milagro en Turín fue localizado gracias al trabajo de clasificación del contenido de la revista *Resistenza. Notiziario Gielle* —que era el órgano de los expartisanos vinculados al movimiento Giustizia e Libertà— llevado a cabo por el Istoreto, Instituto Piamontés para la Historia de la Resistencia y de la Sociedad Contemporánea «Giorgio Agosti», en el contexto del proyecto *Bruno Vasari: un percorso di ricerca (2008-2012)* coordinado por Barbara Berruti.

Casi no resulta necesario señalar que las preguntas de los jóvenes visitantes a la exposición sobre la deportación, que Levi agrupa sin separarlas con señal de puntuación alguna, encontrarán una ordenada respuesta escrita en el *Apéndice* preparado entre 1975 y 1976 para *Si esto es un hombre*, que aún hoy acompaña a todas las ediciones de la obra.

La época de las esvásticas

Publicado en *il Giornale dei Genitori*, Turín, II (1960), 1, 15 de enero, p. 7, antetítulo «La exposición de la deportación»; ahora en *Opere*, vol. I, pp. 1122-1124. El título recogido en la portada del número de la publicación es ligeramente diferente: *La época de la esvástica*.

La revista estaba dirigida por Ada Marchesini Gobetti. La exposición de la que parte el artículo es la dedicada en el Palazzo Carignano a la deportación, véase la ficha de *Carta a la hija de un fascista que pregunta por la verdad*.

*Declaración para el proceso Eichmann**

Título de los editores. Texto de una declaración prestada por Primo Levi, fechada «Roma, 14 de junio de 1960» y hallada en Jerusalén por Margalit Shlain: «Yad Vashem Archive 0.31 – 14.28» es la fuente señalada por la estudiosa. El primero de los tres folios mecanografiados lleva, en hebreo y en inglés, el sello (parcialmente ilegible) «Yad Vashem – Jerusalem – The Central Archives for the Disaster and the Heroism».

La abundancia de signos de exclamación sugiere que también este texto pudo haber sido recogido por Massimo Adolfo Vitale: el caso es que fue entregado a los colaboradores de Gideon Hausner, el fiscal general que estaba instruyendo el proceso contra Adolf Eichmann, que lo remitió a la Fiscalía de Jerusalén junto con otros testimonios de judíos italianos, recabados con el mismo propósito. Levi no fue convocado a Jerusalén para el juicio, que comenzó el 11 de abril de 1961 ante el Tribunal del Distrito de la ciudad. El 15 de diciembre se emitió la condena a muerte del imputado.

Margalit Shlain dio noticia de la declaración de Levi en el artículo (cuya redacción original es en inglés) «Les étapes de la réception de Primo Levi en Israël», presentado en una conferencia internacional organizada por la Fundación Auschwitz, por el Gouvernement de la Région de Bruxelles-Capitale y la Commission Communautaire Française de Bruxelles-Capitale; la conferencia se celebró en Bruselas los días 12-13-14 de octubre de 2006. Las actas se han publicado bajo la dirección de Philippe Mesnard y Yannis Thanassekos, con el título de *Primo Levi à l'oeuvre. La réception de l'oeuvre de Primo Levi dans le monde*, Kime, París, 2008. La intervención de Margalit Shlain se halla en las pp. 289-300, en traducción francesa de Isabelle Cluzel.

En su ensayo sobre la recepción de Levi en Israel, Margalit Shlain se había limitado a proporcionar un resumen del testimonio de Levi. El texto hallado por ella en Yad Vashem fue publicado por primera vez, con el título puesto por la redacción, «Odisea Auschwitz», en la revista *L'Espresso*, Roma, LIII (2007), 38, 27 de septiembre, pp. 49-50. En las páginas 49-50 y 53 se incluye un artículo de presentación de Marco Belpoliti: «Memoria ofendida y redescubierta», y por último (pp. 53-54) la intervención de Meron Rapoport, «Pero Israel lo ignoró», en relación con la fortuna editorial

de Levi en Israel.

Junto con la otra declaración prestada para el proceso de Bosshammer (véase más abajo), el texto sobre Eichmann volvió a publicarse, bajo el título acumulativo de *Due deposizioni giurate di Primo Levi*, en Marco Belpoliti – Andrea Cortellessa, *Da una tregua all'altra*, Chiarelettere, Milán, 2010, pp. 16-17. Ambas declaraciones mencionadas se incluyen también en un apéndice del libro (patrocinado por la UCEI, Unión de Comunidades Judías de Italia) *Processo Eichmann. Cinquanta chili d'oro. Gli ebrei, i nazisti, gli italiani*, edición de Livio Crescenzi, prólogo de Anna Foa y Livio Crescenzi, Mattioli 1885, Fidenza, 2014, pp. 198-205, con el título de *Testimonianze processuali di Primo Levi*.

Podrá apreciarse que al principio del texto la dirección de Levi aparece como «C. Vittorio 67» en lugar del correcto «Corso Re Umberto 75». Es el primero de una serie de errores puntuales que se rectifican a continuación, añadiendo algunos datos esenciales: Cesare Vita es Cesare Vitta, obrero; Luciana Nissim, unida desde los años de la guerra a Franco Momigliano, economista y militante del Partido de Acción, acabará casándose con él el 24 de noviembre de 1946: inmediatamente después de la boda ambos fueron contratados por la Olivetti, Nissim como gerente de la guardería de la empresa y Momigliano como responsable de relaciones internas; *Donne contro il mostro* es el título del libro (Vincenzo Ramella Editore, Turín, 1946), que recoge los recuerdos del campo de concentración de Luciana Nissim (*Ricordi della casa dei morti*) y Pelagia Lewinska (*Venti mesi ad Oswiecim* [*sic*, en lugar de Oświęcim]); la fecha de la captura de Levi y sus compañeros es el 13 de diciembre y no el 13 de septiembre de 1943; el hombre que se infiltró en su banda con el falso nombre de Meoli era Domenico De Ceglie, suboficial del ejército de Salò; Arturo Foà, nacido en Cuneo en 1877, fue nacionalista y más tarde militante fascista, colaborador del diario *Il Popolo de Italia*, fundado por Mussolini: deportado de Fossoli a Auschwitz, murió durante el trayecto; el viaje de deportación duró, como es sabido, cuatro días y cuatro noches, a partir de la tarde del 22 de febrero (partiendo de la estación ferroviaria de Carpi) hasta la noche del 26 de febrero; las mujeres que, del convoy de Levi, fueron seleccionadas para el campo salvándose del envío inmediato a las cámaras de gas eran veintinueve y no veintiséis, mientras que sabemos que el número de hombres fue

noventa y cinco: véase más arriba la nota a Leonardo De Benedetti, *Denuncia contra el doctor Joseph Mengele*.

Tiene como fecha el 20 de julio de 1960 el poema *Para Adolf Eichmann*. Levi incluyó estos versos dedicados al «valioso enemigo» en sus tres recopilaciones poéticas: la que distribuyó en privado a sus amigos a finales de 1970, en una copia mecanografiada sin indicación de autor ni título; la primera *plaquette* con su firma titulada *L'osteria di Brema*, Scheiwiller, Milán [25 de abril], 1975; la compilación general *Ad ora incerta*, Garzanti, Milán [10 de octubre], 1984. *Para Adolf Eichmann* puede leerse ahora en *Opere*, vol. II, p. 540. [Versión castellana en *A una hora incierta*, traducción de Jeannette L. Clariond, La Poesía, Señor Hidalgo, Barcelona, 2005, pp. 62-63.]

*Testimonio para Eichmann**

Publicado en *Il Ponte*, Florencia, XVII (1961), 4, abril, pp. 646-650.

Aflorado gracias a una investigación de Martina Mengoni, el texto se publicó en la sección no monográfica de un número dedicado al tema *Estados Unidos 1961*, con sobrecubierta diseñada por Ben Shahn. Iba precedido por una nota en cursiva firmada por *Il Ponte*: «Frente al sinfín de documentos de acusación que se han examinado en el proceso Eichmann, demasiados si se tratara de decidir el simple destino de un hombre, aunque se trate de un gran criminal, consideramos que la más grave acusación puede cimentarse en testimonios como este de Primo Levi (leído en Turín la noche del 23 de febrero de 1961, en el curso de un encuentro sobre "Auschwitz y los campos de concentración nazis"). Sería demasiado fácil si un hombre solo, o tres, cuatro, cien o unos pocos miles de hombres pudieran cometer tanto mal como el que se cometió. La acusación, además de contra los culpables individuales, se dirige contra una sociedad, contra una forma de concebir la vida y la muerte que se desprende de esta. Y la acusación brota de la conciencia de poder contraponer otra concepción, otra sociedad. El testimonio de Primo Levi nos permite comprender tanto la sociedad condenada como la sociedad humana que puede condenarla. Por ello estamos agradecidos al autor». La conferencia del 23 de febrero tuvo lugar en la Galería de Arte Moderno de Corso Galileo Ferraris 30; después de una lección introductoria de Paul Serini hablaron Primo Levi, Leonardo

De Benedetti (que volvió sobe el tema de la organización médico-sanitaria de Auschwitz), E. Maggio y Giuliana Tedeschi.

Para Karl Jaspers, se remite a *Die Schuldfrage*, Schneider, Heidelberg, 1946; traducción de Román Gutiérrez Cuartango: *El problema de la culpa: sobre la responsabilidad política de Alemania*, Paidós – ICE de la Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona, 1998. De Thomas Mann véase el discurso *Deutschland und die Deutschen*, que el escritor pronunció en lengua inglesa («Germany and the Germans») en la Biblioteca del Congreso en Washington el 29 de mayo de 1945, en vísperas de su septuagésimo cumpleaños, que caería el 6 de junio; apareció impresa en el número de octubre 1945 de la *Neue Rundschau*, revista publicada en Estocolmo por Gottfried Bermann-Fischer, y ahora está recogida en *Gesammelte Werke en zwölf Bänden, XI, Rede und Aufsätze 3*, Fischer, Frankfurt del Meno, 1960; más adelante Levi cita a Rudolf Höss, *Kommandant in Auschwitz*, Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart 1958; traducido al italiano por la editorial Einaudi en 1960; en la reedición de 1985 en la misma editorial se incluyeron un prólogo de Levi y un artículo de Alberto Moravia.[31]

*Deportación y exterminio de los judíos**

En *Storia dell'antifascismo italiano*, editado por Luigi Arbizzani y Alberto Caltabiano, Editori Riuniti, Roma [10 de diciembre], 1964, vol. II, *Testimonios*, pp. 168-175.

Levi fue invitado a hablar sobre este tema por el comité para las celebraciones boloñesas del centenario de la unificación de Italia, que había preparado un ciclo de doce lecciones semanales, impartidas entre el 30 de enero y el 24 de abril de 1961 en el Teatro Municipal de Bolonia. El 13 de marzo intervino Enzo Enriques Agnoletti: *Los nazis y las leyes raciales en Italia*. Después de cada lección estaba previsto escuchar uno o varios testimonios. Hablaron en esa ocasión, además de Levi, Giorgio Bassani (*El asalto fascista a la sinagoga de Ferrara*) y Giulio Supino (*Los italianos frente al racismo*).

La fórmula «lecciones con testimonio» había sido desarrollada por Franco Antonicelli, que fue en 1947 el primer editor de *Si esto es un hombre*. Antonicelli se había inspirado en un ciclo anterior de ocho «clases-entrevistas» organizado en 1959 en Roma por el Partido

Radical, al que también se habían unido republicanos y socialistas. De ello nacería un volumen de *Lezioni sull'antifascismo*, editado por Piergiovanni Permoli (Laterza, Bari, 1960). En el ciclo de diez encuentros que organizó en Turín en su condición de fundador y presidente de la Unión Cultural, Antonicelli optó por dar mayor importancia a los testimonios incluidos en el programa, con el que colaboraron otras dos instituciones políticas y culturales de la ciudad, el Círculo de la Resistencia y la Consulta. Los encuentros se celebraron entre el 11 de abril y el 13 de junio de 1960, al principio en la Galería de Arte Cívica Moderno y más tarde en el Teatro Alfieri, de mayor capacidad, configurándose como un auténtico curso-seminario sobre historia contemporánea. También en este caso de ello nació un libro: *Trent'anni di storia italiana (1915-1945). Lezioni con testimonianze presentate da Franco Antonicelli*, Einaudi, Turín, 1962. El ciclo en el que participó Primo Levi fue, por lo tanto, la tercera manifestación de esta clase que adquiría relevancia nacional, y cuyos materiales acabarían confluyendo en un libro.

El texto de *Deportación y exterminio de los judíos* fue hallado por Alberto Cavaglion, quien lo reprodujo en *Lo Straniero*, Roma, XI (2007), 85, julio, pp. 7-12, con una nota introductoria suya (pp. 5-7). Cavaglion incluyó más tarde el texto de Levi —acompañado de la misma presentación— como apéndice de su ensayo «Ultime notizie da Argon», en el volumen colectivo *Mémoire oblige. Riflessioni sull'opera di Primo Levi*, editado por Ada Neiger, Universita degli Studi di Trento – Dipartimento di Studi Letterari, Linguistici e Filologici, Trento, 2009, pp. 47-55. Por último, volvió a publicarla con el título de «Testimonianza. Teatro Comunale di Bologna, 13 marzo 1961», y con una nota preliminar, en *Cultura della razza e cultura letteraria nell'Italia del Novecento*, editado por Sonia Gentili y Simona Foà, Carocci, Roma, 2010, pp. 273-280.

Se deja sin modificar la grafía adoptada por Levi para Sobibór, Majdanek, *Spezialist*. Del mismo modo no se interviene en la duración del viaje aquí declarado (tres días) ni sobre el número de hombres seleccionados para el trabajo (aquí 96; véase más arriba la ficha de *Declaración para el proceso Eichmann*) ni sobre los supervivientes: cuatro mujeres y diez hombres según Levi, cuando las investigaciones de Italo Tibaldi han fijado las cifras en ocho mujeres y dieciséis hombres todavía con vida el 27 de enero de 1945, de los seiscientos

cincuenta del convoy (véanse las acotaciones que preceden *El tren hacia Auschwitz*).

*Declaración para el proceso Bosshammer**

Título de los editores. Texto publicado por primera vez en Costantino Di Sante, *Auschwitz prima di* «*Auschwitz*», *op. cit.*, pp. 154-155.

Una hoja, mecanografiada con firma manuscrita, con el membrete «PRIMO LEVI | Licenciado en química | TURÍN | Corso Re Umberto 75 | Tfno. 686 025». Al pie, la indicación, también mecanografiada, «Testimonio prestado al Centro de Documentación Judía Contemporánea a fecha 5 de diciembre de 1965».

Levi hizo esta declaración a solicitud de Eloisa Ravenna, secretaria general del CDEC, con sede en Milán. En 1964 el Tribunal de Dortmund se había dirigido al CDEC en el curso de las investigaciones sobre el ex *Sturmbannführer* (coronel) de las SS Friedrich Bosshammer, colaborador directo de Eichmann, acusado de la deportación de tres mil quinientos judíos italianos. Se utilizó el texto de Levi en la fase instructora del proceso, cuya jurisdicción pasó en 1969 al Tribunal de Berlín Occidental; véase, más adelante, la nota a la *Testificación para el proceso Bosshammer*. El documento se conserva en el Arcivo CDEC, Milán, Fondo *Massimo Adolfo Vitale*, sobre 6, expediente 211.

La llegada de Primo Levi a Fossoli se produjo el 21 de enero de 1944 y no el 27.

La deportación de los judíos

Quaderni del Centro di Studi sulla deportazione e l'internamento, Roma, 4, 1967, pp. 64-65, ahora en *Opere*, vol. I, pp. 1163-1166.

Ponencia pronunciada con ocasión del congreso nacional de la asociación de exinternados, celebrado en Turín los días 22-24 de octubre de 1966 sobre el tema «Problemas históricos, jurídicos, sanitarios de la deportación y del internamiento»; fue recogida en el número mencionado de los *Quaderni* —junto con otras seis contribuciones de antiguos deportados, incluyendo a Giuliana Tedeschi— bajo el título general de *Testimonianze presentate il 23*

ottobre 1966 nella riunione svoltasi nel Teatro dell'Istituto Bancario S. Paolo.

Leonardo De Benedetti, *Cuestionario para el proceso Bosshammer*

Seis folios mecanografiados, numerados, con sello personal «Doctor Leonardo DE-BENEDETTI» estampado en la primera y en la última hoja, mientras que en la última aparecen, autógrafas, la fecha «Turín, 5-VIII-70» y la firma. El documento se conserva en el Archivo CDEC, Milán, Fondo Proceso Bosshammer, sobre 6, expediente 56, «Respuestas a cuestionarios divididos por convoyes 1970-1971». Anna Segre incluyó un fragmento en el ya citado volumen *Un coraggio silenzioso*, pp. 31. Aquí se publica en su integridad por primera vez.

El «Fragebogen | Cuestionario» (así reza el encabezado bilingüe, en el que se ha corregido un error tipográfico «Cuestinario») había sido enviado, en versión mecanografiada y con espacios expresamente destinados a ser rellenados con las respuestas, a los testigos italianos interpelados durante la investigación. Las preguntas, diecinueve, estaban formuladas en alemán y en italiano. La primera hoja lleva, en la parte superior izquierda, la sigla «1 Js 1/65 (RSHA)», con la que se marcan todos los cuestionarios distribuidos; en este ejemplar puede apreciarse también el sello de recepción «JUSTIZBEHÖRDEN BERLÍN-MOABIT» acompañado por la fecha 10 de agosto de 1970.

Tanto en este caso como en el siguiente cuestionario completado por Primo Levi se han respetado escrupulosamente la ortografía y la gramática italianas de las preguntas realizadas por el juez alemán. El autor del cuestionario fue de hecho el fiscal Dietrich Hölzner del Tribunal de Berlín Occidental, que lo envió con una carta de presentación bilingüe también. Se transcribe —siempre sin alterar la forma— la versión italiana de la que recibió De Benedetti, con fecha «31. Juli 1970».

El documento se conserva en la Biblioteca «Emanuele Artom» de la Comunidad Judía de Turín, fondo *A VIII 322*, «Leonardo De Benedetti. Documentos relativos a su internamiento y varios». Ha sido facilitado a los editores por Anna Segre, quien también nos ha proporcionado una copia —proveniente de la misma biblioteca— del cuestionario que De Benedetti rellenó a mano antes de copiarlo a la

máquina.

> Muy Señor mío, muy Señora mía:
>
> Se ha abierto un procedimiento judicial contra el ex *Sturmbannführer* de las SS, Friedrich Bosshammer, a causa de su participación en el asesinato de varios miles de judíos italianos. Actualmente, el procedimiento se halla en la fase de investigación preliminar.
>
> De 1942 a 1944, el acusado Bosshammer fue colaborador de Adolf Eichmann en Berlín y más tarde, desde febrero de 1944 hasta agosto de ese mismo año, fue jefe de la sección «judíos» en la comandancia de la policía de seguridad y del SD [*Sicherheitsdienst*: Servicio de Seguridad, *N. de la r.*] en Italia, en Verona. En esa condición suya, es de suponer que Bosshammer podría haber contribuido significativamente a la deportación y asesinato de bastantes miles de judíos en Auschwitz en 1944.
>
> Las actividades realizadas por Bosshammer en Auschwitz y sus respectivas consecuencias precisan aún de más amplias dilucidaciones. Entre otras cosas, hay que determinar cuándo tuvieron lugar cada uno de los transportes, en qué modo se efectuaron, cuántos hombres fueron deportados en cada ocasión y cuál fue al final el destino de los deportados. También es importantísimo para mí el saber si y en qué medida llegó a estar Bosshammer en contacto con los deportados antes del transporte.
>
> Dado su propio grave destino supongo que estará usted en condiciones de proporcionarme alguna información o que tenga comprensión ante mi solicitud de ayudarme para mi investigación. En el cuestionario adjunto por duplicado y en esta carta están todos los detalles.
>
> Le estaría muy agradecido si pudiera rellenar una copia del cuestionario [...].
>
> Agradeciéndoselo de antemano le mando mis más cordiales saludos.

En la versión mecanografiada De Benedetti reelabora en algunos casos las respuestas respecto a la redacción a mano, sin omitir ninguna información, por lo demás, respecto al primer borrador y añadiendo ulteriores detalles. Aquí se reproduce el texto mecanografiado, aunque no dejemos de recordar que la salida hacia Auschwitz desde la estación ferroviaria de Carpi se produjo el 22 y no el 21 de febrero de 1944 y que los seleccionados para trabajar en el campo de concentración fueron noventa y cinco hombres y veintinueve mujeres. Volvemos a recordar que el más anciano del convoy no era Arturo Foà, que murió en el camino (a la edad, por lo demás, de 67 años y no de 75), y que los supervivientes fueron veinticuatro en total: véase a este propósito las acotaciones que acompañan a *El tren hacia Auschwitz* y la ficha relativa a la

Declaración para el proceso Eichmann de Primo Levi. Los signos de interrogación que acompañan, en la última respuesta del cuestionario, a los nombres de algunos fallecidos en el campo o supervivientes se hallan en el documento original.

*Cuestionario para el proceso Bosshammer**

Inédito. Seis folios mecanografiados, numerados, firmados a mano y fechados a máquina «2 de septiembre de 1970». La primera hoja lleva en la parte superior izquierda el rótulo «Fragebogen | Cuestionario» y la sigla «1 Js 1/65 (RSHA)», véase la ficha precedente. El documento se conserva en el Archivo CDEC, Milán, Fondo *Proceso Bosshammer*, sobre 6, expediente 56, «Respuestas a cuestionarios divididos por convoyes 1970-1971».

En la respuesta n.º 16. Levi invierte la cifra de los hombres seleccionados para el trabajo: escribió en repetidas ocasiones que eran noventa y seis en lugar de sesenta y nueve, si bien las investigaciones de Liliana Picciotto han fijado la cifra en noventa y cinco; véase la ficha de la *Declaración para el proceso Eichmann*. Los supervivientes, como acabamos de decir (véase la ficha relativa al cuestionario Bosshammer compilado por Leonardo De Benedetti), fueron veinticuatro.

*Testificación para el proceso Bosshammer**

Título de los editores. Texto de la testificación prestada en Turín el 3 de mayo de 1971 en el despacho del juez instructor Barbaro, en presencia del fiscal alemán Dietrich Hölzner. Levi habló durante cuatro horas, en italiano y alemán, con la ayuda de un intérprete. Su testimonio fue transcrito a mano —en dieciséis caras de hojas de papel ministro— por Eloisa Ravenna, que trabajaba desde 1964 como perito historiador para el tribunal alemán. El manuscrito se conserva en el Archivo CDEC, Milán, Fondo *Proceso Bosshammer*, sobre 5, expediente 53. Condenado a cadena perpetua en abril de 1972 por la Sala de lo Penal de Berlín Oeste, Friedrich Bosshammer murió pocos meses después de la sentencia.

De la existencia de esta declaración dio cuenta por primera vez

Liliana Picciotto, incluyendo un extracto como colofón de su artículo «Le informazioni sulla "soluzione finale" circolanti in Italia nel 1942-1943», *La Rassegna Mensile di Israel*, LVI (1989), 2-3, mayo-diciembre, pp. 331-336: 335-336; el número, dedicado en gran parte a Primo Levi, fue impreso en noviembre de 1990. Esta estudiosa volvió a reproducir el mismo fragmento en la primera edición del citado *Libro della memoria* (p. 841), extrayendo además del testimonio de Levi información adicional recogida en las pp. 853-854 y 905. Diez años más tarde, con el título, puesto por la redacción, de «Primo Levi. Eso era un hombre», una parte significativa de esta testificación fue publicada en *La Stampa*, el 25 de abril de 2001, p. 23; en la misma página podía leerse un comentario de Marco Belpoliti, «La contabilidad del mal». En versión integral, y junto con la otra testificación prestada en Roma el 14 de junio de 1960 para el proceso Eichmann (véase más arriba), el documento volvió a ser publicado en Belpoliti-Cortellessa, *Da una tregua all'altra*, *op. cit.*, pp. 25-26, y luego en el citado *Processo Eichmann*, pp. 201-205.

El 4 de mayo de 1971, dos periódicos de Turín dedicaron detallados artículos a la testificación: «Primo Levi, superviviente del exterminio nazi, testifica acerca de la deportación de los judíos italianos», firmado por Jesse Spalding en la *Gazzetta del Popolo* (con una foto de Hölzner) y la crónica anónima «Primo Levi relata al juez de Berlín los horrores de Auschwitz», que apareció en *La Stampa*. Ambos refieren que Levi obsequió a Hölzner con una copia de *Ist das ein Mensch*?, que adjuntó a sus papeles: «En Alemania —le explicó el juez— el libro es imposible de hallar, está agotado». La versión alemana de *Si esto es un hombre* había sido publicada en noviembre de 1961 por la editorial Fischer de Frankfurt del Meno, en traducción de Heinz Riedt.

El texto recogido por Eloisa Ravenna se ha transcrito aquí fielmente, salvo la corrección de algunos errores ortográficos en italiano o alemán (*Bucherei*, etc.), la integración entre corchetes de una palabra que faltaba, el desarrollo de las abreviaturas empleadas para acelerar la transcripción en vivo. La aclaración añadida en nota pertenece también a Eloisa Ravenna. La declaración en la que Levi señala la presencia, en el tren de Auschwitz, de dos soldados de las SS ya vistos en Fossoli, no se remonta a 1945: se trata de su primera testificación para el proceso Bosshammer, prestada el 5 de diciembre

de 1965. El amigo médico que informó a Levi de la muerte de una persona durante el viaje es, por supuesto, Leonardo De Benedetti, quien refiere los detalles en el cuestionario del 5 de agosto de 1970: de ahí la corrección que Levi solicita que se aporte al cuestionario rellenado por él el 2 de septiembre. La investigación llevada a cabo por Italo Tibaldi («Primo Levi e i suoi "compagni di viaggio": ricostruzione del trasporto da Fossoli ad Auschwitz», en *Primo Levi testimone e scrittore di storia*, editado por Paolo Momigliano Levi y Rosanna Gorris, Giuntina, Florencia, 1999, pp. 149-232: 174) nos permite identificar en la persona de Arturo Foà (véase la ficha acerca de *Declaración para el proceso Eichmann*), quien tenía, por lo demás, 67 años en el momento de la muerte, al hombre fallecido durante el traslado. Para la lista de los setenta y cinco nombres (en realidad setenta y seis) entregados a Hölzner, véase el *Apéndice*. El «libro blanco publicado por el gobierno inglés» puede identificarse con relativa seguridad con *Persecution of the Jews*, folleto (veinte páginas) de la colección «Conditions in Occupied Territories», n.º 6, His Majesty's Stationery Office, Londres. Carente de fecha, este opúsculo se imprimió después del 25 de febrero de 1943, fecha en la que se produjo la deportación de los últimos judíos noruegos, de la que se da noticia en la página 15. El subtítulo descriptivo de la serie era «A series of reports issued by the Inter-Allied Information Committee, London». De esta publicación se habla también al principio del relato *Potasio*, en *El sistema periódico*: «un *libro blanco* inglés, llegado de Palestina, en el que se describían las "atrocidades nazis"; habíamos creído la mitad, pero ya era bastante».

*La Europa de los campos de concentración**

Título de los editores. Con el título de *Presentación* aparece en el opúsculo *Museo Monumento al Deportato politico e razziale nei campi di sterminio nazisti*, edición de Licia [pero, Lica] y Albe Steiner, Centro de Prensa del Ayuntamiento de Carpi, s. d. [pero: octubre de 1973], pp. [2-4]. El texto ha salido a la luz gracias a una investigación realizada por el Centro Internacional de Estudios Primo Levi.

Como es sabido, en el territorio de Carpi se levantaba el campo de concentración para judíos de Fossoli. El texto de Levi fue escrito para la inauguración del Museo-Monumento, situado precisamente en

Carpi en el Castello dei Pio. La iniciativa se tomó en diciembre de 1961, los trabajos de restauración comenzaron en 1963. En la inauguración, que tuvo lugar el 14 de octubre de 1973, intervinieron el presidente de la República italiana, Giovanni Leone, el presidente de la Cámara Sandro Pertini y el senador Umberto Terracini en su condición de presidente de la ANPPIA, Asociación Nacional de Perseguidos Políticos Italianos Antifascistas. El museo albergaba entre otras cosas grafitis realizados por la Cooperativa de Albañiles de Carpi siguiendo dibujos de Corrado Cagli, Renato Guttuso, Fernand Léger, Alberto Longoni, Pablo Picasso. En el montaje habían colaborado el arquitecto Lodovico Belgiojoso y el diseñador gráfico Albe Steiner, mientras que el poeta y cineasta Nelo Risi había escogido pasajes de las cartas de los condenados a muerte de la Resistencia europea, grabados a la altura de los ojos en las paredes de las salas.

Así fue Auschwitz

La Stampa, 9 de febrero de 1975, p. 1; ahora en *Opere*, vol. I, pp. 1190-1193.

Es el editorial en el periódico, acompañado por el antetítulo «Treinta años después, para no olvidar» e ilustrado con un mapa de la Europa de los campos de exterminio nazis que reproduce el que realizó Levi para la edición escolar de *Si esto es un hombre* (Einaudi, Turín, 1973, colección «Lecturas para la escuela media», n.º 24). En una carta del 29 de marzo de 1975 a su prima Anna Foa, de casada Yona, que vivía en Cambridge, Massachusetts, Levi declara que la figura «reproduce, con algunas variaciones, un mapa que se adjuntaba en el opúsculo *Le camp de concentration de Oświęcim-Brzezinka*, de Jan Sehn, 1957, Varsovia, Wydawnictwo Prawnicze». Podemos citar esta carta de Levi gracias a la cortesía de Manuela Paul, nieta de la destinataria.

Sin el mapa, el artículo fue reproducido, con el título *Del fascismo a los campos concentración* y el antetítulo «La estrategia del "orden"», en *Triangolo Rosso*, Milán, II (1975), 2-3, febrero-marzo, p. 3. El número de la revista de la ANED estaba dedicado en buena parte al trigésimo aniversario de la liberación de los campos de exterminio: aquí sí se evocaba explícitamente la efeméride, a diferencia de lo que

ocurría en el periódico; en 1975, de hecho, la fecha del 27 de enero no era una conmemoración compartida por la colectividad.32

El texto de Louis Aragon citado por Levi es la estrofa de apertura del *Prélude à La Diane française*: «*L'homme où est l'homme l'homme l'homme | Floué roué troué meurtri | Avec le mépris pour patrie | Marqué comme un bétail et comme | Un bétail à la boucherie*». Escritos entre los años 1943 a 1944, los poemas del amor y de Resistencia del volumen *La Diane française* fueron publicados por Éditions Pierre Seghers, París, 1945. Para William L. Shirer, se reenvía a *Auge y caída del Tercer Reich: Una historia de la Alemania nazi* [*The Rise and Fall of the Third Reich: A History of Nazi Germany,* 1960], traducción de Jesús López Pacheco y Mariano Orta Manzano, Luis de Caralt, Barcelona, 1962 (reedición: Planeta, Barcelona, 2010-2011); esta obra también está incluida en la bibliografía que acompaña a la edición escolar de *Si esto es un hombre*. «Orden Nuevo» y «Orden Negro», que Levi escribe sin comillas ni mayúsculas, eran en los años setenta los nombres de dos organizaciones de extrema derecha neonazi, que, en connivencia con los servicios secretos italianos, fueron responsables de sangrientos atentados terroristas.

Dado la finalidad divulgativa de este artículo de primera plana, se ha preferido dejar en cursiva la palabra *Lager*, a pesar de que en 1975 ya fuera patrimonio lingüístico común en italiano.

*Deportados políticos**

Publicado en *Torino contro il fascismo. Testimonianze*, edición del Ayuntamiento y de la Comisión de Iniciativas Antifascistas de la Ciudad de Turín, Turín 1975, pp. 167-172.

El libro, impreso en abril de 1975, lleva en la cubierta y en la portada el rótulo *XXX aniversario de la liberación*; en él se reproducen una parte de los textos recogidos veinte años antes en *Torino. Rivista mensile della Città e del Piemonte*, XXXI (1955), 4, abril: número monográfico por el décimo aniversario de la liberación donde apareció *Aniversario* (véase más arriba). A Levi debió de parecerle poco congruente reproducir en 1975 *Aniversario*, ya desfasado respecto a su pensamiento, así como con respecto al clima político-civil. De ahí, probablemente, la decisión de escribir un nuevo texto, hallado en el

curso de las investigaciones promovidas por el Centro Internacional de Estudios Primo Levi.

También *Deportados políticos*, al igual que el precedente *Así fue Auschwitz*, iba acompañado por un mapa (este más conciso y hecho a mano alzada) que muestra la «Dislocación de los campos de concentración alemanes».

Se corrigen directamente los errores ortográficos del texto en los nombres Flossemburg, Rawensbruck, Sachsenhasen, atribuibles muy probablemente a quienes compusieron el texto aportado por Levi; al contrario, se dejan sin cambios las formas híbridas «Arbeit Kommando» y «Kommandos».

Borrador de un texto para el interior del Bloque italiano en Auschwitz

Texto preparado para el monumento conmemorativo italiano en el campo de Auschwitz. Se reproduce la versión que Primo Levi encomendó en 1980 a Gabriella Poli: es la copia fotostática de dos hojas escritas a máquina, carentes de firma, fechadas el «8 de noviembre de 1978» y conservadas en el Centro Internacional de Estudios Primo Levi, Turín, *Fondo Gabriella Poli*, en fase de reorganización, expediente «Originales, copias de autenticadas, traducciones». En lo alto de la primera hoja, escrita a mano por Poli, se halla la palabra «original». El texto fue reproducido en Gabriella Poli-Giorgio Calcagno, *Echi di una voce perduta. Incontri, interviste e conversazioni con Primo Levi*, Mursia, Milán, 1992, pp. 174-176. A continuación se reconstruyen los acontecimientos según nuestro estado actual de conocimientos.

El 6 de septiembre de 1978 Primo Levi fue invitado por Gianfranco Maris, presidente de la ANED, a formar parte de la comisión operativa para un monumento conmemorativo italiano en Auschwitz; la invitación fue aprobada el 27 de julio por el comité de presidencia de la asociación. Levi aceptó «con mucho gusto, con la esperanza de estar a la altura de la tarea», y en el curso de una reunión celebrada el 7 de octubre en la sede milanesa de la ANED se le encomendó «redactar un texto-base sobre el que proseguir la discusión». Levi lo presentó en la reunión sucesiva, que tuvo lugar en Turín el 13 de noviembre: fue aprobado, y se envió al resto de los miembros de la comisión.

Por desgracia, el texto que comenzó a circular a partir de ese

momento —y en el que se basará la mayor parte del trabajo realizado posteriormente por el comité, al igual que se basarían en él las primeras publicaciones impresas— era una transcripción adjunta al acta del 13 de noviembre, que fue remitida al día siguiente, junto con el acta, a todos los miembros del comité: una transcripción defectuosa que consistía en dos hojas mecanografiadas, numeradas, sin firma, fechadas a «8 de noviembre de 1978,» y tituladas *Borrador de un texto para el interior del Block* [*sic*] *italiano en Auschwitz*. El que se halla en el título es solo el primero de una serie de errores de distintas clases. Esta transcripción incorrecta se realizó, con bastante probabilidad, sobre la versión certificada del *Fondo Poli*, es decir, el texto que Levi presentó a la ANED el 13 de noviembre de 1978.

Si la copia defectuosa fue, como ya se ha dicho, la que tuvo mayor difusión —y sobre la que terminó trasuntándose (como veremos más adelante), incluso la inscripción que acabó siendo expuesta en el monumento conmemorativo italiano—, también el texto correcto presentado por Levi el 13 de noviembre de 1978 se adjuntó a las actas de los trabajos preparatorios del monumento conmemorativo. En efecto, en los archivos del Instituto para la Historia de la Época Contemporánea (ISEC) de Sesto San Giovanni se conserva también una copia acorde con la del *Fondo Poli* (forma parte del *Fondo* ANED, serie Secretaría Nacional, sobre 12, expediente 69, «Auschwitz 1977-1979», que contiene la correspondencia con el Comité Internacional de Auschwitz); un documento similar se describe también en Elisabetta Ruffini-Sandro Scarrocchia, «Il Blocco 21 di Auschwitz. Un cantiere di riflessione e di lavoro attivato da Isrec e Scuola di Restauro dell'Accademia di Brera», en *Studi e ricerche di storia contemporanea*, XXXVII (2008), 69, junio, pp. 9-32, 21-22. A este trabajo —y a una ulterior investigación realizada específicamente a beneficio nuestro por Ruffini— se debe parte de la información que aquí se recoge.

Ninguna de las versiones del *Borrador* hasta ahora aparecidas, sean correctas o incorrectas, llevan la firma de Primo Levi, que tal vez la omita por *understatement*, habiendo aceptado participar en un trabajo colectivo para el que le había sido encargado un «textobase». Ni tan siquiera en su archivo personal se ha encontrado una hipotética redacción inicial del texto; nos gustaría agradecer a su hijo Renzo el que accediera a realizar esta indagación. En el archivo del escritor

tampoco ha quedado documentada la trayectoria posterior del texto, ni sus relaciones con la ANED o con otros miembros de la comisión comprometida en construir el monumento conmemorativo. Solo viene en nuestra ayuda un extracto de una entrevista con Silvia Giacomoni: «Desde que escribo he dejado de desempeñar el papel de superviviente, por más que siga siéndolo. La semana próxima me veré con Nelo Risi y Ludovico Belgioioso para organizar un *memorial* italiano en Auschwitz». («El mago Merlín y el "homo faber"», en *La Repubblica*, Roma, 24 de enero de 1979, ahora en Primo Levi, *Conversazioni e interviste 1963-1987*, edición de Marco Belpoliti, Einaudi, Turín, 1997 pp. 119-120).33

La idea de erigir un monumento conmemorativo italiano en Auschwitz se remonta a los años 1969-1970, pero la lentitud de los promotores y los obstáculos burocráticos hicieron que no se pasara a la fase operativa hasta 1978. El proyecto implicó, además de a Levi, al arquitecto Ludovico Belgiojoso (de origen judío, superviviente de Mauthausen) y al estudio milanés BBPR, al artista Mario Samonà, al cineasta y poeta Nelo Risi, al músico Luigi Nono. A principios de 1979, las dos páginas que la ANED había acordado con Levi sirvieron de base para un «guión», destinado a hacer de hilo conductor histórico-narrativo para la obra en construcción. El resultado de este trabajo tal vez haya de ser identificado en seis folios mecanografiados precedidos de una página de portada que lleva el título de *Trama para un monumento conmemorativo en recuerdo de los italianos caídos en Os´ wieçim*, cuya fecha reza «Milán, marzo de 1979». La *Trama*, que se abre con una rápida presentación general, se divide en cuatro partes: el proyecto del monumento conmemorativo ilustrado por Belgiojoso, el texto de Levi (en el punto 2, bajo el título «El argumento»), una breve síntesis de la obra de Mario Samonà y, por último (punto 4, titulado «El comentario»), una selección de frases —citas de Heine, Mussolini, Matteotti, Parri, Goebbels, Bobbio, o extraídas del Manifiesto fascista de la raza y de la Biblia— de las que supuestamente se sirvió el propio Samonà como cañamazo para su contribución gráfica.

Aunque la autoría y el objetivo de la *Trama* siguen siendo inciertos, esta puede explicar nada menos que cuatro detalles, que se exponen de forma analítica. El primer detalle atañe al texto hallado en el *Fondo Poli*, que presenta una división en ocho párrafos numerados

a mano: los números fueron añadidos por Primo Levi, es su letra. Los números, para mayor claridad gráfica, van acompañados por grandes corchetes para delimitar los bloques de texto. Es en esta fase (y ya estamos en el segundo detalle) cuando toma forma la fisionomía definitiva del octavo y último párrafo, el destinado a ser expuesto en el monumento conmemorativo. La frase inicial «En este lugar, donde nosotros los inocentes fuimos asesinados, se ha alcanzado el fondo en cuanto a la barbarie», se agregó al párrafo anterior por medio de una línea sinusoidal trazada a mano, de modo que el arranque se convierte en «Visitante, observa los vestigios». (En el presente volumen se ha preferido respetar los puntos y aparte de la copia mecanografiada, sin tener en cuenta los sucesivos retoques manuales.)

La numeración añadida, el subrayado gráfico de los bloques de texto, la nueva estructura de los dos últimos párrafos nos inducen a pensar (este es el tercer detalle) que tales modificaciones estaban destinadas a adaptar el texto a las escansiones del itinerario expositivo que Belgiojoso y Samonà se disponían a configurar. Por otro lado, el propio Primo Levi le explicó a Poli que cada uno de los ocho párrafos «tenían que conducir a la comprensión de los materiales documentales» (*Echi di una voce perduta*, *op. cit.*, p. 174). Estos, en efecto, entran en resonancia, uno tras otro, con las citas recogidas en la *Trama*, empezando por la de Heine, «ahí donde se queman libros se acaba quemando también seres humanos». Cuarto y último detalle, la *Trama* contiene una particularidad ortográfica que contrasta con las costumbres de Levi, pero que volveremos a encontrar en el texto que se exhibe en el interior del monumento conmemorativo italiano: la sustitución del topónimo germanizado Auschwitz por el original polaco Oświęcim. El propio Levi es definido en la Parte 2 de la *Trama* como «superviviente de Oswiecim» (sin signos diacríticos). La variante se explica por el hecho de que la *Trama* estaba destinada al Ministerio de Arte y Cultura polaco, para obtener su aprobación. El 14 de julio de 1979, sin embargo, el comité operativo decidió que «provisionalmente la redacción [quedara] reducida a lo esencial (última frase de Levi, pero ninguna otra cita)»: y efectivamente, entre los materiales enviados por correo diplomático al ministerio polaco se incluyó únicamente el párrafo final del *Borrador* redactado el 8 de noviembre de 1978 que en esa versión comienza —

y el elemento parece apoyar la reconstrucción aquí bosquejada— con las palabras «Visitante, observa los vestigios».

La primera publicación completa del *Borrador* (estamos hablando nuevamente de la transcripción «incorrecta») tuvo lugar en un opúsculo, editado por Lica Steiner por cuenta de la ANED, bajo el patrocinio del Presidente de la República, que lleva la fecha de «abril de 1980». Se titulaba *Memorial. En honor a los italianos caídos en los campos de exterminio nazis*, y nacía con la intención, precisamente, de celebrar la inauguración del monumento conmemorativo. El texto de Levi ocupaba la novena de las veinticuatro páginas no numeradas; la impresión tuvo lugar en febrero de 1980 en Sesto San Giovanni, en la Artigrafiche G. Beverasco. El folleto se abre con el editorial *Auschwitz: ¿por qué*? de Maris, y contenía aportaciones de Lodovico Belgiojoso (*El proyecto*) y Mario Samonà (*El fresco*), ambos con acompañamiento iconográfico. En esta ocasión, el texto de Primo Levi llevaba su firma, se titulaba *Al visitante* y presentaba (aparte de la corrección de los errores más evidentes de la copia mecanografiada ANED) una variante importante: de la expresión «las leyes raciales de Mussolini» había desaparecido adjetivo *raciales*. Se desconoce quién realizó las correcciones y asignó el título; ambas modificaciones se efectuaron en una fotocopia conservada en un expediente de «copias en sucio» del verano de 1979, destinado a Lica Steiner. Es oportuno señalar que *raciales* ya había sido resaltado con un recuadro en las hojas de la *Trama*, donde se recogía el texto elaborado por Levi.

El monumento conmemorativo italiano fue inaugurado el 13 de abril de 1980. Levi no quiso estar presente (véase Ian Thomson, *Primo Levi*, Hutchinson, Londres, 2002, pp. 430-431). Aunque los documentos no lo certifican de forma manifiesta, a las autoridades polacas no les gustaba que se resaltara el origen judío de casi la totalidad de las víctimas: la parte conclusiva del texto presentado por Levi en 1978 no contenía referencias concretas a los hechos históricos, por lo que fue aceptada. Pero esas líneas escritas en prosa tuvieron que sufrir una última manipulación: fueron transformadas en un texto en verso, de cuyas cesuras se desconoce el responsable; se produjo también el anunciado cambio de topónimo, Oświęcim en lugar de Auschwitz. Así acortado y reelaborado, la contribución de Levi se grabó en letras mayúsculas en una lápida, carente de firma. Esta es su transcripción: «Visitante, / observa los vestigios de este campo / y

medita: / vengas del país del que vengas, / tú no eres un extraño. / Haz que tu viaje / no haya sido en vano, / que no haya sido en vano / nuestra muerte. / Sirven de advertencia / para ti y para tus hijos / las cenizas de Oświęcim: / haz que el fruto horrendo del odio, / cuyas huellas has podido ver aquí, / no broten de nuevo semillas, / ni mañana, ni nunca».

Vale la pena llamar la atención sobre dos detalles de la lápida, ya presentes en el texto ANED de 1978: el indicativo *sirven* en lugar de *sirvan* y el acento grave sobre la conjunción «né». Ambos permiten plantear la hipótesis de la intervención de una mano no italiana, teniendo en cuenta además que a la izquierda del texto de Levi está grabada, también en mayúsculas, su versión en lengua polaca.

Después de la ceremonia inaugural la ANED volvió a publicar el texto «largo» de Levi, de nuevo acompañado de su firma, en un número de su publicación mensual *Triangolo Rosso*, «Especial sobre Auschwitz», que contenía distintas fotografías de la ceremonia y una imagen de la lápida en verso. El opúsculo, de doce páginas, recoge la indicación «año séptimo», pero no especifica el mes de impresión. El texto de Levi está en la página 2, con un nuevo título de la redacción: *Visitante observa y medita*. Una vez más el texto se trasunta de la copia mecanografiada ANED, y también aquí falta el adjetivo «racial» para las «leyes de Mussolini».

Ausente por propia voluntad de la ceremonia de OświęcimAuschwitz, Levi entregó más tarde a su amiga Gabriella Poli, redactora de *La Stampa*, el borrador acordado en 1978, «en caso de que quisiera utilizarlo en el momento de la inauguración». El aval del autor conferido al *Borrador* presente en el *Fondo Poli* ha inducido a los editores a recogerlo en esta recopilación, si bien con la prudencia sugerida por esta nota. El texto reproducido en *Echi* conserva los números añadidos a mano por Levi y coincide, excepto en la desaparición del título provisional y de la fecha, con el que se recogió en el primer volumen de las *Opere* de Levi editadas en 1997 por Marco Belpoliti (pp. 1335-1336), donde se titula *Al visitante*.

En el curso de una entrevista de 1984 Levi también reivindicaría la autoría del breve epígrafe expuesto en Auschwitz: «La inscripción de la lápida que hay a la entrada del "memorial" de los italianos no está firmada pero es mía. Le puedo dictar sus palabras». Sigue —en prosa— el texto, donde el verbo *sirvan* está en el lugar que le

corresponde: véase Giulio Nascimbeni, «Levi: l'ora incerta della poesia», *Corriere della Sera*, 28 de octubre de 1984, ahora en *Conversazioni e interviste*, *op. cit.*, p. 140.

Un comité secreto de defensa en Auschwitz

Publicado en *Ha Keillah*, Turín, IV (1979), 4, abril, p. 6; ahora en *Opere*, vol. I, pp. 1262-1263.

El episodio se retomará en *Los hundidos y los salvados*, al principio del capítulo *La vergüenza*, véase la edición española citada, pp. 68-69.

Del comité clandestino de defensa también formaba parte Hermann Langbein (1912-1995), militante comunista, preso político en Dachau, Auschwitz y Neuengamme, autor en 1972 de *Menschen in Auschwitz* (Europa Verlag, Viena), un libro que Levi propuso publicar a Einaudi, incluso antes de que llegara a las librerías. Su sugerencia no fue tenida en cuenta; los derechos de la obra acabaron siendo adquiridos en 1974 por la editorial Mursia, que no lo publicaría —sometido a cortes acordados con el autor, y con un prólogo de Levi, ahora en *Opere*, vol. II, pp. 1245-1248— hasta 1984, con el título de *Hombres en Auschwitz*. De Langbein y de su actividad en el «Grupo de Combate Auschwitz», es decir, en el comité clandestino, Levi ya había hablado, antes que en ese prólogo, en las páginas en las que presentaba a Langbein en su «antología personal» *La ricerca delle radici* (Einaudi, Turín [21 de febrero], 1981, p. 221) [versión española: *La búsqueda de las raíces. Antología personal*, traducción de Miguel Izquierdo, Arantxa Martínez y Elena Melchiorri, El Aleph, Barcelona, 2004], donde, adelantándose a las demoras editoriales, quiso traducir personalmente algunas páginas de *Menschen in Auschwitz*.

Aquel tren hacia Auschwitz

En *Gli altri. Periodico di tutti gli emarginati dalla societa*, Génova, IV (1979), 3, II trimestre, pp. 12-13; ahora en *Opere*, vol. I, pp. 12831285. Antetítulo: «Holocausto». Sumario: «El testimonio del escritor Primo Levi sobre la época en la que, como judío, él también fue un "otro". 650 deportados, muchos de ellos niños, fueron sus compañeros de

viaje al campo de exterminio más infernal; solo regresaron veintitrés». Acompaña al artículo una breve nota bio-bibliográfica con el título «¿Quién es?».

Carta abierta a Rosanna Benzi, genovesa, fundadora y directora de la revista. Nacida en 1946, Rosanna Benzi enfermó de poliomielitis a los catorce años. Desde entonces vivió prisionera de un pulmón de acero hasta su muerte en 1991.

Recuerdo de un hombre bueno

La Stampa, 21 de octubre de 1983, p. 3, antetítulo: «Historia de un médico, de los escasos supervivientes de Auschwitz»; ahora en *Opere*, vol. II, pp. 1194-1196. Escrito a la muerte de Leonardo De Benedetti, cuyo nombre, sin embargo, no aparece en modo alguno en el diario de Turín.

Esta evocación fue publicada también unas semanas más tarde en *Triangolo Rosso*, Milán, X (1983), 11-12, noviembre-diciembre, p. 10, con el título de «Leonardo De Benedetti, hombre, médico, deportado». Después de la muerte de Levi, y antes que en sus *Opere*, el texto se recogió en el volumen *Primo Levi per l'ANED, l'ANED per Primo Levi*, edición de Bruno Vasari, Angeli, Milán, 1997, pp. 53-54.

Levi dedicó a su amigo otro breve recuerdo: «Leonardo De Benedetti», en *Ha Keillah*, Turín, IX (1983), 2 (43), diciembre, p. 3, ahora en *Opere*, vol. II, pp. 1197-1198. Lo transcribimos aquí:

> El 16 de octubre murió repentinamente el doctor Leonardo De Benedetti, en la casa de reposo judía donde vivía desde hace varios años. Tenía 85 años; cuando era médico rural en Rivoli, fue arrestado en 1943 durante un intento de expatriación y deportado a Auschwitz, donde perdió a su mujer. En el campo, su condición de médico no le fue reconocida; pasó allí casi un año, soportando el hambre, el frío, el cansancio y el alejamiento con una serenidad y una fortaleza de ánimo singulares, que sabía transmitir a quienes tuvieron la oportunidad de tratar con él. Liberado en enero de 1945 por las fuerzas soviéticas, recibió el encargo de organizar una enfermería en el campo de tránsito de Katowice: los medios no eran muchos, pero su celo era grande, y la noticia del médico italiano que escuchaba a todos y a todos curaba se propagó en un amplio círculo, hasta el punto de que recurrieron a él expresos no solo italianos, sino también extranjeros, muchos ciudadanos polacos, e incluso algunos militares soviéticos.
>
> Después de un largo y accidentado viaje de regreso, se estableció en

Turín y reanudó la práctica de su profesión. Su paciencia, experiencia y humanidad eran tales que todos sus pacientes no tardaban en convertirse en amigos suyos, y recurrían a él para pedirle consejo y ayuda. No le gustaba la soledad, y vivió al principio con familiares, más tarde entró en una familia de amigos: el doctor Arrigo Vita con sus dos hermanas. Estos fueron desapareciendo uno por uno y el doctor De Benedetti se quedó solo. Hasta los ochenta años, cuando se retiró de la profesión, fue un médico diligente y muy estimado en la casa de reposo, donde decidió establecerse con la tristeza serena de quien sabe que no ha vivido en vano; pero allí tampoco estuvo nunca solo, todos los días, hasta el final, recibió visitas e invitaciones de parientes que le querían, de amigos, de colegas, de compañeros de deportación. Recibía además una copiosa correspondencia, incluso de países lejanos, porque los que le habían conocido no lo olvidaban: y a todos, incluso a los más inoportunos, respondía con meticulosa diligencia.

La primavera pasada tuvo los primeros síntomas del mal al que acabaría por sucumbir: se trató con la cordura que su larga experiencia le dictaba, y siguió viviendo con serenidad de espíritu, sin imprudencias y sin miedos. La muerte lo sorprendió repentina y misericordiosa, sin hacerle sufrir. Era un hombre valiente y apacible, que fue de gran ayuda para muchos y nunca pidió ayuda a nadie.

Primo Levi recordó a Leonardo también en público: el 28 de octubre de 1983, antes de comenzar su discurso en el congreso internacional *El deber de testimoniar*, que inauguraba las sesiones en Turín, en el Palacio Lascaris, sede del Consejo Regional del Piamonte. En aquella ocasión, leyó un primer borrador parcial de *El recuerdo de los ultrajes*, el futuro primer capítulo de *Los hundidos y los salvados*, ya con su título definitivo. Véase el volumen de las actas: *Il dovere di testimoniare*, Consiglio Regionale del Piemonte, Turín [julio], 1984, p. 97.

Para las selecciones de las que Leonardo De Benedetti logró salvarse, se remite al texto de la *Denuncia contra el doctor Joseph Mengele*, que ofrece un relato más amplio y pormenorizado.

A nuestra generación...

Texto del discurso pronunciado por Primo Levi en su última aparición en público el 22 de noviembre de 1986. Levi participaba en el congreso *Storia vissuta. Dal dovere di testimoniare alle testimonianze*

orali nell'insegnamento della storia della 2.º guerra mondiale, organizado por la ANED. El acto se llevó a cabo los días 21 y 22 de noviembre de 1986 en Turín, en el Palacio Lascaris.

Levi presentó *A nuestra generación...* como preliminar a un texto que había redactado poco más de un año antes, para una edición conjunta de *Si esto es un hombre* y *La tregua* aparecida en Estados Unidos: *Survival in Auschwitz. The Reawakening. Two Memoirs*, publicada en enero de 1986 por Summit Books, Nueva York. Levi, efectivamente, había enriquecido este «twin volumen» con el *Apéndice* escrito en 1976 para la edición escolar de *Si esto es un hombre*, que desde hacía tiempo acompañaba cada nueva edición italiana del libro, incluidas las dirigidas al público en general. Como es bien sabido, el *Apéndice* contiene las respuestas a ocho preguntas que le planteaban con frecuencia los lectores. Para poner este instrumento a disposición del nuevo público anglófono Levi aportó algunos cambios al *Apéndice* italiano, de manera que atañese a las dos obras impresas por Summit Books: no solo *Si esto es un hombre*, sino también *La tregua*. El nuevo texto se colocó al final del volumen, con el título de *Afterword: The Author Answers to His Readers' Questions*. Firmaba la traducción Ruth Feldman, quien ya había realizado versiones al inglés de los poemas de Levi y de algunos relatos. Levi comentó los cambios en el texto de 1976 en dos cartas a Feldman, conservadas en fotocopias en la *Ian Thomson Collection*, «Papers *re* Primo Levi biography», guardada en la Wiener Library de Londres. El 18 de junio de 1985, al enviarle el epílogo, le explicaba: «como verá, he tratado de adaptarlo al lector adulto estadounidense en lugar de al estudiante italiano». El 10 de julio siguiente reiteraba el concepto: «Como habrá notado, he tratado de eliminar el carácter escolar del viejo epílogo, y de adaptarlo al público adulto». Esta redacción del *Apéndice* destinado el público de habla inglesa no volvió a ser publicada en las ediciones sueltas de *Survival in Auschwitz* ni de *The Reawakening*, ni tampoco en las ediciones italianas de las obras de Levi.

En el congreso turinés *Storia vissuta* se distribuyeron entre el público copias del texto redactado por Levi para los lectores estadounidenses y del capítulo *Cartas de alemanes* de *Los hundidos y los salvados*. A esos documentos alude Levi en su breve intervención oral. *«A nuestra generación...»* (con el título entrecomillado) fue

impresa más tarde, en febrero de 1988, diez meses después de su fallecimiento, en las actas del congreso de Turín: *Storia vissuta. Dal dovere di testimoniare alle testimonianze orali nell'insegnamento della storia della 2.° guerra mondiale*, Angeli, Milán, 1988 pp. 113114 (ahora en *Opere*, vol. II, pp. 1351-1352). En las pp. 114-133, *Storia vissuta* ofrecía, con el título de *Respuestas del autor a las preguntas de los lectores*, el texto escrito para el volumen norteamericano; pero —como el título indica claramente— en una retroversión en italiano. El malentendido se produjo por la ausencia del manuscrito original, preparado por Levi para Ruth Feldman y la imposibilidad de preguntar al autor. Por más que sea obvio, vale la pena aclarar que en el volumen *Two Memoirs* no se hallan las dos páginas de *A nuestra generación*..., cuyos avatares editoriales se ha creído útil reconstruir con el fin de disipar los malentendidos relativos a los textos presentes respectivamente en la *Storia vissuta*, en *Two Memoirs* y en las *Opere* de Primo Levi.

El título entrecomillado *«A nuestra generación...»* fue obra de los editores de *Storia vissuta*. Para su publicación en *Así fue Auschwitz* el texto ha sido cotejado con la copia mecanografiada conservada en el Centro Internacional de Estudios Primo Levi, Turín, *Fondo Gabriella Poli*, en fase de reorganización, fascículo «Congreso internacional sobre la deportación con la relación de Primo Levi, 2122 de noviembre de 1986». Se trata de dos hojas escritas mediante un programa de procesamiento de textos, con fecha «Turín, 3 de noviembre de 1986» y con el encabezado «PRIMO LEVI | Corso Re Umberto 75 | 10128 Turín», seguido por el número de teléfono. La copia mecanografiada carece de título: aquí se ha optado por volver a *A nuestra generación*..., renunciando a las comillas.

Los hundidos y los salvados, obra a la que Levi hace referencia explícita en la última parte de su intervención, fue publicada por Einaudi en la segunda quincena de mayo de 1986.

AGRADECIMIENTOS

Los editores del volumen y el Centro Internacional de Estudios Primo Levi quieren vivamente dar las gracias, en primer lugar, a los herederos de Leonardo De Benedetti y de Primo Levi por su generosidad, por los materiales y la información que han puesto a nuestra disposición y, en general, por su continuo apoyo en todas las fases de este proyecto.

Consiéntasenos expresar nuestra gratitud a todas las personas e instituciones que han colaborado con nosotros, proporcionándonos materiales e información, e incluso realizando investigaciones en beneficio de nuestro trabajo: en primer lugar ha de mencionarse a Anna Segre, a quien debemos una parte significativa de los materiales de y sobre Leonardo De Benedetti. Entre los herederos de la familia y amigos de Levi damos las gracias además a Manuela Paul, nieta de Anna Foa Yona.

Damos las gracias de todo corazón a Michele Sarfatti y a Laura Brazzo, director y archivera respectivamente de la Fundación Centro de Documentación Judía Contemporánea (CDEC), Milán, por las consultas realizadas en diversas ocasiones en nuestro beneficio, por su generosidad en poner a nuestra disposición materiales e información, y por la autorización para reproducir (fotográficamente incluso) documentos de De Benedetti y de Levi guardados en su institución; un análogo agradecimiento debemos a la Fundación Memoria de la Deportación, Milán, a su director Massimo Castoldi y a su archivera Vanessa Matta, por los materiales conservados en el *Fondo Italo Tibaldi*, y por la autorización para reproducirlos.

Elisabetta Ruffini, directora del Instituto bergamasco de Historia de la Resistencia y de la Edad Contemporánea (ISREC), realizó oportunas investigaciones para proporcionarnos una notable cantidad de material de archivo, que se añade al provecho que pudimos sacar de sus estudios sobre el monumento conmemorativo italiano en Auschwitz. También hemos recibido materiales e información muy útil

de Marzia Luppi, directora de la Fundación Fossoli, Carpi, y de Franca Ranghino y Silvana Barbalato, bibliotecaria y archivera del Centro Studi Piero Gobetti de Turín. Gracias, una vez más, a la Biblioteca de Medicina y Farmacia de la Universidad de Pisa.

En Turín pudimos contar con la constante colaboración del personal del Instituto Piamontés para la Historia de la Resistencia y de la Sociedad Contemporánea «Giorgio Agosti» (Istoreto): aquí damos las gracias en particular a su directora adjunta Barbara Berruti, al responsable de los archivos Andrea D'Arrigo, a la bibliotecaria Cristina Sara y a Tobia Imperato. Entre las instituciones turinesas nuestro agradecimiento se dirige también a la biblioteca del Departamento de Anatomía, Farmacología y Medicina Legal de la Universidad. Por último, expresamos nuestra gratitud a Marco Luzzati, que preside el Archivo de las Tradiciones y Costumbres Judías «Benvenuto e Alessandro Terracini» por la disponibilidad con la que nos proporcionó copias íntegras de la *Relación* y de las *Informaciones* que Primo Levi redactó en 1945 para la Comunidad Judía de Turín.

La preparación de este libro debe mucho a los estudios e investigaciones de Marco Belpoliti y Alberto Cavaglion, a quien corresponde el mérito de haber encontrado, ocupándose de su primera publicación absoluta o de su reimpresión, de una parte significativa de los textos incluidos aquí.

Queremos expresar nuestro especial agradecimiento a Martina Mengoni por los textos que encontró y por las investigaciones realizadas en colaboración con nuestro centro.

Si bien la edición de este volumen va firmada por el director y por el asesor literario del Centro Primo Levi, es el resultado del trabajo en equipo de todos los empleados del centro; en particular, no hubiera sido posible dar forma completa a esta recopilación sin la asistencia —técnica y científica— de Daniela Muraca y Cristina Zuccaro.

Un agradecimiento no formal, por último, a Patrizia Mascitelli, Laura Piccarolo y Maria Teresa Polidoro, de la editorial Einaudi, por la atención con la que han seguido esta obra en cada etapa de su desarrollo. La cubierta diseñada por Nicola Magrin ha sabido captar la esencia de este libro.

Fabio Levi quiere dar las gracias a Marina Levi; Domenico Scarpa, a Martina Mengoni por los iluminadores intercambios de ideas y a Marina Mendolia por su escucha activa.

Notas

1. (de lo que resultaba evidente que no tenían voz en el asunto).

2. Oświęcim (Auschwitz en alemán) es el nombre de la pequeña ciudad polaca en cuyos alrededores se levantaba el campo de exterminio.

3. «Quattro milioni di morti al campo di Oswiecim» [Cuatro millones de muertes en el campo de Oswiecim], *Il Mese*, III (1945), 17, mayo, p. 539.

4. Entrevista con Leonardo De Benedetti a cargo del ANED (30 de septiembre de 1982), en Segre, Anna, *Un coraggio silenzioso. Leonardo De Benedetti, medico, sopravvissuto ad Auschwitz*, Zamorani, Turín, 2008, p. 127.

5. En realidad, Leonardo De Benedetti se salvó de las selecciones no tres, sino cuatro veces, y más (y tal vez antes) por la intervención del doctor Mengele que por la de sus colegas. De estos rescates se habla entre otros sitios en la denuncia —recogida en este libro— interpuesta por De Benedetti precisamente contra Mengele en torno al año 1959. En ella se plantea la hipótesis de que no se tratara de actos de clemencia, sino de la simple aplicación de una directiva burocrática nazi que pretendía garantizar la supervivencia de los médicos deportados. De Mengele se habla también en los *Recuerdos de la casa de los muertos* de Luciana Nissim Momigliano [1946], médico de profesión a su vez, pero que a diferencia de Leonardo pudo realizar tareas de su condición en Birkenau. Véase a este respecto la recopilación *Ricordi della casa dei morti e altri scritti*, edición de Alessandra Chiappano, Giuntina, Florencia, 2008, pp. 54 y ss.

6. Primo Levi, *La tregua* [1963], en *Opere*, editado por Marco Belpoliti, Einaudi, Turín, 1997 [en adelante, *Opere* (*N. del t.*)], vol. I, p. 252 [*La tregua*, traducción española de Pilar Gómez Bedate, Barcelona, Península, 2014].

7. Segre, Anna, *Un coraggio silenzioso*, *op. cit.*, p. 84.

8. El documento del que se toman las citas es una copia mecanografiada, sin fecha ni firma, del *Informe sobre la organización higiénico-sanitaria del campo de concentración para judíos de Monowitz (Auschwitz — Alta Silesia*), firmado por el «Doctor Leonardo De Benedetti, médico-cirujano» y por «Primo Levi, químico». Se conserva en los Archivos del Instituto Piamontés para la Historia de la Resistencia y de la Sociedad Contemporánea «Giorgio Agosti» (Istoreto). Para mayor información sobre este y otros documentos que serán mencionados en lo sucesivo se remite a la ficha relativa al *Informe* en la *Información sobre los textos*.

9. Véase a este respecto, en particular, Wieviorka, Annette, «Les statuts des déportés» en *Déportación et génocide: entre la mémoire et l'oubli*, Plon, París, 1992, pp. 141-158.

10. La misma fecha se indica en la nota a *Si esto es un hombre* que figura en Primo Levi, *Opere*, *op. cit.*, vol. I, p. 1375.

11. Primo Levi, *Se questo è un uomo*, De Silva, Turín [11 de octubre], 1947.

12. Ambas citas, extraídas de *Si esto es un hombre*, traducción española de Pilar Gómez Bedate, Barcelona, Península, 2014, pp. 188 y 187 respectivamente. (*N. del t.*)

13. Segre, Anna, *Un coraggio silenzioso*, *op. cit.*, p. 129.

14. Para el hallazgo del *Informe* y los acontecimientos posteriores, se remite también a la *Información sobre los textos*.

15. Angier, Carole, *The Double Bond. Primo Levi: A Biography*, Viking, Turín, 2002 y Thomson, Ian, *Primo Levi*, Hutchinson, Londres, 2002 [edición española: *Primo Levi*, traducción de Julio Paredes, Belacqva, Barcelona, 2007].

16. *Informe sobre Auschwitz*, traducción de Francesc Miravitlles, Ellago, Castellón, 2005; *Informe sobre Auschwitz*, traducción de Ana Nuño, Reverso, Barcelona, 2005; *Rapport sur Auschwitz*, traducción de Catherine Petitjean, Kime, París, 2005; *Bericht über Auschwitz*, traducción de Martina Kempter, BasisDruck, Berlín, 2006; *Auschwitz Report*, edición de Robert S. C. Gordon, traducción de Judith Woolf, Verso, Londres-Nueva York, 2006; *Auschwitz-rapportage*, introducción de Jacq Vogelaar, traducción de Patty Krone y Yond Boeke, Meulenhoff, Ámsterdam, 2008. Las traducciones al catalán, francés y alemán se basan en la edición de Philippe Mesnard.

17. Sobre esta cuestión, véase las consideraciones más articuladas que ha querido plantear Mateo Fadini en su ensayo «Su un avantesto di "Se questo è un uomo" (con una nuova edizione del "Rapporto" sul Lager di Monowitz del 1946)», en *Filologia letteraria*, 5, 2008 (pero 2009), pp. 209-240.

18. Segre, Anna, *Un coraggio silenzioso*, *op. cit.*, p. 129.

19. Primo Levi, «Ricordo di un uomo buono», en *La Stampa*, Turín, 21 de octubre de 1983, p. 3, ahora en este mismo volumen (con el título *Recuerdo de un hombre bueno*).

20. Silvia Giacomoni, «Primo Levi non era cosí», entrevista con Luciana Nissim Momigliano, en *La Repubblica*, Roma, 16 de febrero de 1997, p. 34; el texto ha sido recogido también en Chiappano, Alessandra, *Luciana Nissim Momigliano: una vita*, prólogo de Gianni Perona, Giuntina, Florencia, 2010, p. 251.

21. Véanse, sobre ese *dual*, las consideraciones de Alberto Cavaglion en su edición comentada de *Si esto es un hombre*, Einaudi, Turín, 2012, p. 211, nota 5.

22. Elio Vitale, declaración hecha en Milán a Ian Thomson, el 15 de mayo de 1995: la transcripción se halla en la Wiener Library, Londres, *Ian Thomson Collection*, «Papers *re* Primo Levi biography», expediente «De Benedetti, Leonardo».

23. Segre, Anna, *Un coraggio silenzioso*, *op. cit.*, pp. 51-52.

24. Fue en 1979 cuando Levi anunció en algunas entrevistas que daba inicio a una serie de reflexiones destinadas a converger siete años más tarde en *Los hundidos y los salvados*. Véanse: Silvia Giacomoni, «Il Mago Merlino e l'uomo fabbro», en *La Repubblica*, Roma, 24 de enero de 1979, ahora en Primo Levi, *Conversazioni e interviste 1963-1987*, editado por Marco Belpoliti, Einaudi, Turín, 1997 pp. 118-122 (en particular, p. 121). [Edición española: *Entrevistas y conversaciones*, traducción de Francesc Miravitlles, Península, Barcelona, 1998, pp. 94-98]; Giorgina Arian Levi, «L'antieroe di Primo Levi», en *Ha Keillah*, Turín, IV (1979), 3 de febrero, p. 6; Giuseppe Grassano, «Conversación con Primo Levi» [Turín, 17 de septiembre de 1979], en *idem*, Primo Levi, *La Nueva Italia*, Florencia, 1981, pp. 3-17, ahora también en *Entrevistas y conversaciones*, *op. cit.*, pp. 119-136.

25. Luciana Nissim Momigliano, «Una famiglia ebraica tra le due guerre» [Max Heimann Lecture «The Holocaust in Italy», 36th IPA Congress, Roma 1989], en *L'ascolto rispettoso. Scritti psicoanalitici*, editado por Andreina Robutti, Cortina, Milán, 2001, pp. 3-9 (las que se reproducen son las palabras finales de la conferencia).

26. El 2 de abril de 1975 Primo Levi fue elegido presidente del Consejo Escolar del Instituto de Bachillerato D'Azeglio, al que asistía por entonces su hijo Renzo, tras obtener 16 votos entre 19 votantes. Era la primera reunión del Consejo, creado gracias a los llamados «decretos delegados», un conjunto de seis leyes, promulgadas entre 1973 y 1974, que establecían entre otras cosas nuevos órganos colegiales para la participación democrática en la gestión escolar. En el Instituto D'Azeglio votaron más del 80% de los integrantes del censo (padres, alumnos, profesores, personal no docente). Levi se presentaba por una «lista unitaria» que obtuvo 758 votos, lo que representaba el 41,74%. Se mantuvo en el cargo durante dos años escolares; terminó su mandato el 30 de septiembre de 1976. En el Archivo de D'Azeglio, hemos podido consultar las *Actas del Consejo del Instituto*, con los registros GLMDA 16 y GLMDA 19.

27. Se trata los versos 243-244 de su tragedia juvenil *Almansor* [1821]: «*wo man Bücher / Verbrennt, verbrennt man auch am Ende Menschen*».

28. Esa tarde del 13 de marzo de 1961 aportaron también su testimonio Giorgio Bassani (*El asalto fascista a la sinagoga de Ferrara*) y Giulio Supino (*Los italianos frente al racismo*).

29. Marc Bloch, *Apologie pour l'histoire ou Métier d'historien*, 1941-1943, publicado por primera vez póstumo en 1949; versión española: *Apología de la historia o el oficio de historiador*, edición de Juan José Soto, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1971, p. 61.

30. Hay edición española del volumen de Höss, que incluye la introducción de Primo Levi: Höss, Rudolf, *Yo, comandante de Auschwitz*, traducción de Juan Esteban Fassio, Ediciones B, Barcelona, 2009. *(N. del t.)*

31. Para la edición española, véase la nota 30. *(N. del t.)*

32. Desde 2005, el 27 de enero se celebra el Día Internacional de Conmemoración en Memoria de las Víctimas del Holocausto, según la designación oficial de las Naciones Unidas, muy sentida en distintos países europeos. *(N. del t.)*

33. Véase la versión parcial española, Levi, Primo, *Entrevistas y conversaciones*, traducción de Francesc Miravitlles, Península, Barcelona, 1998, pp. 94-98. El fragmento citado, en la p. 97. *(N. del t.)*

Así fue Auschwitz
Primo Levi
Leonardo De Benedetti

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original:
Cosí fu Auschwitz

© del diseño de la portada, Departamento de Arte y Diseño, Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la portada, Adrià Fruitós

© Giulio Einaudi editore, s.p.a., Turín, 2015
www.einaudi.it

© de la traducción del italiano, Carlos Gumpert Melgosa, 2015
© de esta edición: Grup Editorial, 62, S.L.U., 2015
Ediciones Península
Av. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2015

ISBN: 978-84-9942-468-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com